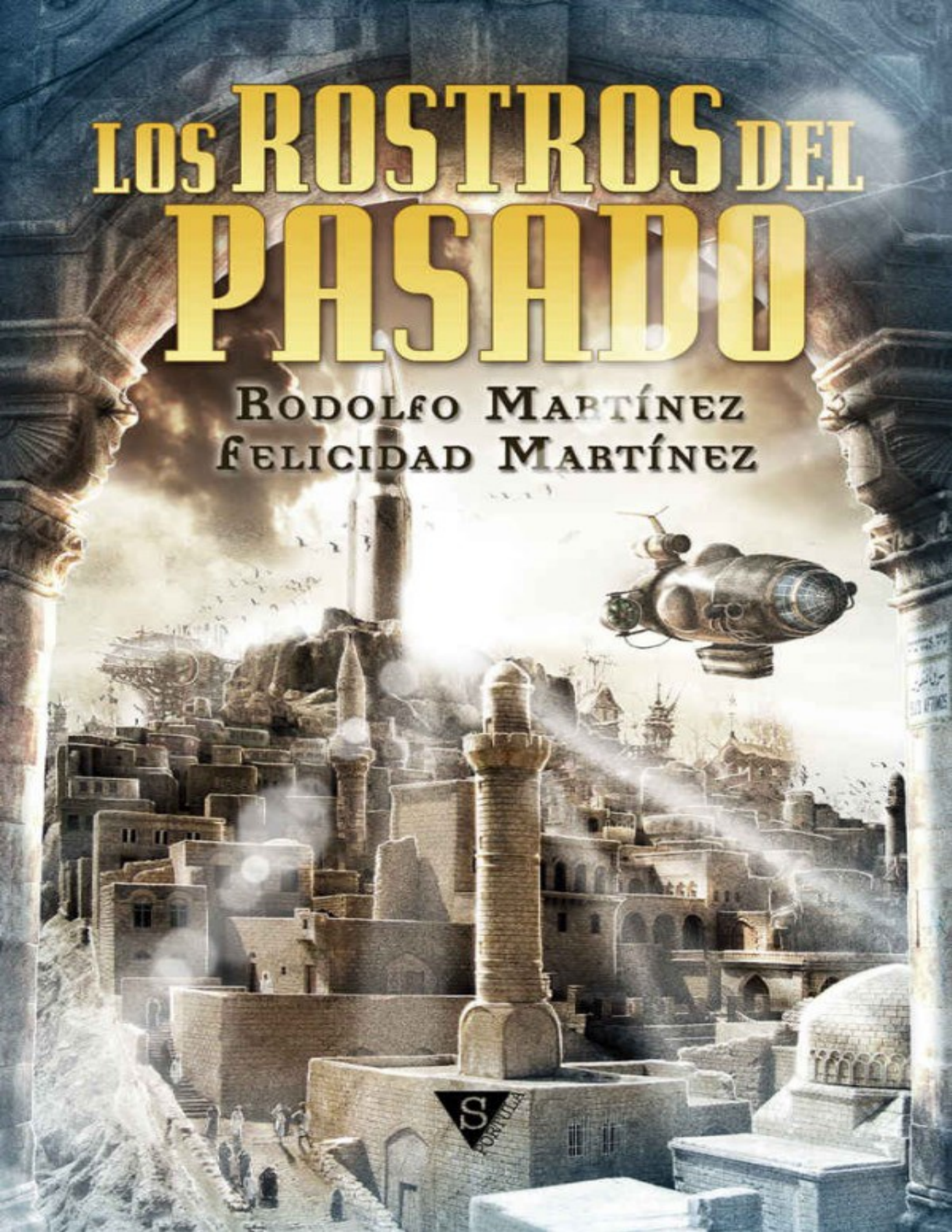


# LOS ROSTROS DEL PASADO

RODOLFO MARTÍNEZ  
FELICIDAD MARTÍNEZ



LOS ROSTROS DEL PASADO  
(EL ADEPTO DE LA REINA /3)

Rodolfo Martínez  
Felicidad Martínez

Primera edición: Mayo, 2015

© 2015, Sportula por la presente edición  
© 2015, Rodolfo Martínez y Felicidad Martínez

Ilustración de portada: © 2015, Daniel Expósito Zafra  
Mapa: Rodolfo Martínez

Diseño de cubierta: Daniel Expósito Zafra,  
basado en el diseño de Alejandro Terán

Revisión de texto: Antonio Rivas



SPORTULA  
[www.sportula.es](http://www.sportula.es)  
[sportula@sportula.es](mailto:sportula@sportula.es)

SPORTULA y sus logos asociados son marca registrada de Rodolfo Martínez

Este libro es para tu disfrute personal. Nada te impide volver a venderlo ni compartirlo con otras personas, por supuesto, y nada podemos hacer para evitarlo. Sin embargo, si el libro te ha gustado, crees que merece la pena y que el autor debe ser compensado recomiéndales a tus amigos que lo compren. Al fin y al cabo, no es que tenga un precio exageradamente alto, ¿verdad?

# CONTENIDO

[Mapa](#)

[Las máscaras del drama](#)

[Prólogo](#)

[Primera Parte: Endra](#)

[Interludio](#)

[Segunda Parte: Shércroft](#)

[Interludio](#)

[Tercera Parte: Ámber](#)

[Interludio](#)

[Cuarta Parte: Fléiter](#)

[Epílogo](#)

[Apéndices](#)

[Glosario de lugares y alianzas](#)

[Una cronología de Érvinder](#)

[Agradecimientos](#)

[Felicidad Martínez](#)

[Rodolfo Martínez](#)

[Sportula](#)





## LAS MÁSCARAS DEL DRAMA

**Ámber:** Esposa de Yáxtor Brandan. Muerta hace siete años.

**Belysh:** Adepta de la curación. Maestra de Ámber.

**Brandan, Yáxtor:** Adepto empírico ejecutivo al servicio de la Reina de Alboné.

**Dasaraki Itasu:** Comandante de los Intgze de Kyono-jo.

**Mishra:** Propietaria del mejor burdel de carneútiles de Lambodonas.

**Praghem, Fléiter:** Miembro del Capítulo de Información de la Confederación Occidental, destacado desde hace años en el Continente Primigenio.

**Reina de Alboné, La:** Gobernante de la isla del mismo nombre. Perpetuada su personalidad durante cientos de años a través del trasplante de recuerdos vía carneútil.

**Shércroft:** Jefe de Archivos de los adeptos empíricos.

**Sterd, Asima:** Adepta Suprema de la Curación.

**Targerian, Qérlex:** Adepto Empírico Supremo al servicio de la Reina de Alboné. Hasta hace poco era Maestro de Artífices dentro de la orden, cargo que sigue conservando.

**Velhas, Orston:** Regente de la Reina de Alboné. Antiguo Adepto Empírico Supremo.

SOLANGE: I had so many chances to be happy, so many nice guys. Why can't nice guys be more like you?

BOND: Then they'd be... bad.

SOLANGE: Yes, but so much more interesting.

BOND: What makes your husband a bad man?

SOLANGE: His nature, I suppose.

Neel Purvis, Robert Wade y Paul Haggis:

*Casino Royale*, a partir de la novela de Ian Fleming.

## PRÓLOGO

*La alianza entre Hanoi y Alboné, cuidadosamente tutelada y patrocinada por la Confederación Occidental, sin duda fue el acontecimiento más preocupante para Khynai desde el fin de la Guerra del Martillo.*

*¿Qué propósitos geopolíticos había tras aquella asociación disfrazada de boda de estado? ¿Qué nuevos planes tramaban los enemigos del Dios Único con aquel movimiento? ¿Qué nuevas amenazas se cernían sobre el País de los Fieles?*

*Es muy posible que, de no haber tenido lugar la boda, Khynai no hubiera reactivado el programa durmiente Mano de Dios. Dado que fue el enfrentamiento con uno de los sujetos de ese programa lo que llevó a Yáxtor Brandan al borde de la muerte, podríamos decir que la boda de su reina, en cierto modo, casi mató al adepto.*

*Claro que, por otro lado, los adeptos empíricos existimos solo al servicio de la Reina. Si ella quiere que muramos, ¿quiénes somos para cuestionar esos deseos?*

### **—Orston Velhas, Memorias privadas.**

La alerta se recibió poco después de que empezara el turno de noche. La prioridad era máxima, y la localización, exacta.

No hubo dudas ni vacilaciones. En menos de dos minutos, un grupo de adeptos empíricos ejecutivos estaba listo para partir mientras varios artífices daban los últimos toques al portal provisional que los llevaría a su destino.

Treinta segundos más tarde, habían cruzado al otro lado y se encontraban junto a las montañas que sirven de frontera a Khynai. Era noche cerrada y no había luna; aun así los adeptos empíricos se desplazaron con sigilo en la oscuridad, tal como dictaba el protocolo de emergencia. Enviaron por delante a los mensajeros para que reconocieran el lugar y, poco a poco, fueron separándose para cubrir el máximo terreno posible.

Primero encontraron el cadáver, totalmente destrozado. Los mensajeros explorativos lo reconocieron como un khynainio de unos treinta años. Uno de los adeptos ejecutivos sacó una bolsa y se puso a recoger los restos mientras los mensajeros terminaban el análisis.

Dieron con Yáxtor Brandan poco después, a unos metros del khynainio, y al principio pensaron que también estaba muerto. Inmóvil en posición fetal, el cuerpo parecía una inmensa cicatriz.

Se movió de pronto, como si hubiera sentido la presencia de los adeptos, y abrió los ojos.

—Objetivo con vida —susurró uno de los hombres—. Procedemos al rescate.

Tres de ellos se desplegaron alrededor de Yáxtor mientras los demás seguían controlando el terreno.

Yáxtor alzó una mano, como señalando algo.

—Mbr... —murmuró.

Uno de los adeptos miró en la dirección que indicaba la mano y descubrió una espada a poco más de un metro de donde yacía Yáxtor.

—Mbr... —repitió.

El adepto asintió, tomó la espada y se la ajustó al cinto.

—Estamos listos —dijo otro.

Con un cuidado infinito alzaron a Yáxtor y emprendieron el traslado hacia el portal.

Toda la operación se realizó en tres minutos.

Asima Sterd, Adepta Suprema de la Curación, dirigió personalmente al equipo de adeptas que se encargaban de Yáxtor.

A primera vista, el paciente tenía pinta de estar más allá de cualquier ayuda posible. Tenía la mayoría de los órganos internos al borde del colapso; sin embargo, se aferraba a la vida con tenacidad, casi con rabia. Estaba consciente y no se le escapaba nada de lo que ocurría a su alrededor. Sus ojos azul acero ardían con una llama fría que lo controlaba todo.

Cuando lo conectaron al primer carneútil curativo, las adeptas retrocedieron aterradas. Apenas habían tenido tiempo de insertarle la cánula en el brazo cuando el carneútil empezó a marchitarse y arrugarse, como si alguien le estuviera drenando la vida. Y en realidad era lo que estaba pasando: Yáxtor se estaba apoderando de los mensajeros a una velocidad escalofriante, y en menos de un minuto había vaciado por completo al carneútil hasta convertirlo en una momia agonizante y arrugada.

—Más —dijo Asima.

Las subordinadas no se hicieron de rogar. Le conectaron otro carneútil, y el adepto lo absorbió casi tan deprisa como el anterior.

La Adepta Suprema tuvo que ordenar que conectaran dos más, de manera simultánea, y finalmente que añadieran otros tres. Y así, con cinco carneútiles conectados al mismo tiempo, el ritmo al que Yáxtor se adueñaba de los mensajeros dejó de ser alarmante para convertirse simplemente en asombroso.

Asima asintió, satisfecha. Dio algunas instrucciones más a las adeptas y dejó la habitación.

Orston Velhas y Qérlex Targerian la esperaban en el pasillo.

—¿Y bien? —preguntó Orston.

Qérlex, al lado del Regente, intentaba aparentar una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—Es pronto para decirlo —respondió la adepta—. Las próximas cuatro horas serán cruciales, pero hay suficientes indicios para ser optimistas. Ha agotado dos carneútiles en menos de cuatro minutos, y los cinco que ahora tiene conectados le suministran mensajeros curativos a buen ritmo. Si sobrevive a la noche, creo que saldrá de esta.

Orston Velhas asintió, dio media vuelta y abandonó las Casas de la Curación. Asima supuso que se dirigía al palacio para informar a la Reina, quien querría noticias de Yáxtor y a la que no le gustaba esperar.

Qérlex, sin embargo, no se fue.

—¿En qué puedo ayudarte, Adepto Supremo?

El viejo artífice alzó lo que sostenía en la mano: un sable de larga empuñadura y hoja casi negra.

—¿Puedes ponerle esto al lado?

Asima frunció el ceño.



—Puedo, aunque confieso que se me escapa el propósito.

Qérlex, incómodo, se mordió el labio.

—Cuando estuvo varios días en coma, en Hanoi, Yáxtor no soltó la espada. Hay quien cree que lo ayudó a recuperarse.

—Oh, seguro que lo creen. Como los que opinan que los mensajeros no son necesarios para extirpar las células caóticas, y que basta con rezar con suficiente fe a algún dios para que se mueran por sí solas. Las tonterías que la gente puede llegar a pensar son infinitas. Sin embargo —añadió poco después—, tampoco le perjudicará tener la espada cerca, así que se la haré llegar.

—Gracias —respondió Qérlex, inclinando la cabeza.

Asima se quedó mirándolo mientras se marchaba. Luego se encogió de hombros y llamó a una adepta para que se hiciera cargo de la espada.

Que tres días antes de la boda de la Reina de Alboné, su adepto empírico favorito casi no hubiera salido con vida de una misión era una historia demasiado jugosa para dejarla pasar, y no tardó en convertirse en pasto de rumores.

Nadie supo, sin embargo, que la Reina dejó el Palacio en secreto, disfrazada de camarera, dos días después del incidente, y tampoco que se entrevistó en una posada de las afueras con un hombre de gesto altivo y ademanes fríos.

Era evidente que la Reina no acudía de buen grado a aquella reunión, y su interlocutor no disimulaba demasiado la diversión que le causaba aquello.

Este tendría poco más de cincuenta años y lucía un pelo negro, muy corto, con dos mechones canosos en las sienes que le daban una apariencia de respetabilidad, aunque su mirada desmentía enseguida aquella impresión.

—¿Cómo está Yáxtor? —preguntó.

La Reina le lanzó una mirada hosca.

—Se recuperará —respondió—. Algo que ya sabías de sobra. Sospechamos que no hay mucho de lo que le pase a Yáxtor Brandan que escape a tu atención.

Él asintió.

—Es cierto, no mucho. —Sonrió a medias—. Pero a veces son los pequeños detalles los que pueden hacer tambalear un imperio. Saberlo casi todo de Yáxtor no es suficiente. *Casi* es una palabra irritante y llena de aristas.

—Con la que tendrás que aprender a convivir, nos tememos. Es imposible saberlo todo de otra persona.

—¿Imposible? —Frunció los labios—. Quizá. No estoy muy seguro de que haya nada realmente imposible. Pero, por supuesto, cedo ante la autoridad de mi reina —añadió en tono burlón.

—¿Qué pretendes?

—Curioso que tú me lo preguntes, majestad. Lo sabes mejor que nadie.

—¿Qué pretendes ahora? ¿Por qué nos has llamado? Durante todo este tiempo no has corrido riesgos, no has salido a la luz, no has permitido que nadie sospeche de tu existencia y mucho menos de tus actos: siempre has actuado por intermediación de otros, siempre has conseguido que los demás hicieran el trabajo por ti de forma que nadie pudiera relacionarlos contigo. De todos los días posibles, ¿por qué has tenido que aparecer hoy?

Él se pellizó el labio superior pensativamente.

—Yo podría decir lo mismo. ¿Por qué estás aquí?, ¿por qué no has enviado a una de tus adeptas de la curación, o a uno de tus adeptos empíricos? Si yo estoy corriendo un riesgo al estar aquí, el tuyo es mucho mayor. Por no hablar de lo complicado que ha debido de resultarte. Solo con pensar en cómo te las has apañado para dejar el palacio sin que nadie se diera cuenta ya me duele la cabeza.

La Reina tomó aire. Más allá de la ventana, un látigo de luz restalló en el cielo nocturno. La lluvia golpeó los cristales.

—Hemos venido, precisamente, porque tú has venido —dijo la Reina—. Estamos aquí porque tú nos has empujado a estar.

—¿Por qué repetir lo que ambos sabemos, mi Reina? Sí, te he hecho venir. Quería verte; quería estar con mi Reina una última vez antes de lanzarme a lo que puede ser el final de la misión a la que he dedicado mi vida. No es mucho pedir, creo yo.

Aquellas palabras tuvieron un efecto sorprendente en la Reina. De pronto pareció indecisa. Toda autoridad desapareció de su lenguaje corporal y, de repente, no era más que una adolescente asaltada por las dudas.

—¿El... final? —susurró—. ¿Estás seguro?

—No, mi Reina. No puedo estarlo. No del todo. Pero sí lo suficiente, créeme. Esta vez tendremos éxito.

La Reina recuperó la compostura. Respiró con calma y luego preguntó:

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Unos meses y estará en mi poder. Y luego...

Ella asintió. De pronto se incorporó y se acercó a la ventana. Un relámpago iluminó otra vez el cielo nocturno. El trueno que lo siguió resultó casi inaudible en medio del estruendo de la lluvia. Durante un buen rato, la Reina permaneció en silencio con la mirada perdida en la tormenta más allá de la ventana.

Al fin se volvió y dijo:

—A veces me pregunto si era necesario. Si...

Él asintió mientras una sonrisa le asomaba al rostro.

—Hmmm. Te lo preguntas... —Entrecerró los ojos como un felino—. No vosotras, sino tú. ¿Y quién eres tú? ¿Qué parte de la Reina eres ahora? ¿Cuál de todas ha dado un paso adelante y ha encontrado un «Tú» en medio del «Vosotras»?

La Reina no respondió. Él se incorporó también y echó a andar hacia la joven. Se colocó a un paso de ella y alzó una mano, solo para detenerse a mitad del gesto.

—Hace poco más de un año, Yáxtor era para ti un personaje de leyenda, ¿verdad? El protagonista de un cuento. El bravo Yáxtor Brandan, el campeón de la Reina que recorría el mundo entero salvando Alboné y luchando por el país y su monarca. Sí, hace poco más de un año no eras más que una niña que creía en héroes y Yáxtor era tu favorito, ¿no es cierto?

La Reina no respondió.

—Pero ya no eres la Reina que será. Eres la Reina. La niña que creía en héroes ha crecido, se ha llenado con los recuerdos y la personalidad de todas sus predecesoras. Ya no eres una niña, sino la mujer más vieja del mundo. Así que, por supuesto, ya no crees en héroes. ¿Me equivoco?

No hubo contestación.

—Aunque, pese a todo... sigues siendo ella. En medio de la vorágine de la identidad múltiple, sigue habiendo espacio para ti. Hmmm. Es interesante, y me pregunto cuántos de tus cortesanos lo saben. Es más, ¿lo sabe tu futuro marido?

—Eso no es asunto tuyo —dijo ella en un tono regio y cortante.

El hombre dio un paso atrás, como si le hubieran golpeado. Sus ojos fríos brillaron con una fugaz llamarada de rabia. La Reina le sostuvo la mirada, altiva e inmóvil.

—Perdóname, mi Reina, no pretendía inmiscuirme en tus asuntos privados —dijo mientras inclinaba la cabeza en señal de sumisión y desaparecía de su actitud todo rastro de rabia—. No puedo evitar preguntarme qué había en ti, en la tú que eras antes, para que haya pasado esto. Y sobre todo me pregunto si la encarnación anterior de la Reina lo sabía y por eso te eligió a ti para ser su próxima iteración. No, tranquila, no espero que me lo digas. En realidad me limitaba a pensar en voz alta, perdóname de nuevo.

Dio media vuelta y volvió a sentarse.

Tras unos instantes de duda, ella lo imitó. Su mirada seguía siendo altiva cuando él prosiguió:

—Preguntaste si era necesario. Hace un par de años creo que no habrías hecho esa pregunta. Lo habrías aceptado como una parte del proceso, sin más.

—Tal vez —dijo ella—. Pero ahora...

—Sí, lo comprendo. En algún lejano rinconcito de tu mente, Yáxtor es todavía el protagonista de un cuento infantil y te preguntas si lo que le hemos hecho, todo lo que le hicimos, era necesario. —Tomó aire, y fue como si tantease un camino resbaladizo e inseguro—. Quizá ha llegado el momento de romper esa ilusión. Tal vez, por duro que sea, la niña tiene que crecer y dejar de creer en personajes épicos. En concreto, dejar de pensar que Yáxtor lo es.

»Perdona mi osadía al decirte algo que ya debes saber, mi Reina, pero no hay nada heroico en Yáxtor Brandan. Es lo que es: una herramienta a tu servicio, afilada y eficaz, ni más ni menos. Es un monstruo útil.

—No siempre lo fue.

Él sonrió, feroz.

—Ah, entonces es eso. ¿Realmente crees la ficción de que nosotros convertimos a Yáxtor en lo que es ahora? Quizá tu Adepto Empírico Supremo pueda tragarse esa historia, incluso también tu Regente, pero me parece inimaginable que tú la aceptes. Lo único que hemos hecho es afinar a Yáxtor, enfocarlo, afilarlo. Todo lo que es ahora estaba ahí antes. Simplemente... lo hemos sacado a la luz y lo hemos refinado. Eso es todo.

—¿Todo?

—Todo, mi Reina. —Se pellizcó de nuevo el labio superior—. Hmmm. Como bien dijiste antes, Majestad, hay pocas cosas de Yáxtor que desconozca, pero tú tampoco te quedas atrás. Conoces el pasado de Yáxtor tan bien como yo. Estoy seguro de que recuerdas bien quiénes han pasado por su vida y qué reacciones han provocado unos y otros en él, así que no disfracemos los hechos: lo que es Yáxtor ahora, lo fue siempre. Su eficacia, su carencia de remordimientos, su implacabilidad... Tus adeptos empíricos no crearon esas cualidades de la nada cuando le reconstruyeron la memoria después de lo que hice. Sencillamente nos limitamos a eliminar lo no esencial, a cortar todo aquello que rodeaba al verdadero Yáxtor y no le permitía desarrollarse al máximo.

La Reina no respondió.

—Pero eso ahora no importa —dijo él al cabo de un rato—. El tiempo se nos echa encima.

—Estamos de acuerdo. —Su voz era de nuevo fría, cortante. La que hablaba ya no era una adolescente, sino una mujer tan vieja como el mundo que no tenía tiempo para perderlo en tonterías.

Él sonrió antes de abrir una bolsa de viaje que colgaba de la silla. Rebuscó unos instantes en

el interior y sacó un fajo de papeles que le tendió a la Reina. Esta los cogió y empezó a leerlos con el ceño fruncido, pasando las páginas deprisa. De vez en cuando asentía aquí y allá, y un par de veces interrumpió la lectura y miró a su interlocutor con desconfianza antes de seguir leyendo.

Cuando hubo acabado, lanzó los papeles a la chimenea y dejó que el fuego los devorase.

—¿Estás seguro? —preguntó al fin.

—Las pruebas son concluyentes, mi Reina. Ojalá lo hubieran sido la vez anterior —añadió tras una ligerísima vacilación—. Pero la realidad es la que es y no se puede hacer una tortilla sin romper unos cuantos huevos.

—Unos cuantos... —repitió la Reina.

—Era una rémora, no nos era útil y había que quitarla de en medio. Lo sabes tan bien como yo. —Se encogió de hombros—. Aunque sí tuvo cierta utilidad al final. Nos sirvió como gatillo para... —Se detuvo al ver la expresión con que lo contemplaba la Reina—. No te gusta oír ciertas cosas.

—No.

—Pero puedes soportarlas, mi Reina. Puedes soportar cualquier cosa que te caiga sobre los hombros, estoy seguro. Además, te guste o no, es la verdad.

—Tu verdad.

—Y la tuya. No lo olvides nunca, mi Reina, porque yo tampoco olvido. Soy tuyo, en cuerpo y alma, como lo fueron antes mi padre y el padre de mi padre y todos mis antepasados. Todo cuanto hago es por ti, para ti y en tu beneficio. Si soy un monstruo, soy tu monstruo. Recuérдалo siempre.

La Reina frunció el ceño.

—Nosotras no olvidamos. Nada. Nunca.

El silencio que cayó entre los dos fue como un animal al acecho, roto solo por el crepitar del fuego en la chimenea y el lamento de la tormenta más allá de la ventana.

La boda tuvo lugar al día siguiente y fue, sin la menor duda, el acontecimiento del siglo. A nadie le importó que, en realidad, la ceremonia fuera redundante, que ya se hubiera celebrado otra en Honoi unos meses atrás y que la actual no fuera más que una repetición pública y política. Para los habitantes de Alboné, aquella era la verdadera boda, y lo ocurrido en Honoi no había sido más que un anticipo de la realidad.

La ciudad de Lambodonas se convirtió en una celebración continua que duró tres días. Los albonenses celebraron los esponsales de la Reina con el emperador de Honoi como si fueran ellos los novios, los banquetes se sucedieron en el palacio, los fuegos artificiales convirtieron el cielo nocturno en un fugaz mosaico de colores... Durante unos días, las fronteras entre las clases sociales se desvanecieron y la ilusión de ser un solo pueblo con un único propósito casi se hizo realidad.

Bajo la torre, en las catacumbas donde vivían los adeptos empíricos, Qérlex Targerian intentaba dormir y no lo conseguía.

*Cuando llegas a cierta edad, solía decirse, el sueño se convierte en un visitante molesto al que intentas dar largas tanto como puedes, y el insomnio es un compañero bienvenido que lamentas que no se quede más.*

Paparruchas, añadió. Se levantó del lecho, encendió una luz y se sentó tras la mesa del despacho.

Como Adepto Empírico Supremo que era, había estado en la ceremonia matrimonial y había

sido testigo, junto al regente Orston Velhas, de la sorprendente relación entre aquellos dos adolescentes llenos de otras vidas y otros recuerdos. Por el modo en que una sola mirada entre los dos parecía una conversación de horas, o la manera en que sus cuerpos se acompañaban en cada gesto, cada paso, era como si llevaran viviendo juntos varios años.

Aquel matrimonio cerraba heridas profundas, o al menos lo intentaba. La reina de la principal nación de los Pueblos del Pacto se casaba con el emperador de su más acérrimo enemigo durante la Guerra del Martillo. Alboné y Hanoi dejaban de mirarse con desconfianza y dirigían la vista hacia un futuro común.

Esa era al menos la idea, y Orston Velhas había intentado, sin demasiado éxito, no parecer satisfecho. Él había orquestado aquel matrimonio. Era su criatura, su momento de triunfo.

Qérlex, situado al lado del Regente, se había sentido bastante más intranquilo.

—¿Qué te pasa? —le había preguntado Orston.

—Nada. Todo ha salido bien.

—Sí, y casi diría que por los pelos, visto todo lo que ocurrió en Hanoi. Y aquí también, claro; pero al final ha salido bien. Entonces, ¿qué demonios te pasa, Qérlex?

—Nada —había insistido el viejo artífice.

—Claro. Nada. Y por eso miras a tu alrededor como si estuviera a punto de producirse un desastre.

—No me gustan estas cosas, Orston, ya lo sabes. Demasiada gente.

El Regente había asentido. Al fin y al cabo, había sido Adepto Empírico Supremo antes que Qérlex y lo conocía bien.

—Ya, bueno, pero tengo la sensación de que es algo más.

Qérlex no había respondido. Había abandonado el palacio con discreción algunas horas más tarde, seguro de que su ausencia pasaría desapercibida.

Le echó un vistazo al fajo de papeles que había en la mesa. Sí, por qué no. Era un momento tan bueno como cualquier otro para leer el informe de la misión de rescate de Yáxtor.

Los artífices habían terminado el análisis del cadáver y habían llegado a la conclusión de que el khynainio había sido, sin duda, el resultado del programa Mano de Dios.

Qérlex sonrió a su pesar.

¿Casualidad? ¿Coincidencia? Era difícil de creer.

Entre los restos se habían encontrado cinco cerebros de carneútil. Cinco cerebros modificados para que respondieran a la voluntad del khynainio y generasen los mensajeros necesarios para convertirlo en una especie de monstruoso súper soldado.

El programa Mano de Dios, por tanto, no era la quimera de un agente borracho o ansioso de gloria que lanzaba a sus empleadores a una caza sin sentido. Era real. Khynai estaba intentando crear humanos mejorados mediante la implantación quirúrgica de cerebros de carneútil.

¿Intentando? Lo habían conseguido.

Era necesario detener el programa a toda costa.

Qérlex tomó un papel en blanco y escribió el borrador de una orden ejecutiva de sabotaje. Solo había dos plantas de investigación en todo Khynai donde se pudiera desarrollar algo así. No correría riesgos: ambas debían ser destruidas. También había que encontrar a los artífices responsables de crear aquella... cosa, y atraerlos al bando de Alboné, si era posible. Eliminarlos, si no.

Terminó de garabatear y siguió leyendo el informe.

Cualquier otro adepto habría muerto en el enfrentamiento con aquel individuo. El propio



Yáxtor estaba destrozado, a las puertas mismas de la muerte cuando lo encontraron. Pero vivo. Y las adeptas de la curación decían que se recuperaría.

*Muy bien, muchacho, se dijo.*

Siguió leyendo, pero se detuvo de pronto cuando llegó a la parte del informe que mencionaba cómo Yáxtor había señalado la espada mientras murmuraba algo ininteligible que el autor del informe había transcrito como «Mbr».

Se puso en pie de repente.

No. Absurdo. Pura coincidencia. En ese estado, Yáxtor podría haber estado diciendo cualquier cosa. Cualquiera.

*Pero ¿y si no lo es?*

Lanzó un último vistazo a los papeles en la mesa del despacho y salió de la habitación.

Si a alguno de los adeptos de guardia le sorprendió ver al mismísimo Adepto Empírico Supremo deambular por los pasillos de la Torre a aquellas horas, no dio muestras de ello y siguió con la ronda como si nada extraño sucediera.

Estaba cansado, se dijo. Cansado de un puesto que, pensaba, no debería haber aceptado jamás.

*Soy un artífice. Hago cosas con las manos. Manipulo los mensajeros para que hagan lo que quiero. No soy ningún líder y, desde luego, no soy un político.*

Era un pensamiento frecuente desde que la Reina había nombrado Regente a Orston y este había señalado a Qérlex como su sucesor al frente de los adeptos empíricos. Un cargo que había aceptado convencido de estar cometiendo un error.

Y sin embargo, se decía ahora mientras deambulaba por los oscuros pasillos, no había hecho un mal trabajo.

*Pero me aparta de lo esencial, maldita sea. Me impide dedicarme a lo verdaderamente útil.*

¿Útil? ¿Útil como lo que estaba haciendo ahora? ¿A quién servían sus actos en aquellos momentos? ¿Qué propósito tenían? ¿Qué podría salir de allí que mereciese la pena?

*Pero tengo que saber.*

Sí, tenía que saber. Era su maldición.

Se detuvo en una bifurcación, inseguro de repente. Luego se maldijo y siguió avanzando.

Había visto aquella misma tarde al muchacho en el lecho, en la Casa de la Curación, incapaz de moverse y medio muerto. Había estado allí varias horas, contemplando la cicatriz interminable que era el cuerpo de Yáxtor Brandan, y preguntándose cómo se las apañaba el adepto para salir siempre, tal vez no indemne pero sí con vida, de las situaciones más apuradas.

Y luego, de pronto...

Llegó a la puerta de los archivos. El adepto de guardia salió repentinamente del amodorramiento e hizo ademán de detenerlo. Cuando reconoció al Adepto Supremo se tranquilizó y le franqueó el paso. Qérlex siguió caminando y dejó atrás al guardia, que volvió a relajarse.

Poco a poco empezó a darle vueltas a algo en lo que no había querido pensar en los últimos meses: en el modo en que Yáxtor había cambiado, en cómo había ido notando durante la misión en Honoi que el joven adepto empírico ya no era exactamente lo que había sido desde... Desde que él y Orston...

Alzó la luz y miró a su alrededor. Sí, a la izquierda.

Siguiendo órdenes de la Reina, Orston Velhas y él mismo habían purgado la memoria de Yáxtor Brandan, habían eliminado de ella todo lo concerniente a la muerte de su esposa e hijo, habían devorado cualquier recuerdo relacionado con Ámber y el pequeño Déxtor.

Había sido su mejor trabajo como artífice. Los mensajeros que había adiestrado no se habían

limitado a devorar la presencia de ambos; aquello habría dejado un hueco en la memoria del adepto y este habría acabado notándolo antes o después.

De un modo complejo y sutil, hermoso, habían alterado los recuerdos para que no hubiera espacios en blanco ni se produjeran discontinuidades. Y al acabar el proceso, Yáxtor no solo no recordaba a Ámber, sino que todo aquello en su vida que guardase relación con ella, por indirecto que fuese, había sido alterado hasta hacer desaparecer el vínculo emocional, cambiando el foco nemotécnico para que apuntara a otro lugar. Si Yáxtor y Ámber habían tenido algún amigo común, el adepto lo recordaría de un modo distante y apagado, y siempre en relación consigo mismo y no con una tercera persona que habría dejado de existir en su memoria a todos los efectos.

Sí, su mejor trabajo, sin duda. Y también algo más.

Había sido necesario, se decía. La muerte de su esposa y su hijo había dejado a Yáxtor al borde mismo de la locura, mirando a un abismo sin fin que, una y otra vez, le devolvía la mirada. El recuerdo de lo ocurrido lo convertía en una criatura atormentada y doliente que no le era útil a nadie. Ni a sí mismo ni a los demás.

Necesario, se repetía, había sido necesario.

Pero ¿para quién?, se preguntaba a veces.

Con los recuerdos se había ido una parte importante del joven. El Yáxtor Brandan que surgió de aquella experiencia era una herramienta afilada, precisa e implacable. Sin remordimientos, sin dudas, sin vacilaciones. Un asesino al servicio de su Reina que jamás cuestionaba las órdenes, por terribles que fueran.

¿O no? ¿Era el Yáxtor purgado tan distinto del Yáxtor completo como creía? ¿O simplemente le habían quitado el bozal y los arreos a la bestia que había en él y que ahora campaba a sus anchas?

*No importa*, se dijo mientras pasaba junto a los dormitorios de los archiveros. *No importa, esa no es la cuestión.*

Durante siete años, Yáxtor Brandan había sido el mejor y más letal de los adeptos empíricos. Y en Honoi, unos meses atrás, había vuelto a demostrar que su reputación era bien merecida.

Pero algo había cambiado. El Yáxtor de Honoi no era el mismo que Qérlex había conocido en los últimos años. La bestia estaba allí, mortífera y carente de escrúpulos, pero había algo más, algo que había estado ausente del joven adepto desde lo ocurrido tiempo atrás. Y aquel murmullo ininteligible, aquel «Mbr» mascullado en medio de la agonía no hacía más que corroborar las sospechas de Qérlex.

*Está completo*, pensó justo cuando llegaba a la puerta que estaba buscando. *Tonterías*, añadió. *Eso es imposible.*

Pero si lo era, ¿por qué estaba allí, en ese lugar, en ese momento?

Susurró la palabra impronunciable adecuada y los mensajeros de la puerta abrieron el cerrojo y le permitieron pasar.

No necesitó perder tiempo en orientarse. Sabía perfectamente adonde iba.

En cada estante había varios frascos, cuidadosamente rotulados. Fórmulas magistrales, recetas de mensajeros, el corazón mismo del trabajo de un artífice. Mensajeros organizados de un modo preciso y concreto para que realizaran una tarea concreta y precisa.

Siguió caminando hasta que llegó al fondo de la estrecha sala. Recorrió la pared con la yema de los dedos, cerró los ojos y murmuró cuatro palabras impronunciables. La pared se convirtió en un nuevo estante cuando los mensajeros de ocultación respondieron a la orden y desactivaron el camuflaje. No parecía muy distinto de los otros salvo por el detalle de que ninguno de los frascos

almacenados tenía rótulo. Todos parecían idénticos, hasta el líquido ambarino que contenían.

Ah, pero no lo eran.

Qérlex los recorrió con la mirada, tomándose su tiempo, deteniéndose en cada uno como si le hablasen y le estuvieran contando algo fascinante. Luego alzó la vista y contempló largo rato el frasco situado en la esquina derecha del anaquel más alto.

*Mi obra maestra, se dijo. Mi mayor crimen.*

Allí estaba. La pequeña ampolla llena de líquido ambarino. Allí mismo, donde él la había puesto hacía siete años, estaban los recuerdos destilados del cuerpo de Yáxtor Brandan en una operación que había puesto a prueba todas las habilidades de Qérlex.

Los mensajeros que adiestró el artífice para la tarea habían encapsulado dichos recuerdos, impidiendo así que su dueño tuviera acceso a ellos, y luego habían permanecido inactivos dentro del joven. Y algo más. Unos pocos y selectos mensajeros tenían órdenes de realizar una copia de las partes de la memoria que estaban siendo apartadas del adepto. Una copia cuya existencia solo Qérlex conocía y que estaba en sus manos ahora, en el líquido color ámbar dentro de la ampolla.

Las órdenes de la Reina no habían sido esas. Tampoco se lo había ordenado Orston, su superior por aquel entonces. Había sido decisión suya, y no la había compartido con nadie.

Una copia de respaldo. ¿Por qué? ¿Para qué?

Alzó la ampolla, que robó un destello de la lámpara, y la hizo girar entre los dedos.

Estaba a salvo. A salvo de todo el mundo en cualquier caso, en el anaquel donde él mismo la había puesto, así que podía dejar a un lado las sospechas e irse a dormir. Ya iba siendo hora. Yáxtor no había recuperado nada. Sus recuerdos estaban exactamente donde Qérlex los había dejado.

Se preguntó qué diría Orston Velhas si lo viera allí en aquel momento. Frunciría el ceño, claro, pero Orston se pasaba media vida frunciendo el ceño. Y seguramente diría algo imponente que sonaría muy importante.

Alzó la mano y los dedos rozaron el tapón del frasco.

Se quedó petrificado, convertido en una estatua estupefacta que no se atrevía, no ya a moverse, sino a pensar.

*Imposible*, fue el primer pensamiento que logró articular. *Impensable*, añadió después. *Improbable*, se dijo luego.

Con un esfuerzo sobrehumano bajó el brazo y tomó aire. Intentó decirse que se estaba imaginando cosas, que sus percepciones lo traicionaban, que el condenado insomnio le había jugado una mala pasada.

No pudo.

Aquél no era el frasco. Lo supo en el preciso instante en sus dedos retiraron el tapón. No era el frasco correcto; no era el frasco que debería haber estado allí.

Orston se reiría si se lo dijera... No; no se reiría. No solo porque el rostro de Orston no parecía concebido para una hazaña de ese calibre, sino porque la idea de que Qérlex hubiera copiado los recuerdos perdidos de Yáxtor no le haría la menor gracia. Pero le diría que era imposible que supiera nada con solo rozar el tapón, le diría que nadie que no fuera un adepto de primer nivel podía entrar en la sala de fórmulas magistrales, que solo tres personas en todo Alboné conocían las cuatro palabras impronunciables que revelaban la existencia de las muestras secretas; que ni el propio Orston ni la Reina habían estado allí en mucho tiempo y que, a menos que el propio Qérlex hubiera cambiado las ampollas, nadie podía haberlo hecho.

Imposible. Impensable. Improbable.

Pero cuando lo imposible ocurre, deja de ser impensable y se convierte de pronto en probable.

Aquel no era el frasco correcto. Podía equivocarse en muchas cosas, pero no en esa. Aquel no era el frasco correcto. Él mismo había creado el vidrio, había dado forma al tapón y había guardado en su interior la delicada red de mensajeros que, entrelazados en la solución ambarina, almacenaban una información concreta y precisa. Y lo había hecho consciente de que estaba ejecutando su obra maestra. Conocía el tacto, la textura, el temblor preciso de los mensajeros atrapados en el recipiente de vidrio, tan bien como conocía su propia carne o su mente.

Y aquél no era el frasco correcto. Allí no había la menor huella de los mensajeros con los recuerdos de Yáxtor Brandan, solo una solución salina y un colorante ambarino.

Eso era todo.

Pero eso no era todo, se dijo mientras cerraba de nuevo la ampolla con manos temblorosas y la devolvía a su lugar. Eso no era todo ni de lejos.

De hecho, no era más que el principio.

Tenía razón, se dijo mientras desandaba el camino. Había tenido razón y ojalá no hubiera sido así. Yáxtor estaba completo de nuevo. Había recuperado sus recuerdos, todos ellos.

Meneó la cabeza.

No era la persona que había sido antes de la muerte de su esposa y su hijo. No después de haberse pasado siete años siendo un monstruo. Pero ya no era la máquina ciega y eficaz que había sido.

Una mezcla. Una extraña mixtura que Qérlex no estaba seguro de que fuera funcional. El nuevo Yáxtor y el antiguo, compartiendo el mismo cuerpo y la misma mente. ¿Luchando entre sí, o creando una alianza?

Volvió a su habitación mientras le daba vueltas a esa y otras preguntas. Se acostó y apagó la luz, aunque sabía que no iba a poder dormir.

¿Quién había robado la ampolla con los recuerdos? ¿Cómo había llegado a manos de Yáxtor? ¿Quién demonios se las había ingeniado para hacerse con algo cuya existencia nadie conocía? ¿De qué modo...?

*Eso no importa*, se dijo.

Aunque importaba, claro que sí. Alguien más había sabido de la existencia de la ampolla, alguien con acceso a los más recónditos secretos de los adeptos empíricos, alguien que había sabido cómo llegar al lugar más oculto de los archivos de muestras y se había introducido en ellos sin activar ninguna alarma o despertar la menor sospecha. Alguien que... ¿Quién?

*Pero eso no importa ahora*, se repitió. No en aquel momento. Tendría tiempo para investigarlo más tarde, para poner patas arriba todo el sistema y dar con la brecha por la que se había colado el intruso.

Pero no ahora. No hoy.

*Yáxtor está completo*, pensó. *Totalmente. Y su memoria ha recuperado todos los rostros del pasado que hasta ahora estaban vacíos. Todos ellos; del primero al último.*

¿Qué consecuencias podría traer?

Qérlex no estaba seguro de querer saberlo.

PRIMERA PARTE  
ENDRA



*Una de las mayores mentiras que nos contamos es que cambiamos, que podemos cambiar. Algo que, si bien es cierto a lo largo de nuestros primeros años, no tarda en dejar de serlo. Cuando se han establecido los cimientos de lo que vamos a ser, solo cambiamos para parecernos más a nosotros mismos: nos pulimos, nos refinamos, nos sacamos brillo, pero no somos muy distintos de un carneútil al que la voluntad de su amo ha atrapado en una forma concreta y precisa. Podremos variarla dentro de ciertos límites, pero no allí donde realmente importa.*

*Durante un tiempo somos el cachorro de un animal desconocido en una habitación oscura a la que nadie puede asomarse. Nadie, ni nosotros mismos, sabe aún si somos un predador o una presa, un reptil o un mamífero. No es hasta que se abre la puerta y se enciende la luz que tomamos forma.*

*Y cuando la tomamos, ya no la cambiamos.*

## —Próxtor Brandan

—¿Se puede saber qué miras?

El joven acólito de los adeptos empíricos se limitó a encogerse de hombros. La mujer enarcó una ceja, dio media vuelta y volvió a ocuparse de su exiguo huerto. Mientras se inclinaba, la abertura de la falda dejó ver buena parte de una pierna larga y bien formada.

Se incorporó de pronto y volvió a contemplar al acólito. No tendría más de catorce o quince años, y seguía mirándola como si estuviera admirando un buen cuadro en un museo.

—¿Te gusta lo que ves?

El muchacho asintió. La mujer sonrió a su pesar.

—Así que te gusta venir a ver cómo sudan las clases bajas. Seguro que para ti es toda una novedad.

El acólito estuvo a punto de decir algo, pero al final se encogió de hombros otra vez.

—Bueno, me encantaría seguir con esta fascinante charla, pero tengo cosas que hacer.

De nuevo se inclinó sobre el huerto, tomó la azada y la hundió cuidadosamente en la tierra. Masculló una maldición repentina y alzó una vez más la vista.

—¿Tienes nombre, al menos?

—Yáxtor Brandan.

Su voz no era la de un hombre adulto, pero tampoco la de un crío. Había sonado hosco, como si su nombre fuera una cosa molesta que no le gustaba compartir con nadie.

—Bueno —dijo la mujer—. Hablas y tienes un nombre además de estar interesado en mis piernas. Ya es algo.

Dudó unos momentos, después sonrió como si acabase de gastarse una broma.

—Si quieres ver algo mejor, ven esta noche —dijo.

El acólito la contempló indeciso, sin saber cómo tomarse el ofrecimiento.

—¿Y a quién vendré a ver? —preguntó.

—A mí, por supuesto.

El joven se mordió el labio. Miró a la mujer unos segundos más y luego, de repente, dio media

vuelta y echó a andar calle abajo.

La mujer lo contempló unos instantes. Finalmente, se encogió de hombros y siguió trabajando.

—¿Es que no confías en mí? —preguntó Belysh.

—Depende —respondió Asima con tranquilidad y sin dejar de ojear los informes que tenía encima de la mesa—. ¿Has hecho algo que yo desconozca y que te haga pensar que es motivo suficiente para que desconfíe de ti?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿a qué viene esa pregunta estúpida?

Belysh se mordió el labio y aprovechó que la Adepta Suprema de la Curación no la veía para estrujar la toga sobre sus muslos. Aunque su maestra jamás bajaba la guardia, así que por mucho que pareciera distraída en los quehaceres diarios, seguro que no perdía detalle de la reacción de su alumna.

—Han pasado meses desde el último encargo —respondió al fin escogiendo con cuidado cada palabra. Sabía que a Asima no le gustaba tener ese tipo de conversaciones en su despacho, pero no le había dejado otra alternativa—. Estoy segura de que puedo ser de ayuda en otros.

En realidad quería decirle que era consciente de que andaba metida en algo y que ya iba siendo hora de que la hiciera partícipe. Era cosa de Asima decidir si la había entendido o no.

La Adepta Suprema dejó la lectura, se recostó en el asiento, apoyó los codos en los reposabrazos, entrelazó los dedos y se quedó mirando a Belysh un buen rato antes de decir:

—¿Te sobra el tiempo y no has informado de ello a la supervisora?

—¿Perdona?

Asima alargó el brazo, recogió de la mesa una finísima tabla que parecía hecha de pizarra, susurró una palabra impronunciable, y en el acto la superficie le mostró datos y tablas que fue pasando con un movimiento de la mano, como si abanicara el aire.

—Veamos —empezó a decir la Adepta Suprema—. Por las mañanas: impartir las clases de anatomía para los niveles básico e intermedio y supervisar las prácticas del curso avanzado. Por las tardes: turno de autopsias, luego asistir a un curso de formación sobre estudio forense, y me imagino que después prepararás las clases del día siguiente. ¿Me estoy dejando algo? Ah, sí. Las rondas nocturnas con los enfermos terminales.

»Mmm... ¿Te sientes capaz de dormir solo cuatro horas en el próximo año? Porque si es así, un grupo de adeptas analíticas ha iniciado un nuevo proyecto de investigación sobre las consecuencias de...

—¡Deja de reírte de mí! —exclamó, y en ese mismo momento se arrepintió de su reacción. Bajó la vista, apretó los dientes y dijo—: Lo siento. —Reunió valor y se enfrentó de nuevo a la mirada inescrutable de su maestra—. Es solo que... sé que puedo hacer más, que puedo ser útil. No me alisté por nada. Déjame ayudarte.

Un silencio denso y afilado se apoderó de la sala. Belysh aguantó con entereza el extraño brillo que refulgía en los ojos de la Adepta Suprema. No parecía tensa, sino más bien relajada, y eso fue lo que le erizó el vello de la nuca.

—No sé qué esperabas, Belysh —dijo Asima. El tono que empleaba era calmo, pero sonaba tan autoritario y cargado de responsabilidad que a la adepta se le antojó que acababan de sepultarla—. No recuerdo haberte prometido emoción y aventuras. Creo que me acordaría de algo así.

»Ante todo, querida, eres una adepta de la curación, y cuento con que no se te olvide jamás. Tu trabajo es importante para esta Casa. Si no opinas lo mismo..., entonces discúlpame tú a mí por pensar que lo entenderías mejor que nadie.

—Lo... Lo siento —tartamudeó Belysh, mordiéndose la lengua al final de la última palabra para no llamarla maestra.

Aunque dudaba muchísimo que alguien tuviera el más mínimo interés en poblar de mensajeros el despacho de Asima para recoger las conversaciones que tenía con las distintas adeptas, mejor prevenir que curar. La Adepta Suprema no la había reclutado en la organización por nada.

—Sé lo que significa ser una adepta de la curación —añadió—. Vivimos para servir. Servimos para que otros vivan —recitó la última parte del juramento—. Solo quería que supieras... —pensó con cuidado las siguientes palabras— que estoy aquí para lo que te haga falta.

—Lo sé. Afortunadamente, los encargos no se amontonan. Si alguna vez llega ese día, ten por seguro que preferirías tener tiempo para estar ocupada en otra cosa.

»La calma, querida, es un bien que hay que atesorar. No para relajarse, por supuesto, pero sí para disfrutarla mientras puedas.

Belysh asintió y se colocó la mano en el pecho. Cualquier observador externo entendería que ese gesto denotaba que estaba de acuerdo, tranquila. Entre ellas significaba que había comprendido lo que de verdad quería decir la Adepta Suprema: no había órdenes nuevas en la organización y, por tanto, seguiría con su rutina diaria como si tal cosa.

La adepta de la curación y maestra de anatomía se levantó del asiento, inclinó la cabeza como despedida y se marchó. Sin embargo, no se fue del todo tranquila. Algo martilleaba en su cabeza, en la parte de atrás. Al fondo, muy en el fondo.

Yáxtor llevaba varias semanas vagando por la ciudad sin rumbo fijo. Salía a la hora de comer y dejaba que los pies decidieran el camino por él. A media tarde se detenía dondequiera que estuviese y daba cuenta de las provisiones que había cogido de la cocina. Luego, con tranquilidad y dedicación, exploraba el lugar al que lo habían llevado sus pasos.

Tras regresar a la Torre y realizar sus ejercicios en el patio, rememoraba no solo el lugar que había visitado, sino el itinerario que había seguido para llegar a él.

Poco a poco estaba trazando un mapa caótico y confuso de Lambodonas, construyendo en su mente un laberinto del que solo él tenía la clave.

No debería estar allí, en aquella capital que a medida que avanzaba el verano parecía cada vez más un gigante aletargado en el sopor de una siesta interminable. Debería haber vuelto a las tierras familiares en el norte, junto a las montañas, y haber pasado en ellas el verano hasta el curso siguiente. Pero un impulso repentino, que aun ahora no conseguía explicarse, lo había empujado a escribirle a Maklén diciéndole que pasaría parte del verano en Lambodonas, si no todo.

Ítur Brin, su amigo más cercano entre los acólitos (casi el único), había murmurado entre dientes su envidia:

—Tendrás la ciudad para ti solo. Ojalá pudiera acompañarte.

Yáxtor, con indiferencia, había respondido:

—Ven conmigo.

Ítur había mascullado una maldición.

—Ya sabes que no puedo. El verano es la época más atareada y mis padres necesitan todas las

manos para la cosecha. No pueden permitirse contratar un bracero más.

Había sonado resentido. Era evidente que consideraba injusto que su amigo pudiera holgar como un hidalgo que vivía de rentas y él tuviera que deslomarse al sol. Bueno, se había dicho Yáxtor, no era culpa suya.

Además prefería estar solo.

Durante aquellas semanas no le había dado mucha importancia a dónde se metía, ni había pensado en pasar desapercibido. Después de todo, a ojos de los demás, él era un simple joven que estudiaba para adepto; nadie importante. Cuando se licenciara y empezara a trabajar para el estado o probara suerte en el sector privado, tal vez algún ratero intentara asaltarlo pensando que el chico llevaba la paga en el bolsillo. Pero de momento, ¿quién iba a pensar que había sido reclutado por los adeptos empíricos?

Así que se había paseado con toda tranquilidad por las calles de Lambodonas, y aquella tarde...

Se había encontrado de pronto en un barrio decrepito, con el adoquinado de las calles en un estado de conservación lamentable, el alumbrado público medio destrozado y las fachadas de las casas desconchadas y, en muchos casos, a medio desmoronarse. Estaba cerca del río, al sur de la ciudad, y hasta aquel día sus pasos no le habían llevado por allí.

No se había encontrado con mucha gente, y los pocos que se cruzaron en su camino lo miraron sorprendidos.

Luego vio a la mujer.

Su casa parecía en pie de puro milagro. La valla que un día la había rodeado era un esqueleto arruinado, y el jardín, un caos enmarañado en el que ella había conseguido despejar un trozo para convertirlo en un pequeño huerto.

Sin saber por qué, se había quedado mirándola mientras trabajaba. Era mayor que él, aunque no mucho. Veinte años, tal vez; no más. Alta, esbelta, fibrosa, el rostro concentrado en un mohín pensativo que convertía sus facciones en una imagen fascinante.

Debería haber seguido su camino, pero en lugar de eso, la había estado observando como un tonto hasta que ella reparó en su presencia.

*Idiota*, se decía ahora, tumbado en su celda.

«Si quieres ver algo mejor, ven esta noche.»

*Tonterías*.

Estaba prácticamente solo en el dormitorio común. Muy pocos acólitos renunciaban a la libertad de los meses de verano; generalmente, solo aquellos que no tenían a donde ir. Yáxtor era un bicho raro entre ellos, un excéntrico que había decidido quedarse por propia voluntad.

«Si quieres ver algo mejor, ven esta noche.»

Se incorporó en el lecho y dejó el dormitorio. A medida que caminaba, el esbozo de un plan se iba formando en su cabeza.

Belysh se dio la vuelta en la cama por enésima vez. Tampoco dejaba de darle vueltas a la conversación que había mantenido con Asima. No podía quitarse de la cabeza que, si bien la organización no había enviado nuevas instrucciones, la Adepta Suprema andaba metida en algo. Aunque también podían ser imaginaciones suyas, claro, pero...

Apartó las sábanas, se puso boca arriba, despatarrada, y se llevó las manos detrás de la cabeza. Acto seguido rememoró cada detalle de la reunión con ayuda de sus mensajeros.

No debería haberlo grabado, cierto, pero en determinado momento, tal vez por algo que Asima había dicho o hecho, sintió la necesidad de registrar la conversación. Cuando terminara el análisis ya ordenaría a los mensajeros que borrarán los datos, dejando a su mente solo con el recuerdo, sin más.

No fue fácil recurrir a ellos para visualizar lo ocurrido sin la ayuda de un aparato traductor. No era Asima. La destreza de la Adepta Suprema en el uso de mensajeros era abrumadora. Así que tardó unas cuantas horas en pasearse por las distintas imágenes que le mostraban sus retinas, convertidas en pantallas, para una charla de apenas quince minutos. Pero el esfuerzo mereció la pena.

Habría sido fácil pasar por alto un detalle tan sutil de no haber tenido claro desde el principio que su maestra le ocultaba algo.

Su maestra... Tenía que acostumbrarse a dejar de pensar en ella con ese apelativo, o acabaría por cortarse la lengua de tanto mordérsela. Era exactamente eso, claro: La persona que la había guiado, la había instruido, le había abierto los ojos e introducido en un mundo que jamás se había imaginado que estuviera ahí, pero que tenía toda su lógica que existiera.

La organización no tenía nombre. Belysh no conocía a los integrantes, no sabía hasta dónde se extendían las raíces ni si iban más allá de las Casas de la Curación, pero cada vez tenía más claro que su existencia era muy antigua, puede que anterior incluso a la coronación de la primera reina en Lambodonas.

Se concentró en la imagen que le había desvelado el misterio. Un informe médico sepultado, convenientemente, entre otros tantos. ¿Por qué iban a interesarle lo más mínimo a la Adepta Suprema los resultados de una revisión rutinaria a un grupo de estudiantes de la Torre?

Brandan... Paladeó el apellido. No sabía mucho de esa rama familiar, pero sí tenía la vaga sensación de haberlo leído antes, quizás en algún libro de historia que había caído en sus manos de joven. Si no estaba confundida, pertenecían a la nobleza menor, por lo que debería parecerle un detalle anecdótico entre tanto expediente. Y aun así, aunque podía estar totalmente equivocada...

*¿Quién eres, Yáxtor Brandan, y por qué Asima se ha fijado en ti?*

Se incorporó en la cama como un resorte, permaneció sentada un rato y luego sonrió, traviesa.  
*Voy a averiguarlo.*

—Necesito ropas de civil —dijo Yáxtor—, de clase baja. Y un modo de camuflar mi estoque.

El adepto que estaba en el guardarropa lo observó unos instantes. Estaba claro que no lo reconocía como acólito, pero bueno; si había llegado hasta las instalaciones ocultas en las entrañas del Museo General de Lambodonas, solo podía haber sido a través de la red de túneles que conectaban la Torre con los distintos emplazamientos que los adeptos empíricos tenían repartidos por toda la ciudad. Algo así no se le revelaba a cualquiera.

—¿Tienes permiso del tutor para esto?

—Acabo de hablar con él.

Lo cual era cierto, aunque su conversación no había tenido nada que ver con aquello. El adepto se encogió de hombros y al fin dejó pasar al muchacho.

—Esto te irá bien, creo que es de tu talla —dijo al cabo de un rato, pasándole un hatillo de ropa—. Y esto seguramente servirá para tu estoque.

Le tendió algo a medio camino entre un bastón y un garrote. Yáxtor lo cogió, lo hizo girar entre las manos y lo escudriñó con interés.



Lanzó sus mensajeros hacia el objeto y lo exploró con cuidado. Asintió de pronto y su garganta formó la palabra impronunciable adecuada.

El garrote se abrió y reveló en su interior un espacio hueco más que suficiente para contener el estoque.

—Esto me vendrá bien. Gracias.

*Al contrario que los adultos, los niños no necesitan excusa alguna para disfrazarse y fingir que son otro. Un adulto se escudará tras un trabajo, una fiesta o una celebración para dejar de ser quien es y disfrazarse de quien le gustaría ser, o de quien teme ser algún día. Para un niño, el concepto mismo de identidad es algo cambiante y fluido, como un traje que uno puede quitarse y ponerse a voluntad.*

*¿En qué momento perdemos esa capacidad? ¿En qué momento nos parapetamos tras una única personalidad y fingimos no ver todo lo demás que somos?*

### **—La Reina de Alboné, en su trigésimo cuarta encarnación**

La mujer no estaba sola; hablaba con un hombre.

Él parecía interesado en entrar en la casa y ella intentaba decidir si se lo permitía o no.

Yáxtor se detuvo al otro lado de la calle, fingiendo una escandalosa falta de interés por lo que ocurría frente a él.

La mujer, sin dejar de hablar con su posible cliente, lo reconoció, y de pronto dio por terminada la conversación.

—Me parece que esta noche no podrá ser —dijo.

El hombre masculló algo, dudó unos instantes y acabó por irse. Solo cuando hubo dado la vuelta a la esquina, ella se acercó a la calle e hizo un gesto en dirección a Yáxtor.

—Has venido —dijo.

Él asintió en silencio.

La mujer lo sopesó como si estuviera valorando una mercancía dudosa, pero luego sonrió de repente.

—Pasa.

Sin esperar a ver lo que hacía Yáxtor, dio media vuelta y entró en la casa. Tras unos instantes de vacilación, él la siguió.

Para Belysh, la mejor forma de pasar desapercibida en ciertas ocasiones no era enfundarse en un disfraz, sino ir de frente con toda naturalidad.

Por supuesto que ir como adepta de la curación a la Torre, bien entrada la noche, era algo que llamaba la atención, pero contaba con ello. Y cuando el guardia le flanqueó el paso con una sonrisa socarrona, supo que había conseguido su propósito.

Sí, iba a ver a Llúrich, instructor físico de adeptos; y sí, tenía la intención de yacer en su lecho. Quienes la vieran estarían pendientes del momento de su entrada y salida, pero también darían cierta intimidad a los tórtolos, lo que Belysh aprovecharía (con su amante roncando a pierna suelta) para disfrazarse de adepto y acudir a la sala de registros, vacía a esas horas.

También había que decir que no era la primera vez que lo visitaba; su aparición no levantaría sospechas, solo rumores jocosos y algo subidos de tono.

Había conocido a Llúrich nueve meses atrás, durante una visita concertada con un grupo de

alumnos para que conocieran un poco el funcionamiento de las Casas de la Curación.

Dos meses después, Belysh accedió a las insinuaciones del instructor. Primero porque físicamente era más que aceptable (una tenía derecho a un buen revolcón de tanto en tanto), y segundo porque sabía que en algún momento le sería útil. Y aquella ocasión parecía más que idónea para comprobarlo.

Llúrich no era nadie importante ni especial. Había intentado hacer la carrera militar, pero en vez de empezar como simple soldado raso para después ir escalando puestos, había decidido licenciarse como adepto para así acceder al ejército con un rango aceptable y, por tanto, mejor paga y más posibilidades de ascender deprisa. Sin embargo, no era muy bueno en los estudios, y en la prueba de acceso había suspendido estrepitosamente el examen teórico.

No probó suerte de nuevo. Al menos era un tipo razonable. Decidió aprovechar su titulación de adepto y aplicó solicitudes en todos los puestos vacantes que ofrecía el estado que pudieran estar relacionados con sus estudios y habilidades. Y así acabó como instructor físico en la Torre.

¿De qué le servía a Belysh conocer todos esos detalles sobre Llúrich? De poco y de mucho al mismo tiempo. Poco para conocer información relevante, pero mucho para saber cómo tratarlo y qué decir para obtener algo en apariencia superfluo aunque lo bastante interesante para ponerla sobre la pista adecuada. Después de todo, Yáxtor era un alumno.

¿Y a qué conclusiones había llegado Belysh entre arrumacos y momentos de descanso post coito? Pues que a su amante no le caía en gracia el joven adepto, pero lo soportaba.

No tuvo que hacer demasiadas cábalas para captar el rastro de envidia que dejaban los comentarios de Llúrich: Yáxtor era una promesa en ciernes, todo lo que al instructor le habría gustado ser, y le carcomía que el muchacho ni siquiera tuviera que esforzarse. También era probable que siguiera los pasos del padre y acabara cursando la carrera militar; no solo porque ser noble ya le abría las puertas, sino porque el chico era condenadamente bueno y, lo más irritante, era consciente de su superioridad.

¿Había algo peor para un profesor resentido consigo mismo y el mundo que lo rodeaba que un adolescente al que todo le salía bien con solo quererlo y que además tenía el respaldo de un apellido?

Llúrich siguió hablando y hablando sobre el resto de su jornada mientras Belysh fingía escucharlo con interés, casi devoción. Conociéndolo como lo conocía, no tardaría en dormirse con el sonido de su voz. Ella aprovechó el momento de transición para reflexionar sobre los datos obtenidos y decidir, entonces, si seguir con el plan inicial que la había llevado aquella noche hasta allí o quedarse dormida también.

El hombre empezaba ya a farfullar adormilado cuando la adepta llegó a una conclusión.

*¿Eso es todo?*, pensó con cierta frustración. *¿Un jovenzuelo prometedor que seguirá los pasos de un padre ausente? ¿Eso ha llamado la atención de la mismísima Adepta Suprema? No tiene sentido. Ninguno.*

Imposible. Tenía que haber algo más.

Dejó a Llúrich durmiendo a pierna suelta y calculó de cuánto tiempo dispondría para hacer las pesquisas antes de que él empezara a roncar a conciencia y se despertara más tarde con sus propios ronquidos. Como adepta de la curación, su deber era alertarlo de que aquello no era normal ni para la edad ni para el peso que tenía, pero ya se lo diría cuando no le hiciera falta visitarlo.

Caminó hasta la silla donde había dejado la indumentaria, cogió el ancho y largo cinturón de tela y lo usó para comprimirse el pecho. Luego recogió del suelo la toga del adepto, se vistió con

ella, se abultó la tripa con un par de camisas sucias, se retiró con cuidado la peluca que tenía bien pegada al cuero cabelludo y la añadió al mullido vientre.

Se contempló en el espejo y decidió que el disfraz era aceptable.

Podría haber usado mensajeros para modificarse el aspecto, como otros habrían hecho en su lugar, pero no era muy buena manipulándolos de forma natural, y conseguir mensajeros para que cumplieran ese cometido habría supuesto tener que solicitarlos y, por tanto, dejar constancia en alguna parte.

Además, su uso tenía la mala costumbre de dejar rastro, aunque fuera de manera casi imperceptible, y no iba a correr riesgos innecesarios.

Era un secreto a voces para la gente de Lambodonas que los adeptos empíricos reclutaban a cualquiera que les interesase, y que los recién licenciados en la Torre (ya formados y deseosos de adquirir experiencia) tenían más papeletas que el resto de ciudadanos. Después de todo, un adepto empírico también era un trabajador del estado.

Y, en efecto, aquella idea no iba desencaminada. El error radicaba en que no esperaban a que los adeptos se licenciasen. Cuando a los trece años tocaba escoger especialidad, unos optaban por mantenimiento de bibliotecas, otros por restructuración de caminos, otros por labores administrativas, otros... Otros, muy pocos, los escogidos a conciencia, entraban a formar parte del servicio especial de la Reina. Porque uno no decidía ser adepto empírico: los adeptos empíricos lo escogían a uno.

Por supuesto, los acólitos eran instruidos para seguir una especialidad como los demás estudiantes. Unas veces era pura tapadera; otras, algo realmente útil para su verdadera profesión. En cualquier caso, el plan de estudios que seguían a partir de entonces era guiado por los tutores que les decían qué cursos extras debían escoger, o en qué asignaturas optativas debían matricularse. Y dado que todo adepto, sin importar si acabaría tras una ventanilla atendiendo al público o de arquitecto, podía ser requerido en cualquier momento para tomar las armas y defender el reino, se instruía a todos por igual en combate. De este modo, ningún adepto empírico en formación se delataría ante sus compañeros.

Parecía un sistema falible, que podía ser descubierto y trampeado por cualquier enemigo o ciudadano de a pie, pero de la misma forma que Belysh había decidido ir de frente aquella noche, lo absurdamente obvio acababa siendo factible por inverosímil. Además, la Torre ofrecía otro factor añadido: era una ciudad dentro de Lambodonas, y descubrir la pequeña burbuja de aire entre tanta masa no era sencillo.

Recibía ese nombre por la estructura que servía de anclaje para los aerobajeles y que estaba coronada con un enorme reloj al que todo ciudadano volvía la vista para saber la hora. Pero era mucho más: una fortificación; un castillo cuyo interior albergaba aulas y más aulas para las más de treinta especialidades, talleres y laboratorios, dormitorios, biblioteca y sala de archivos, despachos, comedores, salas para todos los usos, auditorio, jardín, claustros... En torno a diez mil personas podían transitar la Torre a diario, perfectamente. De este modo, ¿cómo diferenciar al adepto empírico entre tanto adepto común?

No. Belysh no iba a arriesgarse a usar mensajeros y descubrir demasiado tarde que el tipo que estaba vaciando papeleras era en realidad un adepto al servicio de la Reina.

Sabiendo eso, era una locura arriesgarse con un disfraz tan poco elaborado. Sin embargo, contaba con que nadie se esperara algo tan estúpido. Y así, arropada por la tranquilidad de la madrugada, se paseó durante media hora por territorio enemigo.

Yáxtor regresó a la Torre al amanecer. Los adeptos de guardia lo contemplaron unos instantes y luego le franquearon el paso mientras se intercambiaban una sonrisa.

No quería ir al dormitorio común. Los pocos acólitos que había en aquellos momentos eran una multitud molesta a la que no quería enfrentarse. Así que subió torre arriba hasta la sala de ataque de los aerobajeles. Allí, mientras la luz del sol iba despertando poco a poco a la ciudad adormilada, se sentó, sacó una pipa y empezó a cargarla.

Maklén le había permitido fumar el año anterior, y el joven no había tardado en tomarle el gusto al hábito.

Lo hacía pocas veces, generalmente cuando necesitaba aclarar las ideas, y casi nunca si había otras personas presentes. Para muchos habitantes de Lambodonas, el tabaco era una repugnante costumbre de las tierras altas, un hábito de paletos e hidalgos rurales venidos a menos.

La noche había sido... desconcertante.

Ella lo había hecho pasar, lo había guiado a través de un largo pasillo y, tras dejar atrás un par de puertas, le había franqueado el paso a un pequeño salón. Luego le había indicado que se sentase en un rincón, entre unos cojines, y había desaparecido en dirección a lo que Yáxtor supuso que era la cocina. Por dentro, la casa desmentía la apariencia cochambrosa exterior. Humilde, sin duda, pero limpia, bien cuidada y todo ordenado con una precisión casi maniática. El único lugar invadido por el caos era donde Yáxtor se había sentado: una especie de deliberado desorden concebido para la comodidad y la despreocupación.

La mujer volvió a los pocos minutos con una tetera humeante y dos tazas. En silencio tomó asiento frente a Yáxtor, sirvió la infusión y bebió sin dejar de mirar al joven.

—Espero que merezcas la pena —le dijo—. Esta noche he dejado de ganar un buen dinero.

En lo alto de la Torre, mientras veía a la ciudad desperezarse, Yáxtor se preguntó si habría merecido la pena. Para él, sí.

Habían estado hablando toda la noche. Ella, de su huerto y sus clientes. Él..., de las tierras familiares en el norte, de las montañas, de los húmedos inviernos y las noches preñadas de presagios. Soltarse le había costado menos de lo que pensaba, y contarle lo que pasaba por su cabeza había resultado natural a los pocos minutos. Más que natural, casi inevitable.

Ninguno de los dos intentó acercarse al otro. Ella se arrebujaba entre los cojines como una gata satisfecha, y Yáxtor se limitaba a disfrutar de la contemplación de su cuerpo. Para su sorpresa, descubrió que era suficiente; que al menos aquella noche no necesitaba nada más.

Cuando ya se iba, ella le había dicho:

—Tu nivel de mensajeros es... sorprendente.

Él se había encogido de hombros. Llevaba oyendo palabras como esas la mayor parte de su vida. Era consciente de que lo que a otros les costaba horas de esfuerzo y manipulación, él lo hacía como si fuera lo más natural del mundo. Y en realidad así era.

Luego lo había acompañado hasta la calle. Había sonreído un momento antes de cogerlo por el mentón y depositarle en los labios un beso largo y cálido.

—Puedes volver —le había dicho.

*Volver*, pensaba ahora. *¿Cuándo?*

Ella no lo había dicho, y también se dio cuenta en ese momento de que tampoco le había dicho su nombre.



*No tiene ninguna lógica*, pensó Belysh ahora que disponía de un momento para reflexionar sobre lo que había descubierto, mientras sus alumnas de prácticas estaban atareadas con el cadáver hediondo que había en la mesa de autopsias.

Una parte de ella insistía en que necesitaba más tiempo para investigar el expediente del muchacho; otra decía que era suficiente. Yáxtor no era un misterio, o por lo menos no uno lo bastante interesante para preocupar a la organización.

Solo con leer el expediente académico, cualquiera podía llegar a la conclusión de que el muchacho, en efecto, se estaba preparando para seguir la carrera militar como su padre. Nada más. Como buen adolescente, inexperto y disperso, se había desviado en un par de asignaturas fáciles, probablemente para relajarse y disfrutar del periodo de instrucción sin perder puntos en el currículum. Pero, claro, Belysh no era cualquiera. No era una simple adepta de la curación ni solo una maestra de anatomía.

Había sido reclutada por la mismísima Adepta Suprema para formar parte de una organización tan vieja como el tiempo, que nunca había tenido nombre y que se dedicaba a un propósito más noble que salvaguardar el interés de unos pocos elegidos. Sabía más que la media, había sido instruida para ver más allá y obtener conclusiones acertadas a pesar de las improbabilidades o la falta de sentido común.

¿Y qué veía en el expediente del muchacho? Que había sido reclutado por los adeptos empíricos. Una estupidez, en opinión de la adepta. Era tan obvio que las habilidades del muchacho (sobre todo en la manipulación de mensajeros) resultaban útiles para los intereses reales que cualquiera interesado en la materia llegaría a la misma conclusión. Sería mejor no añadirlo a las filas de la Reina. Pero era un activo tan goloso...

Sin embargo, Belysh era incapaz de aceptar que aquello fuese todo. Asima había descubierto a un futuro adepto empírico. ¿Y? Por mucha habilidad innata que el muchacho tuviera para manipular mensajeros a voluntad, eso no era suficiente.

¿Entonces?

*Tiene que haber algo más*, se insistió. *Algo que he pasado por alto, que no he tenido en cuenta, pero ¿qué?*

—¿Qué sabemos de los familiares? —pregunto de repente una alumna.

—¿Disculpa?

—Los familiares. ¿Qué sabemos? A lo mejor es algo congénito.

—No es congénito —replicó de mala gana. Estaba demasiado cansada y frustrada para aguantar tonterías de novatas sabelotodo—. A estas alturas ya deberíais haberos dado cuenta del problema. Venga, no es tan difícil. Manchaos un poco esas delicadas manos. Hurgad.

Mientras las alumnas decidían en silencio qué órganos empezar a remover y extirpar para descubrir la causa de la defunción de aquel pobre vagabundo, Belysh se dio un imaginario golpetazo en la frente.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

*La familia, claro. Los Brandan. Tiene que ser eso. No hay otra explicación. Pero... ¿quiénes son, aparte de nadie en especial?*

Arrugó el entrecejo mientras fingía leer el ejercicio de prácticas de una alumna.

*Quizá sea eso*, pensó. *Son tan insignificantes que nadie repararía en ellos, ¿verdad?*

El resto del tiempo que Yáxtor pasó en Lambodonas aquel verano se repartió entre la mujer y la

Torre.

Por las mañanas tenía cosas que hacer como acólito. Al fin y al cabo había decidido quedarse allí cuando podría haberse ido, así que su tutor no iba a permitir que permaneciese ocioso.

Trabajó con los artifices, aprendiendo a modificar mensajeros para que se adaptasen a tareas precisas, a imbricarlos en objetos concretos, a hacer que fueran parte de las herramientas que fabricaba...

Estudió en los archivos. Memorizó, clasificó, resumió, redactó informes, extrapoló posibles comportamientos futuros a partir de los datos a su alcance...

Se ejercitó en el claustro. Entrenó con espadas y dagas, con lanzadores de proyectiles y lanzas; solo con su cuerpo, convertido él mismo en un arma mortífera...

A veces, el tutor le imponía supuestos prácticos: lo hacía disfrazarse, acudir a un lugar determinado y, sin ser descubierto, observar cuanto ocurría. Luego, ya en la Torre, analizaba sus errores, le explicaba en qué había fallado su disfraz, cómo podrían haberlo reconocido si alguien hubiera estado más atento... Aunque lo cierto es que Yáxtor tenía pocos errores que analizar. Se dedicase a lo que se dedicase, todo parecía dárselo bien y no parecía costarle apenas esfuerzo.

Su problema, si es que realmente era tal, no estaba en sus habilidades como futuro adepto empírico, sino en su falta de interés por socializar con los demás acólitos. No era hosco ni distante, pero no concedía su confianza con facilidad y, salvo Ítur, nadie sabía realmente lo que le pasaba por la cabeza.

En cuanto a ella...

Supo su nombre a la noche siguiente. Se llamaba Endra Barenden, y sus abuelos habían emigrado de Wáhrang a Alboné en busca de tierras más fértiles. Las encontraron en el sur de la isla, para ellos y para sus hijos, pero no para una nieta que no quería pasarse el resto de su vida destripando terrones y que había huido de casa con rumbo a la capital a los dieciséis años.

—Barenden es la forma wáhranger de Brandan —dijo Yáxtor cuando ella se lo contó.

Endra sonrió, traviesa.

—Entonces ¿somos primos? ¿Lo bastante cercanos para cometer incesto?

Era ella quien marcaba el ritmo de la relación, y Yáxtor se dejaba guiar sin mostrar ninguna impaciencia, tal vez porque no la sentía. La forma en que Endra llevaba las cosas lo hacía sentirse relajado, a gusto, sin la menor sensación de urgencia. Tumbarse en los cojines junto a ella, acariciarse mientras no dejaban de hablar, saborearle a veces la boca, parecía ser suficiente. No lo era, o mejor dicho, tarde o temprano dejaría de serlo. Pero en aquellos momentos no importaba.

Igual que no le importaba gran cosa cómo se ganaba la vida. Descubrir de pronto que no sentía celos, que no envidiaba a los hombres que compartían su lecho ni se sentía disminuido por el hecho de que ella vendiera sus favores a otros, había sido desconcertante. Una sorpresa en un momento en que, con la arrogancia de la adolescencia, creía que no había nada sobre sí mismo que pudiera sorprenderlo.

No podía evitar preguntarse qué había visto Endra en él. Tenía, tal como había supuesto, veinte años. Para ella no debería de haber sido más que un crío a medio destetar, así pues, ¿qué había encontrado de interesante en Yáxtor? ¿Por qué le había puesto las cosas tan fáciles? ¿Por qué lo había dejado pasar a lugares de su casa que, estaba seguro, ningún otro hombre había visto?

¿Por qué?

Era una pregunta incómoda en la que Yáxtor prefería no pensar y a la que intentaba no dar respuesta, aunque no se le iba jamás de la mente. Zumbaba al fondo como una mosca molesta, apenas perceptible pero nunca ausente.

La noche antes de que él dejase Lambodonas se dio cuenta de que ella se comportaba de un modo distinto. Esta vez las cosas iban a ser diferentes.

Lo fueron.

Ella lo cogió de la mano, lo llevó al dormitorio y, con dos zarpazos expertos, le quitó la ropa. Luego se desnudó y se tumbó en la cama.

—¿A qué esperas? —dijo.

No tuvo que contenerse mucho.

La experiencia sexual de Yáxtor se remontaba a un año atrás, con Manli, la carneútil que, junto con el viejo Maklén, lo había criado. Ella se había dejado tomar por el impaciente joven y había intentado complacerlo en todo. Al fin y al cabo, para eso había sido diseñada; como todos los de su especie.

Cuando Maklén descubrió los escarceos del joven amo con Manli, lo llamó e intentó hacerle comprender que hacer eso con los carneútiles estaba mal; que no era bueno ni para él ni para ellos. Yáxtor se dejó amonestar, aunque no terminó de comprender lo que Maklén le decía.

Tampoco lo comprendió ahora, aunque no tardó en darse cuenta de la diferencia entre estar con una criatura concebida para complacerlo y una compañera de lecho con quien tenía que preocuparse por darle placer en vez de limitarse a obtener el suyo.

Se sentía torpe, carente de experiencia, y no podía quitarse de la cabeza la idea de que todo lo que hacía estaba siendo sopesado, comparado con lo que otros habían hecho y considerado inferior.

*Es una tontería*, se dijo. Pero el pensamiento estaba allí, y la rabia y la vergüenza no tardaron en hacerle compañía.

Se sentía atrapado, en mitad de un laberinto del que no conocía ni las reglas ni la salida, por lo que hizo lo único que sabía, lo que siempre había hecho, lo que a lo largo de toda su vida le había resultado natural: soltó sus mensajeros.

Los lanzó hacia la mujer con un único propósito: darle placer, llevarla al éxtasis.

Poco a poco, a medida que las diminutas criaturas exudadas por su cuerpo cumplían el propósito que les había dictado, la rabia y la vergüenza desaparecieron, la inseguridad se fue y se abandonó por completo a su propio placer sin importarle nada más. Ya no hacía falta: sus mensajeros estaban realizando el trabajo por él.

Cuando ella lo despidió a la mañana siguiente, lo hizo con una sonrisa. Y antes de dejarlo marchar le dijo:

—Saluda a las montañas de mi parte.

Muy serio, como si aquello fuera el encargo más importante que le habían hecho en su vida, respondió:

—Así lo haré.

*El hogar es el sitio al que si vas, por fuerza tienen que recibirte tanto si quieren como si no. Aunque a veces es el último lugar al que quieres ir.*

**—Próxtor Brandan**

Pasó el resto del verano en casa Brandan y lo primero que hizo fue cumplir lo que Endra le había pedido. Subió en compañía de Maklén al pico Br'ndon, y en la cima saludó silenciosamente a los alrededores en nombre de su amante.

Si el viejo Maklén se dio cuenta de lo que estaba haciendo, guardó silencio. Y si vio cambiado al joven señor, tal vez un poco más adulto, se lo guardó para sí.

El resto del tiempo discurrió a mitad de camino entre la placidez y la impaciencia. Reencontrarse con el territorio familiar era como volver a un lugar donde el tiempo no pasaba, donde eran los años los que se desgastaban al pasar a su alrededor y no al revés; y a la vez no podía dejar de pensar en Endra.

Cuando regresó a Lambodonas un mes más tarde, volvió casi con miedo. ¿Estaría ella aún ahí? ¿Lo habría esperado? ¿Se acordaría de él, siquiera?

Le costó trabajo aguantar las clases interminables, la cháchara cacofónica de las voces de los otros estudiantes y la disciplina feroz del entrenamiento físico, mientras las horas se iban deslizando como si no tuvieran prisa.

Ítur intentó interrogarlo sobre lo que había hecho, pero Yáxtor se deshizo de él con un par de comentarios impacientes. A media tarde salió de la Torre disfrazado y echó a andar hacia la casa. Le costaba trabajo mantener el paso y no echar a correr. Llegó cuando casi anocheecía.

Ella estaba allí, junto al huerto.

No estaba sola.

Al principio, Yáxtor pensó que se trataba de un cliente y se resignó a esperar. Seguía sin sentir celos; sabía que ella era suya de un modo distinto, que con él hacía de buen grado lo que con los demás era una mera transacción comercial; que, en cierto modo, le estaba dando lo que no le daba a nadie.

No tardó en darse cuenta, sin embargo, de que aquel individuo no era un cliente. El hombre discutía con ella de forma amenazadora, y Yáxtor distinguió, algo alejadas, tres figuras más, medio ocultas entre las sombras de la calle.

Se fue acercando a la casa despacio, de un modo casual, indiferente, como si sus pasos solo lo llevaran hacia allí de camino a otro sitio.

Vio el miedo en el rostro de Endra y también la determinación. Fuera lo que fuese lo que el otro le pedía, ella no iba a ceder. Su interlocutor debió de ver lo mismo porque hizo una seña y las sombras salieron a la luz y tomaron la forma nítida de tres matones.

Endra apretó las mandíbulas y cerró los puños mientras intentaba no temblar. El hombre que estaba con ella sonrió casi con tristeza.

—Lo siento, pero hay cosas que no son buenas para el negocio —dijo.

Los tres matones avanzaban y Yáxtor casi había llegado a la valla medio desmoronada.

Antes de que ni uno solo de ellos le hubiera puesto la mano encima a Endra, Yáxtor había articulado la palabra impronunciable, abierto el bastón y sacado el estoque. Con un grito saltó la valla y se interpuso entre ella y los cuatro hombres.

El que estaba hablando y parecía el jefe lo miró con incredulidad unos instantes, casi divertido. Luego meneó la cabeza y con un gesto dio una orden a uno de los matones.

Yáxtor apenas se desplazó, o eso pareció. Sus movimientos eran precisos, medidos, como si temiera malgastar las fuerzas. Al segundo paso en su dirección, el matón se encontró con un palmo de acero en el pecho. No llegó a dar el tercero.

Los otros dos no esperaron órdenes de su jefe y se lanzaron contra el muchacho. Este se convirtió en un torbellino letal que bailaba con la muerte como pareja y la iba extendiendo por donde quiera que pasase.

En unos segundos, solo el jefe estaba en pie y aun este se encontraba en una posición precaria. Endra lo sujetaba por un brazo y le apoyaba un puñal contra el cuello.

—Esto no es... —empezó a decir el hombre.

—¿Bueno para el negocio? —terminó ella. Su voz sonaba implacable.

—No seas tonta.

—Ya.

Apretó y el puñal trazó un arco suave, casi delicado, en el cuello del hombre.

Luego, en silencio, los dos dispusieron de los cuatro cadáveres: los llevaron al río, los abrieron en canal y les ataron un peso.

Yáxtor aguardó un momento e intentó algo que sus preceptores le habían enseñado aquel mismo año. Fue sencillo, absurdamente fácil: en poco más de unos segundos no quedaba el menor rastro de mensajeros en los cadáveres. El joven los había absorbido todos. Después, con ayuda de Endra, los empujó hacia las aguas y los contempló mientras se hundían.

No había la menor expresión en su rostro. Era la primera vez que mataba a otro ser humano y, aparte de la excitación del momento, no había sentido nada.

Se encogió de hombros. ¿Por qué debería haberlo afectado, al fin y al cabo? No eran más que... una parte molesta del decorado. Habían amenazado a Endra y él se había encargado de ellos. Eso era todo. No eran importantes. No lo habían sido nunca.

Tomó aire y miró a la mujer. Se dio cuenta de que no era la primera vez que ella mataba, y se preguntó qué estaría pensando ahora de él. No parecía incómoda o asustada, no había ninguna diferencia sustancial entre el modo en que se comportaba con él ahora y la manera en que se había comportado antes.

Miró hacia el río una última vez. Los cuerpos se habían hundido. Un rastro de burbujas salió a la superficie y luego desapareció, como si allí nunca hubiera ocurrido nada. Por qué no. En realidad no había ocurrido nada importante.

Yáxtor no le preguntó a Endra quiénes eran. Ella no se lo dijo. Pasaron las horas siguientes demasiado ocupados el uno en el otro. Yáxtor creía haberla echado de menos cuando estaba ausente, pero solo ahora, mientras se hundía en su cuerpo juguetón y acogedor, mientras se veía reflejado en sus ojos y le devoraba la boca, comprendió de verdad cuánto la había extrañado.

—Cumplí tu encargo —le dijo hacia el final de la noche. Había miedo en su voz. Miedo de que ella no se acordara, de que su petición de que saludase a las montañas hubiera sido una idea trivial de la que se había olvidado casi enseguida.

Todas sus dudas se desvanecieron cuando ella sonrió y dijo:

—Sabía que lo harías.

Fantaseó con llevarla algún día a las tierras familiares y pasear juntos por aquel territorio que, en cierta manera, se llamaba igual que ella. Pero no le dijo nada.

Había sido un mes en apariencia fructífero, pero muy frustrante. Realizar la búsqueda de información sobre los Brandan sin llamar la atención se había convertido en una tarea larga y tediosa. Ciertamente que la información estaba al alcance de cualquiera: bastaba con acudir a la Biblioteca Central y cumplimentar los datos con el Registro. Hasta un adepto que estudiara Historia, por ejemplo, podría obtenerlo sin problemas. Pero ¿qué justificación tenía ella?

Tal vez estaba exagerando las cosas. De no haber pertenecido a la organización, es posible que no se hubiera comportado de forma tan paranoica. Sin embargo, prefería pensar que toda precaución era poca. Así pues, lo que podría haberle llevado como mucho una semana, le ocupó el resto del verano. Y todo eso ¿para qué? Porque cuanto más sabía, menos sentido tenía el objetivo.

*No son nadie*, pensó al borde de la histeria. *Nadie. Ni siquiera cuando fueron alguien... tampoco lo eran en realidad.*

Repasó mentalmente el árbol genealógico, siguió las líneas inmediatas que conducían a Yáxtor. El padre se llamaba Próxtor y era un militar condecorado, muerto en combate. En realidad había desaparecido durante su última misión junto a dos compañeros más. Habría sido un detalle interesante de no ser porque el historial del padre no dejaba duda alguna de que era un simple machaca como tantos otros que también cayeron durante la guerra.

El abuelo se llamaba Lúxtor, también militar pero de mayor rango, y había muerto... de viejo. El bisabuelo, Nóxtor, había dilapidado buena parte de la pequeña fortuna familiar, repartiéndola por todas las tabernas, casas de carneútiles y demás áreas de recreo de Lambodonas y alrededores. El tatarabuelo, Réxtor, se había visto obligado a jubilarse pronto tras una aparatosa caída desde el pico Br'ndon... hasta casi la base de la montaña. Después de aquello se había dedicado a la vida contemplativa, al cultivo de abejas y a almacenar buenos vinos (que casi al completo fueron vendidos por su hijo Nóxtor para pagar deudas). El trastatarabuelo Próxtor fue lo que se llamaba vulgarmente un picha brava. Tuvo cuatro hijos dentro del matrimonio, de los cuales murieron tres (uno por enfermedad, otro durante la instrucción y el último en un accidente de caza). De los extramaritales se tenía constancia escrita de dos. Uno murió por culpa de los excesos del alcohol y el otro, de viejo, amargado por no ser reconocido jamás como hijo legítimo, ambos sin descendencia que se conociera.

De los demás, Belysh podía seguir bajando y bajando hasta las raíces, que no iba a encontrar nada más destacable que eso. Vidas ordinarias, nobles acomodados gracias a un apellido que se lo permitía, aunque ninguno se lo hubiera ganado.

Quien sí se lo había ganado fue Brandan Léister, el primero en la rama familiar. Un plebeyo que a base de tesón, méritos y contactos (y, por qué no, también manipulación y puede que algo menos ortodoxo pero efectivo) se había convertido en el primer Regente de la primera Reina de sucesión estable. Lo que era lo mismo que decir la Reina actual. Y gracias a ello, porque un plebeyo no podía ocupar un cargo tan importante, su nombre acabó convirtiéndose en el apellido de un linaje noble. Menor, sí, pero ya era algo.

Y... eso era todo. Las ramas se extendían, se diluían y muchas se perdían. La mayoría por emigrar a otros países, incluso a otros continentes; otras, porque los genealogistas habían decidido que carecían de interés, como en el extraño caso de Priéxtor Brandan, de quien solo se conocía el

nombre y la fecha de nacimiento. Nada más.

Hacia el final de la investigación, convertida en un caos de pensamientos contradictorios y derrotistas, Belysh había decidido cambiar su perspectiva y enfocar el asunto de otra manera menos... clásica. ¿Y las mujeres Brandan? En toda familia noble, el cabeza visible solía ser el hombre, pero... también había habido hijas y nietas, ¿no? ¿Y si lo que le había llamado la atención a Asima era aquello que nadie miraría? Pero si encontrar información relevante sobre una línea familiar menor había sido insatisfactorio, localizar datos llamativos acerca de las Brandan había sido exasperante. Aunque, claro, ¿quién iba a pensar que había algo trascendente en la vida de una mujer? La mayoría, de hecho, había muerto dando a luz a algún vástago.

Belysh frunció los labios en más de una ocasión. Malditos tiempos antiguos... Ser mujer entonces no era tan fácil como en el último siglo. Las adeptas de la curación de aquellos años no eran más que un proyecto que solo la cuarta encarnación de la Reina consideró primordial para el bienestar del Estado. Y aun así, los conocimientos de aquella época no eran más que pasos de bebé en lo que ahora era una auténtica ventaja táctica.

Todas aquellas niñas... Todas aquellas madres... Y las que habían conseguido sobrevivir, habían servido a su condición femenina. Ser úteros. Nada más. Ningún registro. Nada.

Belysh contuvo un chillido de pura rabia. Aquello no la llevaba a ninguna parte, y la única explicación posible la consumía: se había equivocado. Había visto lo que había querido ver. Eso era todo.

Yáxtor podía llegar a ser brillante, pero solo dentro de los engranajes de los adeptos empíricos; o lo que era lo mismo: un simple recurso más para el estamento real.

Aquel Brandan, como sus antecesores, sería una anécdota para quien le apeteciera hacer un proyecto de licenciatura sin estrujarse demasiado la cabeza. Y ahí terminaba su importancia.

Derrotada y vencida, apenas pudo conciliar el sueño. Había metido la pata. Menos mal que nadie se lo echaría en cara.

—Así que no me vas a contar nada.

Estaban en los archivos, clasificando expedientes. Ítur se había pasado buena parte del día intentado sonsacar a Yáxtor. Su éxito había sido más bien moderado.

—No hubo nada especial.

Yáxtor e Ítur eran amigos desde hacía cuatro años, dos chiquillos furiosos y fuera de lugar para quienes todo cuanto los rodeaba era un peligro o una amenaza. El azar alfabético los había situado siempre en las mismas clases y ambos eran parte de la pequeña minoría que venía de fuera de Lambodonas. La amistad había surgido entre ellos de un modo natural, como dos plantas desarraigadas que se apoyaban la una en la otra buscando un suelo firme. Y el lazo se reforzó cuando ambos fueron reclutados como acólitos por los adeptos empíricos.

—Claro, seguro que no. Y por eso salías todas las noches. Por eso saliste ayer.

Yáxtor lo pensó unos instantes: Ítur no era tonto. Tenía que contarle algo para acallar sus sospechas. Pero ¿qué?

—Sí, conocí a alguien —dijo a regañadientes. Una parte de él le pedía que siguiera, que se lo contara todo. Una parte primigenia e irracional que necesitaba abrirse a alguien y contar lo que le estaba pasando. Ganó la otra, sin embargo.

Inconsciente de la lucha que estaba manteniendo su amigo, los ojos de Ítur brillaban con entusiasmo.

—¿A quién?

Yáxtor se encogió de hombros.

—Es... privado.

Ítur lo miró, incrédulo. Por un momento pareció enfadado, luego asintió y sonrió de un modo salaz.

—Privado —repitió—. Eso significa que es una mujer.

Yáxtor se encogió de hombros.

—Quizá —dijo, tratando de no sonreír también.

—Así que tenías tiempo después de todo y no informaste.

Belysh recibió el comentario de la Adepta Suprema como una bofetada. Primero, porque aunque creía haber tomado todas las precauciones posibles para que no la pillaran, resultó que no se las había arreglado tan bien como suponía. Y segundo, porque aunque Asima se lo había dicho en un tono neutro, mientras podaba de manera distraída una de las plantas del invernadero, la adepta de la curación había captado a la perfección la reprimenda.

Podría intentar alguna excusa, fingir que no entendía el comentario, pero era ridículo. Su maestra no iba a tolerar algo tan torpe.

—Lo siento —trató de disculparse, aunque no lamentaba lo que había hecho, sino haber sido descubierta—. No cometeré el mismo error dos veces.

—Oh, sí. Claro que lo harás —fue la segunda bofetada—. Estás aprendiendo, y una mejora a través de los fallos. El problema, querida, es cuando alguien decide que no necesita una maestra que la guíe, que puede hacer las cosas sola, sin ayuda de nadie. Y quizás consiga su propósito en algún momento, pero arrastrará tantas manías que le resultará difícil desaprenderlas si más adelante quiere ser eficaz en su labor. Lo que me sorprende de este asunto es que tú, que ocupas el cargo de maestra en esta Casa de la Curación, no te apliques algo tan básico.

Y ahí llegó la tercera bofetada.

A Belysh le entraron unas ganas enormes de llorar. Era humillación, en efecto, pero también rabia. Sentía que había decepcionado a su maestra y eso provocaba que las emociones la desgarrasen. ¿Cómo arreglarlo? ¿Cómo ganarse de nuevo su confianza? Sabía que no había nada que pudiera hacer o decir en aquel momento para solucionarlo de forma inmediata.

—Tienes razón y aceptaré el castigo que me impongas.

Asima terminó de podar la planta, dejó los utensilios en el panel del que colgaban las demás herramientas, se lavó las manos en la palangana, se las secó con cuidado... Todo con parsimonia y en perfecto silencio. Belysh estuvo a punto de perder los estribos; la espera era una auténtica tortura.

—¿Quieres que te castigue? —preguntó al fin la Adepta Suprema mientras se quitaba el delantal, que colocó después en la percha con tranquilidad, casi como un ritual.

—Entiendo que me lo merezco.

—Eso no es lo que te he preguntado.

La adepta suspiró con resignación y dijo:

—No, no quiero que me castigues.

—Entonces deja de actuar por tu cuenta.

—No volverá a pasar.

—No me malinterpretes, Belysh. —Caminó hacia la salida sin comprobar si su alumna la



seguía—. Tener iniciativa no es malo, al contrario. Sin embargo, es un obstáculo cuando pesa más la curiosidad que el sentido común. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No estoy muy segura.

—No corras riesgos por algo insignificante. Aún te queda mucho que aprender, y lamentaría no verte llegar al final de tu formación.

Belysh tragó saliva. Asima le había explicado en su momento que solo había una forma de dejar la organización, y que no tendría reparos en finiquitar la relación entre ambas por su propia mano. Así que el peso de aquellas palabras encerraba más de lo que aparentaba.

La adepta se llevó la mano al pecho para indicar que había entendido el comentario perfectamente, y se despidió con un beso en la mejilla y una sonrisa estudiada, para que ningún espectador sacara conclusiones equivocadas por muy acertadas que fueran en realidad. Y mientras retomaba el camino hacia las aulas, se prometió que haría lo imposible para no volver a defraudar a su maestra. Antes de que algo así sucediera, ella misma se quitaría de en medio.

Aquella noche Endra insistió en enseñarle algo. Apartó los cojines a un lado y dejó al descubierto una trampilla. La abrió, se agenció una luz, la encendió con una palabra impronunciable y descendió por el hueco. Yáxtor la siguió tras unos instantes de duda.

En el sótano, apilados cuidadosamente en una esquina, había media docena de lo que solo podían ser embriones de carneútil. A juzgar por el color, no estaban maduros, y Yáxtor se preguntó si llegarían a estarlo alguna vez.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

—Los he conseguido muy baratos.

—No me extraña. Han sido arrancados del bosqueoscuro prematuramente. No creo que eclosionen jamás.

Ella no estaba preocupada, aunque de pronto pareció repentinamente tímida.

—A lo mejor sí —dijo—, con una pequeña ayuda.

Yáxtor tardó unos segundos en asimilar el significado de aquellas palabras. Cuando lo hizo fue como si las últimas piezas de un rompecabezas encontraran el lugar adecuado.

*Claro.*

—Ya veo —dijo al fin.

No estaba muy seguro de cómo se sentía. Había algo frío dentro de él, pero era sorprendentemente pequeño y lejano. Se sentó junto a los embriones y los contempló en silencio. Endra, de pie junto a él, lo miraba interrogativa.

—¿Decepcionado? —preguntó al cabo de un rato.

Yáxtor negó con la cabeza.

—Aliviado —respondió—. Ahora las cosas sí que encajan. —Se encogió de hombros y sonrió—. No me gusta que las cosas no encajen.

Ella asintió. Alargó una mano hacia él y la retiró casi enseguida.

—¿Me ayudarás? —preguntó casi con miedo.

—Claro —dijo Yáxtor sin pensárselo dos veces.

—¿Así? ¿Ya está? ¿No tengo que hacer nada más?

—Bueno, has hecho bastante este verano.

No había amargura en sus palabras, sino pura aceptación. Vio como ella se mordía el labio y luego se ponía en cuclillas frente a él.

—Yáxtor, escucha...

El joven acarició aquel rostro difícil y sorprendentemente hermoso. La cosa fría en su interior desapareció. No importaba, se dijo. Todo estaba bien. Y realmente sentía que así era.

—No, no hace falta que digas nada.

—Pero...

—Los dos hemos obtenido del otro lo que queríamos. Nadie ha sido engañado. —Se sentía tonto diciendo algo tan obvio, algo que por fuerza ella tenía que saber—. Ambos hemos salido ganando con el trato. No hace falta decir más. De verdad.

Ella dudó unos instantes. Algo se le quebró en las facciones, después apretó de pronto la mandíbula y asintió.

—Si es así como lo quieres...

—Es como es —dijo él.

Por un instante pareció sorprendido ante la reacción de la mujer. Le estaba dando lo que quería, ¿no? ¿No era suficiente? ¿No era eso lo que había esperado? Pero enseguida se olvidó de ello cuando posó la vista sobre los embriones. Sí, iba a ser duro. No difícil, pero sí duro. Y fascinante.

—Será mejor que me dejes solo. Si quieres que use mis mensajeros para hacer madurar estos carneútiles voy a tener que esforzarme y no dejar que nada me distraiga.

—Está bien.

Dejó la luz junto al joven y dio media vuelta. Se detuvo junto a las escaleras que llevaban a la trampilla y lo contempló unos instantes. Unas palabras intentaron salir de su boca, pero al final abandonó el sótano en silencio.

Junto a los embriones, Yáxtor cerró los ojos y el mundo se convirtió de repente en una cosa lejana y ajena. Solo existían él, sus mensajeros y los seis embriones que debía hacer madurar.

«No corras riesgos innecesarios por algo insignificante». Esas habían sido las palabras exactas de Asima, y Belysh no conseguía quitárselas de la cabeza.

Había pasado el resto del día tratando de mantenerse ocupada. Hasta se había ofrecido a ayudar a su compañera, Rhémuel, con la tediosa tarea de reorganizar las asignaciones. La Casa de la Curación era un reguero constante de idas y venidas: las adeptas que se trasladaban a otras Casas distribuidas por todo el país (bien por motivos personales, bien impuestos), las que solicitaban estancias temporales en pueblos sin demasiados recursos para ganar experiencia o realizar prácticas, las acólitas que habían ganado puntos en otras Casas (o habían demostrado de sobra su potencial) y habían sido premiadas con la posibilidad de seguir los estudios en Lambodonas... Sí, aquello la había mantenido ocupada, pero no lo suficiente.

En cuanto el silencio se apoderó del dormitorio, la voz de la Adepta Suprema se le coló en la cabeza. Un repiqueteo constante que la estaba volviendo loca. Al fin y al cabo, ¿por qué recordar una y otra vez la conversación cuando estaba claro lo que su maestra le había ordenado?

«No corras riesgos innecesarios por algo insignificante», oyó de nuevo. Tumbada en la cama, agarró los extremos de la almohada y se tapó los oídos con ella mientras contenía un grito desesperado.

*No corras riesgos innecesarios por algo insignificante*, repitió con su propia voz. *Sí, eso ha dicho. Insignificante. No dijo: no corras riesgos innecesarios por nada. ¿Casualidad? ¿Mala*

*elección del termino?*

—¡Aaarg! —exclamó antes de ponerse de lado—. ¿Qué estás haciendo? Déjalo ya, no insistas. Le aseguraste que no lo volverías a hacer, así que basta. ¡Olvídalo!

Pero ¿cómo olvidarlo? Asima era cuidadosa eligiendo las palabras sin que lo pareciera. Ni una sola pausa estaba fuera de lugar. Así que *insignificante* era el término correcto y preciso. Yáxtor tenía poca importancia, pero no ninguna.

Con todo lo que había averiguado, sonaba ridículo. Entonces, ¿qué había pasado por alto?

Estaba a punto de quedarse dormida, dándole vueltas al asunto, cuando una idea la despertó con un vuelco del corazón.

*Conozco su historial y su pasado familiar, pero a él no lo conozco. Es arriesgado, lo sé, pero... Se mordió el labio. Solo un vistazo. Uno rápido y ya. Si no veo nada, lo dejo. Esta vez, sí.*

Se levantó de la cama como impulsada por un resorte. Era absurdo acudir a la Torre a aquellas horas de la noche para ver de refilón al adepto. Si el muchacho no se había ido a dormir ya, poco le faltaba. Y si además tenía que esperar a que Llúrich se pusiera a roncar, ver al chico bien arrojado en la cama tampoco iba a servir de mucho. Así que era muy probable que su subconsciente le estuviera poniendo la zancadilla; que ella misma quisiera fracasar, pasar página y no arriesgarse a defraudar a su maestra. No había otra explicación para tomar una decisión tan precipitada y fútil. Sin embargo, aquella noche, la casualidad, o puede que la mala fortuna, quiso que reconociera al acólito al doblar una esquina mientras se dirigía a la Torre.

Tras la sorpresa inicial, se animó a seguirlo hasta una casa destartada en mitad de un barrio en ruinas. Y aquello selló su destino.

Cuando volvió a la Torre aquella mañana, Yáxtor tuvo la sensación de que alguien lo seguía. Casi vacío de mensajeros, siguió caminando y trató de mantenerse alerta. La sensación no tardó en desvanecerse.

*Te estás imaginando cosas, se dijo.*

Nunca había intentado nada parecido a lo de aquella noche. Sabía que podía hacerse, por supuesto; había visto a los artifices llevarlo a cabo: usar los propios mensajeros, o los de alrededor, manipularlos y trabajar con ellos en un embrión de carneútil de forma que acelerase el desarrollo y llegase a la madurez antes de tiempo.

Estaba seguro de poder conseguirlo, pero no fue consciente de cuánto le iba a costar hasta que empezó. Al fin y al cabo, eran seis embriones, y no se trataba tanto de acelerar su desarrollo como de reactivarlo. Las seis vainas estaban casi muertas, y Yáxtor había tenido que emplearse a fondo simplemente para seguir manteniéndolas con vida y darles el empujón adecuado para que el proceso de maduración se iniciase.

No era bastante, lo sabía. Tendría que seguir trabajando algunas noches más, pero la parte difícil estaba hecha.

Y cuando estuvieran listos para eclosionar, Endra podría venderlos por una buena cantidad e irse a una parte más decente de la ciudad. Un lugar donde no tuviera que vender su cuerpo para vivir y donde pudiese tener un huerto decente en el que perder el tiempo recordando a salvo a su familia, y no aquella cosa ridícula en mitad de un caos de malas yerbas.

Se preguntó cuándo habría concebido el plan.

*El mismo día que nos vimos; cuándo si no.*

Sí, tenía que haber sido entonces. Quizá en el momento mismo en que lo descubrió contemplándola y sus ojos se posaron sobre la túnica de acólito. O tal vez después, aquella noche, cuando le hizo el comentario acerca del nivel de mensajeros.

Era un plan sencillo, elegante: comprar embriones inmaduros, fruta podrida en cierta manera y vendida a precio de ganga, y después dar con alguien con un nivel de mensajeros suficiente y la habilidad necesaria para manipularlos hasta hacerlos madurar.

Endra era lista, hábil, y no tenía escrúpulos cuando su propia supervivencia estaba en juego.

Le gustaba. Yáxtor no tenía la menor idea de cuánto había de fingimiento, cuánto de manipulación y cuánto de real en lo que Endra sentía por él, pero no le importaba. Le gustaba.

*Es lista.*

Lo era, y que lo fuese a su costa no le causaba demasiada incomodidad. Debería haberse sorprendido por aquello pero, petulante, decidió que estaba más allá de la sorpresa.

—Pareces muerto —le dijo aquella mañana Ítur.

El propio Qérlex, Maestro de Artífices, les estaba dando la clase del día, enseñándoles a utilizar mensajeros, previamente diseñados, para construir un reloj.

—Bueno, es lo que pasa cuando no duermes demasiado.

—Yo diría que nada —apostilló Ítur con una sonrisa pícaro y un alzamiento de cejas.

Yáxtor le devolvió la sonrisa y luego se concentró en el trabajo... más o menos. Lo que el viejo artífice les había ordenado resultaba un juego de niños para él, y la cantidad de mensajeros que necesitaba era mucho menor que la que le habían proporcionado, así que, en realidad, solo una parte de su atención estaba puesta en la tarea. El resto de su mente se concentraba en absorber la máxima cantidad de mensajeros posibles del aire, de alrededor, de los receptáculos en los que estaban trabajando sus compañeros.

Los asimilaba de un modo tranquilo, parsimonioso, intentando pasar desapercibido. Hubo un momento en que creyó que Qérlex había notado algo, pero el viejo artífice se limitó a fruncir el ceño, encogerse de hombros y seguir con la clase.

Cuando esta terminó, Yáxtor parecía un hombre nuevo. Los mensajeros le habían quitado de encima todo el cansancio, y el reloj que había construido marcaba el tiempo con precisión.

—Ten cuidado —le dijo Ítur más tarde, en el patio.

Yáxtor no se molestó en fingir que no sabía de qué estaba hablando.

—Lo he tenido.

—Qérlex casi te pilla.

—*Casi* no cuenta.

Ítur se mordió el labio.

—Yáxtor, eres el acólito más hábil que jamás ha pasado por aquí, todos lo dicen y lo has demostrado muchas veces. Pero un exceso de confianza no es bueno para nadie.

Yáxtor sonrió, divertido por la preocupación de su amigo. Una preocupación en la que no se le escapó un asomo de envidia. No era ninguna sorpresa: Ítur siempre había envidiado la habilidad de Yáxtor y las oportunidades que le había dado en la vida el hecho de pertenecer a una familia de la nobleza menor. Aunque eso nunca había empañado su amistad, y tampoco en esos momentos. Envidia o no, Ítur se preocupaba sinceramente por él, y Yáxtor lo agradecía.

—De acuerdo —dijo—, tendré cuidado.

—Lo dices, pero no lo crees. —Ítur pareció tímido de repente, a punto quizá de tocar un tema

prohibido, o simplemente delicado—. Escucha, quizá deberías... aflojar el ritmo, tomártelo con más calma. Ya me entiendes.

No necesitó decir nada más. Los dos sabían de qué estaba hablando.

—Lo haré, Ítur, de veras.

Ah, si él supiera... Era muy fácil hablar de tomárselo con calma cuando uno no era el implicado. En fin, algún día Ítur también pasaría por aquello. Y entonces...

—Hay algo que tengo que hacer por fuerza estos días. Pero luego me lo tomaré con calma, te lo prometo.

Ítur contuvo un suspiro de alivio.

—Lo necesitas, Yáxtor —dijo—. Ni siquiera tú eres incombustible.

—Curiosa elección de palabras.

—Bueno, ya sabes, la gente del campo somos así. Curiosos.

Los siguientes días fueron más fáciles. Ya iniciado el proceso de maduración, mantener los carneútiles en buenas condiciones y estables resultaba incluso sencillo.

Endra estaba satisfecha, era evidente, y se lo demostró a Yáxtor en abundancia; una y otra vez hasta el agotamiento. A veces se quedaba mirándolo como si estuviera a punto de decirle algo, pero nunca llegaba a hacerlo. Yáxtor se preguntaba qué sería.

*No, no es verdad. No te lo preguntas.*

Pero no quería pensar en ello. Pensar en lo que quería decirle Endra lo hacía sentir ingenuo, ñoño, incluso cursi. Pensar en que quizá estaba intentando dejarle claros sus sentimientos, que tal vez...

*No, déjalo. No importa.*

No era cierto, pero mejor verlo así. Porque la alternativa era estar equivocado y encontrarse de pronto convertido en un niño ridículo que de verdad había creído que una mujer hecha y derecha se enamoraría de él. La alternativa era estar desnudo frente al mundo y oír como todos se reían de él.

—Ya está —dijo la última noche—. Lo único que tienes que hacer es mantenerlos secos y vigilados un par de días más, y estarán listos para eclosionar. Podrás venderlos e irte de aquí.

—Gracias.

—No, gracias a ti. Por todo.

De nuevo, ella pareció a punto de decir algo. Otra vez se echó atrás en el último instante.

—Tengo que irme —dijo Yáxtor—. Si no duermo un poco esta noche, acabaré reventado.

—Duerme aquí —dijo ella.

¿Por qué no? Sin embargo, dijo:

—No, será mejor que me vaya. Mañana, cuando haya descansado... Bueno...

Ella sonrió de un modo dulce y triste que Yáxtor nunca había visto hasta aquel momento.

—Claro —dijo.

Durmió a pierna suelta, y a la mañana siguiente se sintió relejado como nunca. Los ejercicios matinales en el patio terminaron de despejarlo, y se enfrentó a las clases del día con nuevos ánimos.

Ítur lo notó y se lo hizo saber.

—Bueno, las cosas van bien —dijo Yáxtor. Tenía la sensación de que todos lo estaban mirando y le veían una sonrisa de imbécil en el rostro, pero no podía importarle menos—. Van muy bien.

Ítur se alegró por él.

No sabía por qué estaba tan contento, o quizá no quería pensar en ello. De hecho, intentaba desesperadamente no pensar, dejarse llevar, permitir que el día pasara a través suyo y que las horas fueran muriendo una tras otra a su alrededor.

Belysh tenía los nervios a flor de piel. Ya era bien entrada la mañana y aun así le seguían temblando las manos cada vez que se acordaba de lo que había pasado esa noche.

Maldijo el momento en el que decidió seguir al adepto. Maldijo el instante en el que decidió quedarse y esperar a que saliera en lugar de irse, cuando estaba claro a qué había ido Yáxtor allí.

Pero algo había pasado entonces, pequeño e insignificante, maldita sea, *insignificante*; algo que al final la había impulsado a arriesgarse e interesarse por la chica.

No había tenido intención alguna de entrar en la casa esa noche, ni siquiera tenía pensado qué decirle a la joven, cómo abordarla; pero la curiosidad había podido más que el sentido común, tal como le advirtió su maestra, y de repente, todo se había complicado. Mucho.

—¿Te pasa algo? —le preguntó la nueva poco después de entregarle los papeles de admisión.

—¿Acabas de llegar y ya te tomas esas libertades conmigo?

—replicó con una mirada furibunda.

—Disculpa —dijo la chica en un tono neutro que a Belysh le resultó tremendamente irritante—. No era mi intención ofenderte, y mucho menos entrometerme en tus asuntos, pero llevas un rato mirando la hoja sin prestarle atención y está claro que no es porque te hayas quedado boquiabierto con mi currículum.

Belysh miró a la acólita con desprecio y luego leyó el nombre de la chica. Selló la hoja y se la entregó de mala gana. En la Casa de la Curación de la que procedía podía tener todos los méritos que quisiera, que ella iba a quedarse con su cara y hacerle sudar sangre en los dos años que le quedaban para licenciarse.

La muchacha, sin embargo, hizo caso omiso a la actitud ofensiva de Belysh, se despidió con un gesto de cabeza muy estudiado y se marchó como si la reprimenda no fuera con ella.

Aquello enervó a Belysh aún más, pero los pensamientos sombríos reaparecieron de inmediato.

*Por favor, por favor..., pensó con cierta desesperación. Que lo haya hecho bien, que no haya dejado rastro alguno de mi presencia. Por favor, que Yáxtor no se dé cuenta.*

*¿Qué esperamos de nuestra vida?, ¿qué pretendemos sacar de ella? ¿Cuál es nuestro objetivo?  
¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Con qué propósito?*

*Esas preguntas atormentan a algunos hombres cada día de su vida.*

*Otros, simplemente, se limitan a actuar.*

## —Orston Velhas

La casa estaba vacía. Lo supo antes de entrar.

*Idiota, se dijo. Imbécil.*

Yáxtor cruzó el huerto, se detuvo unos instantes en el porche y luego pasó al interior.

No había el menor rastro de Endra en la casa. Tan solo la huella tenue de sus mensajeros volviéndose poco a poco inertes para que cualquier otro los controlara. Bajó al sótano y vio que los embriones tampoco estaban.

*Idiota, se dijo de nuevo.*

Subió y se dejó caer entre los cojines. ¿De qué se sorprendía? Ella había obtenido lo que quería y se había largado en busca de una vida mejor. ¿De qué se lamentaba? Al fin y al cabo, le había pagado con creces por su ayuda, ¿no? Así que no había nada que lamentar, nada por lo que quejarse, nada que echarle en cara a nadie.

Si era así, ¿por qué estaba llorando como un crío?

Ítur lo trató con un cuidado exquisito los siguientes días. Conocía a Yáxtor lo suficiente para darse cuenta de que algo serio le pasaba, así que procuró molestarlo lo menos posible, dejarlo a su aire, darle tiempo para que lo que fuese se asentara.

Yáxtor se dio cuenta de lo que hacía su amigo y se lo agradeció en silencio.

Poco a poco empezó a recomponerse. No tardó en ser de nuevo el acólito brillante y hábil que siempre había sido, pero en sus ojos color acero había ahora un brillo frío, casi implacable.

Estuvo a punto varias veces de contárselo todo a Ítur, y su amigo se dio cuenta de la lucha que Yáxtor estaba manteniendo consigo mismo. Sin embargo, siempre reculaba en el último momento, se lo pensaba mejor y se tragaba lo que iba a decir. Ítur, impotente, se limitaba a quedarse junto a él en silencio; una muda promesa de apoyo que Yáxtor no pasó por alto ni olvidó.

*Algún día, se dijo. Pero no hoy. No ahora.*

Aunque en realidad no tenía nada por lo que lamentarse, pensaba. Ella le había dado algo y había tomado otra cosa a cambio; y él había tomado algo de ella y luego le había dado otra. Eso era todo. Así funcionaban las cosas. Solo un idiota lo vería de otro modo.

*Y no soy ningún idiota.*

Sin embargo, tres días más tarde se acercó de nuevo por la casa de Endra. No sabía qué esperaba encontrar, y a cada paso del camino se decía que era mejor dar la vuelta y regresar a la Torre.

No lo hizo.

La casa seguía vacía, silenciosa. Los mensajeros que había en el aire ya no llevaban rastro alguno de Endra. Los cojines habían desaparecido, robados por algún vecino, igual que parte del mobiliario. El huerto, sin cuidar, se iba secando poco a poco.

*¿Qué hago aquí?*

Sí, ¿qué hacía allí? ¿Qué esperaba encontrar? ¿De qué le serviría no encontrar nada, al fin y al cabo? Ella le había dicho todo lo necesario simplemente con irse.

Abrió la trampilla y bajó al sótano. Recorrió con la yema de los dedos el lugar donde habían estado los seis embriones. Tomó aire y aspiró los mensajeros que flotaban frente a él.

Sintió algo. No sabía qué, pero algo. Algo familiar y extraño al mismo tiempo.

Sí, dijo de pronto.

Pero...

En un entorno cerrado como el sótano, los mensajeros tardaban más tiempo en perder el aroma de sus antiguos portadores, así que Yáxtor no tuvo ningún problema en percibir su propio rastro y el de Endra.

Y el de alguien más.

No, eso...

No le habría sorprendido descubrir huellas de otros hombres en el aire de la casa, pero ¿en el sótano? ¿En un lugar al que, estaba seguro, solo Endra y él habían ido?

*¿Seguro?*

Sí, se dijo. Seguro. Endra trabajaba sola. Había conseguido sola los embriones y había preparado sola su negocio. Y no iba a dejar que nadie supiera lo que estaba haciendo, aparte de Yáxtor.

*¿Seguro?*, se preguntó de nuevo.

Con cuidado, de un modo frío y metódico, repasó sus recuerdos y percepciones.

Sí, no se engañaba. Si Endra hubiese tenido un socio, él lo habría percibido, habría notado el rastro de los mensajeros de la otra persona en el cuerpo de ella; no la huella fugaz y siempre cambiante que dejaban sus clientes, sino algo permanente y constante. Y no había el menor rastro de nada de eso. Si había un vestigio de otra persona en el sótano, Endra no la había dejado pasar voluntariamente.

Y eso significaba...

Cerró los ojos y se sentó.

*¿Está viva? ¿Está... muerta?*

Era un pensamiento al que no podía abandonarse. Ahora no. Necesitaba la cabeza fría, en calma. Era un adepto empírico, o lo sería algún día, y ya era hora de comportarse como tal.

De nuevo paladeó los mensajeros extraños. Almacenó el sabor en su mente, adiestró a los suyos para reconocer aquel regusto y luego, mientras se tumbaba en el suelo, los soltó a su alrededor.

Vació de ellos, articuló una palabra impronunciable y los lanzó afuera.

*Buscad. Encontrad. Informad.*

Era una araña tendida en el centro de la tela, extendiendo su red al viento, creando una estructura compleja y delicada que lo abarcaba todo, lo cubría todo, lo percibía todo.

Los mensajeros flotaron en el aire de la tarde, cruzaron el río, se internaron por calles y callejuelas, entraron en sótanos, subieron a torres, atravesaron puentes y se internaron en túneles.



Ni un milímetro de Lambodonas quedó fuera de su exploración.

Y Yáxtor, la reina araña, colocado en medio de su tela, con la respiración convertida en un suspiro apenas perceptible y los latidos del corazón reducidos a un ritmo casi inexistente, cerraba los ojos y esperaba, intentaba no pensar en nada, trataba de dejarse llevar.

Fruncía el ceño, apretaba la mandíbula. En aquellos momentos, se decía, no era humano. Era una herramienta, el fulcro alrededor del que giraba todo.

*Idiota*, le decía sin embargo una voz lejana. *Tonto. ¿Qué estás haciendo? ¿Para qué? ¿Por quién?*

Pero la voz no tardó en morir. Yáxtor era la estación central de una imposible red de comunicaciones: los trenes llegaban y salían a un ritmo frenético, yendo a todas partes. Era el corazón de un sistema circulatorio infinito. No tenía tiempo para pensar, para perderlo en sí mismo.

La noche estaba bien entrada cuando todos los mensajeros terminaron la exploración de la ciudad y regresaron al cuerpo de su amo.

Poco a poco, Yáxtor fue volviendo al mundo. En realidad, su percepción era justo la contraria: era el mundo el que regresaba lentamente a él; era el mundo el que, muy despacio, se iba haciendo real.

Abrió los ojos. Encendió una vela con una palabra impronunciable y se sentó, midiendo cada movimiento.

Después intentó poner orden en la información que le habían traído los mensajeros.

Los había enviado tras dos rastros.

Uno que conocía bien: el aroma preciso y concreto de los mensajeros asociados a Endra.

El otro: el del desconocido que había estado en el sótano.

Habían tenido éxito en lo segundo. Habían fracasado en lo primero. En toda la ciudad no había el menor rastro de ella.

Yáxtor trató de no pensar en lo que podía significar aquello. Intentó con todas sus fuerzas sujetar los pensamientos y no naufragar en un futuro de posibilidades atroces. No, ahora no. No tenía tiempo para aquello.

*Pero...*

¡No!

Se concentró en el presente. Dejó a un lado lo que no tenía y se enfrentó a lo que sí.

El rastro que buscaba aparecía en tres lugares distintos. Durante unos segundos se preguntó a cuál debía ir primero: ¿al más reciente, o al más cercano?

Luego dejó el sótano.

Lanzó una última mirada a la casa e intentó con todas sus fuerzas no pensar en Endra. No ahora, no en aquellos momentos.

*Ya tendré tiempo para...*

Basta.

Echó a andar. Era una sombra furtiva en mitad de la negrura de la noche.

Eran siete, con un aspecto muy similar a los hombres que habían intentado atacar a Endra la noche en que él había vuelto a Lambodonas.

Eso, y los seis embriones maduros de carneútiles que descansaban en un extremo de la habitación, eran todas las pruebas que Yáxtor necesitaba.

¿Y ahora qué?

Agazapado en el tejado, contemplando la escena desde una claraboya, el joven meditó qué hacer a continuación. Los siete parecían bien armados, aunque no deberían de estar muy bien entrenados si eran como los otros de los que se había encargado. Pero eran siete.

*Puedo ocuparme de ellos.*

Tal vez, o tal vez no. Podía ir por ayuda. Acudir a Ítur, o incluso a los preceptores. Explicar a los adeptos empíricos lo que había pasado...

*No. Esto es mío. Es solo mío y de nadie más.*

Analizó a cada uno de los hombres en la habitación: los movimientos, el lenguaje corporal, la jerarquía entre ellos, el modo en que tomaban decisiones o acataban las de los demás... Y mientras lo hacía percibió algo nuevo.

Un rastro de mensajeros ajeno a los que estaban allí. ¿Se le había escapado alguien? ¿Había otra persona más involucrada en aquello?

Dudas otra vez. ¿Esperar a que volviera el otro, o atacar ya?

Y de repente sintió como si le hubieran golpeado en el rostro.

No, no podía ser. La forma en que aquellos mensajeros se degradaban, el modo en que perdían todo rastro del humano que los había portado, la manera veloz, precisa y eficaz en que se volvían inertes y anodinos...

Todo apuntaba a un único lugar.

*No, ahora no, se dijo de nuevo. Ahora no. Habrá tiempo después para pensarlo.*

Así que exploró una vez más la habitación. Necesitaba uno vivo, y la elección obvia era el jefe: el que, por fuerza, tendría más información.

Trazó un mapa mental de sus próximas acciones. Envío parte de sus mensajeros como avanzada para que le informaran de los movimientos del enemigo cuando él mismo no pudiera ocuparse de todo lo que pasara a su alrededor.

Luego tomó aire y se lanzó a través de la claraboya.

Fue breve, preciso y sangriento. Veloz. Eficaz como la obra perfecta de un maestro de artífices.

Cuando terminó, era el único que quedaba en pie en la habitación. El otro superviviente se arrastraba por el suelo e intentaba incorporarse. Yáxtor le rompió los brazos con un par de golpes secos.

Se acercó aún más a él.

—La mujer —dijo—. Qué ha sido de ella.

El hombre parpadeó, tratando de salir de aquella pesadilla.

—¿Qué...?

—La mujer —repitió Yáxtor mientras lo incorporaba a medias y lo apoyaba contra una caja.

El hombre parpadeó de nuevo, soltó un gemido y meneó la cabeza.

—Eres... un maldito... crío... —dijo, incrédulo.

—La mujer —insistió Yáxtor.

—No puede...

—¡La mujer!

La patada de Yáxtor le destrozó el hombro. Intentó gritar, pero solo consiguió gemir.

—No sabes dónde te estás...

Su voz se interrumpió. Tomó aire y volvió a menear la cabeza.

—Maldito crío. No tienes ni idea...

Yáxtor se agachó.

—¿Dónde está?

El hombre meneó la cabeza.

—Yo qué sé.

Intentó encogerse de hombros y se detuvo a mitad del gesto. Gimió y parpadeó varias veces, luego miró de nuevo a su interlocutor. Un crío, un maldito crío armado con un estoque. ¿Cómo era posible?

Enfrentó la mirada de Yáxtor: los ojos color acero, fríos e implacables. Fuese lo que fuese, aquello no era un crío.

—Nos contrataron, ¿entiendes? —La lengua se le soltó repentinamente—. Nos proporcionó toda la información necesaria para que robáramos los embriones a cambio de quedarse con una parte.

—¿Quién?

Meneó la cabeza.

—No lo sé. Mierda, no lo sé. Llevaba siempre la cara tapada. Tampoco sé lo que hizo con ella. Ya teníamos lo que queríamos, así que no nos importó demasiado lo que le pasara a la chica —Se mordió el labio—. Maldito crío —musitó de nuevo.

Yáxtor lo miró, tratando de tomar una decisión. ¿Le mentía? ¿Le había dicho la verdad? Los adeptos empíricos tenían técnicas de interrogatorio que le resolverían aquellas dudas, pero ni las conocía aún ni podía pedirles ayuda. No ahora. No después de lo que había hecho.

—Te he dicho la verdad, maldita sea —dijo el hombre como si hubiera seguido sus pensamientos—. Me has jodido bastante. No tengo motivos para...

No, era cierto; no los tenía.

Yáxtor se puso en pie y le rompió el cuello de una patada. Luego destrozó metódicamente los embriones de carneútil y dejó la casa.

*¿Muerta? No, ahora no pienses en ello. Todavía no. ¿Muerta? ¡Maldita sea! No pienses en ello. No pienses en que no hay rastro de sus mensajeros por la ciudad. Céntrate, maldita sea. Ya tendrás tiempo para compadecerte de ti mismo por no haber echado un último polvo, por no haberle dicho que la querías, por no haberle dejado decirte que te quería. ¡Ahora no, joder!*

Alzó la vista. Tomó aire.

Paladeó de nuevo los mensajeros que había captado degradándose de un modo rápido, eficaz, no natural en el almacén. Habían sido manipulados para que no dejaran rastro alguno de su portador, para que nadie pudiera identificarlo saboreando sus mensajeros.

Una sombra. Furtiva.

Recordó la sensación que había tenido unas noches atrás, al volver a la Torre, la idea de que alguien lo seguía.

Se había estado resistiendo a aquel pensamiento toda la noche, pero llegar a la conclusión no era tan difícil.

La manipulación a la que habían sido sometidos los mensajeros no era muy compleja. Cualquiera con un mínimo de conocimientos y práctica podía hacerlo, lo que planteaba un territorio inmenso que explorar.

A menos que... A menos que no buscase, que hiciera que lo buscasen a él.  
Sonrió. Una sonrisa feroz, fría.  
*Vamos de caza*, se dijo.

*Somos criaturas hechas de memoria, de recuerdos y mentiras. Cada vez que recordamos el pasado lo reinventamos, y también a nosotros mismos. Y si eso es cierto para una sola vida, cuánto más no lo será para las incontables que nos habitan.*

### **—La Reina de Alboné en su vigésimo sexta encarnación**

—Has tardado mucho en venir —dijo Yáxtor en un susurro ronco.

La figura embozada dio un cauteloso paso.

—¿Qué haces aquí? —Su voz estaba deformada, seguramente por algún tipo de filtro de mensajeros.

Yáxtor se encogió de hombros. La sombra dio un nuevo paso hacia el interior de la sala de ataque. Más allá, tras los enormes ventanales, la noche se desparramaba silenciosa.

—¿Qué haces aquí? —repitió.

Durante todo aquel día, los mensajeros de Yáxtor habían creado un rastro falso en la Torre: uno que los identificaba como pertenecientes al jefe de los ladrones. Era cuestión de tiempo que fueran percibidos por su contacto, que este siguiera las huellas y que ascendiera torre arriba en dirección a la sala de ataque de los aerobajeles.

—Averiguar algo —respondió Yáxtor mientras salía de las sombras.

La figura embozada retrocedió como si hubiera recibido un golpe al comprender el modo en que la habían engañado. Yáxtor, a su pesar, asintió.

—Esperaba equivocarme —añadió.

Sí, quien ocultaba la voz tras un filtro y el embozo aparentaba tener más altura, más amplitud de hombros, pero para Yáxtor era sencillo ver a través de aquel disfraz.

Reconocía la forma de moverse.

La conocía demasiado bien.

—¿Por qué, Ítur?

El embozado tomó aire. Permaneció inmóvil unos segundos y luego, con un gesto hosco, se libró del disfraz.

—Vaya —dijo, jocosamente.

—¿Por qué? —repitió Yáxtor.

—¿Por qué no? Era una buena oportunidad de ganar dinero. Seis embriones maduros de carneútil. Un buen comienzo. El primer pago para una interesante carrera comercial. Así que... ¿por qué no?

Yáxtor dio un paso en dirección a su compañero.

—¿Y ella?

Ítur se encogió de hombros.

—Era molesta. Me vio. Podía identificarme. Tenía que librarme de ella. Entiéndelo, Yáxtor, no era nada personal.

—Para mí, sí.

Ítur no dijo nada. Se encogió de hombros otra vez.

Yáxtor saltó hacia él. Su compañero intentó esquivarlo, pero una patada lo lanzó contra la pared. Antes de que pudiera incorporarse, Yáxtor le golpeó de nuevo. Y otra vez.

—¿Por qué? —preguntó de pronto.

Ítur tosió y escupió sangre.

—Sí —dijo—. Supongo que para ti es difícil de entender. Nunca has necesitado nada. Siempre lo has tenido todo. Y lo que no te daba tu nacimiento, te lo daban tus mensajeros. —Sonrió de un modo torcido y malévolo—. En el mundo real las cosas no son tan fáciles, Yáxtor. Hay que ganárselas. Vi mi oportunidad y la aproveché.

*¿Fáciles? ¿Realmente las cosas son tan fáciles para mí? Qué importa. No es culpa mía que sea así.*

—¿Qué hiciste con ella?

Ítur se llevó una mano a los labios y se limpió la sangre.

—No creo que quieras saberlo. No todo, por lo menos. Qué más da. Está muerta, Yáxtor.

*No.*

Retrocedió dos pasos.

*No.*

Miró a su antiguo amigo, su compañero. Juntos desde que no eran más que dos niños que no sabían lo que significaba en realidad convertirse en acólito de los adeptos empíricos. Juntos desde... siempre. A Yáxtor le parecía que desde siempre.

*No.*

Retrocedió un paso más. Ítur se puso en pie muy despacio.

—Habría preferido que las cosas fueran de otro modo —dijo—. Pero...

Su compañero. Su amigo... El único.

*No. Muerta. No, maldita sea, no.*

Alzó la vista y contempló a Ítur, dolorido pero seguro de sí mismo, convencido de que Yáxtor no lo mataría.

Eran adeptos empíricos después de todo, no gente vulgar. Bueno, eran acólitos, cierto, pero una vez admitidos, reclutados, eran parte del sistema, no podían salirse de él; así que solo un tribunal de adeptos, o la misma Reina, decidiría sobre su vida y su muerte.

Por supuesto que Yáxtor podía denunciar a Ítur, entregarlo, solicitar un juicio, pero... el castigo no sería suficiente. Recibiría un tirón de orejas tal vez, luego lo seguirían instruyendo y aprovechando sus nuevos lazos con los bajos fondos para terminar dándole un propósito, una misión.

Vio todo eso escrito en la mente de su compañero, tan claro como si lo estuviera diciendo en voz alta.

*Muerta.*

Apretó los dientes y saltó. Ítur logró esquivarlo y acto seguido giró hacia el enorme ventanal que daba a la plataforma de ataque. Yáxtor golpeó de nuevo, pero su compañero volvió a esquivarlo y se acercó un poco más al ventanal.

—No seas tonto, Yáx...

No pudo terminar la frase. El siguiente golpe de Yáxtor lo lanzó contra el cristal que se astilló, e Ítur cayó al otro lado, sobre la plataforma de ataque. Yáxtor saltó tras él.

El viento aullaba, gritaba una canción de guerra, gemía un cántico de venganza.

Ítur trató de ponerse en pie, pero Yáxtor no se lo permitió: lo lanzó de una patada al borde de la plataforma.

—¿Qué estás...?

Yáxtor lo miró una última vez. Luego, casi con desgana, lo empujó más allá del borde.

Belysh observó la escena con curiosidad morbosa, tan segura en su parapeto como perpleja. La trampa urdida por Yáxtor había sido obvia para alguien entrenado como la adepta, pero en un arranque sentimental había cruzado los dedos para que Ítur se sintiera tan seguro de sí mismo que acabara cayendo en ella. Después de lo que le había visto hacerle a la chica aquella noche, esperaba que alguien tan joven y despreciable pagara con creces por ello.

No se había esperado la frialdad con la que Yáxtor había ejecutado la sentencia. Estaba predispuesta a oír lloros, súplicas y un sin fin de «¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué, por qué?», sumado a un «Soy mejor que todo esto, te salvo y que otros decidan por mí». Los clichés habituales. Pero ese no había sido el caso.

Un escalofrío le recorrió la columna. No percibió duda en la mirada del muchacho, ni tampoco en el gesto que acabó precipitando a Ítur al vacío. La satisfacción que vio en el rostro del acólito la dejó anonadada. ¿Cuántos años tenía aquel crío? ¿Catorce?

Oh, sí, los adeptos empíricos habían elegido bien después de todo. La habilidad del chico no residía únicamente en su capacidad para doblegar mensajeros, sino en su falta de escrúpulos y la rapidez para tomar decisiones en situaciones... peliagudas. Solo con verlo allí, en lo alto, satisfecho con la ejecución de su mejor amigo, era suficiente para despejar cualquier duda.

*Lo siento, maestra, no lo puedo dejar pasar,* pensó antes de volver al dormitorio. *Los Brandan han engendrado a un monstruo, una herramienta perfecta para la Reina. Tú lo sabes; yo ahora lo sé. Y sospecho que hay más. Algo de lo que quieres protegerme. Pues perdóname, porque no pararé hasta que lo encuentre. Me lleve el tiempo que me lleve. Esta vez seré prudente como me has enseñado.*

Investigaron la muerte de Ítur, y durante varias semanas, los rumores que circulaban entre los acólitos se volvieron más descabellados que de costumbre. Poco a poco, sin embargo, las cosas volvieron a la normalidad.

En apariencia, Yáxtor continuó siendo el perfecto acólito. Silencioso, hábil, aplicado y totalmente entregado a su labor. Los compañeros lo envidiaban tanto como lo admiraban. Algunos se dieron cuenta de que había cambiado. Era normal que fuera silencioso, poco dado a hablar o compartir con los demás, pero ahora se mostraba frío, ausente, como si no existiera nada más allá de él mismo o las tareas que emprendía, como si todo lo demás hubiera desaparecido o careciera de importancia.

Siempre había sido difícil saber qué le pasaba por la cabeza, pero a partir de aquel día, sus pensamientos se hicieron impenetrables. Tras aquellos ojos fríos y decididos, tras aquella mirada color acero, ya no parecía haber nada.

Así que durante el día, Yáxtor se afanaba en sus tareas como acólito. Por la noche, en medio del dormitorio comunal, permanecía despierto casi hasta el amanecer, intentando con todas sus fuerzas no pensar en nada.

Un día se puso ropas de civil, fue a ver al tutor y le pidió una semana de permiso, que le fue concedida sin más explicaciones. Si el tutor pensó que el muchacho estaba afectado por la muerte de su amigo y necesitaba llorarlo a solas, Yáxtor no lo desengañó.

Abandonó la Torre a la hora de comer. Deambuló por las calles de Lambodonas hacia el sur, cerca del río.

La casa estaba tal como la recordaba. Un poco más decrepita, tal vez. El huerto había sido consumido por las zarzas y las malas yerbas.

Esperó a que cayese la noche y lanzó sus mensajeros con una orden de ignición. La casa se convirtió enseguida en una pira que ardía ferozmente. Si alguien se acercó a ver lo que pasaba y distinguió al muchacho que contemplaba con los dientes apretados cómo las llamas devoraban la casa, enseguida dio media vuelta y volvió a meterse en sus asuntos.

Casi amanecía cuando de la hoguera no quedaban más que rescoldos. Yáxtor entró en el solar, recogió un puñado de cenizas calientes y las guardó en una bolsa. Repitió la operación tres o cuatro veces más y luego se fue de allí sin mirar atrás.

Maklén lo contemplaba con asombro.

—Joven amo, no te esperaba.

—No deberías —dijo Yáxtor.

Cruzaron juntos el umbral de la casa y dejaron atrás las dos armaduras desvencijadas que habían visto tiempos mejores. Yáxtor dejó su escaso equipaje encima de la mesa del salón común y luego tomó asiento.

—Te traeré algo de comer —dijo Maklén.

Yáxtor asintió. Discreto, el viejo mayordomo dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Poco después depositaba cerca de Yáxtor una bandeja con pan, queso y algunos embutidos, además de una jarra de sidra caliente.

—Mañana saldré —dijo Yáxtor—. Subiré al Pico Br'ndon. Tengo algo que hacer allí.

Maklén se lo pensó unos instantes.

—Puedo enviar contigo...

—No, no hará falta. Iré solo.

Maklén se mordió el labio. Durante un momento estuvo a punto de imponer su voluntad a la del joven. Como tutor legal, y hasta su mayoría de edad, podía hacerlo. Sin embargo, se limitó a decir:

—Como quieras.

—Después volveré a Lambodonas.

Era evidente que Yáxtor no tenía nada más que decir, así que Maklén dio media vuelta y abandonó el salón en busca de Manli para que le preparara la habitación al joven señor.

Llegar a lo alto del pico le llevó toda la mañana. Era una tradición familiar a la que Yáxtor nunca le había encontrado el sentido. Sin embargo, una vez alcanzada la cima, comprendió.

El aire era frío, cortante y de una transparencia absoluta. Todo el valle, bajo él, se desparramaba como si fuera la delicada miniatura de un artífice extremadamente hábil. La contemplación tras el enorme esfuerzo era sin duda catártica.

Se puso en pie, cogió la bolsa, la abrió y dejó que el viento se llevase las cenizas.

Por primera vez desde que supo que ella había muerto abrió aquella parte de su mente, se permitió recordar. Lloró, allí donde nadie podía verlo, como un animal herido, como una bestia agonizante.



Como un niño.

Como un hombre.

En voz alta, saboreando cada sílaba, pronunció por última vez un nombre:

—Endra.

Después se secó las lágrimas e inició el descenso.

En la mente de Belysh empezaba a fraguarse una teoría que, si bien sonaba ridícula, no carecía del todo de lógica. Una lógica absurda, claro, pero no inverosímil.

No se la contaría a Asima, al menos hasta tener pruebas sólidas, lo que significaba que las indagaciones correrían de su cuenta, sin ayuda de ningún tipo y teniendo un cuidado exquisito y una paciencia extrema para no ser descubierta de nuevo. Como le había dicho a la Adepta Suprema, no cometería el mismo error dos veces.

Partía de una hipótesis que en parte se había confirmado. Tal vez el muchacho no era consciente ni lo sería jamás, pero su camino iba a ser guiado y vigilado de cerca.

¿Cómo podía estar tan segura? Por cómo se había resuelto la muerte de Ítur, quien también había resultado ser un acólito de los adeptos empíricos.

Estaba claro que tras el «accidente» habría una investigación y que, siendo los implicados dos futuros adeptos al servicio de la Reina, nadie sabría jamás lo que había ocurrido realmente. Porque si el chico pensaba que nadie iba a descubrir lo que había pasado, estaba muy equivocado. Aún no tenía la experiencia suficiente para borrar por completo sus huellas en aquel asunto, por lo que un adepto empírico entrenado acabaría atando cabos de una forma u otra.

Por supuesto, la historia se taparía. Sin embargo, una cosa era crear una historia de cara al público, y otra permitir que un acólito matara a otro y se fuera de rositas, por muy justificada que hubiera estado la decisión del joven.

¿Y qué había pasado con Yáxtor? Nada. Absolutamente nada. Ni siquiera una llamada de atención. En la misma situación, con otros protagonistas, la resolución habría sido bien distinta. Pero en esta, no solo no habían indagado lo suficiente, sino que habían dejado que el joven se tomara unas vacaciones para despejarse. ¿Eso tenía algún sentido? Sí, uno: el muchacho no era tan insignificante para algunos. Ahora bien, ¿por qué?

Eso era lo que Belysh pretendía averiguar. Al fin y al cabo, Asima también había detectado algo, así que no era un asunto para tomarse a la ligera.

Vio por el rabillo del ojo que la nueva volvía a levantar el brazo. Era un auténtico incordio de chica, demasiado consciente de lo lista que era, y sus habilidades sociales dejaban bastante que desear; principalmente, porque era incapaz de no ser sincera, de tener mano izquierda. Si no cambiaba la actitud pronto, sus compañeras de clase empezarían a hacerle el vacío.

A Belysh tampoco le caía en gracia. Aquella mocosa de doce años debería estar preocupada por los cambios que estaba sufriendo su cuerpo, además de las hormonas que le rezumaban como al resto de compañeras, en lugar de entretenerse cuestionando sistemáticamente todo lo que ella, la maestra, decía en clase.

Era la primera en levantar la mano para responder, no se equivocaba jamás... Ejemplificaba la definición exacta de una niña repelente. Ahora se arrepentía de haberla colocado en su clase para ponerla firme.

—A ver, Ámber. ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

## INTERLUDIO

*Lo que la naturaleza hace de un modo ciego y sin propósito, nosotros podemos repetirlo de forma consciente y con un objetivo concreto. No hay un solo proceso natural que no sea susceptible de ser reproducido, refinado y mejorado por el hombre. El universo no es otra cosa que una gran máquina a nuestro servicio.*

—**Stevan Sdens, artífice de la Confederación Occidental**

Shércroft manejaba la silla de ruedas con una indiferencia que hablaba de muchos años atado a aquel artefacto. Casi diez, se decía. Casi diez desde el error que había estado a punto de costarle la vida. Casi diez años en aquel artilugio, convertido en medio hombre.

Al menos, pensó mientras entraba en el patio de las Casas de la Curación, la parte que importaba estaba intacta. Su mente seguía funcionando y abalanzándose sobre cualquier enigma como un predador hambriento sobre una presa desprevenida. Sus movimientos quizá estaban limitados; su pensamiento, no.

Cruzó el patio y esperó en el vestíbulo a que su presencia fuera notada. No tardó mucho en salir a recibirlo una joven adepta de la curación.

—Buenos días, Jefe de Archivos. La Adepta Suprema me ha pedido que te indique que aún tardará unos minutos en estar disponible. Me ha dicho que te lleve a su despacho y me asegure de que no te falta nada.

—Conozco el camino, gracias. Y si fueras tan amable de proporcionarme un poco de té caliente, no te molestaré más.

—No es molestia.

La mujer lo acompañó hasta el despacho, aunque por el modo en que Shércroft se desplazaba parecía que fuese él quien la guiase y estuviese permitiendo, por pura bondad, que la adepta lo acompañara.

El despacho de Asima era, por supuesto, pequeño, espartano y cualquier cosa menos acogedor. Reflejaba a la perfección el carácter de su dueña.

La joven lo dejó allí y volvió al cabo de unos minutos con una taza humeante. Shércroft se la agradeció con un gesto y tomó el brebaje a sorbos lentos mientras dejaba la vista vagar por la habitación. Casi desnuda de ornamentos, apenas daba pista alguna sobre el carácter de su ocupante. Alguna había, claro, por más que Shércroft no las necesitase para saber cómo era Asima.

Había terminado el té hacía un buen rato cuando la puerta del despacho se abrió y una mujer de facciones afiladas y altivas entró en la habitación.

—Creí que no vendrías —dijo ella con indiferencia mientras pasaba por delante de él.

—Pero esperabas que lo hiciera.

Asima fingió no haberlo oído; tomó asiento tras la mesa, hizo la pantomima de ordenar algunos

papeles y luego contempló largo rato y en silencio al jefe de archivos.

—No has cambiado gran cosa.

—Eso insiste en decirme la memoria —respondió Shércroft—. Sin embargo, el espejo cuenta otra historia bien distinta.

—No has cambiado —insistió ella—. No en lo que importa.

—¿Esperabas que así fuera?

A su pesar, Asima sonrió.

—Ni se me había ocurrido, la verdad. Aunque confieso que me sorprende que hayas tardado tanto en venir. Después de todo, él lleva casi cinco días con nosotras.

Shércroft no respondió y Asima le sostuvo la mirada.

—Supongo que te lo imaginas —prosiguió la adepta en un tono que daba a entender lo estúpido que era recalcar algo tan obvio—, pero te lo comento igualmente: debería estar muerto. Cualquiera otro lo estaría. Sin embargo, él se está recuperando. Será lento y no le va a resultar agradable, pero lo superará. La mujer honoyesa casi no se aparta de su lado, aunque sospecho que eso también lo sabes.

Tampoco hubo ahora ninguna respuesta.

—Puedo arreglar una visita, si quieres. Supongo que has venido a eso.

Él enarcó una ceja.

—¿Y qué propósito tendría esa visita?

—No lo sé. —Sonrió a medias—. Tal vez el mismo que la orden que has dado para que enviemos a los archivos una copia de los informes diarios sobre su salud.

—Yáxtor Brandan es uno de nuestros mejores adeptos ejecutivos —replicó Shércroft a la defensiva sin saber muy bien el porqué—. Es normal que queramos informes actualizados sobre su progreso.

—Claro.

Había un discurso entero en aquella palabra. Un discurso que el Jefe de Archivos asimiló y aceptó con un asentimiento.

—¿Qué quieres que te diga, Asima? ¿Que me preocupo por el muchacho? ¿En qué sentido eso es una novedad?

La Adepta Suprema lo miró suspicaz. Por un momento, Shércroft tuvo la sensación de que ella iba a decirle algo, probablemente mordaz, pero se arrepintió en última instancia.

Sí, esa era la relación entre ambos. Distantes y cercanos al mismo tiempo. Guardándose secretos, pero conociéndose demasiado bien. Siempre buscándose el uno al otro y siempre poniendo barreras entre los dos. Un juego interminable al que jamás pondrían fin.

—Como quieras —dijo ella dando un manotazo al aire—. Allá tú. Pero si no has venido a ver a Yáxtor, ¿a qué, entonces?

—Esa es una pregunta excelente, querida, y confieso que la respuesta no es sencilla. —Dudó unos instantes. Pareció repentinamente tímido—. Necesito tu ayuda.

—Eso sí que no me lo esperaba —replicó ella con sinceridad—. Y sospecho que decirlo debe de haberte costado bastante.

—Menos de lo que creía.

—Vaya. ¿Y en qué puedo ayudarte?

—Diciéndome con exactitud qué le pasó a Yáxtor Brandan hace siete años.

Esta vez fue el turno de Asima de guardar silencio. ¿Era un acto deliberado, o se trataba de uno de esos raros casos en los que Shércroft conseguía pillarla en un renuncio? Fuera como fuese,

y sin pretenderlo, el juego estaba en marcha.

—¿Eso es a lo que has venido, viejo tonto? ¿A escarbar en el pasado? ¿A sacar a la luz algo que todos quieren que siga enterrado?

—Ah, pero ¿hay algo que sacar a la luz?

—Si lo hay, no es nada que debas saber.

—Sé muchas cosas que no debo, querida. Lo que me irrita es no conocer todas las que sí debería. Somos una enorme burocracia, y el tráfico de papeles pasa al completo por los archivos tarde o temprano. Pero, claro, no todo queda reflejado por escrito.

—Y cuando no es así, suele ser por un buen motivo. —La Adepta Suprema lo miró detenidamente con una expresión indescifrable—. ¿Te das cuenta de lo absurdo que resulta que vengas aquí, y ahora, para saber qué ocurrió hace siete años? Es difícil no preguntarse qué puede haber pasado para que de repente quieras averiguar lo que le ocurrió a tu querido Yáxtor.

Shércroft no se inmutó cuando detectó un ligero rastro de resquemor en la voz de Asima al pronunciar el nombre del chico.

—Es... complicado —dijo con cautela.

—Complicado. —El rostro de la adepta se volvió de repente una fortaleza cuyas puertas se iban cerrando poco a poco, una tras otra—. No hay nada de complicado en la muerte. Simplemente es irreversible.

Shércroft frunció el ceño. Se mordió el interior de la mejilla, pensativo, y de pronto asintió para sí. Aunque todo indicaba que la actitud de Asima era hostil en esos momentos, y que era mejor marcharse cuanto antes, el adepto fue capaz de ver más allá y comprender que había pulsado el botón adecuado.

—¿A qué estamos jugando, querida? Me temo que no...

Guardó silencio de pronto. Asima era una estatua fría y hostil, y la temperatura de la habitación parecía haber descendido varios grados en consonancia.

Shércroft apartó las manos de la silla y las cruzó en el regazo. Poco a poco, el ambiente en la habitación volvió a la normalidad.

—No hay nada que saber —dijo ella al fin, midiendo cada palabra—. No hay nada complicado en todo esto, viejo tonto.

—Suavizó las facciones—. Nada en lo que merezca la pena escarbar. —Sonrió. Una sonrisa estudiada que Shércroft conocía demasiado bien—. La muerte tendría que habérselo llevado hace siete años y no fue así. Yáxtor la esquivó, como ha estado haciendo todo este tiempo. Como hizo hace seis días en Khynai. Contra todo pronóstico, sigue vivo.

—Pero no debería estarlo.

—Ya. Es obvio, ¿no?

—No me refiero a que tendría que haber muerto en su última misión como bien has apuntado. Hablo de que no ha estado realmente vivo durante los últimos siete años.

—No te entiendo. —Cada palabra era el gesto de un explorador tanteando un terreno desconocido.

Shércroft meneó la cabeza y dijo:

—Insisto. ¿A qué estamos jugando?

Alzó una mano antes de que la adepta replicase. Se dio cuenta de lo absurdo de seguir dando rodeos.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera. —Carraspeó y se acomodó en la silla—. A lo largo de estos años he visto a Yáxtor una docena de veces y también he hablado con él. Si es que puede

calificarse de hablar el intercambiar cortesías triviales con un conocido. En todas y cada una de las ocasiones en las que coincidimos, su lenguaje corporal era incorrecto, como si todo lazo emocional conmigo hubiera desaparecido.

»Leí el informe de su primera misión... Bueno, fue un baño de sangre, pero eso es lo de menos en realidad. La tendencia de Yáxtor a la violencia no me es desconocida ni me pilla por sorpresa.

—Ajá. ¿Y? —A pesar del tono neutro, Shércroft detectó un rastro de impaciencia.

—Que no creo en las casualidades.

—Lo que significa...

—Pues que después de lo que le pasó a Ámber, un cambio era lo más lógico, pero...

El adepto no perdió detalle de la tensión que Asima acumulaba entre los hombros. Estaba claro que no le estaba contando nada nuevo, pero también lo era el hecho de que ella necesitaba oírsele decir en voz alta.

—Iba a decir que se transformó en otra persona —prosiguió—, pero eso no es cierto del todo. Nada de lo que leí en los ficheros de personal sobre su proceder me sorprendió. No hubo nada que no me pareciera propio de él. Igual que no lo hubo en ninguno de los otros informes de misión. Fue lo que no vi lo que me dejó intrigado.

—Explícate.

La orden fue más bien una cortesía, una muletilla quizá. A Shércroft le gustaba oírse hablar, pero más aún que los demás le pidieran lucirse en un misterio por resolver. Y Asima lo sabía de sobra.

—Estaba incompleto —respondió.

—Bueno, quizá el Adepto Supremo decidió...

—No. El fichero de personal, no. Los respaldos de los mensajeros de memoria a los que tuve acceso estaban íntegros. No había nada malo en las transcripciones. Quien estaba incompleto era Yáxtor.

La mujer meneó la cabeza. No parecía impresionada en absoluto, sino más bien aburrida.

—¿Adónde quieres llegar, viejo tonto?

—Adonde no me incumbe, supongo. Era de esperar que lo ocurrido cambiase al muchacho. Nadie pierde lo que más ama sin que le queden cicatrices. Así se dio por hecho, pero... esto es diferente. No percibo un cambio de actitud, sino una ausencia. Lo he dejado estar durante todo este tiempo. Sin embargo...

No terminó la frase y Asima tampoco la completó.

—¿Por qué precisamente ahora, Shércroft? —insistió ella al cabo de un rato; y al adepto, por alguna extraña razón, aquel tono le sonó a súplica—. ¿Por qué no hace un año, o dentro de una semana?

El jefe de archivos se mordió el labio.

—Tengo mis motivos. No puedo revelártelos. Aún no.

Asima se acomodó en el asiento, miró al viejo con los ojos entrecerrados y dijo:

—¿Qué quieres de mí?

—¿Qué le hicieron a Yáxtor? O tal vez debería preguntar: ¿qué le hicisteis?

La Adepta Suprema meneó la cabeza.

—Nada. No le hicimos nada —respondió con cierto aire de derrota—. Eso es lo más gracioso de todo. No conozco las circunstancias exactas de la muerte de Ámber y Déxtor y, créeme, he intentado conocerlas. Cuando Yáxtor llegó a nosotras...

—Espera. ¿Y la autopsia?

—No hubo. Tampoco cadáveres —agregó con resquemor—. La oficina del Adepto Supremo nos informó de que Ámber y Déxtor habían fallecido en las tierras familiares de Yáxtor, y que se había tenido que disponer de los cuerpos por razones del Servicio.

—¿Y la causa de la muerte?

—Accidente de escalada. Pero eso ya lo sabes.

Shércroft asintió.

—Sí, aunque esperaba que tú tuvieras otra versión.

—Me temo que no. Accidente de escalada. Ámber se despertó esa mañana, cargó con el bebé a cuestas y decidió que sería buena idea ir al monte a recolectar hierbas; de las más difíciles de conseguir, por supuesto. —Chasqueó la lengua—. En fin. Como te iba diciendo, se dispuso de los cuerpos por razones del Servicio y nos enviaron a Yáxtor para que lo tuviéramos en observación hasta que pudiera valerse por sí mismo. Y eso fue exactamente lo que pasó. No le curamos la mente, no le aliviarnos el dolor. No hicimos absolutamente nada. Lo tuvimos en observación tal como nos pidieron, aunque tampoco había mucho que observar.

—No te entiendo.

—Yáxtor llegó a nosotras en un estado casi comatoso. Durante los tres meses que estuvo en nuestra Casa, fue recobrando la consciencia lentamente. Y cuando despertó del todo, no había nada que tratar, nada que curar, nada que asimilar. El chico abrió un día los ojos, miró a su alrededor y dijo que estaba listo para incorporarse al servicio. El resultado del examen de la adepta inquisitiva fue que, en efecto, era apto para la actividad como adepto empírico. Así que le dimos el alta.

—Eso es absurdo.

—Lo es, pero es lo que ocurrió.

Shércroft sonrió como si se hubiera contado un mal chiste.

—Vine aquí buscando respuestas y lo único que me das son nuevas preguntas.

—Me alegro de haberte ayudado —dijo Asima, socarrona.

—Ah, lo has hecho, querida. Aún no sé cómo, pero así ha sido.

Dejó el despacho de la Adepta Suprema poco después, no sin que esta le advirtiese antes de salir que tuviera cuidado. Y no se refería a durante el trayecto de regreso, precisamente.

—¿Acaso no lo tengo siempre?

Asima no dijo nada, pero la expresión en su rostro fue respuesta suficiente.

*Ya, pensó Shércroft. Lo sé, lo sé. Está claro que tú no te has quedado de brazos cruzados durante estos siete años, y que si no has conseguido resolver el misterio en todo este tiempo no ha sido por falta de interés o de medios. Así que, querida, no hace falta que me insinúes que esto apesta.*

Dasaraki Itasu decidió tomarse un baño. Poco después conseguía relajarse en la amplia bañera albonense, aunque no pudo evitar echar de menos los baños de su tierra. Tenía ganas de volver, de regresar a Honoí, a su regimiento de Ingtze, a sus habitaciones y a su rutina.

Yakisetoru... Yáxtor, se obligó a usar la pronunciación albonense, iba recuperándose de las heridas, y de paso volviendo de las fronteras sin retorno que había estado a punto de atravesar. Lentamente, tanto que a veces era desesperante, volvía al mundo de los vivos y empezaba a parecer de nuevo el hombre que había sido antes de aquella ridícula misión que lo había llevado al borde de la muerte. Cuando estuviera totalmente recuperado, el Emperador daría la orden y

regresarían a Honoí. Estaba segura.

Volver a Kyono-jo, estar de nuevo entre los suyos y sentir el delicioso estremecimiento que experimentaba al oír la voz serena y profunda de Renyokiru Mizuni, su antigua Comandante y ahora nueva Chambelán del Emperador. Abandonar de una vez aquel lugar extranjero, extraño y hostil, y volver a casa. Aunque... nunca vuelves a casa. No del todo.

Había una parte de ella que no quería irse, que quería continuar en aquel lugar sorprendente y no siempre agradable, que deseaba seguir junto a Yakisetoru... Yáxtor, jugar con el peligro que él representaba y las oportunidades que ofrecía. Ver más mundo, conocer otros lugares, tal vez luchar contra nuevos enemigos.

Y otra parte más, una parte muy pequeña en la que no quería pensar, agradecía el estado de Yáxtor, su actual debilidad, el que no pudiera valerse por sí mismo y necesitara atención constante. Ver al adepto empírico de ese modo, indefenso y casi inválido, despertaba dentro de ella una emoción extraña. Una emoción en la que prefería no pensar, pero que, pese a ello, era uno de los motivos que hacía que cada nuevo día tuviera algo que mereciera la pena.

Tomó aire y se sumergió por completo en la bañera. Aguantó la respiración tanto como pudo... y un poco más. Solo cuando sintió que sus hermanitos iban a intervenir para ayudarla a respirar, lo quisiera ella o no, emergió del agua y tomó una larga bocanada de aire que le supo a gloria.

Sonrió.

De pronto pensó en el hombrecillo tuerto en silla de ruedas con el que se había encontrado el día anterior en las catacumbas de los adeptos empíricos. Le había resultado familiar, como una figura percibida a medias entre las sombras que despertase el eco de un recuerdo.

Lo había seguido con discreción por los pasillos y pasadizos bajo la Torre. Al llegar a los archivos, Itasu no tardó en darse cuenta, por la actitud del viejo inválido, de que allí gozaba de una situación de poder.

Los archivos de los adeptos empíricos, pensaba ahora. Llenos de legajos polvorientos e informes de misiones, donde se tejía una vasta y compleja red de información que abarcaba el mundo entero, donde ella había... Pero no, ella no «había». Ni en los archivos ni en ninguna otra parte de Alboné. Pese a lo que su mente insistía en decirle, ninguno de aquellos lugares formaba parte de su pasado o de su vida.

Frunció el ceño y meneó la cabeza.

Era irritante encontrar rostros conocidos, lugares que jamás había visto, y descubrir que despertaban ecos familiares en su memoria. Normalmente conseguía mantener a raya aquella sensación, seguía adelante con sus tareas y el molesto picor en la memoria desaparecía enseguida; pero el viejo tuerto era distinto. Había algo en él...

Podía esperar a que Yáxtor se recuperase lo suficiente para hablar y entonces preguntarle, usar sus conocimientos sobre los adeptos empíricos y que le aclarase las sombras de su mente. O podía hacer otra cosa: preguntárselo a sí misma.

Meneó la cabeza de nuevo.

No, no era buena idea. Seguro que estaba allí, en medio del caos oscuro y abigarrado que eran los recuerdos de Yáxtor. Y seguro que si se decidía a explorar aquel caos daría con lo que buscaba. Pero ¿quería hacerlo?

Recordó de nuevo el momento en que ella, Yáxtor y Mizuni se habían fundido en una sola criatura, se habían transformado en un nuevo ser que era la suma de los tres y algo más. Juntos se habían enfrentado al Primer Emperador, a aquel Tairuname Isu doh Tairunabe, encarnado en un carneútil y decidido a volver a Kyono-jo y sentarse de nuevo en el trono, como si todo el tiempo

transcurrido desde su reinado no hubiera sido más que una ilusión, un sueño.

Allí, fundidos en uno solo, siendo y no siendo Itasu, se había asomado a la mente de los otros dos, igual que ellos se habían asomado a la suya. Se habían visto, se habían contemplado. Habían estado desnudos frente a los otros dos, como nadie antes lo había estado. Al borde del abismo, habían mirado.

Aún tenía a Yáxtor dentro de ella, en cierto modo. Era de nuevo Itasu, sin duda. La unión no había durado más que unos minutos y había vuelto a ser lo que era; pero Yáxtor estaba en su interior, arrinconado en la esquina más sombría de su mente, allí donde prefería no mirar, causando molestos chispazos de falsos recuerdos que casi nunca tenían sentido.

El inválido tuerto era distinto: parecía importante. Aunque, ¿lo era realmente, o se trataba simplemente de una mala pasada de su mente?

Shércroft, recordó de pronto. Sí, Shércroft, así se llamaba.

Frunció el ceño de nuevo.

Podía hacer el esfuerzo consciente de recorrer el pasado de Yáxtor, pasearse por las avenidas, los caminos y las callejuelas de su memoria, buscar a Shércroft y descubrir qué relación guardaba con él.

Sí, se repitió. Podía hacerlo.

No. No hoy. Tal vez nunca.

Descubrió con fastidio que el agua se había enfriado.

Una parte de Qérlex quería contárselo todo a Orston Velhas y dejar que el Regente tomara la decisión sobre lo que debían hacer, incluso aunque eso supusiera su destitución (y tal vez su ejecución) por haber contravenido una orden directa de la Reina.

No dijo nada, sin embargo.

Al fin y al cabo, se decía, ¿era tan terrible que Yáxtor hubiera recuperado los recuerdos? No parecía que eso hubiera afectado su juicio o su capacidad como adepto empírico, así que, ¿por qué remover el lodazal más de lo necesario?, ¿por qué no dejar las cosas como estaban?

*Porque no se van a quedar así. Antes o después, alguien más se dará cuenta.*

Y a medida que pasaban los días comprendía que lo verdaderamente preocupante no era que Yáxtor hubiera recuperado los recuerdos perdidos, sino cómo lo había conseguido.

¿Quién había logrado entrar en el archivo de fórmulas magistrales? ¿Quién había eliminado los mensajeros de camuflaje que ocultaban las fórmulas secretas? ¿Quién tenía los conocimientos, el acceso y el atrevimiento necesario para robar la ampolla con los recuerdos de forma que nadie se diera cuenta, las alarmas no sonasen y todo siguiera pareciendo normal?

¿Y cuándo? ¿En qué momento había ocurrido?

Poco a poco, a medida que Qérlex sopesaba las posibles implicaciones políticas e incluso estratégicas de lo ocurrido, la preocupación por Yáxtor había ido pasando a un segundo plano.

El adepto podía quedarse con sus recuerdos. Al cuerno con eso. Si el joven era capaz de asimilarlos, vivir con ellos y seguir siendo funcional, bienvenido fuera.

Pero...

Pero alguien había tenido acceso a un lugar que, en teoría, no estaba allí. Había sabido dónde buscar y cómo, y había obtenido algo que nadie, salvo el propio Qérlex, sabía que existía.

¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? Y sobre todo: ¿con qué propósito?



Shércroft deambuló un rato por los pasillos de las Casas de la Curación y terminó saliendo al patio. Era la hora de descanso de las acólitas. En grupitos de cuatro o de seis iban de un lado a otro, hablando en voz baja y manteniendo siempre la compostura. Shércroft se quedó mirándolas largo rato, disfrutando del espectáculo de la juventud. Después, su mente volvió a temas más importantes.

Podía haberle contado a Asima lo ocurrido, pero tras pensarlo unos instantes decidió que no, que había sido mejor no decirle nada. No creía estar haciendo nada peligroso, pero se había equivocado en el pasado y no quería que ella pagara por los errores que él pudiese cometer.

Hablaría con ella, claro que sí. Más tarde, cuando hubiera desvelado el misterio. Se lo contaría todo. Se lo merecía, al fin y al cabo. Merecía saber qué le había pasado exactamente a Ámber.

La diferencia entre la situación de Asima y la suya respecto a lo sucedido siete años atrás radicaba en algo tan simple como quién seguía con vida y quién no.

Después de que Shércroft detectara con una sola palabra, un gesto imperceptible, que había algo torcido en la actitud de Yáxtor, había decidido mantener el dato en la recámara sin más. Lo había revisitado en un par de ocasiones y sopesado las implicaciones, pero al final lo había dejado correr. Después de todo, el muchacho desempeñaba su función de adepto de manera impecable, así que no era necesario hacer sonar la alarma.

Pero Yáxtor estaba vivo y Ámber, no. Si hubiera sido al revés, probablemente la Adepta Suprema de la Curación habría actuado de la misma manera que el Jefe de Archivos.

Siete años. Asima llevaba siete años intentando averiguar qué había pasado, de eso no le cabía duda. Siete años en los que no le había pedido ayuda ni una sola vez. Quizá por orgullo, o porque de alguna manera lo estaba protegiendo. Pero ¿de qué?

Sin embargo, Shércroft había decidido al fin meter las narices.

«¿Por qué ahora? ¿Por qué no hace siete años, o dentro de una semana?», recordó las palabras de Asima. En efecto, era puro reproche, aunque la adepta lo había aprovechado para intentar sonsacarle.

*Lo siento, querida, pero ya me conoces. Soy un egoísta. Tu juguete se rompió, mientras que el mío seguía funcionando. Entro tarde en la partida, aunque sabes que no estaré en desventaja.*

Tenía mucho trabajo que hacer, eso era cierto, pero la Adepta Suprema de la Curación lo había puesto en el camino adecuado sin saberlo.

*¿Sin saberlo? Sonrió como si acabara de gastarse una broma. Sin que lo parezca, por supuesto.*

¿Accidente de escalada? ¿Sin cadáveres? ¿El Servicio de por medio? ¿Todo dicho con la misma frialdad que cuando él lo leyó en el informe? No, Asima se lo había dicho de tal forma que si alguien los estuviera escuchando no leería entre líneas, pero al adepto le había dado la suficiente información para saber por dónde empezar a indagar y contrastar con lo que ya sabía.

Sí, la Adepta Suprema le había dicho demasiado: le había revelado que ella había llegado a un callejón sin salida, a pesar de ser una reina araña con una robusta tela formada por consistentes hilos de los que tirar.

*Te he oído, querida amiga. Alto y claro.*

Alzó la vista, y en la otra punta del patio distinguió a Qérlex. Seguramente iba a la habitación de Yáxtor, como todos los días desde que el joven, al borde mismo de la muerte, volvió de la misión.

Qérlex, el viejo Maestro de Artífices y actual Adepto Supremo. Un cargo que ahora le venía demasiado grande, o al menos eso debía pensar de sí mismo, aunque Shércroft no estaba tan seguro. Le parecía que Qérlex podía ser incluso mejor de lo que había sido Orston Velhas, siempre que tuviera la cabeza despejada y no perdiera de vista lo esencial.

Parecía preocupado, decidió Shércroft mientras el Adepto Supremo entraba en la Casa y se perdía de vista. Un par de días atrás habría encontrado natural aquella preocupación, pero los últimos informes de las adeptas de la curación decían con claridad que Yáxtor estaba fuera de peligro, y que solo era cuestión de tiempo y mensajeros que volviera a estar en pie.

Así pues, ¿qué preocupaba tanto a Qérlex?

*Tal vez lo mismo que a mí,* se dijo de pronto.

Shércroft entrecerró los ojos en un gesto involuntario. Acto seguido abandonó el patio y regresó a los archivos. Ya en el despacho, cargó la pipa, se recostó en la silla y dejó que el humo le llenase los pulmones y le diera forma a los pensamientos.

Sí, quizá Qérlex estaba preocupado por el mismo motivo que él. Qérlex, antiguo Maestro de Artífices. Qérlex preocupado y visitando a Yáxtor, aun siendo más que evidente que no había necesidad, que lo peor ya había pasado.

Shércroft también lo había ido a ver en las mismas circunstancias, aunque Asima medio le había echado en cara su falta de interés. Estaba bien saber que aún era capaz de sorprender a los demás si se lo proponía. Estaba bien saber que, a pesar de su impedimento físico, podía engañar a los demás.

Había estado allí la noche anterior. La silla de ruedas, bien engrasada, no había hecho el menor ruido mientras se deslizaba hacia la habitación de Yáxtor, abría la puerta, se aseguraba de que no hubiera nadie y entraba.

Claro que lo había visitado.

Cinco carneútiles maduros estaban al servicio del muchacho, que los vaciaba de mensajeros con ansia, con avidez. Cuando lo vio, fue consciente de la guerra que estaba teniendo lugar dentro del adepto. Una guerra en la que los mensajeros eran el ejército, y el cuerpo, el campo de batalla.

Vio la espada que Yáxtor había traído de Honoi, colocada a un lado de la cama, y sintió un escalofrío al contemplarla. Como si aquella cosa afilada y mortífera estuviera viva de algún modo.

Luego vio que Yáxtor tenía los ojos abiertos y que lo miraba.

—Shércroft —susurró.

—Muchacho... —se le escapó el cariñoso apelativo.

—Tranquilo... He estado... peor. Creo.

Yáxtor sonrió y volvió a quedarse dormido, vencido por los calmantes que los mensajeros le sintetizaban en las venas.

Unos segundos; seis palabras.

Seis palabras en las que había más emoción que en todas las ocasiones anteriores en las que se habían encontrado a lo largo de los últimos siete años.

*Me recuerda,* pensó ahora mientras fumaba, igual que lo había pensado aquella noche al salir de la habitación. *Me recuerda.*

Durante siete años, Yáxtor se había comportado con él como si fuera un conocido al que no le ataba ningún lazo emocional, un eco distante del pasado que no despertaba nada en él.

Pero no la pasada noche en el cuarto. Ya no. De pronto, no.

¿Por qué?

Darí­a con la respuesta, pero primero tenía que averiguar lo que se había negado a saber durante aquellos siete años. Tenía que descubrir qué había sucedido con Yáxtor tras la muerte de Ámber.

Tenía sus sospechas sobre qué le habían arrebatado, dudas sobre el cómo y nada claro el porqué. Y eso último, sobre todo, era un misterio que empezaba a cosquillearle detrás de los ojos hasta producirle una comezón inquietante, perturbadora.

Terminó de fumar, vació la pipa, la limpió y apoyó la barbilla en las manos entrelazadas.

*Me recuerda, pensó una vez más. Me recuerda.*

SEGUNDA PARTE  
SHÉRCROFT

*A menudo se nos define como una suma. Una suma de recuerdos y experiencias sobre todo. Sin embargo, la analogía de la suma es inexacta, pues parece implicar que a continuación de una experiencia nos limitamos a añadir otra, como si fueran habitaciones estancas que no comparten espacio alguno.*

*Quizá la idea de una amalgama refleja mejor la forma en la que se construye nuestra personalidad. Una amalgama en la que un acontecimiento se solapa a otro, un recuerdo influye en una experiencia con la que no guarda relación alguna e ideas aparentemente inconexas se desparraman por nuestra memoria afectando todo cuanto somos. Ni siquiera somos una mezcla homogénea donde los distintos componentes se acaban interrelacionando hasta conseguir algo nuevo y de propiedades distintas. En algunas zonas de nuestra mente se produce este proceso, y las distintas minipersonas que en realidad somos se fusionan en una nueva. En otras partes, sin embargo, las personalidades originales que una vez fuimos permanecen inalteradas, como si el tiempo no hubiera pasado por nosotros o por esa parte de nosotros.*

*Así acabamos convertidos en una alianza (inestable, caótica y a menudo en lucha consigo misma) de decenas de personalidades distintas. Una colección de los distintos yos que fuimos alguna vez, que se diluyen unos en otros y, al mismo tiempo, se mantienen separados y se contemplan con desconfianza y hostilidad.*

## **—Próxtor Brandan**

—En efecto, joven Brandan, alguien debe pararles los pies antes de que su flota se convierta en un auténtico problema.

Yáxtor levantó la vista del legajo que había estado leyendo en los últimos minutos y se volvió con el ceño fruncido hacia la persona que acababa de hablarle.

—¿O quizá piensas que es mejor dejarles seguir con lo suyo?

Quien preguntaba era el viejo Shércroft, Jefe de Archivos de los adeptos empíricos y, a todos los efectos, tutor y superior de Yáxtor.

El joven no respondió. Repasó sus movimientos en los últimos minutos, y mientras rebobinaba en la mente lo sucedido, fue reconstruyendo también los pasos que Shércroft había seguido para adivinarle los pensamientos: el modo en que había interpretado un alzamiento de cejas ante un párrafo concreto, la manera en que había deducido por qué Yáxtor buscaba este informe o aquel legajo, la forma en que había leído cada pequeño detalle de su lenguaje corporal y, sobre todo, el momento exacto que había elegido para interrumpir los pensamientos del chico con la frase precisa para impresionarlo.

Era bueno, sin la menor duda. El condenado viejo era bueno. Tanto que, ahora mismo, estaba siguiendo los mismos pasos que Yáxtor y retrocediendo mentalmente con él para repasar los últimos minutos.

—Supongo que sí —respondió al fin—. Alguien debería pararles los pies.

—En ese caso, mejor que redactes el informe adecuado para que llegue a los ojos apropiados. Estoy seguro de que el Adepto Empírico Supremo estará encantado de leerlo y obrar en

consecuencia.

Yáxtor asintió. El viejo archivero dio media vuelta y lo dejó solo, mientras el joven terminaba de leer el legajo, tomaba un pliego de papel y un estilo y empezaba a redactar el primer borrador del informe. No iba a ser muy distinto del definitivo. Pocas veces necesitaba corregir. A sus diecisiete años y recién graduado como adepto empírico, cumplía su primer periodo de prácticas en los archivos con una eficacia fría y concienzuda que impresionaba tanto a compañeros como a superiores.

Excepto a Shércroft. Si el viejo estaba impresionado, desde luego no lo demostraba.

Más tarde, poco antes de que cayera la noche, Shércroft volvió a pasar por la mesa de Yáxtor.

El muchacho había terminado la labor del día y estaba recogiendo los distintos legajos y los útiles de escribir.

—Un día fructífero, por lo que parece.

Como siempre, Shércroft se apoyaba en un bastón que Yáxtor sospechaba que ocultaba un estoque. Contemplaba al joven adepto con una media sonrisa en el rostro arrugado, cuyas facciones semejaban las de un ave de presa a la temblorosa luz del atardecer.

—Como casi todos —respondió Yáxtor.

—Entonces, mejor lo rematamos como se merece. Acompáñame.

Sin pararse a comprobar si el joven lo seguía, Shércroft dio media vuelta y echó a andar. Yáxtor lanzó un último vistazo a la mesa, se aseguró de que todo estaba en orden y siguió al jefe de archivos.

Afuera, la noche de otoño caía rápidamente sobre Lambodonas. Sobre ellos se alzaba la mole de la Torre con su estrafalario reloj y la zona de atraque de los aerobajeles. Estaba refrescando, aunque no tanto para que fuera desagradable, y en el cielo despejado iban apareciendo poco a poco las estrellas.

—Una buena noche —dijo Shércroft mientras se arrebujaba en la capa—. Digna de un buen paseo.

Yáxtor se encogió de hombros. Atravesaron el patio donde los acólitos terminaban sus ejercicios, cruzaron la calle y pasaron frente a las Casas de la Curación. Shércroft se detuvo allí un instante, como si esperase algo. Luego, con una sonrisa difícilmente descifrable, siguió su camino.

No tardaron en llegar a su destino: la zona de los puertos junto al río. Un barrio que las personas como ellos pocas veces solían visitar, aunque al joven no le era del todo desconocido, pues había deambulado por él con cierta frecuencia hacía tres años.

Shércroft se detuvo frente a una taberna de aspecto no muy próspero. Contempló el cartel en la puerta y asintió en silencio.

—Supongo que una cerveza y un poco de pescado frito nos sentarán bien —dijo.

En el interior de la taberna reinaba el humo, el murmullo de los tertulianos, el olor de comida mezclado con el sudor de los cuerpos, la luz temblorosa...

Las conversaciones se interrumpieron durante unos instantes cuando el viejo y el adolescente cruzaron el umbral. Indiferente a la reacción que causaba su presencia, Shércroft buscó una mesa libre y se dirigió hacia ella. Poco a poco, el murmullo de fondo regresó, y al cabo de un rato se acercó un camarero. Por su forma de comportarse, parecía claro que no era la primera vez que el viejo archivero visitaba aquel lugar.

Shércroft pidió por los dos mientras Yáxtor, siempre en silencio, recorría el local con una larga mirada. Tomó aire y, con él, parte de los mensajeros que flotaban en el ambiente. Se fijó en los distintos grupos, en el modo en que se situaban en la barra o se sentaban alrededor de una mesa, en la forma en que sostenían las bebidas y miraban a su alrededor, en la manera en que se establecían, de un modo sutil, jerarquías y relaciones. Mientras tanto, su cuerpo terminó de asimilar los mensajeros que había captado al respirar y, con ellos, completó el paisaje mental de la taberna.

Shércroft, frente a él, parecía dormir.

El camarero volvió al cabo de un rato con una enorme jarra de cerveza, un par de vasos y una bandeja de pescado frito y pan.

El viejo abrió los ojos, le lanzó un guiño a Yáxtor y, sin más preámbulos, empezó a comer.

Cenaron en silencio. Shércroft parecía absorto en sus pensamientos. En cuanto a Yáxtor, en ningún momento apartó la atención de lo que ocurría a su alrededor. No sabía por qué el jefe de archivos había decidido llevarlo con él aquella noche, pero presentía que lo estaban sometiendo a algún tipo de examen.

Pronto, del pescado no quedaban más que las raspas. El local se había ido vaciando poco a poco, a medida que la noche envejecía, y ahora apenas había una docena de personas en la taberna. Shércroft sirvió los últimos restos de la cerveza, apuró el vaso de un largo trago y lanzó una larga mirada a Yáxtor.

—¿Y bien? —dijo—. Cuéntame lo que has visto.

El joven acólito asintió para sí. Un examen, en efecto, después de todo. Ordenó sus impresiones y de un modo seguro, sin vacilaciones, empezó a transmitírselas al jefe de archivos.

—No está mal —dijo cuando Yáxtor terminó la exposición—. Te has dejado fuera unos cuantos detalles pequeños, pero no está mal.

—No me he dejado fuera nada importante —dijo Yáxtor con el ceño fruncido.

Shércroft se encogió de hombros.

—Eso depende de cómo definas lo importante, desde luego. Tus observaciones, en general, eran acertadas, y tus deducciones no eran malas. Sin embargo...

—¿Sí?

—Bueno. Que el grupo del fondo eran estibadores y que el individuo pequeño de ademanes nerviosos era el jefe resultaba bastante obvio. Que también ha sido mercenario al servicio de Quitán, sin embargo, se te escapó. Así como que esta noche, sin la menor duda, iba a arreglar una cuenta pendiente.

Yáxtor no respondió, pero era evidente que no creía lo que el viejo le estaba diciendo.

—Cierto que el tatuaje del antebrazo apenas le asomaba lo suficiente —siguió Shércroft, impertérrito—, pero lo poco que se veía era una pista obvia: una serpiente saliendo de un jarro de cerveza. Los llamaban los Quinientos y estaban considerados un grupo de élite. Fueron casi exterminados por completo hace dos años, en una escaramuza fronteriza entre Aidán y Quitán. Nada serio. Salvo para ellos, claro.

—No había ningún... —empezó a decir Yáxtor, pero guardó silencio de pronto, tratando de recordar.

En efecto, el hombre tenía un tatuaje, o al menos los restos de uno. Y sí, podía haber sido una serpiente, o bien parte de la cabeza; y una jarra, o al menos el asa de una. Tal vez.

—Lo siento —dijo al cabo de un rato—. Sigue, por favor.

—Ciertamente. Los hombres que estaban con él esta noche sin duda eran estibadores

relajándose tras una dura jornada de trabajo. El individuo sentado tres mesas más allá no era el comerciante de embriones de carneútil que parecía... o no lo es todo el tiempo. Esta noche vino aquí para encontrarse con su viejo camarada de armas.

Las palabras del viejo tenían algo de hipnótico y, guiado por ellas, Yáxtor contempló en su mente al supuesto comerciante, vio cómo se movía y también pudo divisar algo en el antebrazo que quizá eran los restos de un tatuaje a medio borrar.

—En ningún momento hablaron —prosiguió—, lo cual ya de por sí es sospechoso. O visto de otro modo, estuvieron conversando toda la noche. Una mirada, un gesto... —Yáxtor lo vio, tan claro como si la escena estuviera teniendo lugar frente a él ahora mismo—. El comerciante salió antes, como habrás notado. Y el estibador no esperó mucho más para seguirlo. Seguramente se habrán encontrado en un lugar fijado de antemano y juntos irán a por su objetivo.

—¿Que es...?

—No lo sé todo, joven Brandan, pero podemos especular. Alguien traicionó a los Quinientos, como podrás comprobar cuando volvamos a la Torre y leas los expedientes adecuados. Sin duda, uno de sus camaradas de armas. ¿Es descabellado suponer que se ha estado ocultando, que los supervivientes lo han encontrado y que esta noche llevarán a cabo su venganza?

—No —reconoció Yáxtor a regañadientes.

—En cualquier caso, no pasa de ser una suposición. La mañana la confirmará, quizá, cuando un nuevo cadáver aparezca flotando en el río Lambo. Un cadáver en cuyo antebrazo, seguramente, podremos ver los restos de cierto tatuaje.

Yáxtor, sin palabras, asintió. El viejo sonrió, sacó una pipa de entre la ropa y empezó a llenarla. Invitó a Yáxtor a imitarlo y este no se hizo de rogar.

Casi estaban solos en la taberna. Les hacían compañía un borracho en el rincón más oscuro de la barra y un par de parroquianos tardíos situados en una mesa lejana.

—Has hecho un buen trabajo, joven Brandan —dijo Shércroft al cabo de un rato—. Tus fallos no han venido motivados por un error en tus observaciones o tus deducciones. Simplemente, aún no tienes los conocimientos necesarios. Si los tuvieras, habrías reconocido el tatuaje y habrías establecido las mismas relaciones que yo, estoy seguro.

Repentinamente tímido, incómodo, Yáxtor atinó a decir:

—Gracias.

—No se merecen, no era un elogio. Me limitaba a constatar un hecho. Los conocimientos necesarios los adquirirás con el tiempo.

No hablaron mucho más. Dejaron la taberna poco después y recorrieron, cada uno sumido en sus propios pensamientos, las calles de Lambodonas, oscuras, silenciosas, llenas de sombras esquivas y, tal vez, secretos enterrados.

Pasaron de nuevo junto a las Casas de la Curación, sin que esta vez Shércroft se molestase en mirar hacia ellas. Yáxtor, sin embargo, no pudo evitar volver la vista por un instante.

Belysh se quedó mirando a la muchacha un buen rato. Tenía que admitirlo: la había pillado totalmente desprevenida.

Echó un vistazo, desganado y muy por encima, a la documentación que la joven adepta acababa de entregarle.

*¿En serio?, pensó. Después de lo mal que te lo he hecho pasar en estos tres años, ¿quieres que yo sea tu tutora de prácticas?*



—¿Por qué no has esperado a mañana para entregarme la solicitud como todo el mundo? — preguntó, sin embargo, con tono hosco.

La joven alzó las cejas, risueña, y se encogió de hombros. Aquel maldito lenguaje corporal suyo de autosuficiencia seguía provocando en Belysh un fuerte rechazo a pesar de lo acostumbrada que debería estar a esas alturas.

—Si espero a mañana, encontrarás una excusa entre tanto ajeteo para decirme que no.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque preferirías padecer sarna a tener que tratar conmigo un año entero.

—¿Y con ese comentario pretendes ganar puntos para que acepte tutorizar tu proyecto?

—No, pero me pareció pertinente dejarte claro que soy consciente de cuál sería mi situación si me aceptas.

—Y aún así quieres seguir adelante. ¿Por qué?

—Porque no necesito que me digan lo buena que soy. Eso ya lo sé. Quiero alguien que me exija retos aunque solo sea para fastidiarme. Quiero aprender.

Belysh entrecerró los ojos. En efecto, prefería padecer constantes picores a tener que lidiar con ella. En efecto, la chica era insufriblemente buena y, en efecto, no comprendía cómo las demás maestras estaban tan encantadas con ella. Había algo en aquella muchacha, algo torcido y que le erizaba el vello de la nuca.

Cierto que había cambiado su comportamiento, había evolucionado desde que llegó a la Casa de la Curación para terminar los estudios y... No, en realidad no había cambiado en absoluto. Sencillamente, había aprendido el funcionamiento de los roles sociales y los hilos que los unían, y había tirado de aquí y de allá no solo para aparentar ser una más, sino para beneficiarse del mecanismo.

En algunas ocasiones, de hecho, Belysh había sentido una incomodidad que bordeaba el miedo. Como aquella vez en que la maldita mocosa consiguió vengarse de una compañera que trató de intimidarla. Aún a día de hoy, a nadie se le pasaba por la cabeza que Ámber había sido la artífice del destino tan cruel de su agresora. Anniel no pudo recuperarse jamás y acabó abandonando la Casa.

—Me lo pensaré —respondió al fin.

—No.

—¿No? —replicó sorprendida pero también jocosa—. ¿Así funciona tu mundo? ¿Decides y los demás obedecen? Creo que te has equivocado de despacho, niña. Es tarde y tengo sueño. Vuelve mañana.

—Por favor...

Había tanta súplica en aquellas dos palabras que Belysh se sintió despreciable por un momento. ¿Era fingido? ¿Era real? No lo sabía y tampoco tenía claro que quisiera saberlo.

—Vuelve mañana. Entonces presentarás los papeles como todo el mundo. Y yo me lo pensaré detenidamente, igual que con cualquier otro proyecto. ¿Queda claro?

Ámber asintió. Recuperó la pose altiva y salió de la habitación. Belysh acabó pasando la noche en vela.

*Mientras crecemos no pensamos en la suerte que tenemos. No somos conscientes de estar viviendo los mejores años de nuestras vidas. Estamos demasiado ocupados viviendo y aprendiendo para ser conscientes de lo nuevo, maravilloso e increíble que es todo.*

*Solo después, cuando hemos dejado atrás nuestros primeros años, somos capaces de volver la vista y darle al pasado ese brillo preciso y distintivo que lo vuelve más real que el presente.*

*¿Lo es? ¿Realmente los años de aprendizaje son los mejores de nuestras vidas, o es una trampa de la memoria, otra más, la que nos hace verlos así?*

### **—Orston Velhas**

Hubo un cadáver en el río Lambo al día siguiente. Y en su antebrazo había los restos medio borrados de un tatuaje que, sin duda, representaba una serpiente saliendo de una jarra.

Yáxtor estaba confuso.

Se había graduado como acólito seis meses atrás y había decidido pasar su primer periodo de prácticas en los archivos. En un primer momento había catalogado a Shércroft como un personajillo inofensivo, un adepto empírico que había dejado atrás sus mejores días y que vivía ahora sus años finales en un destino cómodo y tranquilo.

No tardó en cambiar de idea. Shércroft se movía por todas partes como una hormiguita laboriosa. En silencio y sin anunciar su presencia, se situaba tras los adeptos a su cargo y, con un gesto y tres o cuatro palabras, les señalaba los errores que estaban cometiendo o los sacaba del atolladero de documentación excesiva en que los había metido la investigación.

Yáxtor se prometió que aquello no le pasaría, que el Jefe de Archivos no tendría que aparecer de pronto a su espalda para indicarle los fallos o guiarlo por el camino correcto.

De hecho, el joven adepto no tardó en notar la presencia de Shércroft tras él; pero siempre, invariablemente, el anciano se detenía unos instantes, dejaba escapar un largo «Hmmm» y continuaba la ronda sin hacer comentarios.

Las cosas habían empezado a cambiar hacía tres semanas, después de que Shércroft se detuviera al lado, leyera por encima de su hombro el mismo legajo que Yáxtor estaba leyendo y le dijera cuál era la conclusión que, en aquel preciso instante, estaba formándose en la mente del joven adepto.

Impresionado, lo había contemplado con el ceño fruncido y una pregunta a flor de labios que no se atrevía a formular. El viejo se había limitado a asentir y enarcar una ceja, para luego continuar con la ronda.

El juego siguió por esos derroteros un tiempo. Shércroft se detenía cerca de él, esperaba unos instantes y luego formulaba en voz alta lo que estaba pasando por la cabeza de Yáxtor.

Al principio había pensado que el Jefe de Archivos estaba usando mensajeros para que se introdujeran en su cabeza y, de algún modo, tuvieran acceso a sus pensamientos.

¿Era eso? ¿Había encontrado por fin alguien que lo superaba en el dominio y control de los mensajeros? ¿Alguien que era capaz de atravesar sus defensas sin que él lo notase, colarse dentro de él y averiguar qué pasaba por su mente? ¿Por primera vez en sus dieciséis años de vida había

dado con alguien más capaz que él?

La posibilidad lo inquietaba y lo llenaba de anticipación al mismo tiempo. Un reto, se decía, por fin un reto.

No tardó en descubrir lo equivocado que estaba.

Shércroft no estaba empleando mensajeros para acceder a la mente de Yáxtor. Es más, no los usaba para nada.

Imposible.

Sin embargo, el escrutinio al que había sometido al viejo había sido exhaustivo. De un modo implacable, casi feroz, Yáxtor había lanzado parte de sus mensajeros al aire y los había aleccionado, mediante la palabra impronunciable adecuada, para que lo espieran, para que registraran todas sus acciones.

El resultado había sido que no había nada que espiar. Lo que Shércroft era capaz de hacer, lo llevaba a cabo por sus propios medios. No utilizaba los mensajeros bajo ninguna circunstancia. De hecho, su cuerpo no parecía asimilarlos; algo que, por lo que Yáxtor sabía, lo convertía en un caso único.

Todo lo que había hecho el viejo era resultado de la pura observación y la deducción, sin más ayudas.

A menos que...

A menos que fuera tan hábil en el uso y manipulación de mensajeros que pudiese utilizarlos sin dejar rastro de ello.

No, aquello era imposible. Inconcebible. Aunque aceptar que Shércroft era capaz de saber lo que Yáxtor, u otra persona, estaba pensando solo con observar sus actos y fijarse en lo que leía y cómo, resultaba casi igual de imposible.

Solo casi.

Y cuando has eliminado lo imposible, lo que queda debe ser cierto, no importa lo improbable que parezca.

Así, la siguiente vez que Shércroft se detuvo junto a él y reveló el sendero de sus pensamientos a partir de un par de frases, el joven, que había ordenado a los mensajeros que grabaran absolutamente todo, recorrió hacia atrás el mismo camino que el viejo había seguido. Esto le permitió descubrir de qué modo cada gesto y movimiento, cada lectura elegida o descartada trenzaban una cadena, eslabón a eslabón, que solo podía apuntar en una dirección.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Yáxtor asintió y sonrió.

—Muy bien, joven Brandan —dijo entonces Shércroft antes de seguir con la ronda.

Y luego estaba lo ocurrido la noche anterior: aquel extraño paseo por una parte no recomendable de la ciudad, aquella cena en la taberna, aquel... examen.

¿Qué pretendía Shércroft exactamente? ¿Y por qué?

Aunque tenía que reconocer que no era eso lo que de verdad lo fascinaba. Hasta cierto punto, Yáxtor podía hacer lo mismo que el Jefe de Archivos, pero solo porque sus dotes naturales de observación contaban con la ayuda de lo que sus mensajeros captaban. E incluso así, se encontraba muy lejos de alcanzar las capacidades de Shércroft. Unas capacidades que no habían sido potenciadas de ninguna forma, más allá del puro entrenamiento diario. No había ninguna fórmula milagrosa; solo trabajo y esfuerzo.

Para Yáxtor, aquella era una idea novedosa, casi imposible de asimilar. Desde niño conseguía casi todo lo que quería simplemente utilizando sus dotes para manejar mensajeros asimilados por su cuerpo... o doblando los de los demás. Que se pudiera conseguir un resultado parecido,

incluso superior, simplemente trabajando y esforzándose era...

Al atardecer, Yáxtor interrumpió sus tareas, recogió la mesa y salió al patio. Se ejercitó un rato con los acólitos, cosa ante la que nadie se sorprendió. No era infrecuente que un adepto se uniera a los ejercicios del patio de vez en cuando.

Luego, con la mente despejada y el cuerpo relajado, echó a andar en dirección a las Casas de la Curación.

El patio estaba casi vacío. Unas pocas acólitas hacían corrillos y alguna se acercaba al pozo a recoger agua.

Yáxtor conocía a algunas. A unas pocas, de hecho, las había conocido de un modo bastante íntimo siete meses atrás, en el periodo en que los acólitos del último año hacían prácticas en técnicas curativas básicas.

Ninguna le pareció demasiado interesante.

Ninguna era...

Meneó la cabeza y regresó a la Torre.

Shércroft estaba esperándolo allí, apoyado en el bastón estoque y con una sonrisa medio enigmática, medio socarrona en el arrugado rostro.

—¿Qué, joven Brandan? ¿Preparado para una nueva excursión?

Ámber sonrió feroz. El chico abandonó el patio sin que nadie se diera cuenta de la premeditación de su paseo.

Parapetada tras el cristal de la ventana del segundo piso, observó el corrillo que se formó a continuación. Había tanto suspiro en aquel grupúsculo de adeptas que a nadie le habría extrañado verlas salir volando con tanto aire expulsado a la vez.

Prestó especial atención a Nérelynn, la última conquista del muchacho, a la que había visitado en tres ocasiones, nada menos.

*Oh, sí, querida. Ha venido a verte,* se dijo con retintín mientras veía a sus compañeras arremolinarse alrededor de la chica. *¿Qué otra cosa podría ser si no?*

Sonrió de nuevo, pero esta vez con cierto resquemor.

*Claro, por supuesto. ¿Quién iba a fijarse en Ámber, la arisca, la pocotacto? Tenéis razón, como siempre.*

Dio media vuelta y se marchó por el pasillo. No quiso pensar en lo triste que sonaba que aquello fuera lo más interesante que le había pasado ese día. Y lo peor de todo: ¿por qué le importaba tanto?

Volvieron a la zona de los puertos y entraron en la misma taberna. Esta vez, sin embargo, en lugar de prolongar la sobremesa, abandonaron el local tras la cena y se internaron en las oscuras callejuelas.

No era la mejor parte de la ciudad para pasear, y mucho menos de noche. Sin embargo, nadie los molestó.

Siempre en silencio, Shércroft le indicaba a Yáxtor un edificio, una calle, un patio medio en ruinas o una nave industrial en no demasiado buen estado. El adepto se esforzaba por memorizar

hasta el último detalle y, en un impulso que él mismo no terminó de comprender, intentaba hacerlo sin la ayuda de mensajeros.

Shércroft se detuvo de pronto y se quedó mirándolo.

—¿Qué ocurre?

Yáxtor, confuso, respondió:

—Nada. Intento...

—Sé lo que intentas, joven Brandan, pero se me escapa por qué lo estás haciendo.

Yáxtor se encogió de hombros.

—Trato de memorizar...

Shércroft alzó una mano para interrumpirlo.

—Te lo he dicho. Sé lo que estás haciendo, pero ¿por qué lo haces de ese modo?

—¿No es lo correcto?

—¿Para quién? Para mí, sin duda, pero ¿lo es para ti?

—No entiendo.

Shércroft asintió y dijo:

—Ciertamente. Y yo no entiendo por qué prescindes de tu mejor herramienta.

—Pero... —Yáxtor cada vez estaba más confuso—. Tú mismo... —Tomó aire y volvió a intentarlo—. Creí que usar mis mensajeros era injusto, que debía utilizar solo mi habilidad natural.

—Ya veo. Tienes razón. Y no podrías estar más equivocado. Sin embargo, si es así como prefieres jugar, adelante.

Sin más palabras, dio media vuelta y siguió caminando. Yáxtor dudó unos instantes y luego fue tras él.

Volvieron a la Torre un par de horas más tarde sin que nadie se hubiera interpuesto en su camino. Se encontraron con poca gente a aquellas horas, y los escasos transeúntes con los que se toparon los miraron con más sorpresa que hostilidad.

Mientras entraban en la Torre, Shércroft empezó a preguntarle acerca de los distintos lugares que le había ido señalando. Lo hizo al azar, aparentemente, sin seguir ningún orden que Yáxtor pudiera discernir; y no se limitaba a preguntarle por tal o cual característica, sino que le pedía que le explicase cómo eran los habitantes de una casa, a qué había estado destinado cierto almacén o qué tipo de juegos habían jugado los niños aquel día alrededor de determinada fuente.

Yáxtor contestó lo mejor que pudo, pero sin la ayuda de los mensajeros, buena parte de la información se le escapaba y sus respuestas fueron vacilantes y poco satisfactorias.

Se detuvieron junto al cuarto del joven. Shércroft, pensativo, permaneció un buen rato en silencio.

—¿Sigues pensando que lo haces del modo correcto?

Yáxtor, que en realidad no estaba demasiado seguro, dijo:

—Sí. Eso creo.

—Hmmm. Buenas noches, joven Brandan.

Lo dejó allí, perplejo junto a la puerta, mientras se iba pasillo abajo, siempre apoyado en un bastón que no parecía necesitar.

Belysh se detuvo frente a la puerta del dormitorio común y se preguntó por enésima vez qué narices estaba haciendo. ¿Por qué no daba media vuelta?

Entró de todas formas, localizó la cama y se quedó un rato a los pies, pensativa, hasta que finalmente se acercó y zarandó con suavidad a la joven adepta, que se incorporó de inmediato como un resorte tensado y dispuesto. Aquellos malditos ojos de color esmeralda veteados de caramelo brillaban como si no hubieran estado soñando un segundo antes.

—Levántate —ordenó a Ámber—. A partir de ahora, dormirás cuando yo te lo diga. Si en los próximos días eres capaz de seguirme el ritmo, te aceptaré como alumna. Y que te quede clara una cosa: no seré amable ni indulgente. ¿Estamos?

—Eso quiere decir que empezamos ya, ¿no? —fue la respuesta de la chica antes de levantarse de la cama fresca como una rosa y empezar a vestirse.

Para Yáxtor, los siguientes días no tardaron en convertirse en un batiburrillo confuso. Era difícil distinguir uno del otro.

Trabajaba mañana y tarde en los archivos.

A veces, tras el trabajo, se acercaba a las Casas de la Curación y se decía que no buscaba a nadie en particular. Tampoco encontraba a nadie en particular.

Por las noches recorría Lambodonas en compañía del jefe de archivos y, poco a poco, iba ampliando los límites de su capacidad de memorización, de sus habilidades para interrelacionar lo que debía y conectar detalles aparentemente inconexos.

Era como descubrir un nuevo músculo. Doloroso y estimulante.

*El maestro guía, enseña y manipula al alumno. Pero no es menos cierto que el alumno hace lo propio con el maestro.*

### —La crónica de los días

—Espera.

Yáxtor se detuvo ante la orden del viejo. Estaban junto a lo que, en su día, tuvo que haber sido una casa solariega. Ahora parecía una ruina mal encarada que se sostenía en pie de puro milagro.

—Aquí ha habido violencia —dijo Shércroft.

El joven asintió. Las señales eran perceptibles con cierta facilidad: las pisadas en la maraña del jardín, el caos en el porche, la ventana rota recientemente...

Shércroft se acercó a la portezuela que daba acceso al jardín, la contempló unos instantes y meneó la cabeza. En lugar de abrirla, se dirigió a una parte de la valla que se había venido abajo y cruzó por ella. Yáxtor lo siguió.

Atravesaron el jardín en silencio, atentos a cualquier movimiento furtivo y al menor ruido. Llegaron junto a la casa, subieron al porche y allí se detuvieron.

Shércroft miró a su alrededor. La puerta estaba entornada. Se coló por el resquicio con cuidado y una agilidad sorprendente. Yáxtor lo imitó con bastante menos elegancia.

Un pasillo en sombras desembocaba en una amplia sala cubierta de polvo y telarañas. Shércroft se detuvo justo en el umbral. Pensó unos instantes.

—Un poco de luz nos vendría bien —susurró.

—Podrían vernos —dijo Yáxtor en el mismo tono.

—Creo que podemos correr el riesgo.

Yáxtor asintió, rebuscó por el suelo y dio con un trozo de madera. Rasgó parte de su túnica y enrolló el retal alrededor del palo. Luego encendió la improvisada antorcha usando una palabra impronunciable.

Contemplaron la habitación a la luz vacilante de la combustión lenta creada por los mensajeros.

Había huellas de distintos tamaños de pies y diferentes calzados. Casi en el centro de la sala yacía un cadáver horriblemente desfigurado. Le faltaban las manos, y el rostro era una pulpa sanguinolenta e irreconocible.

Estaba desnudo.

Shércroft entró en la habitación con cuidado de no pisar y borrar el palimpsesto de huellas que había en el suelo. Se arrodilló junto al cadáver y lo examinó en silencio.

—Acerca un poco la luz —dijo—. Mis ojos ya no son lo que eran.

Yáxtor caminó por las huellas del jefe de archivos, se detuvo junto a él y contempló los restos.

Un hombre adulto. Bien formado, amante del ejercicio. Pequeñas cicatrices en un brazo. Aparte de eso, ninguna herida reciente más allá del rostro machacado y las manos amputadas.

El viejo apuntó con el dedo. Yáxtor siguió la dirección que indicaba. Las orejas del cadáver estaban intactas, y en el lóbulo de una se distinguía el orificio para un pendiente.

Shércroft señaló de nuevo. Los restos de la barba: negra, poblada y que, sin la menor duda, se había trenzado siguiendo un elaborado esquema.

Indicó otra vez. El pene, claramente circuncidado. Y una vez más. Los muñones de las manos.

Yáxtor tomó nota de todo aquello.

—¿Y bien?

El joven tragó saliva:

—Un marinero, quizá. Procedente de alguna ciudad-estado de Ashgramor.

Shércroft meneó la cabeza:

—No. El pendiente de esa oreja no era un aro como el que suelen llevar los marineros. Por la deformación del lóbulo aventuraría algo bastante pesado, más bien; colgante. Y que sea la oreja derecha y no la izquierda también nos da alguna pista. Sin duda procedía de Ashgramor: la barba negra trenzada y la falta de prepucio son pistas evidentes. ¿Algo más?

—La amputación fue realizada tras la defunción. —El viejo asintió—. Igual que la desfiguración del rostro. No son verdaderas heridas, sino un modo de impedir la identificación.

Shércroft asintió de nuevo.

—Debemos examinarlo a fondo. El cuerpo, la casa y todo lo que hay alrededor. Deberíamos avisar a los adeptos inquisitivos. Ellos se encargarán.

Se puso en pie.

—No me gusta la idea de irnos —añadió—. Mientras estemos fuera podrían volver y llevarse el cuerpo o hacer desaparecer las pistas que hubiera.

—Yo me quedaré —dijo Yáxtor.

El jefe de archivos lo pensó unos instantes.

—No creo que corras peligro —dijo al fin—. Y estoy seguro de que sabes defenderte... De acuerdo. Saldré e intentaré buscar una patrulla urbana, aunque en este barrio y a estas horas me costará. Quédate aquí. Apaga la antorcha y permanece atento.

Salieron de ninguna parte, como si hubieran estado allí todo el rato y de pronto se hubieran hecho visibles.

Hacía casi media hora que Shércroft se había ido. Yáxtor, con la espalda apoyada en la pared, junto a la puerta, intentaba con todas sus fuerzas no pensar en nada.

No tenía demasiado éxito. Los pensamientos se dirigían una y otra vez al patio de las Casas de la Curación. Al pozo, en el centro del patio. A una figura que se acercaba al pozo...

Cuando atacaron, durante un instante Yáxtor no supo cuándo ni dónde estaba, aunque reaccionó enseguida y saltó a un lado, justo a tiempo para evitar que un machete le partiera en dos el hombro.

¿Qué...?

Eran tres, silenciosos y decididos, y sus intenciones eran evidentes.

¿Cómo habían podido llegar tan en silencio? ¿Cómo habían aparecido sin que los hubiera detectado? ¿De qué modo se las habían apañado para pasar desapercibidos? Pero no tenía tiempo para responder a esas preguntas. Esquivó un nuevo ataque, se tiró al suelo, rodó y buscó a tientas algo con que hacerles frente.

Cuando volvió a incorporarse empuñaba la pata de una mesa. Le serviría como garrote... siempre que no estuviera demasiado carcomida.

Los atacantes seguían moviéndose en silencio, de un modo coordinado y profesional. Tras



haber fallado en pillarlo por sorpresa, se deslizaban ahora poco a poco, tratando de acorralarlo contra una de las paredes. Yáxtor intentaba evitar la presa, de forma que tuviera siempre una salida a su espalda: una puerta, una ventana...

¿Cómo habían...?

Uno de los asaltantes se adelantó. Yáxtor lo esquivó, solo para comprender, casi demasiado tarde, que había sido un ardid. Los otros dos cayeron sobre él y el joven consiguió escurrirse de la trampa en el último momento, aunque no sin consecuencias.

Había perdido el garrote, y su brazo derecho se había convertido en algo que pendía inútil a un costado.

Yáxtor intentó no hacer caso al dolor. Siguió fintando, esquivando, buscando una salida a aquella situación. Invocó a los mensajeros para que curaran el brazo lo más rápido posible y, en aquel preciso instante, comprendió el error que había cometido antes, y cómo se las habían apañado para caer sobre él sin que los hubiera detectado. Pero el conocimiento le servía de muy poco en aquellos momentos, y más cuando el cerco se iba estrechando en torno a él.

No, mierda, no. No iba a dejarse atrapar. No de aquella manera. No como una bestia estúpida.

Contempló de reojo una de las ventanas. Calculó las posibilidades de llegar hasta ella.

Escasas.

Pero *escasas* era mejor que nada.

Preparó su cuerpo. Analizó los movimientos que debía ejecutar para llegar hasta la ventana, cómo tendría que engañar al enemigo con algún gesto para que se lanzaran al lugar equivocado y encontrar así el hueco que necesitaba.

Difícil.

Pero no imposible.

Y cuando eliminas lo imposible...

Estaba a punto de saltar cuando, de pronto, la noche se iluminó violentamente y un clamor de pitidos y sirenas llegó hasta ellos.

Los atacantes se miraron. Lo miraron a él. Miraron el cadáver que había en el suelo. Luego retrocedieron como un solo hombre.

Uno de ellos se agachó cerca del cadáver. Yáxtor trató de impedir el propósito de aquel gesto, pero los otros dos se lanzaron sobre él. Entonces algo le atravesó el muslo.

Percibió que alguien gritaba: era él.

Retrocedió, cojeando, mientras intentaba mantener la distancia a toda costa.

Finalmente, los tres salieron de la casa tan en silencio como habían llegado, uno de ellos cargando el muerto al hombro.

La patrulla urbana llegaba poco después. Al frente de esta iba un Shércroft de aspecto preocupado y gesto hosco.

—Ha sido culpa mía.

El Jefe de Archivos asintió.

—Lo sé —dijo—. Pero eso ahora no tiene importancia. Curarte las heridas tiene prioridad. Ya analizaremos luego tus errores.

—Mis mensajeros...

—Sabrán ocuparse de tus heridas, joven Brandan, estoy seguro. Y si no son suficientes, robarás mensajeros del aire o de otras personas. No me cabe la menor duda de que sabes cómo

hacerlo, pero mejor si aceleramos el proceso. —Se dirigió al comandante de la patrulla urbana—. Llévalo a las Casas de la Curación.

Yáxtor, a punto de negarse, se lo pensó unos instantes y luego se dejó llevar mansamente.

Shércroft contuvo una sonrisa y echó a andar hacia la casa. No confiaba en encontrar gran cosa, pero estaba decidido a no pasar nada por alto.

Se detuvo en el umbral y dio media vuelta. La patrulla se llevaba a Yáxtor en una camilla.

El joven estaría bien atendido, se dijo. En las Casas de la Curación se ocuparían de él.

Y quizá, pensó, hasta se ocuparía de él la persona adecuada. Por qué no. Ya había notado que la suerte era algo que solía acompañar al joven adepto, como una amante caprichosa pero constante.

Entró en la casa, tomó aire y empezó a trabajar.

*¿Qué hace que un rostro destaque entre los demás? ¿Qué vuelve inolvidable una mirada concreta, un ademán, un gesto, un movimiento? ¿Por qué podemos pasarnos la vida junto a una persona sin prestarle atención, y somos capaces de sentir cercana a otra al momento mismo de conocerla? ¿Qué extrañas reacciones se producen dentro de nuestros cuerpos cuando conocemos a alguien? ¿Qué interacciones desconocidas tienen lugar en ese momento?*

*¿Intervienen los mensajeros en la creación de una afinidad, un afecto, un deseo? ¿Amplifican o dirigen esos sentimientos? ¿O ya están estos allí, dentro de nosotros desde el momento de nuestra concepción?*

### —Qérlex Targerian

Ella era joven, tal vez un año menor que Yáxtor, o puede que más. Sin embargo, se movía con la seguridad tranquila y precisa de un adulto.

Vendió las heridas del adepto en silencio y de un modo tan eficaz como distante. Luego introdujo unas cánulas en las vendas e insertó en ellas un par de tubos conectados a un carneútil de aspecto enfermizo y que descansaba sobre una cesta.

—El carneútil está casi agotado —dijo con voz serena y desapasionada—. Pero aún le quedan suficientes mensajeros para curarte.

Yáxtor lo miró un instante, después a la adepta, y a continuación logró decir:

—Gracias.

Ella se encogió hombros, comprobó una última vez las vendas y replicó:

—Es mi trabajo.

Yáxtor pensó en algo que decir y no fue capaz de dar con ello. Luego se preguntó para qué añadir nada. No tenía más que liberar sus mensajeros y lanzarlos contra la adepta, hacerlos entrar en el cuerpo de la muchacha y conectar los centros de placer de la chica a la voluntad de él. A partir de aquel momento, conseguirla sería tan fácil como chasquear los dedos.

Algo lo detuvo. No supo qué.

Se dio cuenta de que ella lo estaba mirando. Había retrocedido un par de pasos y, con los brazos cruzados, lo contemplaba pensativa.

Sus ojos eran un enigma; su rostro, de barbilla afilada y pómulos altos, era como un laberinto en el que él se moría por entrar. No conseguía descifrarle la expresión, y nada de lo que había aprendido junto a Shércroft le servía ahora de ayuda.

—Es mejor que no te muevas en unas horas —dijo.

Yáxtor asintió, incapaz de nada más. ¿Por qué no podía reaccionar del modo adecuado? ¿Qué demonios...?

Ella seguía mirándolo de un modo que Yáxtor no lograba comprender.

—¿Qué ocurre? —consiguió preguntar con una boca que sentía pastosa y seca.

Ella meneó la cabeza y siguió en silencio.

—Siempre te has mantenido alejado de mí —dijo de pronto—. Y me pregunto por qué.

—No...

—No tuviste ningún problema en acercarte a muchas de mis compañeras. Todo lo que quisiste, en realidad. —Se encogió de hombros—. Bueno, estas cosas son así. Supongo que no me encuentras lo bastante interesante.

Hablaba con una seriedad solemne, casi fúnebre, pero por algún motivo, Yáxtor no pudo evitar la idea de que se estaba burlando de él; de que, de algún modo, lo estaba haciendo víctima de una broma.

Aquello debería haberlo enfurecido, debería haber despertado al animal que dormía en su interior y que no toleraba el menor desafío. En lugar de eso, se sintió extrañamente estimulado.

¿Por qué? ¿Qué había en ella que...?

—Te dejaré. Es mejor que descanses.

Dio media vuelta y, antes de que Yáxtor pudiera reaccionar, dejó la habitación.

Ámber llegó a la sala central, rellenó los partes y se marchó en dirección a la sala de autopsias donde Belysh la estaría esperando para seguir con las prácticas. Solo cuando ya estaba lejos del área de curación se dio cuenta de que el corazón le latía muy deprisa.

La conversación con el chico había sido escueta y cada frase que ella le había dicho, totalmente premeditada. Sin embargo, no fueron las palabras las que la alteraron, sino los periodos de silencio.

La idea de que se había hecho de él no encajaba con lo que acababa de percibir. No podía negar que tenía un encanto innato, además de un brillo frío y afilado en los ojos que conseguía que a Ámber se le formara la palabra *peligro* en la punta de la lengua. ¿Eso era lo que encandilaba tanto a sus compañeras? ¿Que además de guapo, atlético y habilidoso, también era el chico malo? Pero entonces, ¿por qué tenía la maldita sensación de que *chico malo* no era el término que se le ajustaba?

De repente sintió un escalofrío al recordar de nuevo lo que había sucedido durante la visita. Algo, no sabía el qué, la había puesto nerviosa.

Se detuvo frente a la puerta, cerró los ojos, suspiró y sonrió. No iba a detener el plan ahora. El paso más importante ya estaba dado. Además, la idea de reencontrarse con él y seguir adelante le provocaba un sentimiento extraño que no había experimentado jamás, pero que tenía intención de analizar.

Al principio, Yáxtor no supo dónde estaba. Parpadeó, confuso ante la claridad, y poco a poco la imagen fue volviéndose más nítida.

Estaba en las Casas de la Curación, recordó. También recordó unas cuantas cosas más.

Se giró y vio que las cánulas le habían desaparecido del brazo y la pierna. Intentó mover ambas extremidades y descubrió que, más allá de un leve picor, lo conseguía sin ninguna molestia. No había el menor rastro del carneútil curativo.

Ella debió de entrar durante la noche, cuando él dormía. Había retirado las cánulas y se había llevado al agotado carneútil, o lo que quedase de él.

La puerta se abrió, y al verla aparecer con una bandeja humeante se sintió torpe y estúpido de repente. Se maldijo entre dientes y no pudo evitar la sensación de que ella sabía exactamente lo que estaba pasándole por la cabeza.

La adepta llegó junto a la cama, se sentó en ella y le tendió la bandeja.

Cacao caliente y bizcocho. Olía de miedo.

—Gracias —dijo Yáxtor.

Ella sonrió. Era la primera vez que la veía hacerlo. De repente dejó de parecer una adulta demasiado seria y solo quedó la niña que realmente era. O al menos...

—Consumiste los mensajeros curativos muy rápido —dijo, interrumpiendo los pensamientos de Yáxtor—. Estás prácticamente curado.

Él dio un largo trago del cacao caliente para evitar tener que decir algo.

—No pareces el mismo.

—¿Disculpa?

—No pareces el mismo. Hace siete meses eras... distinto.

Yáxtor tragó saliva.

—En cambio, tú pareces igual —logró decir, y aquellas cinco palabras le costaron un esfuerzo terrible.

Ella sonrió de nuevo, y ahora había algo felino en la sonrisa.

—Así que estábamos cada uno en el punto de mira del otro, después de todo —dijo.

Yáxtor terminó el cacao y posó la taza en la bandeja. Contempló el bizcocho y decidió que no tenía hambre. Ella lo interrogó con la mirada, Yáxtor negó con la cabeza. La chica se encogió de hombros, cogió el bizcocho y empezó a comerlo a bocados pequeños.

—Disparabas a todo lo que se movía —dijo la adepta—. No entiendo cómo me salvé.

Hablaba con confianza, como si hiciera tiempo que se conocieran y comentar cada uno la vida del otro fuera lo más normal del mundo.

Yáxtor buscó su pipa con la mirada. La encontró junto a la cama, la cargó y la encendió. Armado con ella consiguió decir:

—Bueno, si los dos estábamos en el punto de mira del otro, podrías haberme disparado.

Cada frase le salía con un poco menos de esfuerzo que la anterior.

—¿Y de qué me habría servido?

—Bueno...

—¿Otra muesca en tu bastón? ¿Un rostro que olvidarías a los dos días, y un cuerpo que se te confundiría con otro a las dos horas? ¿En serio me habría merecido la pena?

—Pues entonces...

—Entonces, mejor mantenerme a distancia y a salvo, aunque no demasiado lejos. Lo justo para que me vieses, pero no a tu alcance.

—Haciéndote la interesante.

—No necesito hacerme la interesante. —Le asomó en los labios una sonrisa que no llegó a materializarse—. Soy interesante. Solo necesitaba hacerme notar lo bastante para que tú también te dieras cuenta.

—Ajá. ¿Y lo has conseguido?

Ella se encogió de hombros.

—Eso creo. No me parece que pases por delante del patio todos los días para admirar la arquitectura. Y dudo que sea por ninguna de las otras. —Dudó unos instantes y luego lo miró a los ojos antes de decir—: ¿Cómo me llamo?

—Ámber —respondió él, sin pensar.

Y se dio cuenta entonces de lo que acababa de hacer, de que había puesto la victoria en las manos de ella. El animal que había en su interior gruñó, pero lo mantuvo a raya.

—¿Y puedes decirme el nombre de alguna otra adepta?

Yáxtor tomó una larga bocanada de humo. Ella lo contempló, algo extrañada.

—¿Te he molestado? —Pareció comprender—. Ah, claro. No te gusta perder. No te gusta nada de nada. Y no sueles hacerlo a menudo. ¿Me equivoco?

Él siguió en silencio, fumando como si tuviera algo personal contra la pipa. ¿Por qué lo estaba provocando de esa manera? Aquella inconsciente, tan segura de sí misma, estaba apretando botones y teclas demasiado peligrosos para su salud.

De pronto Ámber se echó a reír y, por alguna extraña razón, en vez de irritarlo aún más, en vez de impulsarlo a lanzar a todos sus mensajeros sobre ella para castigarla de la forma más cruel y retorcida, como su monstruo llevaba un buen rato aullándole, toda la furia se desvaneció como si nunca hubiera estado allí. ¿Por qué?

—Eres... extraña —dijo, aunque no era eso lo que quería decir realmente.

—Puede. Pero no más que tú, sospecho.

Yáxtor no dijo nada. La observó en silencio, analizó la última frase, el lenguaje corporal de la muchacha, y a pesar de los escasos indicios, algo lo alertó de que ella había sido consciente de haber despertado al monstruo, se había puesto en guardia y había sorteado el peligro de la manera correcta sin ser evidente. Interesante.

Ámber se puso en pie y recogió la bandeja.

—El adepto Shércroft llegará enseguida, seguramente —dijo—. Será mejor que me vaya.

Él alargó la mano como si quisiera impedir que se fuera. Sin embargo, se detuvo a mitad del gesto y dijo:

—Volveré a verte.

No era una pregunta; ella tampoco replicó, sino que se limitó a sonreír. Luego dio media vuelta y abandonó la habitación.

*Estúpida, estúpida*, se repitió Ámber mientras se apretaba el pecho con una mano para contener los latidos del corazón con un gesto absurdo. *¿En qué estabas pensando? Has jugado con fuego, ¿lo sabías?*

Se mordió el labio con rabia y prosiguió su camino intentando recuperar la compostura en cada paso.

No había podido contenerse. A pesar del examen inicial que le había advertido del peligro, su maldita manía de demostrar lo lista y perspicaz que era tomó las riendas y a punto había estado de salirle caro. Por detrás de aquel brillo afilado en los ojos del muchacho asomó algo mucho peor. Algo que le activó todas las alarmas.

Fue capaz de salir airosa, pero conociéndose como se conocía, comprendió que la situación volvería a repetirse, y era un riesgo que no tenía muy claro que quisiera volver a correr.

Había aprendido pronto que, por lo general, la gente con la que se relacionaba reaccionaba mal ante su manera de hablar. Al parecer no era correcto decir las cosas que una pensaba por muy lógicas y sinceras que fueran. Tampoco sentaba bien que preguntara, no porque esperase una respuesta en realidad, sino para obligar a pensar a las demás. Sí, había aprendido a contenerse, a jugar a aquel maldito juego de las mentiras y la falsa cortesía. Sin embargo, no siempre conseguía controlar el impulso. Y, desde luego, una cosa era enfrentarse a los bufidos de sus compañeras y otra... lo que acababa de experimentar.

*Déjalo. No tienes por qué seguir con esto. Ya has confirmado tus sospechas: se ha fijado en ti, está interesado. No necesitas acabar acostándote con él para demostrar a las demás que*

*puedes si te lo propones. Solo una tonta ingenua pensaría lo contrario. No te vas a tirar por un puente porque las demás lo hagan, ¿verdad? ¿Y cómo no se han dado cuenta las otras de que...?*

Se detuvo en mitad del pasillo con el estómago encogido. Hizo un rápido repaso a los comentarios que había oído sobre él entre risas y suspiros, y localizó el que la estremeció: la habilidad de Yáxtor para manejar y manipular mensajeros.

—Déjalo —susurró como si la vida se le escapara por la boca—. Aléjalo de ti. Ya.

Asintió con convicción y prosiguió la marcha.

Pasó el resto de la jornada intentando no pensar en él.

No tuvo mucho éxito.

*Algunos artifices especulan sobre la miríada de posibilidades que crea cada uno de nuestros actos, hasta el más pequeño. Un ligero retraso en salir de casa, un giro a la izquierda en lugar de a la derecha, una palabra que se calla o una frase que se pronuncia... Un simple gesto en el momento preciso, dicen, y nuestras vidas serían totalmente distintas.*

*¿Y si realmente todas esas posibilidades tuvieran lugar al mismo tiempo? ¿Y si existieran realidades incontables, todas simultáneas, y solo fuéramos capaces de percibir una de ellas?*

*En Hanoi dicen que en el Jardín de la Memoria existe una ciudad que se dedica a crear todas esas posibilidades que nunca fueron y a verlas desarrollarse. La llaman Zasén Sekai Jo, la Ciudad de las Mil Realidades, y sus habitantes se consideran los más afortunados de Érvinder, pues son capaces de ver no solo lo que ha ocurrido, sino lo que pudo haber sucedido. Ven todos los pasados posibles, todos los presentes, todos los futuros.*

*Eso dicen, al menos.*

*Pero no puedo quitarme de la cabeza la idea de que se trata de pura especulación ociosa. ¿Existen los presentes alternativos? ¿Esos pasados que no se produjeron porque giramos a la izquierda en lugar de la derecha, son tan reales como el auténtico? Quizá. Pero dado que somos incapaces de percibirlos, ¿qué importancia tiene su existencia?*

## —Qérlex Targerian

Shércroft lo miró unos instantes, comprobó que estaba totalmente curado y dijo:

—Bueno, joven Brandan, la noche en las Casas de la Curación parece haberte sentado de maravilla.

Yáxtor se encogió de hombros. En aquellos momentos no le importaba demasiado lo que el viejo opinase.

—Y ahora, si consigues que tu mente vuelva a tu cuerpo por un momento, intentaremos averiguar lo que ocurrió ayer. Sígueme.

Yáxtor nunca había estado en el despacho del Jefe de Archivos. Era una sala amplia, espaciosa, decorada de un modo bastante espartano y, al mismo tiempo, sorprendentemente caótica.

Un fajo de papeles estaba clavado en la mesa con una daga; en un estante, junto a varios expedientes, había una bolsa de tabaco y una pipa; y en una de las paredes, alguien parecía haberse dedicado a escribir unas iniciales («E.R.») con la punta de un estoque.

Shércroft se sentó, echó mano del tabaco y cargó la pipa. Invitó a Yáxtor a hacer lo mismo, pero este declinó el ofrecimiento.

—Analicemos primero lo que hicimos mal —dijo el anciano—. Y veamos luego qué podemos sacar en claro de los restos del naufragio.

—Sé lo que hice mal.

—Tranquilo, joven Brandan. Hay culpa suficiente para repartirla entre los dos. Es cierto que cometiste el error de no usar tus mensajeros. Estabas tan concentrado en aprender a observar por ti mismo, sin ayudas externas, que, inconscientemente, estabas refrenando todos los demás usos.



Por eso no fuiste consciente de los otros hombres que había en la casa hasta que te atacaron. Fue un error, sí, pero por suerte no resultó fatal.

Yáxtor trató de no sentirse impresionado y, una vez más, fracasó.

—En cualquier caso, está bien que saquemos esto a colación. Nunca te concentres tanto en una tarea que pierdas de vista lo que hay a tu alrededor. Ese es el mayor error que puedes cometer. Y, ¡por el Libro del Origen, muchacho!, nunca renuncies a utilizar lo que tienes por culpa de alguna estúpida idea acerca de lo que es justo o correcto, o lo que sea que estuvieras pensando.

—No...

—Sí. Claro que sí. Y yo te dejé hacerlo porque confieso que en cierto modo me sentí halagado, pero fue una tontería. Por tu parte y por la mía. Sobre todo por la mía.

—Pero creí que... Que la idea era aprender a observar empleando solo mis habilidades naturales.

—Claro que sí. ¿Y acaso no es una de tus habilidades naturales el dominio y la manipulación de los mensajeros? ¿Por qué habrías de renunciar a ella?

Yáxtor, confuso, no respondió.

—No hay excusa para la pereza —siguió diciendo Shércroft—. Al fin y al cabo, el genio no es otra cosa que la capacidad de esforzarse más allá de lo razonable. Pero, Yáxtor, ¿dónde está dicho que debes renunciar a lo que tienes? ¿Qué clase de pensamiento estúpido es ése?

Era la primera vez que el Jefe de Archivos lo llamaba por su nombre de pila, y al joven adepto le costó ocultar el placer que sentía.

—Creo que comprendí mal lo que intentabas que hiciera, jefe de archivos. Lo siento. Procuraré que no se repita.

—Lo sé. No eres tonto. No cometerás el mismo error dos veces. Y aclarado esto, vayamos a lo importante.

Terminó la pipa, la vació distraídamente y la dejó en el estante de donde la había cogido, sin molestarse en limpiarla.

—Tenemos un cadáver. Bueno, físicamente no, pero sí tenemos lo que vimos de él. Lo que ambos observamos. Y eso nos da unas cuantas pistas no desdeñables. ¿Cuáles crees que son?

Yáxtor, incómodo, dijo:

—Bueno, que era de Ashgramor parece claro. Pensé que podía ser un marinero, pero me hiciste ver que no. La verdad es que no sé por dónde seguir a partir de ahí.

Shércroft unió las yemas de los dedos, palma contra palma, y apoyó la barbilla en las manos.

—No era un marinero, en efecto, pero sí usaba un pendiente. Uno pesado que le había deformado el lóbulo. Concretamente el de la oreja derecha. ¿Eso no nos dice algo?

—A mí, no.

—Hmmm. Cierto. Hasta ahora te has centrado en Painé, así que Ashgramor no es precisamente tu especialidad. Tendrás que corregir eso y ponerte al día. Entretanto, veamos si puedo aportar algo de luz a tus tinieblas.

En la estantería, bajo la bolsa de tabaco, había un grueso volumen encuadernado en tela. Shércroft lo cogió, lo abrió por una página determinada y se la mostró al adepto.

Yáxtor vio la imagen de un hombre cubierto por una elaborada armadura de placas y decorada con motivos espirales. De la oreja derecha colgaba un largo pendiente de metal que le llegaba más allá del hombro.

—Un guardia diplomático de Agrúnder: una de las ciudades-estado más orientales de Ashgramor, casi en la frontera con Khynai —dijo Shércroft mientras Yáxtor leía el texto que

acompañaba a la imagen—. Fíjate en las manos, si eres tan amable.

El joven obedeció.

Las manos del soldado (una sujetando una espada ancha y curva y la otra, en la cadera) estaban tatuadas con motivos geométricos.

Yáxtor frunció el ceño, alzó la vista y vio que Shércroft le tendía una lente de aumento. Así comprobó que las manos no solo estaban tatuadas, sino que el dibujo seguía un patrón preciso y concreto. ¿Un indicativo de rango? ¿De casta?, ¿De profesión?

—Los militares de Agrúnder llevan el rango escrito en las manos. La imagen que estás viendo es de un teniente. Buena parte del dorso está sin tatuar. Un coronel tendría mucho menos espacio libre. Un general... Supongo que te haces una idea. Pero no solo indican el rango, sino también los méritos militares.

Yáxtor dejó la lente de aumento encima de la mesa y asintió, impresionado.

—Lo que significa —dijo Shércroft— que tenemos ahora una cuestión bastante peliaguda por resolver. Porque si alguien mató anteanoche a un guardia diplomático de Agrúnder, ¿cómo es posible que en la embajada no falte ninguno?

Aquella noche, a solas en la habitación, Yáxtor intentaba pensar en el misterio que el jefe de archivos le había planteado.

Lo intentaba y fracasaba.

En su mente, en aquellos momentos, no había sitio para nada que no fuera Ámber.

Su forma de moverse, tranquila y segura, el modo en que había puesto al descubierto el juego de ambos como si ninguno de los dos tuviera tiempo para malgastarlo en tonterías, la manera en que su sonrisa la convertía de pronto en poco más que una niña...

La deseaba. De una forma tan intensa que casi resultaba dolorosa.

Se había fijado en Ámber meses atrás. Lo había hecho de un modo distraído mientras se entregaba, sin pensárselo demasiado, al juego que se traía con las otras adeptas de la curación. Pero poco a poco se había ido volviendo real; de un modo tan paulatino, que Yáxtor no supo en qué momento pasó de ser una figura en la que apenas reparaba a convertirse en algo presente, palpable y que se entrometía en sus pensamientos a poco que se descuidase. ¿Cómo? ¿Por qué?

Durante su asistencia al curso de técnicas curativas básicas, la rutina que observó en la adepta fue casi siempre la misma: llegaba a media mañana al pozo, llenaba una jarra de agua y permanecía unos segundos contemplando el juego entre Yáxtor y sus compañeras.

Ella actuaba de un modo natural, como quien contempla un paisaje moderadamente interesante. Luego, con la jarra bajo el brazo, volvía al interior de las Casas.

Él nunca se había acercado y, por algún extraño motivo, tampoco lo había intentado, y eso que había tenido un buen número de oportunidades.

¿Por qué?, se preguntaba. Habría sido tan fácil: aproximarse y hablar con ella de cualquier cosa mientras ordenaba a los mensajeros que la convirtieran en una adicta a su figura, a su voz y a su tacto... Igual que había hecho con las otras adeptas, lo mismo que había aprendido a hacer después de su experiencia con Endra. Pero ¿por qué no con Ámber? ¿Por qué no se había acercado a ella? ¿De qué había tenido miedo?

De nada, se había dicho. De nada. Había suficientes peces en el mar, lo bastante a mano para no tener que preocuparse del que estaba lejos. Se trataba de eso y nada más.

El curso terminó, todos regresaron a la Torre y Yáxtor no volvió a pensar en ninguna de las

adepatas.

Claro. En ninguna. Por eso desde aquel mismo día había empezado a aprovechar cualquier excusa para acercarse a las Casas de la Curación, para pasar junto al patio, para...

Vale, sí, de acuerdo. Pero había seguido sin acercarse. ¿Por qué? ¿De qué había tenido miedo? De nada, se dijo. De nada, se repitió sin demasiada convicción.

Ámber solo era una anécdota. Una sabiondilla a la que le había permitido creer que podía estar a su altura en el juego. Nada más, ¿verdad? Nada más.

Al día siguiente, un acólito fue a verlo y le dijo que el Jefe de Archivos quería hablar con él. Yáxtor agradeció la interrupción porque apenas había podido concentrarse en el trabajo.

Recordaba haber soñado con Ámber la pasada noche, aunque no era capaz de decir con precisión en qué habían consistido los sueños.

Tenía la sensación, sin embargo, de que durante todo el sueño su animal se había hecho con el control y, desbocado, había satisfecho con ella todas sus apetencias de lujuria y violencia. Aunque lo extraño no fue eso, sino la desconcertante impresión de que Ámber había sido una participante activa y voluntaria en aquel juego, y que en todo momento era ella quien mantenía el control y quien dirigía la batalla.

Fuera como fuese, le costaba dejar de saborear las imágenes, escasas e inconexas, que aún permanecían en su memoria. Así que cualquier cosa que lo sacase de ese círculo, cualquier actividad, cualquier interrupción, sería bienvenida.

Cuando llegó a la oficina descubrió que Shércroft no estaba solo. Un hombre corpulento, de barba castaña y ceño siempre a punto de fruncirse, hablaba con él. Yáxtor se detuvo un instante en la puerta, indeciso.

Sabía quién era el hombre que hablaba con el Jefe de Archivos, por supuesto. Al fin y al cabo, el Adepto Empírico Supremo era una figura conocida por todos; por no mencionar que había impartido uno de los seminarios sobre diplomacia en el último año de Yáxtor como acólito.

—Ah, Yáxtor, pasa —dijo Shércroft cuando lo vio en el umbral.

El Adepto Supremo se volvió a medias, saludó al joven con un gesto de la cabeza y luego gruñó algo ininteligible en dirección al viejo archivero.

—Sé que me arrepentiré de esto —dijo luego—. Pero adelante, hazlo a tu modo.

—Gracias, Orston. Sabía que acabarías siendo razonable.

—¿Razonable? Estoy corriendo un riesgo absurdo al dejar que te metas en esto con un novato. Ni siquiera es tu campo. Ya no, en todo caso. Así que no tiene nada de razonable, en realidad. Si accedo a lo que me pides es para no tener que... Bah, qué más da. Al menos resuélvelo rápido y con discreción.

—Claro. ¿Acaso lo he hecho de otro modo alguna vez?

El Adepto Supremo dudó unos instantes, tomó aire y luego meneó la cabeza.

—Será mejor que me vaya —dijo—. Tengo bastantes cosas que hacer. —Echó a andar hacia la puerta—. Adepto Brandan, buenos días.

—Buenos días, Adepto Supremo —respondió Yáxtor, hablando en realidad a la ancha espalda de su interlocutor, que ya había salido y avanzaba a paso vivo por el pasillo.

El joven se encogió de hombros y tomó asiento. Los ojos del Jefe de Archivos sonreían, aunque no el resto de su cara.

—Un hombre impresionante, nuestro Adepto Supremo, ¿verdad? Imponente, diría yo. —Se

encogió de hombros—. Bueno, por qué no, es parte de su trabajo resultar imponente. Y podríamos decir que se ha tomado muchas molestias para serlo. —Entrecerró los ojos como si recordara algo lejano y no necesariamente desagradable—. En fin, vamos al grano, joven Brandan. —Vio la decepción que asomó al rostro del joven adepto, pero fingió no reparar en ella—. Esta noche, la embajada de Agrúnder ofrece una recepción diplomática. Creo que puedo arreglar el que nos colemos y averigüemos qué ocurre de una condenada vez.

—¿Los dos?

Shércroft asintió.

—Convencer a Orston no ha sido fácil —dijo—. Al fin y al cabo, este debería ser un trabajo para la rama ejecutiva de los adeptos, y ni tú ni yo pertenecemos a ella. Al menos ya no, ni todavía. Pero estar en mi posición, y ser yo, tiene ciertos privilegios. Y no me importa abusar de ellos de vez en cuando.

Yáxtor asintió. Intentó decir algo, pero descubrió que no se le ocurría nada.

—No esperaba que saltases, pero creí que lo recibirías con más entusiasmo. Por lo que veo, tienes otras cosas en la cabeza ahora mismo.

Yáxtor protestó, pero Shércroft no le hizo ningún caso.

—Creo que aún no te has recuperado del todo de las heridas. Quizá sería buena idea que fueras a las Casas de la Curación y te echaran un buen vistazo.

—Eso no será necesario...

—Pero es prudente. Ve. Nos encontraremos a las cuatro en el taller de artífices. No llegues tarde.

Yáxtor intentó protestar de nuevo, vio que sería inútil y se limitó a asentir.

—Vamos, ¿a qué esperas? Ve a que te miren las heridas. No tenemos todo el día.

La adepta de la curación que estaba de guardia reparó en Yáxtor enseguida. Llamó a un carneútil con un gesto y le impartió instrucciones en un tono seco mientras seguía atendiendo a los enfermos.

El carneútil dejó la sala y no tardó en volver seguido de Ámber. La joven, con un gesto natural que parecía ensayado mil veces, cogió una bandeja, se acercó al joven y sonrió con cortesía.

—No esperaba volver a verte tan pronto —dijo mientras le comprobaba las heridas de manera desapasionada pero eficiente, como si fuera el paciente número mil que atendía ese día—. No hasta que volvieras a cometer una estupidez que estuviera a punto de costarte la vida, por lo menos.

Yáxtor no hizo caso del sarcasmo y se limitó a decir:

—El Jefe de Archivos me ordenó que viniera, por si acaso.

—Muy sabio por su parte, aunque innecesario. Tus heridas están completamente curadas.

Yáxtor se dio cuenta de que la otra adepta de la curación había terminado la tarea y abandonaba la sala que estaba casi vacía. En unos segundos, los pocos enfermos que había salieron también.

—Bueno —dijo—. Quizá el Jefe de Archivos no me envió por motivos estrictamente curativos. —Guardó silencio, inseguro sobre qué camino tomar—. O...

Ella dejó la bandeja en una mesa, lo miró con algo parecido al fastidio y dijo:

—Tengo bastante trabajo que hacer. Y es importante. No puedo perder el tiempo en los juegos que el Jefe de Archivos y tú os traigáis entre manos.

Su voz sonaba hostil. Yáxtor frunció el ceño y se preguntó qué habría pasado; qué había dicho para que ella reaccionara así, por qué...

Por un instante se sintió tentado de mandarlo todo al infierno, lanzar los mensajeros sobre la joven y hacerla suya de una condenada vez. Dentro de él, el animal gruñó con aprobación, pero en lugar de eso, dijo:

—Lo siento.

Y volvió a quedarse en silencio, como si el resto de las palabras del mundo se hubieran puesto repentinamente fuera de su alcance.

—Haces bien —dijo ella, aún con aspecto de estar molesta—. En cualquier caso, tus heridas ya están curadas, como te dije, así que puedes irte cuando quieras.

Yáxtor apretó la mandíbula, tratando de contener el animal rabioso que de nuevo empezaba a rugir en su interior. Miró a Ámber y algo en su postura, en el modo en que lo contemplaba, totalmente serena, hizo que el animal se desvaneciera en las sombras.

—No quiero irme —consiguió decir.

Algo indescriptible asomó en la mirada de Ámber, que se cruzó de brazos y permaneció en silencio un rato que al adepto se le hizo eterno. Luego ella murmuró:

—Tengo trabajo que hacer.

—Y yo. Seguramente ya debería estar con ello.

—Lo mismo digo.

De nuevo se hizo el silencio y ninguno de los dos trató de romperlo. Era una batalla muda en la que nadie se atrevía en realidad a dar el siguiente paso, tanto si este consistía en huir, como si se trataba de machacar al contrincante.

De repente, la mirada felina que Yáxtor había percibido en la joven un par de días atrás reapareció y no supo cómo tomárselo. Acto seguido, Ámber dio un paso hacia él.

El joven, sentado en la camilla, no se movió mientras ella daba otro paso más y su cuerpo quedaba tan cerca que Yáxtor casi no necesitaba moverse para tocarla.

—Será mejor que sigamos cada uno con lo nuestro —susurró ella—. ¿No crees?

Él asintió y al instante sintió los labios de la adepta contra los suyos en un roce tan sutil que, por un momento, creyó habérselo imaginado. Luego la boca de Ámber se abrió a la suya y el joven se descubrió saboreándola como si no hubiera nada más en el mundo.

—Un poco torpe —dijo Ámber tras retroceder un paso—. Aunque era de esperar. —A pesar del reproche, estaba sonriendo—. Será mejor que te vayas —añadió al cabo de unos segundos.

Yáxtor asintió. Trató de ponerse en pie y descubrió que sus piernas se habían transformado en una gelatina temblorosa que se negaba a obedecerle. Lo intentó de nuevo, echando mano de todo su autocontrol, y esta vez lo consiguió.

—Mañana... —empezó a decir.

Ella lo interrumpió tapándole la boca con la palma de la mano. Yáxtor se sintió completamente idiota. Apenas podía respirar y no lograba apartar la vista del rostro de Ámber.

Ella lo besó de nuevo y luego lo dejó ir. En la puerta, Yáxtor se volvió y vio que lo miraba con una sonrisa tan natural y tranquila que le provocó un vuelco.

Mientras regresaba hacia la Torre, midiendo cada paso, odiando sus piernas indecisas y el cosquilleo que le convertía las tripas en un revoltijo anhelante, volvió a sentirse como un completo idiota. Pero, demonios, era el completo idiota más feliz de todo Érvinder. De eso estaba seguro.

Ámber no podía dejar de sonreír. Intentaba amonestarse por la estupidez que acababa de cometer, pero era incapaz de hacer caso a la lógica.

*¿Qué has hecho, estúpida?*, le recriminaba una parte del cerebro. *Oh, cállate*, replicaba la otra. *¿Dónde ha quedado eso de «Es un peligro, aléjate?»*, insistía la primera. *¿Y desde cuándo soy una mujer desvalida?*, contestaba la segunda. *¿En qué momento me convertí en una mojigata? ¿Acaso he necesitado alguna vez que me rescaten? Para que todo me salga bien no necesito esforzarme; y sin esfuerzo, ¿cómo voy a apreciar la recompensa? Sin riesgo, ¿cómo puedo saber hasta dónde puedo llegar? No, soy consciente de lo que hago y de las implicaciones.*

Se recreó de nuevo en el beso, torpe pero apasionado. No le hizo falta un análisis profundo para confirmar su hipótesis: el muchacho había empleado los mensajeros para encandilar a las demás.

Era un descubrimiento importante, cierto, pero lo era más aún comprender que Yáxtor no había echado mano de ellos para tratar de satisfacerla. Aquello sin duda era un triunfo, y de nuevo aquel sentimiento extraño se abrió paso dentro de ella. ¿Qué era?

—Así que hoy estamos de buen humor, ¿eh? —interrumpió Belysh su ensoñación—. Perfecto, porque tengo una prueba para ti.

La maestra retiró la sábana que cubría el cadáver, o mejor dicho el torso, porque no había más. Ámber frunció el ceño. De nuevo otro vagabundo muerto encontrado en algún vertedero y al que ya le habían realizado la autopsia. Empezaba a estar harta. ¿Cuántas pruebas más necesitaba Belysh para convencerse de que era válida?

Suspiró con cansancio y dijo:

—Llevo más de cincuenta cadáveres analizados. En todos ellos he acertado las causas de la muerte. Es más, en dos de ellos he demostrado que los informes no eran del todo precisos, y en uno, la conclusión de la adepta al cargo fue incorrecta. ¿De verdad tengo que seguir con esto?

Belysh sonrió feroz.

—Ah, pero este es el último. El definitivo —dijo antes de pasarle la carpeta que sostenía en la mano.

—¿Qué es esto?

—El informe forense, por supuesto. Ahí encontrarás cuál fue la causa de la muerte.

Ámber entrecerró los ojos, suspicaz. ¿Le daba ya la solución? ¿Por qué?

Echó un vistazo rápido a los papeles y comprobó la firma de Belysh. Si ella le había realizado la autopsia, dudaba mucho que estuviera errada. ¿Entonces?

Tenía que admitirlo: aquello era nuevo.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que estudies el cadáver, por supuesto.

—¿Con qué fin?

—Descubrir quién fue en vida, qué o quien lo mató y por qué.

—Pero esto... ¿no suelen hacerlo los adeptos?

—¿Tan pronto renuncias? Vaya.

Ámber miró a Belysh a los ojos. Trató de encontrar el gato encerrado, sin éxito. Finalmente se cogió de hombros, volvió la vista al informe y poco después empezó a estudiar el cadáver.

Por fin un reto interesante.

*Una fiesta y un zoológico no son tan distintos.*

—**Próxtor Brandan**

Shércroft enarcó una ceja al verlo llegar. Luego, con un ademán fluido, lo hizo pasar y le mostró lo que había preparado.

Yáxtor frunció el ceño ante aquella orgía de colores y texturas.

—¿Qué...?

—Ah, joven Brandan. Definitivamente, debes ponerte al día con las costumbres de Ashgramor. Lo harás más tarde o más temprano, estoy seguro, aunque nos habría venido bien en esta ocasión que hubiera sido temprano. No importa. Lo que en Alboné entendemos por discreción, sobriedad y buen gusto, en Ashgramor se considera aburrido, fúnebre y nefasto. Su concepto de lo que es un traje de etiqueta, como puedes ver, resulta un tanto pintoresco y colorido.

—Y chillón —añadió Yáxtor—, sobre todo chillón.

—Sin duda. El cromatismo desenfrenado les alegra el corazón. Aunque viviendo en la tierra agreste en la que viven, quién puede culparlos. En cualquier caso, te aseguro que estos son los ropajes que necesitamos para pasar desapercibidos esta noche.

—Si tú lo dices.

—Pasar desapercibido es una cuestión de contexto, Yáxtor. Algo que a estas alturas de tu vida ya deberías saber. Y el contexto en el que debemos mezclarnos esta noche...

—Lo comprendo.

—No lo dudo. La tardanza en entender no es uno de tus defectos. Las ropas son una parte del disfraz. La modificación de nuestros rasgos mediante los mensajeros adecuados —añadió mientras mostraba al joven los dos frascos que sostenía en la mano nervuda y arrugada— es otra parte. Pero la más importante es una cuestión de actitud. De nada sirve parecer otra persona si no te comportas como tal. De hecho, si eres capaz de moverte, gesticular y hablar como ella, es posible que tengas éxito en tu engaño aunque no te parezcas en lo más mínimo.

El viejo no hacía más que repetir conceptos totalmente básicos, pero Yáxtor agradeció la cantinela. Le permitía enfocarse en el presente y el futuro inmediato, y olvidarse de Ámber.

—Así que será mejor que estudies bien a fondo tu papel —dijo Shércroft tendiéndole un legajo de documentos— y empieces a ensayarlo mientras los mensajeros reconfigurativos que nos ha preparado el Maestro de Artífices van haciendo su trabajo.

El maestro de ceremonias anunció a Aidanes, comerciante de Painé, y a su joven pupilo Hermatos. Los nombres se perdieron en el barullo de fondo que llenaba el jardín de la embajada de Agrúnder, y solo los rostros más cercanos a los recién llegados se giraron hacia ellos.

Aidanes contempló la fiesta durante largo rato y luego esbozó una sonrisa lasciva.

—¿Te lo dije o no te lo dije, hijo mío? Solo en Ashgramor saben organizar una fiesta a nuestra altura.

—Sí, tío —respondió el joven pupilo—. Como de costumbre, tienes razón.

—Pareces molesto por ello, amado hijo. Pero no te preocupes, con suficiente tiempo y abundante suerte podrás llegar al lugar en el que estoy y tener razón la mayor parte del tiempo.

—Créeme, querido tío, lo deseo tanto que casi no puedo esperar.

Aidanes sonrió ante la insolencia del pupilo. Tenía un rostro redondo, de aspecto agradable, y una abundante papada que no conseguía afearlo por completo. El joven acompañante, por otro lado, tenía unas facciones afiladas e inquisitivas, además de unos labios sensuales y unos ojos burlones que parecían fuera de lugar.

Alguien se acercó a ellos. Por la forma obsequiosa en la que se movía debía ser un funcionario de Agrúnder. El hombre esperó una pausa en la conversación entre el comerciante y su joven compañero para presentarse sin más preámbulos.

—Ah, placer y negocios —dijo Aidanes, complacido—. ¿Puede haber mejor combinación? En Ashgramor sabéis cómo hacer las cosas, sin la menor duda.

—Oh, no, me temo que me has entendido mal. No he mencionado mi cargo de agregado comercial con ninguna intención de... Eso habría sido una grosería.

—Por supuesto —dijo Aidanes—. Ha sido el destino entonces, ¿no es así, hijo mío?, el que ha puesto a un agregado comercial en el camino de un comerciante que busca abrir nuevas vías de negocio.

—Claro, tío. El destino. Qué otra cosa podría haber sido.

—Miles de ellas, amado hijo. Tantas como estrellas hay en el cielo. Nuestro encuentro pudo haber sido el resultado de una confusión, un complot, una conspiración, un accidente, una casualidad, un tropezón, un chivatazo, una intriga, un incidente, una conversación, una maquinación, una broma, un augurio, una conjura. Y en lugar de eso, ha sido el destino. Nunca subestimes los caprichos de este, hijo mío. Ahora calla y presta atención mientras los mayores nos ocupamos de las cosas verdaderamente importantes.

Hermatos guardó silencio y permaneció un rato con el ceño fruncido mientras los dos hombres, pese a las protestas del agregado comercial, se enzarzaban en una larga y complicada conversación de negocios.

Aburrido, la atención del joven no tardó en desviarse a lo que ocurría a su alrededor. Con un gesto de la cabeza le indicó a Aidanes que había decidido deambular por la fiesta en busca de su propia diversión, y el viejo comerciante asintió sin dejar de hablar con su interlocutor.

Hermatos vagó por los jardines, mirando por aquí y por allá con la atención dispersa, sin centrarse demasiado en nada concreto de lo que ocurría a su alrededor.

Había una orquesta que interpretaba los extraños ritmos de Ashgramor, una larga mesa con viandas y bebidas y varios pabellones que ya habían sido tomados por distintos grupos. En algunos de ellos se hablaba con tranquilidad, en otros se discutía animadamente y en otros... las actividades que tenían lugar eran de una índole bastante más física.

Hermatos permaneció un buen rato a la entrada de uno, cuyos ocupantes se habían convertido en un revoltijo de brazos y piernas, gemidos y jadeos, en el que resultaba difícil discernir qué miembro pertenecía a quién y qué estaba haciendo.

De pronto, una mujer alzó el rostro y clavó la mirada en el joven. Era madura y su belleza no tardaría en marchitarse, pero había algo desafiantemente hermoso en el modo en que sus facciones iban dejando atrás la juventud. Sonrió al ver a Hermatos y, con un gesto, le indicó que se incorporara a la orgía. El joven se lo pensó unos momentos y luego negó con la cabeza. La mujer se encogió de hombros y volvió a hundir el rostro en la masa de carne jadeante que había a su



alrededor.

En otra zona del jardín había un grupo de jóvenes, tres o cuatro años mayores que Hermatos, custodiados por una docena de guardias diplomáticos. El que llevaba la voz cantante, a juzgar por la ropa y las joyas, debía de ser un personaje importante. Tal vez el hijo de un dignatario, o un jerarca. Hablaba de política y el resto del grupo se limitaba a darle la razón en las pausas adecuadas. Hermatos no tardó en aburrirse de aquello y siguió su camino.

Sin llamar demasiado la atención, sin permanecer demasiado en ningún sitio, recorrió por completo el jardín de la embajada, se mezcló con todos los grupos y pocas cosas se le escaparon. A lo largo de la noche se cruzó varias veces más con el joven aristócrata, siempre con su escolta de doce guardias.

Cuando patrón y pupilo volvieron a encontrarse, habían pasado varias horas. El maquillaje facial de Aidanes estaba un tanto descompuesto y algunas de las túnicas multicolores que llevaba no parecían encontrarse en muy buen estado.

—¿Has tenido problemas, tío? —preguntó el joven mientras tomaba asiento al lado, entre los cojines.

—Nada que no pudiera solucionar, hijo mío —respondió el comerciante—. Pero ¿qué puedo hacer cuando las mujeres aún me encuentran atractivo, más que esforzarme por complacerlas?

—Pues parece haberte esforzado a fondo.

—Uno nunca debe dejar mal a sus anfitriones.

—Claro que no, tío.

El resto de la charla estuvo compuesto de un intercambio intrascendente y alegre de pullas y sarcasmos. Por debajo de ella, sin embargo, estaba teniendo lugar la verdadera conversación.

«Dime lo que has encontrado», articularon rápidamente los dedos del viejo mientras echaba mano de una copa y contemplaba con curiosidad el contenido.

«No falta ningún guardia, tal como suponíamos», respondió el joven de la misma manera.

«Lo contrario me habría sorprendido enormemente. De todas formas, espero que en este tiempo hayas sido capaz de averiguar algo más que eso.»

«Yo podría decir lo mismo.»

«Sin duda.»

Yáxtor contuvo una sonrisa. Había algo enormemente agradable en los modales del viejo. En el modo en que interpretaba su papel de disoluto comerciante de Painé: sin esfuerzo, dejándose llevar por el personaje, sin forzarlo jamás. El propio Yáxtor había intentado hacer algo parecido y se había sorprendido más de una vez a lo largo de la noche saliéndose del personaje a su pesar.

Comenzó a contarle todo lo que había ido viendo durante el paseo por los jardines, sin guardarse nada, como si fuera algo que no le hubiera pasado a él, sino a otro. Comprendió en ese momento que el disfraz funcionaba como un filtro que le permitía contemplarlo todo como si no fuera asunto suyo. No había la menor implicación emocional en nada de lo que había visto, dicho o hecho durante toda la noche.

Mientras seguía informando a Shércroft, guardó aquella idea. Presentía que le sería útil en el futuro.

Salieron de la embajada al amanecer. Aidanes era una figura tambaleante que se apoyaba a duras penas en su joven pupilo. Este, con descarada resignación, lo llevaba hacia el carruaje alquilado que los había traído.

El Jefe de Archivos se mantuvo en personaje durante todo el viaje. Solo cuando el conductor los hubo dejado en la casa de los adeptos empíricos que estaban usando como tapadera y se hubo perdido en la distancia, Shércroft dejó de parecer un hombre en el estadio final de una borrachera. Se incorporó de repente, los labios arrugados dejaron escapar una palabra impronunciable y los mensajeros de reconfiguración abandonaron su cuerpo mientras las facciones volvían a ser las suyas.

Yáxtor hizo otro tanto. Luego, en la soledad de la casa franca, los dos recapitularon lo ocurrido aquella noche.

—Así que esto es lo que tenemos —dijo Shércroft varias horas más tarde. El sol estaba alto en un cielo tachonado de nubes, y a sus espaldas, el río Lambo se deslizaba perezosamente—. No falta nadie del personal de la embajada de Agrúnder. Ni guardias, ni criados, ni personal diplomático. Ni siquiera hay algún carneútil fuera de lugar. Sin embargo, sabemos que un guardia de Agrúnder fue asesinado hace un par de noches. Por lo demás, la embajada manifiesta una actividad bastante mayor de lo usual debido a que Agrésidor, hijo menor del jerarca de Agrúnder, se encuentra de visita en Alboné.

»Es joven, es atractivo y nos encuentra tan exóticos como nosotros los encontramos a ellos. Así que se ha pasado casi toda su estancia de fiesta en fiesta. Por no mencionar unas cuantas escapadas a medianoche que han traído al personal de seguridad de cabeza.

»El muchacho vuelve a Ashgramor en una semana, y el embajador no se atreverá a sentirse seguro hasta ese momento: cuando el joven petimetre ya no sea responsabilidad suya. Podríamos decir que eso es todo, ¿no es cierto?

Yáxtor frunció el ceño. ¿El viejo le estaba poniendo una trampa?

—Quizá —dijo.

Shércroft sonrió. Se arrebujo en el asiento y apoyó la barbilla en la punta de los dedos.

—En efecto. Quizá.

Yáxtor se quedó esperando a que el Jefe de Archivos añadiera algo más, pero ante su silencio, no pudo evitar decir:

—Hay una conspiración, eso es evidente.

—¿Evidente? Tal vez. Aunque no soy muy amigo de lo evidente. Lo evidente es una bestia traicionera que puede volverse contra ti en cualquier momento y morderte el trasero antes de que te des cuenta. Pero de acuerdo, joven, aceptemos que hay una conspiración. ¿Quién la dirige y hacia quién?

—El objetivo... —Yáxtor se contuvo antes de añadir un nuevo «evidente» a la conversación — más lógico es el hijo del jerarca.

—Lógico, quizá, pero ¿para quién? No representa ningún peligro para nadie, solo una molestia. Es el hijo menor. Nunca sucederá al padre. A menos que alguien mate antes a sus otros siete hermanos.

—¿Y si se trata precisamente de eso? —preguntó Yáxtor.

—¿Qué quieres decir?

El joven contuvo su entusiasmo ante la idea que acababa de cruzarle por la mente. Mantuvo el gesto sereno y trató de medir cada una de las palabras.

—¿Y si ese es el objetivo? Librarse de sus siete hermanos. ¿Y si el joven no es la víctima de la conspiración, sino su artífice?

—¿Cómo?

—He podido verlo esta noche. Políticamente es, a todos los efectos, un cero a la izquierda. Tú mismo lo has dicho: no es un peligro para nadie, solo una molestia. Y puedo asegurar que eso no le gusta. Quiere ser alguien importante.

»Mientras el resto de los jóvenes aristócratas se dedicaban a descargar sus pasiones, él pasó la noche discutiendo. Con embajadores, con políticos, con generales. Un niño tratando de impresionar a los mayores, intentando que lo vean como a un adulto.

—Y sus resultados...

—Frustrantes y esperables. Lo contemplan con benevolencia, le hablan con la mayor de las cortesías, asienten a sus epigramas o sus silogismos, aplauden de vez en cuando sus ideas y nunca, ni por asomo, le llevan la contraria. Y él lo odia. Es inteligente, es ambicioso y se da cuenta de lo que significa que nunca lo contradigan: que lo siguen viendo como a un niño y que no merece la pena tomarse la molestia de discutir con él de igual a igual.

Shércroft se inclinó hacia adelante y escrutó en silencio a Yáxtor.

—No, Jefe de Archivos. No estoy proyectando mis propias frustraciones en él. —Sonrió—. Si algo habéis hecho como maestros a lo largo de estos años es discutir todas y cada una de mis ideas, ponerlas en tela de juicio y poner a prueba constantemente mi forma de pensar y de ver el mundo. —Dudó unos instantes—. Y creo que hasta hoy mismo no he comprendido lo agradecido que estoy de que os comportéis así.

Si esperaba que Shércroft le dijese que él no era su maestro ni tenía intención de serlo, Yáxtor quedó chasqueado. El viejo se limitó a asentir pensativamente mientras encendía la pipa y daba una larga bocanada.

—No pongo en duda ni tus percepciones ni tus conclusiones, Yáxtor. Estamos de acuerdo: el joven es ambicioso y se siente frustrado. Ahora dime, ¿de qué modo esos dos factores lo llevan a matar a uno de sus propios guardias y sustituirlo con... qué?

—Como me has dicho varias veces, Ashgramor no es mi especialidad. Pero Painé, sí. El reto que tiene el joven por delante es complicado. Un mercenario normal no podría ocuparse de ello, no con suficientes garantías de éxito. Hablamos de asesinar a sus siete hermanos, quizá incluso a su padre, y llevarlo a cabo sin que nada apunte hacia él. Seguramente quiere que además se haga rápido. Es impaciente, algo que he podido ver esta noche. Así que la conclusión es... —dudó unos instantes y luego dijo, conteniendo una sonrisa—: evidente. Un Juramentado de la Montaña. Rápidos, letales, maestros del disfraz y tan eficaces con la espada como con el veneno.

Shércroft asintió.

—Digamos que encaja —añadió—. Salvo por un pequeño detalle: Agrésidor no tiene fondos suficientes para contratar a un Juramentado de la Montaña. Ni de lejos. Y, como no dudo que sabes, estos no trabajan a crédito. Cobran por adelantado.

—Entonces alguien está pagando los servicios por él. Alguien que espera ser bien recompensado cuando el joven sea el nuevo jerarca de Agrúnder. El embajador, tal vez. O tu amigo, el agregado comercial.

—O la jefa de prostitutas del templo de la embajada, o...

Shércroft se interrumpió de pronto. Cerró los ojos y apretó los dientes. Pasó largo rato de ese modo y Yáxtor no se atrevió a decir nada. De pronto el viejo abrió los ojos, miró al joven adepto empírico y sonrió.

—Sí, Yáxtor, mi amigo el agregado comercial. Quién si no.

—Alzó la vista al techo y dejó escapar una risa que sonó casi como una tos—. Idiota. Lo tenía

delante todo el tiempo. Incluso me lo dijo, y no lo he visto hasta ahora.

—Me temo que no lo comprendo.

—Aun así, tú también lo tenías delante de las narices. Te conté mi conversación con él, ¿no? Y quizá lo viste, después de todo. Tal vez a un nivel inconsciente fuiste capaz de verlo, mientras que yo...

—No sé de qué me hablas.

—Claro. Pero lo sabrás. Ven, deja que te guíe. Repasa conmigo mi charla con el agregado comercial. La forma en que se acercó a nosotros, sus primeras palabras, la conversación absurda que tuvimos sobre el destino... ¿Lo recuerdas?

—Claro.

—¿Y qué más? ¿Qué más dijo aquella noche mientras tú te alejabas por el jardín? ¿Qué dijo sobre el destino? Te lo he contado, ¿recuerdas?

Yáxtor asintió.

—«El destino ayuda a quienes se ayudan a sí mismos»

—empezó a repetir palabra por palabra—. «Es inconstante y traicionero. Pero un hombre que no lo tema puede conseguir que trabaje para él.»

—Muy bien, Yáxtor, muy bien. ¿Y qué más?

El joven cerró los ojos. Repasó la conversación tal como Shércroft se la había transmitido la noche anterior.

—Sí —dijo al cabo de un raro—. Hablabais del juego, de las probabilidades, de la fortuna, que es caprichosa. Él dijo: «No para el hombre que sabe domarla». Y tú replicaste: «¿Domesticar al destino y domar a la fortuna al mismo tiempo, amigo mío? ¿No es eso demasiado para un hombre?». Él respondió: «No, si está decidido a ser el dueño de su destino y a labrarse su fortuna. Para ese hombre no hay obstáculos, solo oportunidades». Tú sonreíste. Él cambió de tema en ese momento.

—Excelente, muchacho, excelente. Supongo que lo ves ahora.

—Es posible —reconoció Yáxtor—. Pero también es posible que sea tan solo un idiota con delirios de grandeza que no sabe nada.

—En efecto. Lo que tenemos es una hipótesis. Así que habrá que ponerla a prueba y descartarla o corroborarla. —Shércroft permaneció pensativo unos instantes—. Y aunque se revelase como cierta —añadió luego—, ¿debemos intervenir?

Yáxtor frunció el ceño. Comprendió de repente lo que estaba diciendo el viejo y respondió:

—Los planes del hijo pueden ser peligrosos para el padre, incluso para su ciudad, pero no tienen por qué serlo para nosotros. Tal vez hasta nos beneficien.

Ashgramor, al fin y al cabo, era la barrera natural entre las ansias expansionistas de Khynai y la parte más oriental de los Pueblos del Pacto. Su red de ciudades-estado actuaba como una membrana que absorbía las ideas del Dios Único e impedía que fueran más allá. El equilibrio de toda aquella zona (junto con Can y parte de Painé) era un asunto delicado en el que no había que inmiscuirse sin antes pensarlo bien.

Si ahora impedían que el joven se librara de su padre y sus hermanos, ¿estarían beneficiando la causa de Alboné?

—Agrúnder ha sido tradicionalmente una aliada oficiosa de los Pueblos del Pacto —dijo Shércroft de repente—. Su actual jerarca lleva casi cuarenta años al frente de la ciudad y ha sido un factor de estabilidad y confianza en toda la región. Dejar que su hijo lleve a cabo sus planes tendría consecuencias no deseadas. Causaría caos e inseguridad. Y ya sabes lo que pasa cuando el

río baja turbio: los pescadores se ponen las botas. Bien podría ser una oportunidad para que Khynai plantara el pie en Agrúnder, algo que no nos conviene demasiado. De hecho, quién sabe si nuestro amigo el agregado comercial no será un agente al servicio del Dios Único.

—Entonces, ¿intervendremos?

—¿Nosotros? Me temo que ese no es el procedimiento. Hemos reconocido el terreno y hemos recopilado la información necesaria. Ahora es cosa del Adepto Supremo decidir qué se hará. Y quién lo hará.

Yáxtor no dijo nada, pero era evidente que no se sentía muy satisfecho con la respuesta. Shércroft guardó silencio, se recostó en el asiento y volvió a apoyar la barbilla en la punta de los dedos.

—¿Tú cómo lo harías? —preguntó de repente.

Tomado por sorpresa, el joven no supo qué decir.

—Habría que localizar al guardia que ha sido suplantado por el Juramentado —dijo tras un momento de vacilación—. Y luego... imagino que tendríamos que librarnos de él y del hijo del jerarca... de manera que pareciera un lamentable accidente. Hacerlo de un modo abierto crearía demasiados problemas diplomáticos, supongo.

—¿Y qué pasa con el agregado comercial?

—O es ambicioso y quiere ser el poder real tras el poder aparente, o es un fanático entregado a la causa de Khynai y el Dios Único. Mientras lo tengamos controlado y vigilado no debería ser mayor problema. Incluso puede resultarnos beneficioso. Con el tiempo quizá podamos hacer de él un agente doble. En cualquier caso, sabemos que trabaja contra nosotros, así que es... fiable. Una herramienta en la que podemos confiar y que, llegado el caso, podemos usar del modo que nos interese.

—Curiosa forma de expresarlo, pero sí, estoy de acuerdo.

Shércroft se puso en pie.

—Será mejor que volvamos a la Torre. Orston estará esperando nuestro informe. Y esperar no es algo que le guste mucho al Adepto Supremo.

Yáxtor asintió, aunque al viejo archivero no se le escapó el gesto de impaciencia que el muchacho trataba de reprimir.

Ámber parpadeó confusa y desorientada cuando el turno de mañana entró en la sala de autopsias. ¿Ya era de día? ¿Tan pronto? ¿O debía decir: tan tarde?

Había pasado la noche en vela estudiando el cadáver y seguía tan despierta como cuando empezó. El informe de Belysh era impecable (como ya supuso nada más leer su firma en él) y los hechos que listaba solo podían apuntar a una dirección posible: aquel hombre había sido asesinado de forma limpia y metódica. Claro que lo que la maestra le había pedido no era confirmar lo que ya sabía, sino ir un paso más allá, averiguar por qué había terminado en una mesa de autopsias, y conseguirlo sin más ayuda que aquel torso mutilado y en descomposición.

«Ah, pero la anatomía no solo sirve para saber qué lugar ocupa cada elemento de nuestro cuerpo y con qué propósito, sino que nos ayuda a conocer las diferencias, como por ejemplo: por qué se ha desarrollado de una manera y no de otra», recordó lo que Belysh había dicho el primer día que asistió a su clase.

La maestra no había vuelto a hacer hincapié en ese tema (ni en ese curso ni en los dos siguientes), pero a poco que Ámber lo pensara, las había aleccionado a todas para que notaran

las... diferencias, los matices. Y gracias a eso, la joven adepta era consciente en esos momentos de que aquel trozo de carne ocultaba una historia.

*Fuiste alguien*, dijo en silencio al torso mientras lo envolvía con cuidado y lo almacenaba de nuevo en la cámara. *Las cicatrices junto a las marcas de soldadura en las costillas y los huesos del brazo que aún conservas trazan un mapa de enfrentamientos. Bajo la capa de piel y grasa observo unos músculos forzados al límite, entrenados para no perder el tono. La cuestión es: ¿acabaste en un vertedero porque la desgracia se cebó en ti y con tu último aliento luchaste por ese mendrugo de pan por el que antes ni te habrías molestado, o como me indica el tamaño de tu estómago, jamás has pasado hambre ni siquiera ocho horas antes de tu muerte a pesar de tenerlo vacío?*

*Fuiste alguien*, repitió mientras abandonaba la sala para no estorbar a las adeptas que ya empezaban a trabajar. *Y no hablo solo de tu pasado. Hace dos semanas eras alguien, pero ¿quién? ¿Quién fuiste para que otro decidiera quitarte de en medio y condenar tus restos de esta manera?* Se detuvo y se quedó pensando unos instantes. *¿Otro... u otros?*

Sacudió la cabeza. Estaba cansada. Ahora que no estaba enfrascada en la tarea se dio cuenta. Necesitaba dormir al menos cuatro horas si quería que le sirviera de algo tenderse en la cama a descansar. Menos de eso incluso podría ser peor. Sin embargo, como adepta en prácticas, tenía un horario marcado y no quería darle la satisfacción a Belysh de echarle en cara que ni siquiera fuera capaz de cumplir una tarea sencilla.

Sonrió feroz. Sabía que no se había equivocado al elegirla como su tutora de proyecto. No solo le ponía delante un desafío, sino que la alejaba de la zona de comodidad para forzar su resistencia.

No la defraudaría.

*Sin duda, el momento más desconcertante de nuestras vidas es cuando descubrimos en otro lo mismo que hay dentro de nosotros y nos damos cuenta de que el objeto de nuestro deseo siente lo mismo que sentimos.*

*La primera vez que pasa, el sentimiento de incredulidad es tan enorme que apenas deja sitio para nada más.*

*Apenas.*

### **—La Reina de Alboné, en su sexta encarnación**

Los días siguientes fueron un decepcionante remanso de tranquilidad para el joven adepto empírico.

Estar enfrascado en las tareas del área de archivos conseguía que, de algún modo, las mañanas fueran pasando. Las tardes eran una cuestión completamente distinta.

Vio a Shércroft un par de veces, pero el viejo archivero parecía abstraído y no demasiado contento. Yáxtor no sabía qué había ocurrido durante la entrevista con el Adepto Supremo, pero a juzgar por las apariencias, el resultado no había sido el que Shércroft esperaba.

En cuanto a Ámber...

Con una tozudez que él mismo encontraba estúpida, se negaba a ir a verla, como si volver a las Casas de la Curación fuera declararse vencido en una guerra en la que no estaba muy seguro de estar luchando, y al mismo tiempo no podía dejar de pensar en ella.

Dentro de él, como siempre, había un animal rabioso e impaciente, una criatura de pasiones rápidas y odios eternos que no dejaba de pensar en terminar con todo aquello de una maldita vez, lanzarse sobre Ámber, hacerla suya empleando los mensajeros y, una vez cobrada la pieza, olvidarla para siempre.

Pero había también algo más. Algo que había estado dormido desde la muerte de Endra y que poco a poco comenzaba a despertar y mantenía al animal a raya. Yáxtor no se atrevía a darle un nombre, e intentaba no pensar en ello.

Se cruzó con Shércroft al tercer día, por la tarde. El viejo lo miró unos instantes como si estuviera a punto de decirle algo; después pareció pensárselo mejor y siguió su camino.

Yáxtor estuvo a punto de ir tras él, pero en lugar de eso salió al patio, dejó atrás la Torre y se acercó a las Casas de la Curación. Tardó en decidirse a entrar, y cuando lo hizo fue con el gesto adusto y mirando a todas partes, como si los enemigos lo acechasen en las sombras.

En la sala de recepción había una joven adepta que lo miró como si se conociesen. Yáxtor rebuscó en su memoria y no tardó en dar con ella, aunque no fue capaz de ponerle un nombre. Del modo más formal posible se acercó y dijo:

—Desearía ver a la adepta Ámber.

La expresión en el rostro de la joven pasó rápidamente del entusiasmo a la decepción, para luego diluirse en un gesto de rencor mal disimulado. Pese a todo, le indicó que esperase en una pequeña sala.

¿Qué hacía allí? ¿A qué había ido? ¿Por qué perdía el tiempo de esa manera?

El animal rabioso, cada vez más inquieto, llenaba su mente de pensamientos de violencia y dominación, y se iba volviendo más impaciente a medida que transcurría el tiempo y Ámber no aparecía.

La puerta se abrió de repente. Yáxtor alzó la vista.

—¿Has vuelto a cometer una estupidez? —preguntó Ámber mientras entraba en la sala.

—Sí —respondió Yáxtor, hosco—. He venido.

Ámber no hizo caso ni del tono ni de las palabras. Se acercó al joven, se detuvo justo antes de que sus cuerpos se rozaran y preguntó con una sonrisa velada:

—¿Y piensas seguir cometiendo más?

De repente, toda la furia se desvaneció dentro de Yáxtor. Toda la rabia, todo el deseo de violencia se diluyeron en su interior y fue como si nunca hubieran estado allí.

—Todas las que pueda —respondió en un tono tranquilo.

No podía apartar la vista de ella. Dentro de sus tripas volvía a sentir algo que no era vértigo, pero resultaba igual de mareante.

—Espero que sí —añadió ella.

Se sentaron. Con timidez, casi con miedo, Yáxtor alargó una mano y le rozó el rostro. Se sentía perplejo consigo mismo y a la vez no podía importarle menos. En aquellos momentos, su universo se reducía a la persona que tenía delante y el resto se había convertido en una molestia lejana a la que no hacía caso.

Ella lo acarició, luego fue guiándolo muy despacio por su cuerpo. Yáxtor se mostró torpe y Ámber sonrió como si comprendiera.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nunca has necesitado valerte por ti mismo en esto, ¿verdad? Los mensajeros han hecho siempre el trabajo por ti.

—Bueno, ellos son parte de mis habilidades naturales

—respondió recordando la conversación que había tenido con Shércroft unos días atrás e intentando no parecer ofendido.

Ella sopesó las palabras.

—Es cierto. —Meditó unos instantes, en los que de nuevo Yáxtor pudo atisbar ese brillo felino en sus ojos, y finalmente dijo—: Úsalos.

—Pero...

—Úsalos. Es obvio que ahora mismo me siento atraída por ti, así que no tienes necesidad de esforzarte para cambiar mis apetitos o mis inclinaciones porque ya están orientados hacia donde te interesa. Utilizar tus... habilidades naturales en esas condiciones debería ser incluso más sencillo, y ambos saldríamos beneficiados, ¿no te parece?

Yáxtor permaneció en silencio sin apartar la vista de Ámber. Lo que ella acababa de decirle no era muy diferente a lo que él había estado pensando.

—¿O acaso crees que entonces me convertiré en una más? Hmmm... —fingió pensárselo—. Sí, tiene todo el sentido. El único atractivo que tengo para ti es que me he resistido más que las demás, así que, ¿por qué ibas a querer volver a mí, verdad? Ahora bien —apostilló—, que esa situación llegue a darse y que a mí pueda importarme, o no, es lo de menos, ¿no te parece?

Él siguió sin abrir la boca, los ojos clavados en los de ella y el rostro inexpresivo. Ámber era sin duda una inconsciente, una listilla a la que el animal en su interior quería poner en su lugar de la peor manera posible. ¿Por qué lo estaba manteniendo a raya?



Quizá por curiosidad. La muchacha le había revelado que era consciente de lo que Yáxtor había estado haciendo con las otras: doblegarlas a su voluntad, volverlas adictas a él, y aun así no había puesto distancia entre los dos para apartarse del peligro. Es más, le estaba pidiendo que usara los mensajeros con ella. ¿Por qué estaba tan segura de que no le haría lo mismo que a las demás?

—¿Por qué confío en que no me harás lo mismo? —preguntó Ámber para desconcierto de Yáxtor—. ¿Cómo puedo saber si en realidad ya has usado tus mensajeros en mí? Y si sucede después, ¿notaré la diferencia? Yo creo que ninguna de esas preguntas son relevantes salvo, tal vez, la primera. Pues bien. Confío en ti, Yáxtor Brandan, pero sobre todo confío en ser lo bastante interesante para que quieras más de mí... intacta. Y satisfecha, por supuesto.

—Y crees que eso es suficiente. —Yáxtor enarcó una ceja.

—¿No lo es? —replicó en un tono y con una expresividad que, en cierta forma, reveló a la niña y no a la adulta que pretendía ser.

Él no respondió. Acercó el rostro de Ámber al suyo, se apoderó de sus labios y, con una palabra impronunciable masculada a media voz, lanzó los mensajeros hacia ella.

Cuando volvió a la Torre aquella noche, su mente era un hervidero confuso y satisfecho. Había usado los mensajeros en Ámber, a fondo, hasta el último de ellos y con un solo propósito: proporcionarle placer y obtenerlo de ella. Algo que, en realidad, había hecho docenas de veces a lo largo del último año. Solo que no había sido igual. De algún modo...

¿Olvidarse de Ámber? Qué estupidez. Estaba dentro de él, en su cabeza, más incluso de lo que lo había estado antes. Hacerla suya no había tenido el efecto de librarlo de ella, sino todo lo contrario.

El animal dormía inquieto en su interior, pero no decía nada.

Shércroft estaba esperándolo dentro de la habitación.

—Pasa, Yáxtor —dijo el viejo, envuelto en una nube de humo de tabaco—. Veo que las adeptas de la curación cuidan bien de ti.

El joven no dijo nada, entró y se sentó en la cama.

—Supongo que te alegrará saber que el Adepto Supremo ha decidido tomar cartas en el asunto de Agrúnder. Ha decidido enviar a algunos de los mejores adeptos ejecutivos a la ciudad, y desde allí esperan poder obstaculizar el plan del hijo del jerarca.

—Y a ti la idea no podría gustarte menos —dijo Yáxtor en un tono de voz que bordeaba la insolencia.

—¿Te gusta a ti?

Yáxtor lo pensó unos instantes.

—No demasiado —reconoció—. No sabemos con qué recursos cuenta Agrésidor en su ciudad natal. Quizá demasiados para nuestros efectivos. Estará en su terreno, tendrá cerca a sus partidarios y será mucho más difícil de detener. Aquí, sin embargo...

—En efecto. Pese a todo, Orston ha decidido que es mejor eso que arriesgarse a un incidente diplomático.

—No tiene por qué haberlo si actuamos con cautela y tomamos precauciones.

—¿Nosotros dos?

En realidad, Yáxtor no había querido decir eso, pero asintió de todas formas.

—Nosotros dos —repitió Shércroft—. Al margen de las órdenes del Adepto Supremo. Por

nuestra cuenta. ¿Crees que podríamos tener éxito?

—¿Por qué no?

Yáxtor era consciente de que el viejo archivero estaba jugando con él un juego resbaladizo y peligroso, pero no le importaba. La idea de salir de caza con él, de poner en práctica sus habilidades codo con codo y de detener los planes del hijo del jerarca hacía que el animal en su interior gruñese de aprobación.

—En efecto. ¿Por qué no?

Shércroft se incorporó, apagó la pipa contra la pared y la vació en un rincón.

—Vamos.

A Ámber le costaba concentrarse. Por primera vez en su vida había disfrutado plenamente con... eso. Por primera vez su mente no se había puesto a divagar en ningún momento, no había pensado «Esto es ridículo» o «A ver si acaba ya que tengo cosas que hacer». ¡Y las tenía! Un montón de tareas pendientes, pero sobre todo una prueba que superar y que se le resistía. Sin embargo, solo podía pensar en la siguiente ocasión en la que coincidieran.

*¿Te has vuelto idiota?, se recriminó. ¿Qué prisa tienes? ¿O es que acaso...?*

Sacudió la cabeza.

*No, no soy una más. Tal vez las otras hayan experimentado lo mismo que siento ahora, pero lo mío es auténtico.*

Sonrió a medias.

*Claro. Seguro que las demás pensaban exactamente eso, pero lo tuyo es peor: se lo pediste. Le pediste que los usara en ti, ¿y por qué?*

Se mordió el labio.

*Porque el peligro no es la espectacular habilidad para manipular mensajeros, sino la mente que los domina, y es ella la que te atrae, ¿verdad? En cierta forma la reconoces, ¿no es cierto? ¿Y qué te hace pensar que él también te ha reconocido?*

Sacudió la cabeza con ganas.

*Eso ahora no importa. Volverá, estoy segura. Así que no le des más vueltas y concéntrate en el trabajo.*

Terminó de revisar la garganta del cadáver y confirmó sus sospechas. Había un rastro de abrasiones muy, muy sutil, pero estaba ahí. Belysh no lo había comprobado porque... ¿para qué?

*Le hicieron vomitar, concluyó el análisis. ¿Por qué?*

Observó de nuevo las heridas. Perros, gatos y ratas habían roído las extremidades y se las habían llevado. Sin embargo, la herida que había seccionado la cabeza del cuerpo era...

Se apretó las sienes con fuerza y cerró los ojos. Demasiada actividad acumulada sin un descanso en condiciones. Oh, sí, estar con Yáxtor la había relajado enormemente, pero su mente seguía siendo un hervidero y empezaba a confundir casos. Cincuenta, le había dicho a Belysh, ¿no?

Frunció el ceño.

*¿Seguro? ¿De verdad estoy mezclando cosas, o estoy conectando puntos en apariencia aislados?*

Miró el bote de cristal en el que un trozo de piel de tres centímetros cuadrados flotaba en el líquido ambarino. Aún faltaba una hora para que la reacción mostrara un resultado válido, sin embargo, no esperó a que el tiempo transcurriera y fue directa a los archivos. Tenía que

comprobar los casos que había estudiado en la última semana a petición de Belysh.

*No puede ser, pensó mientras sacaba las carpetas y las iba ordenando por fechas. ¿Un asesino sistemático? ¿Se trata de eso? No puede ser. No saques conclusiones, Ámber. Aún no.*

*No hay plan exento de fallos. Es imposible prever todas las contingencias. El mejor adepto ejecutivo no es aquel que ha explorado todas las posibilidades de un plan hasta la extenuación, sino el que es capaz de improvisar cuando descubre que ha sido incapaz de preverlo todo.*

—Orston Velhas

Asdrúpenor, el agregado comercial, lo recibió casi enseguida, en cuanto anunció que quería verlo. Se mostraba obsequioso y cordial, y no tardaron en enzarzarse en una conversación de negocios, sentados en medio de un mar de cojines y disfrutando de una jarra de vino y algunas golosinas.

Shércroft, en su papel de Aidanes, parlotteaba sin parar. Alababa la sagacidad comercial de Asdrúpenor, hablaba de las nuevas oportunidades comerciales que se abrían para la ciudad y no dejaba de ensalzar sus mercancías.

El otro hombre asentía entusiasmado a cada palabra de Shércroft, y un brillo de codicia le iluminaba los ojos como si acabara de encontrar un primo al que se disponía a desplumar.

Poco a poco, Shércroft fue llevando la conversación al terreno de la política. Era una derivación natural; al fin y al cabo, el gobernante de una ciudad podía ser tanto un obstáculo como un estímulo, y parecía lógico que Aidanes se interesara por las intenciones del actual gobierno de Agrúnder.

Entretanto, sus ojos sagaces no se perdían nada de lo que pasaba a su alrededor. Los criados salían y entraban. Retiraban las jarras vacías, reponían los dulces en las bandejas... En definitiva, se aseguraban de que todo estuviera en su sitio y al gusto de su amo.

En las paredes se agolpaban varios tapices que representaban distintas escenas: multitudes atrapadas para siempre en mitad de un gesto. En el centro de la habitación había una pequeña fuente, y su murmullo cristalino parecía el fondo perfecto para la conversación entre los dos hombres.

A Yáxtor no le había costado mucho escabullirse en la embajada. Ya dentro, fue cuestión de tiempo dar con lo que buscaba: uno de los criados, de estatura y complexión similar a la suya.

Esperó a que el criado estuviera solo. Luego cayó sobre él de un modo tan rápido como silencioso, lo redujo sin grandes problemas y lo llevó a un trastero cercano.

Mientras se ponía la ropa del hombre inconsciente, los mensajeros trabajaban con rapidez. Las facciones se volvieron fluidas como si su rostro fuera una máscara, y en unos minutos se convirtió en un doble del criado.

No era un trabajo perfecto. No tenía tiempo para una sustitución a fondo, pero lo que había conseguido sería suficiente para pasar desapercibido, y si no llamaba la atención, nadie intentaría someterlo a un examen profundo. El papel de criado era invisible por definición.

Se aseguró de que el hombre permanecería inconsciente al menos un par de horas más y de que el cuerpo no sería encontrado, y después salió al exterior.

—El jerarca parece un hombre sensato y responsable —decía Shércroft—. Seguro que será capaz de ver la oportunidad de negocios que se le presenta.

Asdrúpenor asintió, aunque sin entusiasmo.

—Sin duda lo es —dijo—. Sin embargo, también es demasiado amante de que todo se lleve a cabo de acuerdo al reglamento. Quizá sería buena idea dejarlo fuera de nuestros pequeños acuerdos.

Shércroft dudó unos instantes.

—Me rindo ante tu superior conocimiento, desde luego —replicó—. Sin embargo, la experiencia me ha enseñado que no es buena idea mantener apartado de estas cuestiones al hombre que está en el poder. Tarde o temprano acaba por descubrirlas y las consecuencias pueden ser... incómodas.

—Yo no me preocuparía mucho por ello.

Shércroft frunció el ceño.

—No quiero arruinar nuestra velada poniéndome pesado. Sin embargo, debo insistir. Me sentiría más tranquilo.

—Eres un hombre prudente, Aidanes. Eso te honra. Pero en este caso tus precauciones son innecesarias. El problema que mencionas... ¿cómo lo diría?... se resolverá en breve.

Shércroft, bajo el disfraz, se puso repentinamente en tensión. El agregado comercial acababa de reconocer implícitamente que el actual jerarca no duraría mucho tiempo en el cargo. No era una afirmación directa, por supuesto, pero no encajaba en el carácter de Asdrúpenor. Durante un instante dudó sobre el camino que debía seguir. Podía no hacer caso del comentario, cambiar de tema y pasar a otra cosa, o podía...

—Comprendo —dijo con una sonrisa cómplice—. No debería sorprenderme viniendo de un hombre que pretender domar a la fortuna y domesticar al destino.

—¿Pretende? Pretender no sirve de nada. Las fosas comunes están llenas de idiotas que se limitaron a pretender.

—No quería ofenderte.

—Y no lo has hecho. —Miró su vaso de vino con el ceño fruncido—. Quizá hemos bebido demasiado —añadió después—, y yo me he dejado llevar por la pasión. No es una buena práctica para un hombre de negocios.

—Más bien prefiero tomarlo como que has decidido honrarme con tu confianza. Un gesto que aprecio, créeme.

Pero Asdrúpenor no relajó la expresión.

Ámber se sentía más confundida que cuando empezó. Ahora tenía tres trozos de piel en frascos, y el primero, seco, extendido y sujeto por cuatro agujas sobre una placa bajo una lupa enorme a la que ya ni hacía caso.

*¿En serio? ¿Un asesino sistemático? ¿Por qué no me lo creo? El método es el mismo, pero las incisiones no son iguales. Entonces, ¿un... grupo de justicieros, o algo así?*

Se apretujó la frente y luego se frotó los ojos.

*Te estás desviando. No es lo que Belysh te ha pedido. ¿Quién es el fiambre que te mostró? ¿Por qué lo mataron? ¿Quién lo hizo?*

—No puedo más —masculló. La cabeza le dolía horrores, también detrás de los ojos, y tenía

la mente embotada—. Esto no es cosa mía. Es imposible que con solo un torso pueda descubrir lo que me ha pedido. Sí, vale, sé que es un extranjero, entrenado para la lucha, bien alimentado y que murió degollado. ¿Cómo voy a saber quién era exactamente, quién lo mató y por qué? Esto es ridículo.

Tenía ganas de llorar, aunque no sabía si era por puro cansancio o simple frustración.

Volvió la vista hacia los tarros. La reacción con el líquido empezaba a hacer efecto. Se los quedó mirando un rato, ensimismada, o mejor dicho, ausente.

Entonces algo hizo clic en su cabeza.

—Otros... —susurró antes de abrir todas las carpetas, ponerse en pie y mirarlas... con perspectiva—. ¿En serio?

Aquello no era lo que le había pedido la maestra, pero era tan atractivo como interesante. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Agrésidor, el hijo del jerarca, estaba rodeado por doce guardias, como siempre. Shércroft y Yáxtor habían llegado a la conclusión de que el hombre que habían encontrado muerto y que había sido reemplazado por un Juramentado de la Montaña tenía que ser uno de ellos. No uno de los guardias de la embajada, que seguirían en el puesto cuando el joven volviera a Agrúnder, sino un miembro de su escolta, y por tanto alguien que regresaría con él a la ciudad.

Lo cual le venía de perlas porque Yáxtor no tenía tiempo para investigar a todo el personal de la embajada. De hecho, limitar la exploración a doce hombres ya resultaría bastante agotador.

Se las apañó para estar cerca siempre que el hijo del jerarca necesitaba algo, y aprovechó todas las oportunidades para examinar a cada uno de los guardias. Si uno de ellos era un impostor, por fuerza tenía que haber algo en él que lo traicionara.

Así se lo había asegurado Shércroft mientras preparaban el plan de aquella noche:

—No importa que el Juramentado lo imite a la perfección. Sin duda ha estudiado al hombre que suplanta, conoce sus hábitos, sus costumbres y puede que hasta sus pensamientos. Y ha usado mensajeros para reconfigurar su aspecto hasta tal punto que ningún examen lo detectaría. Sin embargo, no existe el disfraz perfecto por la sencilla razón de que alguien sigue estando bajo él: la verdadera persona. Y tenemos una ventaja añadida: los guardias de Agrúnder son criados desde la infancia, encajados en un molde y cortados por un patrón. Si nuestro impostor estuviera solo, quizá no podríamos descubrirlo, pero se camufla entre un grupo de auténticos guardias. No será como ellos. No del todo. Su cuerpo quizá lo es, al igual que sus habilidades en combate, pero bajo la mente que ha adoptado está la suya, y eso marcará una diferencia con los otros guardias.

—¿Y cómo voy a localizarla? —había preguntado Yáxtor.

—Bueno, no te lo voy a dar todo masticado, joven —había respondido Shércroft con una sonrisa—. Tienes tus habilidades y conoces mis métodos. Úsalos.

Fácil de decir; dolorosamente trabajoso de llevar a cabo.

Yáxtor no tenía ni idea de qué estaba haciendo Shércroft con el agregado comercial, qué habría averiguado o a qué conclusiones estaría llegando. Él, desde luego, no estaba consiguiendo ningún resultado. Los doce guardias parecían copias de la misma persona, hasta el extremo de que la única diferencia entre ellos era el aspecto físico, e incluso en eso se parecían como si fueran hermanos.

Había pasado más de una hora. Yáxtor había tenido tiempo de sobra para examinarlos a fondo (usando sus sentidos y mediante los mensajeros) y no había podido encontrar la menor grieta en el

disfraz del impostor. A todos los efectos, aquellos doce hombres manifestaban las mismas respuestas ante lo que ocurría ante ellos, usaban el mismo lenguaje corporal y, hasta donde podía discernir, pensaban y sentían lo mismo.

¿Se habían equivocado? ¿No había ningún impostor?

«Conoces mis métodos. Úsalos.»

Era fácil, ¿no? Observar, deducir. Poner a prueba cada hipótesis de un modo implacable y sin misericordia alguna. Y sobre todo tener en cuenta que, una vez que se eliminaba lo imposible, lo que quedaba era cierto, por absurdo que pareciese.

«Úsalos.»

Habían encontrado un cadáver. El cadáver de un guardia de Agrúnder. Un cadáver mutilado para que su procedencia resultara difícil de determinar. Habían asumido que era el único. Pero... ¿y si era simplemente el último?

Ámber era un nervio crispado mientras Belysh leía de manera distraída los papeles que le había pasado.

—Esto no es lo que te he pedido —dijo la maestra.

—Lo sé, pero creo que se pueden extrapolar un par de deducciones interesantes a partir de esto.

—Pero no son hechos contrastados. Es más, no son hechos, sino suposiciones.

—Sin embargo, casan a la perfección.

—Eso es subjetivo.

—¿Subjetivo? ¿Has leído bien mi informe?

—Tengo buena comprensión lectora, gracias.

La muchacha apretó los puños.

—Esto es una pauta —añadió con cierto resquemor—. Me falta añadir los resultados del análisis de piel, pero sospecho que no será muy diferente a lo que te muestro. Alguien tiene como objetivo una etnia en concreto de un grupo social específico de tipo militar. Bueno, no alguien, sino más de uno, y todos emplean la misma técnica de ejecución. No tengo dudas.

—De eso estoy segura. Lo que no tienes es pruebas. E insisto: esto no es lo que te he pedido.

—¿Un grupo de asesinos anda suelto por Lambodonas, actuando con total impunidad, y no te preocupa lo más mínimo?

—Vamos a ver... ¿es lo que te he pedido? No, ¿verdad?

—Pero...

—¿Qué somos?

—Adeptas —respondió después de morderse el labio para contener la rabia.

—Exacto. Adeptas. Que te quede bien claro. Y ahora... vuelve a lo que tengas que hacer. Tienes tres horas para resolver el problema que te propuse. No pienso darte ni un segundo más.

Ámber apretó los dientes, dio media vuelta y salió del despacho de Belysh.

Tal vez sí se había equivocado después de todo. Tal vez no fuera la tutora que andaba buscando. ¿Cómo podía importarle tan poco la bomba que le acababa de soltar? No había esperado que la maestra le bailara el agua o que exclamara de emoción ante el increíble descubrimiento, pero sí un poco de maldito reconocimiento por la proeza, qué menos.

Llena de frustración volvió a la sala de autopsias.

—Un paseo nos ayudará con la digestión —dijo Asdrúpenor mientras se ponía en pie y le señalaba la puerta a su invitado.

Este no se hizo de rogar. Fingiendo una embriaguez que estaba lejos de sentir, se levantó del asiento trabajosamente y se apoyó en el bastón mientras seguía al anfitrión hacia la salida.

Fueron a los jardines del interior de la embajada. Con los pabellones de la fiesta ya desmontados, ahora parecían mucho mayores: un espacio amplio, dividido en diversas secciones, cada una de ellas organizada de un modo distinto. Estaba casi vacío, salvo la zona que había enfrente de ellos, junto a la fuente, y en donde parecía que estaba teniendo lugar otra fiesta.

—La juventud es impaciente —dijo el agregado comercial—. Pocas veces tienen tiempo para pararse a un lado del camino y oler las rosas.

—Se tarda un tiempo en comprender que las cosas llegan a aquellos que saben esperarlas —dijo Shércroft, siguiendo el humor del otro.

Este asintió.

—En efecto, mi buen Aidanes, en efecto. Una lección tan sencilla como esa y que cuesta tanto aprender. Yo he sido joven y he cometido errores. He pagado por ellos y alguno pudo haberme costado la vida y la posición, y a los míos también. Pero he sobrevivido y aprendido. Y un hombre como tú, con un negocio como el tuyo, que llega a la edad a la que has llegado, por fuerza ha aprendido también.

—Y ha pagado por sus errores —dijo Shércroft, sonriendo como si su mente se viera asaltada por algún recuerdo agrisado—. Aunque prefiero verlos como lecciones, no como errores.

—Interesante —dijo Asdrúpenor, que colocó las manos a la espalda y se internó bajo un arco de enredaderas.

Caminaba como si no tuviera prisa por llegar a ninguna parte y no se dirigiera a ningún lugar en concreto. A Shércroft, sin embargo, no tardó en resultarle obvio que se encaminaba hacia el fondo de los jardines, donde estaba teniendo lugar la fiesta. Por el camino, mientras seguían intercambiando trivialidades disfrazadas de sabiduría, se cruzaron con algunos criados que iban y venían.

—Quizá sería mejor...

Asdrúpenor sonrió ante la reticencia de su invitado.

—Tranquilo, amigo mío. No molestaremos. Te aseguro que somos bienvenidos.

Shércroft asintió y siguió caminando. No tardaron en llegar al lugar. Cuatro o cinco jóvenes se recostaban en divanes colocados alrededor de una gran mesa con viandas. Uno de ellos era el hijo del jerarca de Agrúnder; en cuanto a los otros... A primera vista podían parecer un puñado de jóvenes disolutos de buena familia, pero Shércroft se dio cuenta enseguida de que, en realidad, no eran más que diversión contratada: estaban allí para emborracharse con el joven, reírle las gracias, amenizarle la noche y quizá calentarle más tarde el lecho.

Los doce guardias de su escolta estaban presentes, por supuesto, desplegados discretamente y en silencio alrededor de los festejantes.

Asdrúpenor dio un par de palmadas al llegar, y la conversación cesó de repente.

—La fiesta ha terminado —dijo.

Los festejantes profesionales no esperaron a que les repitieran la orden. Se pusieron en pie y tras una breve reverencia hacia el hijo del jerarca abandonaron los jardines.

—No era necesario... —dijo Shércroft.

Asdrúpenor apartó las palabras de un manotazo.



—No te preocupes.

Shércroft no insistió. Sin apartar la vista del joven se tendió en el diván que le señalaba el agregado comercial. El muchacho se había incorporado al verlos llegar y los contemplaba ahora con el ceño fruncido.

—¿Es este el hombre del que me hablaste? —preguntó de repente.

El agregado comercial asintió.

—No se parece al que me describiste.

—Querido Agrésidor —replicó—, debes aprender a mirar más allá de las apariencias.

Shércroft pasaba la mirada de uno a otro como si no comprendiese de qué estaban hablando.

—Si tú lo dices... —dijo el chico en tono desganado—. Acabemos de una vez.

—Paciencia, mi joven señor. Debes tener paciencia. Un gobernante sin paciencia no dura mucho.

El joven se encogió de hombros y apuró el contenido de su copa.

—Y en todo caso —prosiguió el agregado comercial—, aquí solo tenemos la mitad de la pareja. Aunque sospecho que la otra no tardará en... Ah, aquí está.

Uno de los criados, un hombre joven, delgado y fuerte se acercaba a ellos. Tras un gesto de Asdrúpenor, dos guardias avanzaron hacia él e impidieron que se acercase más. Shércroft se dio cuenta de que otros dos guardias se habían movido, rápida y silenciosamente, y ahora lo flanqueaban.

—Un viejo apoyado en un bastón y un joven resuelto interrumpieron la labor de nuestros hombres la otra noche —dijo Asdrúpenor mientras buscaba una copa limpia en la mesa—. Poco después se presentan en la fiesta de la embajada dos individuos que se ajustan a esa descripción. ¿De verdad no se os ocurrió pensar que sospecharíamos algo? ¿Que no os íbamos a seguir? ¿Que no investigaríamos vuestro pasado?

»No es que descubriésemos gran cosa. Reconozco que vuestra tapadera era buena y siempre pudo haber sido una coincidencia, por supuesto. Estas ocurren. Pero cuando el supuesto comerciante vuelve y muestra curiosidad acerca de la política de Agrúnder mientras su joven pupilo se cuele de rondón en la embajada, por fuerza hemos de reconocer que estamos más allá de la mera casualidad.

Shércroft permaneció inmóvil sin negar o corroborar las palabras del agregado comercial. El joven criado, sujeto por los dos guardias, parecía confuso.

—He invertido demasiado tiempo y dinero en este negocio para que vengas a estropeármelo ahora, Aidanes, o como quiera que te llames en realidad. Así que, por favor, ahorradnos un largo, engorroso y doloroso interrogatorio. Decidme para quién trabajáis y dejad que pongamos fin a vuestra vida de un modo rápido e indoloro.

—¿Para quién trabajamos? —preguntó Shércroft sin apartar la vista del criado—. ¿Debemos decirles para quién trabajamos, querido hijo?

El criado parpadeó y miró en derredor como si no terminara de comprender muy bien dónde estaba.

—¿Señor?

—Vamos, deja de fingir. Nos han cazado, hemos caído, nos han pillado con las manos en la masa. Diles para quién trabajamos.

—¿Señor? —repitió el criado—. Soy un siervo de la embajada de Agrúnder en Alboné. —La voz sonaba pastosa—. Sirvo al embajador.

—Sí, sí —dijo Shércroft en tono impaciente—. Por supuesto que lo eres. Pero ahora dile al

agregado Asdrúpenor quién eres realmente.

El muchacho meneó la cabeza.

—Te lo he dicho, señor. Soy un siervo de la embajada de Agrúnder. Sirvo a...

—¡Basta!

Asdrúpenor se puso en pie, se dirigió hacia el criado y le cruzó el rostro con la mano. Shércroft se incorporó a medias, como si quisiera detener al agregado comercial, pero repentinamente cambió la dirección del movimiento que llevaba y antes de que nadie hubiera comprendido lo que ocurría sujetaba al hijo del jerarca por el cuello.

—¿Qué haces, maldito estúpido? ¡Déjame!

—No te muevas, por favor. Odiaría tener que rajar ese cuello tan delicado.

Lo que sujetaba en la mano ya no era un bastón, sino un estoque corto y afilado que lanzó un brillo burlón a la luz de las antorchas.

Asdrúpenor maldijo en voz baja y escupió. Desenvainó una daga y con ella atravesó el pecho del criado. El muchacho gimió, lo miró sin comprender y cayó al suelo.

—A eso lo llamo malgastar los recursos —dijo Shércroft.

—No vas a salir de aquí —dijo Asdrúpenor mientras se volvía hacia él—. No con vida, y menos aún después de muerto.

Los guardias estaban alertas con las espadas desenvainadas y esperaban una orden del amo.

—Desarmadlo. Que Agrésidor no sufra daño, si es posible.

En menos de un parpadeo, el hijo del jerarca estaba a salvo y Shércroft había sido reducido por dos de los guardias. Tenía el brazo partido por varios sitios, pero mantenía el rostro igual de inexpresivo.

—Y ahora dinos de una maldita vez para quién trabajas.

Shércroft negó con la cabeza y dijo:

—Paciencia. La paciencia es fundamental para un gobernante. —Sonrió—. Especialmente para quien aspira a gobernar en la sombra.

Asdrúpenor no encontró graciosa la broma.

—Lleváoslo.

Salir fue sencillo; volver a entrar, una locura.

La embajada estaba, como todas, rodeada por un campo de contención de mensajeros: una precaución diplomática habitual. Eso significaba, entre otras cosas, que Yáxtor no podía enviar ningún aviso al exterior.

Y no tenía mucho tiempo. De hecho, era posible que se le hubiera acabado hacía un buen rato, pero tenía que arriesgarse. Quizá pese a todo tuviera una posibilidad si actuaba lo bastante rápido y con la suficiente naturalidad.

Había vuelto al cuarto trastero, había despertado al criado cuya personalidad había usurpado y había aprovechado, mientras este recuperaba la conciencia, para implantarle mediante mensajeros varios pensamientos. Un truco que no habría funcionado con una mente bien disciplinada y despierta, pero sería suficiente para aquel muchacho confuso. O al menos eso esperaba. Unos minutos, tal vez. Lo bastante, en todo caso.

Luego había salido de la embajada mientras el criado volvía a la cocina, cargaba una nueva bandeja y se dirigía hacia los jardines.

¿Qué hacer? La Torre quedaba lejos y, si lo que sospechaba era cierto, el tiempo era un lujo

del que no disponía.

Se concentró. El aire de la noche estaba saturado de mensajeros, como el de cualquier ciudad civilizada. Buena parte de ellos habían sido adiestrados para mantener las luces en funcionamiento, otros hacían que la calzada siempre estuviera en buen estado, que el aire no fuera demasiado frío o que las aceras no estuviesen resbaladizas a pesar de la llovizna.

Yáxtor no sabía si podría usarlos, al menos todos los que le harían falta. Y tampoco podía utilizar los que llevaba en el cuerpo porque iba a necesitarlos más tarde.

Cerró los ojos, lanzó al aire una palabra impronunciable y tras ella, otra. Y otra más. Y otra.

Las luces de la calle vacilaron, recuperaron el brillo y volvieron a temblar.

Yáxtor dejó escapar una nueva palabra impronunciable y de repente los mensajeros estaban a sus órdenes, atados a su voluntad sin titubeos ni dudas. Eran tantos... Muchos más de los que había esperado dominar. Demasiados tal vez para...

No, ahora no. Ya pensaría más tarde. Ahora debía actuar.

Aún sorprendido ante la proeza, reunió parte de los mensajeros, los instruyó del modo adecuado y los envió hacia la Torre. Asimiló el resto y fue como si le hubieran inyectado nueva vida.

Por un momento se sintió invencible, capaz de cualquier cosa, cargado de potencia y capacidades. No había nada que se le pudiera resistir y, pese a que era consciente de lo ilusorio de aquella sensación, no podía apartar la idea de la cabeza.

Tomó aire, intentó tranquilizarse y después, sin esperar ni un instante, volvió a colarse en la embajada.

*El mejor plan es aquel que te permite salir con vida.*

—**Próxtor Brandan.**

El dolor no parecía estar funcionando muy bien.

Los guardias habían sido metódicos: habían empezado por las plantas de los pies y luego habían seguido hacia arriba. Ahora, las piernas de Shércroft eran un amasijo de carne y huesos triturados que no paraba de enviar señales de agonía hacia su mente.

El rostro del viejo, sin embargo, era la imagen misma de la placidez.

—Maldita sea —susurró Asdrúpenor.

El joven Agrésidor se había quedado a contemplar la tortura durante unos minutos. Luego había empezado a ponerse verde y no tardó en musitar una excusa sobre las cosas que tenía que hacer en otra parte. Asdrúpenor envió ocho de los guardias con él y se quedó solo con cuatro. Suficientes para que el viejo largara por los codos. O así debería haber sido.

—Maldita sea —volvió a susurrar.

Lo quebrarían de un modo u otro, pero quizá no a tiempo. Ni él ni el muchacho trabajaban solos, de eso estaba seguro. No eran más que peones. La mente que los guiaba seguía oculta. Y cuando los peones no volvieran al lugar asignado a la mañana siguiente, su amo se preocuparía, tomaría medidas y, quizá, se ocultaría mucho más profundamente. Algo que Asdrúpenor no podía permitirse.

Mientras decidía de qué otra manera encarar el asunto, cuál era el modo más adecuado para quebrar la resistencia del viejo, algo cayó sobre ellos, un relámpago armado con un par de dagas que se lanzó sobre los cuatro guardias como si el mañana no existiera.

Asdrúpenor, estupefacto, retrocedió hacia la pared. Se detuvo junto al viejo encadenado, que lo contemplaba con una sonrisa sarcástica en el rostro.

Cegado por la ira, Asdrúpenor lo golpeó una y otra vez.

Yáxtor era un torbellino con un único propósito: la muerte. Todo su entrenamiento como adepto empírico, todas sus habilidades, tanto las naturales como las aprendidas, estaban destinadas a acabar con la vida de los cuatro guardias que le hacían frente.

Sabía que era un empeño inútil. No importaba lo hábil que fuera: ellos eran cuatro y él, solo uno. Cuatro hombres entrenados en todas las técnicas de combate conocidas, cuatro hombres que habían hecho de su profesión el vender su brazo y su espada a quien pagase mejor. Cuatro profesionales de la muerte y la guerra.

Profesionales. Pero él no lo era. No en aquel momento. Era un animal, una bestia salvaje sin otro objetivo que salvar su vida y la de su maestro, causar la muerte o encontrarla.

Ellos estaban motivados por el dinero. Él luchaba por seguir viviendo y que Shércroft también lo lograra.

Esa era su ventaja.

Presentía que no iba a ser suficiente.

Pese a todo, siguió luchando, golpeando, esquivando, fintando. Uno de los guardias cayó al suelo con la garganta atravesada por su daga y, casi a la vez, Yáxtor hizo un quiebro imposible, saltó sobre los otros tres y clavó otra en una espalda.

*Dos menos. Dos menos. Solo otros dos y tal vez...*

Pero no se engañaba. Había tenido suerte. Había cuatro guardias con el agregado comercial, así que los ocho restantes no andarían muy lejos. Y cuando llegasen...

*No, no pienses en eso ahora. Simplemente no pienses, sigue luchando.*

Acató su orden y se convirtió en un bailarín imprevisible entregado a una danza mortal. A veces percibía algo más allá: veía un puño que se alzaba una y otra vez, oía crujir unos huesos... y procuraba no pensar en ello.

Oyó pasos detrás de él. El resto de los guardias, se dijo. Se había terminado. Los adeptos empíricos no habían llegado a tiempo, o habían renunciado a intervenir. Shércroft y él estaban muertos.

Pero aún no. Todavía no.

Clavó la daga en un muslo y gruñó de satisfacción ante el chorro de sangre que saltó de la arteria femoral. Y luego, antes de que pudiera hacer nada, todo había acabado.

Orston Velhas tomó aire, contuvo su genio y volvió a preguntar:

—¿Qué pasó entonces?

—Me di cuenta de que no habían suplantado a uno de los guardias, sino a todos —respondió Yáxtor. Parecía tranquilo, como si no hubiera sucedido nada—. Pero también me di cuenta de algo más. De todos los criados que estaban de servicio aquella noche, el que yo había suplantado era el único de mi estatura y complexión. Era una trampa.

—Así que nos avisaste.

—Lo hice lo mejor que pude, teniendo en cuenta las circunstancias. —La voz del joven sonaba monótona, como si todo aquello no tuviera la menor importancia. Apenas se movía y respiraba de un modo regular. Tal vez demasiado regular—. No sabía cuánto tardaríais en venir. Ni siquiera estaba seguro de que pudierais. Después de todo, se supone que el terreno de una embajada es inviolable y quizá no estuvierais dispuestos a afrontar la tormenta diplomática que se os podría venir encima por irrumpir en ella. Así que decidí volver y tratar de sacar a Shércroft de allí.

El Adepto Supremo asintió.

—No hiciste un mal trabajo.

Y tanto que no. El muchacho había acabado con dos de los guardias y se preparaba para rematar al tercero cuando un pelotón de adeptos empíricos ejecutivos irrumpió en la embajada. ¡Nada menos que tres Juramentados de la Montaña, vencidos por un muchacho de apenas diecisiete años!

Claro que Yáxtor era mucho más que eso, y Orston Velhas lo sabía muy bien.

—Sin embargo, desde otro punto de vista, todo lo que Shércroft y tú hicisteis fue una auténtica chapuza. Os metisteis en la boca del lobo, caísteis como novatos en una trampa casi de manual y solo lograsteis salir de ella por pura suerte.

—La suerte...

—Cierto, he sido injusto. Fuiste rápido, te diste cuenta de lo que pasaba y nos avisaste. Eso no fue suerte. Todo lo demás... Que nosotros llegásemos a tiempo...

Yáxtor asintió y dijo:

—Shércroft...

—Sí, estoy seguro de que el jefe de archivos estaba convencido de que hacía lo correcto. De que tenía razones para contravenir mis órdenes e involucrarte a ti en todo esto. Está acostumbrado a tener razón siempre y a salirse con la suya. Demasiado acostumbrado. Aunque, si lo pensamos un poco, en lo último sí que tenía razón. Tu implicación ha sido lo que le ha permitido salir con vida.

Yáxtor no dijo nada, pero el Adepto Supremo se dio cuenta del estremecimiento casi imperceptible que había sacudido el cuerpo del muchacho al oír las últimas palabras.

—No sabemos si saldrá de esta —dijo al cabo de un rato—. Supongo que querrás ir a verlo. Ya terminaremos luego tu informe.

Muy despacio, Yáxtor se puso en pie, inclinó la cabeza frente al Adepto Supremo y dejó la habitación.

Al fin a solas, Orston Velhas contuvo una maldición.

Un desastre, un completo desastre que iba a requerir mucho esfuerzo y medios para taparlo. Pero al menos Shércroft y Yáxtor estaban vivos, y el agregado comercial y el hijo del jerarca, a buen recaudo. Se ocuparían de ellos adecuadamente y, de un modo u otro, acabarían sacando algo bueno de todo aquello. Con tiempo, hasta conseguirían que el jerarca de Agrúnder les estuviera agradecido por el favor. Costaría trabajo, pero era factible, y los adeptos empíricos se movían en el terreno de lo posible.

En cuanto a Yáxtor... Era listo. Aprendería de sus errores y también de sus aciertos. Y poco a poco se convertiría en lo que debía convertirse.

Belysh, sin levantar la vista de lo que estaba leyendo, indicó a Ámber, con un gesto desgano, la pila de carpetas en la que debía dejar el informe definitivo que le había pedido. Luego siguió a lo suyo, esperó con paciencia a que la muchacha saliera del despacho y el sonido de sus pasos se perdiera al final del pasillo, y entonces se abalanzó sobre la carpeta, que leyó con detenimiento e interés.

Los trazos que dibujaban cada palabra le hablaban de rabia pero también de contención. Aunque lo que de verdad le importaba a Belysh era el contenido, no el estado de ánimo de la joven adepta.

Cuando llegó a la última casilla de la última página, cerró la carpeta con calma, la dejó sobre la mesa, se recostó en el asiento y permaneció un buen rato analizando y paladeando el resultado.

Tenía que admitirlo: aquella chiquilla tenía un don. También tenía un problema de orgullo, pero lo que a todas luces podía ser su mayor defecto, también era su mayor virtud, y aquel informe era la prueba.

Podría decirse que la casualidad había jugado un papel importante. De entre los cincuenta cadáveres que Ámber había analizado en tan poco tiempo, cuatro de ellos pertenecían en realidad al mismo caso, a pesar de haber sido hallados en diferentes circunstancias y presentar un aspecto distinto, así que era cuestión de... Sonrió.

*No. La casualidad no ha tenido nada que ver. Cualquier otra habría estado tan saturada de datos que habría sido incapaz de conectar pequeños detalles como las marcas de corte hechas por diferentes sujetos pero con la misma técnica. Sin embargo, Ámber fue capaz de detectar la pauta, o mejor dicho: ver las similitudes y las diferencias y ponerlas en contexto.*

Recogió la carpeta y relejó la casilla de observaciones:

- 1) Varón, originario o descendiente de las tierras de Painé, o Can, o Ashgramor.
- 2) Entrenado en el combate y con oficio estable que le permitía estar siempre bien alimentado y en forma. Oficial del ejército, mercenario, guardaespaldas ¿?
- 3) La sección en el cuello indica una técnica de ejecución. Puede que de alguien entrenado para asesinar de cerca y habilidad suficiente para reducir a una víctima instruida en el combate cuerpo a cuerpo. A menos que el ejecutor no actuara solo.
- 4) La falta de cabeza, las abrasiones en la garganta producto del vómito y el lugar donde fue arrojado para ser pasto de las alimañas apuntan a que el asesino no quería que se reconociera el cadáver en caso de ser descubierto.
- 5) Imposible determinar la motivación detrás del asesinato. Las posibilidades son muchas: desde un ajuste de cuentas a un acto por odio.

Nota: ver los tres expedientes adjuntos.

Apunte final: dadas las molestias que se tomó el asesino (o asesinos) para ocultar el cadáver (los cadáveres), así como su origen, es posible que haya más que aún no han sido descubiertos.

*Qué cabezota es. Sonrió. Tenía que ponerlo, ¿eh?*

Dejó de nuevo la carpeta en la mesa y luego apoyó la barbilla en las manos entrelazadas. Poco después entrecerró los ojos.

—¿Es posible que esto... tenga algo que ver con lo que le ha pasado a esos dos? —masculló.

No había querido preguntarle a Asima. Cuando la Adepta Suprema recibió la noticia, Belysh estaba con ella en el despacho. El rostro de su maestra se había vuelto más pétreo e impenetrable de lo normal y sospechaba que era por el Jefe de Archivos, no por Yáxtor.

Arrugó los labios en un mohín de disgusto. Maldito Brandan...

Llevaba tres años observándolo a distancia. Había decidido no cometer el mismo error de entonces y hacer las pesquisas de la forma más tangencial posible. Eso había hecho que su investigación fuera lenta, demasiado lenta, pero no podía hacer otra cosa. Tenía una fachada que mantener. Primero como adepta de la curación y maestra de anatomía. Segundo como miembro de la organización y alumna de Asima.

Seguía convencida de que algo había en los Brandan que había llamado la atención de la Adepta Suprema, pero sin tiempo para dedicarle a indagar y sin levantar sospechas...

*A menos que...*

Volvió de nuevo la vista sobre la carpeta.

El rostro de Shércroft era un amasijo sanguinolento en el que era casi imposible distinguir nada remotamente parecido a unas facciones humanas. La boca era una herida abierta y deforme; la nariz, un coágulo de carne machacada, y la cuenca vacía de un ojo miraba acusadoramente hacia todas partes mientras una hinchazón del tamaño de un huevo cubría el párpado del otro. Las piernas...

La puerta de la habitación se abrió y entró una mujer. Era alta, con el gesto altivo y las facciones de un ave de presa. Yáxtor la reconoció enseguida como Asima, Adepta Suprema de la Curación.

—Eres Yáxtor Brandan —dijo al entrar. No era una pregunta—. No deberías estar aquí. No puedes hacer nada para ayudarlo.

—Tampoco empeoro su estado —dijo el joven con voz desafiante.

Asima lo pensó unos instantes.

—Tienes razón; eso no va a afectar su condición. Quédate cuanto quieras.

—¿Saldrá de esta?

La mujer lo miró, sorprendida por el tono frío con el que Yáxtor había preguntado.

—No lo sé —respondió tras unos instantes de duda—. Lo hemos traído aquí y procuramos que esté cómodo y que las heridas no se le infecten. Más allá de eso, es cosa suya.

—No comprendo.

—No acepta los mensajeros curativos. El cuerpo de Shércroft es único en ese sentido. Prácticamente no tiene ningún tipo de interacción con ellos.

—Eso no es cierto. Le he visto usar mensajeros reconfigurativos.

Asíma decidió obviar la insolencia del joven y respondió:

—Estoy segura. Estos trabajan de manera puramente superficial. Adaptan la piel y parte de la carne. Es un nivel básico, y aun así los que usó fueron especialmente diseñados para él, o no habrían funcionado de ningún modo. Pero cuando se trata de una interacción directa como entrar en su cuerpo y colaborar con él de forma íntima... su organismo los rechaza como algo ajeno. — Miró al viejo archivero unos instantes y, por un momento, su expresión altiva fue sustituida por un gesto tierno—. Shércroft es único, al menos hasta donde sabemos. No puede ser afectado por los mensajeros, no puede ser influido por ellos, no puede ser engañado por las ilusiones que crean o atado a las pasiones que pueden despertar. Es inmune. O más concretamente: su cuerpo es hostil a los mensajeros. Eso le ha sido muy útil en el pasado. Ahora, en cambio...

Yáxtor asintió.

—Vivirá o morirá por sus propios medios —siguió la mujer—. Igual que lo ha hecho a lo largo de toda su vida.

Comprobó algo sobre la cama de Shércroft, realizó un par de anotaciones en una tablilla de cera y, sin una palabra más, salió de la habitación.

Yáxtor contempló de nuevo aquel rostro deformado, aquellas facciones golpeadas y destrozadas. Se preguntó por la suerte que había corrido la mente que había tras aquel cráneo aporreado y medio roto. ¿Habría sobrevivido? Y de ser así, ¿eso era deseable? ¿Era Shércroft una criatura lúcida, viva, despierta, atrapada para siempre en la cárcel de su cuerpo? ¿O era un vegetal apenas consciente de cuanto pasaba a su alrededor? ¿Cuál de las dos opciones era preferible?

Con rabia, los puños apretados y la mandíbula crispada, el joven dejó la habitación.



*Vestidos de rabia, de garras, de amor,  
cubiertos de labio, de diente, de furia,  
armados de espadas, pavor y lujuria,  
heridos de muerte, de vida y temor.*

*Perdidos sin lucha, sin huestes vencidos,  
fundidos los rostros, las pieles pegadas,  
atados los ojos, las manos ligadas,  
hambrientas las bocas, los cuerpos ceñidos.*

*Rugiendo sus besos la noche lejana,  
sangrando voraces sin dudas ni miedos,  
gimiendo amarrados por ojos y dedos.*

*Son diente, son labio, sin paz ni mañana;  
son manos y espadas, deseo y puñales,  
amantes cercanos, rabiosos rivales.*

—**Marlev Shaspa**

La muchacha estaba en el cuarto y no se mostró demasiado sorprendida cuando vio a Yáxtor en el umbral.

El joven tenía un par de magulladuras en el rostro y varias heridas en brazos y pecho. Nada serio en realidad, y ya habían empezado a sanar sin ayuda de los mensajeros curativos.

—Pasa —dijo Ámber.

Él permaneció inmóvil al principio, apoyado en el quicio de la puerta, los brazos caídos y las manos convertidas en puños. Luego dio un paso vacilante y entró en la habitación, cerró la puerta de una patada y se detuvo frente a ella.

Ámber se puso en pie con tranquilidad.

—¿Estás bien? —preguntó sin emoción.

Él no respondió. Abrió las manos, la agarró por los brazos, la atrajo hacia su cuerpo de forma brusca y le mordió la boca con rabia. Ámber, tras un instante de sorpresa, no opuso resistencia. Yáxtor la soltó de pronto y se la quedó mirando.

Ella no dijo nada. Se limitó a sostenerle la mirada.

El animal que había dentro de él aullaba su frustración, pedía un lugar en el que soltar la rabia y la ira acumuladas, y lo único que tenía enfrente era Ámber.

*¿Por qué no? ¿Por qué no? Es lo que necesitas, tómala, hazla tuya, que sufra, que reciba dolor con su placer; humíllala, desquítate de todo lo que ha pasado, vamos.*

Pero Yáxtor seguía inmóvil. Ámber también.

Despacio, muy despacio, ella se llevó una mano a la boca, se tocó los labios y contempló la

sangre que machaba la yema de los dedos.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó en voz tan baja que al principio Yáxtor casi no se dio cuenta de que estaba hablando—. ¿Es lo que quieres? —Repitió sin emoción aunque un brillo indescifrable le bailoteaba en los ojos—. ¿Has decidido convertirme en tu presa? ¿Es eso?

Sí, dijo el animal dentro de él. Sí, gritó. Sí, aulló henchido de lujuria y de violencia.

Pero Yáxtor se limitó a decir con frialdad:

—No lo sé.

Ella se le acercó aún más y susurró con los dientes apretados:

—Sí lo sabes. Perfectamente.

El animal interior se revolvió, le arañó las entrañas y le exigió tomar represalias por el desafío. Yáxtor apenas podía mantenerlo a raya y una minúscula parte de sí mismo se preguntaba por qué no soltaba la correa. ¿A qué estaba esperando? Ella se lo estaba pidiendo a gritos con su maldita actitud, con ese tonillo que le salía a veces y lo desquiciaba.

Ámber no se movía ni un ápice, la sangre le resbalaba de la boca y el labio empezaba a hincharse. Parecía en guardia, y aun así no había ni rastro de dolor o reproche en su mirada. Nada.

—Dime, Yáxtor, ¿qué soy?

Él la miró a los ojos con intensidad y lo que vio en aquellos dos enigmas color esmeralda hizo que el animal huyera, muerto de miedo, pero no menos rabioso.

—Eres... no sé.

—¿Shércroft ha muerto?

—Aún no.

—Pero temes que lo haga. Y tu miedo te ha llevado a mí. Tu rabia te ha traído hasta aquí. Tu dolor te ha guiado a mi puerta.

—Sí.

—¿Para qué?

Las preguntas eran átonas. En ellas no había recriminación ni curiosidad ni... Simplemente parecían colocadas con el único propósito de constatar un hecho.

El animal guardaba silencio, atemorizado. Estaba allí, en lo más hondo, agazapado y ansioso, lleno de lujuria y de rabia, de frustración y de angustia; pero sobre todo, lleno de miedo.

—Para... Tenía que verte.

—Para hacerme daño.

—No. Sí. No lo sé.

—¿Y si Shércroft muere?

—No lo sé. ¡Maldita sea, no lo sé! ¡Deja de hacerme preguntas! ¡Deja de obligarme a pensar! ¡No quiero pensar!

—Entonces, ¿qué quieres?

—¡A ti! ¿Es eso lo que querías oír? ¡Te quiero a ti! Necesitaba estar contigo, ¡tengo que estar contigo! ¡Eso es todo!

—¿Por qué?

—Te he dicho que dejes de hacerme preguntas —dijo silabeando cada palabra.

—¿Por qué?

Yáxtor alzó el puño. El animal, aún asustado y parapetado tras la barrera, lo instaba a golpearla. Sin embargo, se detuvo en el último instante, desvió el golpe y arremetió contra la pared.

—¿¡No es bastante!?! —preguntó después, rabioso y con los nudillos llorando de dolor—. ¿No te he dicho cuanto querías oír? ¿Qué más quieres?

—Todo —contestó ella.

La voz de Ámber sonó tierna, casi tímida. El cuerpo tampoco estaba rígido, en guardia, sino que parecía decir «Abrázame, por favor, y no me sueltes».

—Lo quiero todo —insistió—. Todo lo que tienes y todo lo que eres.

—¿Todo?

—Todo.

Yáxtor la miró sin ocultar su recelo. A pesar de los pensamientos contradictorios y la oleada de emociones, su parte fría, racional y metódica había analizado la situación y comprendido que Ámber había sido consciente en todo momento del verdadero peligro. Aun así se atrevió a preguntar:

—¿También el...?

—¿Monstruo? ¿El niño malcriado acostumbrado a salirse siempre con la suya y que no sabe perder ni está dispuesto a aceptar que el universo no se hizo para su disfrute? Sí, ese también.

—Pero...

—Todo.

—¿Por qué?

Ámber se limitó a encogerse de hombros y sonreír. Él supo de inmediato que había encontrado un lugar en el que descansar.

Belysh dio a entender con un gesto que había notado la marca del labio y la hinchazón, pero que no podía importarle menos. Ámber estaba de pie, frente a ella, como una estatua en perpetuo gesto impasible; sin embargo, no engañaba a la maestra. Algo le decía que la joven se había preparado para recibir la peor noticia.

—Siéntate —ordenó a la chica.

—Estoy bien de pie, gracias.

—Que tú estés más cómoda así me importa poco. Te he dado una orden. Si no puedes acatar algo tan sencillo nada más empezar, mejor le digo a la supervisora que rompa los papeles porque he cambiado de opinión y no voy a tutorizarte este año.

Ámber parpadeó y, tras un momento de vacilación, se sentó.

—Eso está mejor.

—No entiendo. Creí que... Bueno, no conseguí resolver la prueba que me propusiste.

—Lo sé. No estaba diseñada para ser resuelta. —Alzó la mano para detener la protesta de Ámber—. Procedimiento, metodología, capacidad de reacción e improvisación y actitud. De eso iba la prueba.

*Aunque eres la que más cerca ha estado de resolverla. Me pregunto si con algo más de tiempo o recursos lo habrías conseguido.*

—Pero no te he hecho venir para decirte que he aceptado tu proyecto —prosiguió—. Para eso habría bastado con que le echaras un vistazo al tablón de asignaciones. Lo que quiero es... proponerte otro proyecto en paralelo. Aunque necesito que me respondas a algo antes de decidir si serás apta para el trabajo. —Esperó a que la chica asintiera—. Bien. ¿Elegiste ser adepta para tener una educación y un futuro, o como a muchas niñas, te dejaron en la puerta porque no podían hacerse cargo de ti?

—Lo segundo —respondió con el mismo tono y actitud que si le hubieran preguntado la hora.

—¿Eso te molestó? —intentó apelar a alguna emoción.

Nadie podía ser tan frío o apático, y menos con los lazos que se crean durante la niñez con los progenitores o los padres adoptivos, como era el caso de la joven. Sin embargo, lejos de despertar un recuerdo traumático, Ámber se limitó a encogerse de hombros y replicar:

—¿Por qué iba a molestarte? Ambas partes salimos ganando.

—Pero... ¿no echaste de menos a tu familia?

—¿Por qué iba a echar en falta a quien apenas conozco? Ingresé en las Casas de la Curación con seis años. No estuve ni seis meses viviendo con mi tía después de que mis padres murieran. Nada me ataba a mi pasado, en realidad.

—¿Y ahora?

—Ahora, ¿qué?

—¿Elegirías ser adepta, o preferirías otra cosa?

—Otra cosa como qué. ¿Tendera? ¿Tejedora? ¿Campesina? ¿O me estás preguntando si tengo intención de abandonar las Casas y convertirme en matrona o farmacéutica, lo único que con mis estudios me permitiría tener una licencia de negocio y ser independiente? No, gracias. Estoy muy bien aquí.

—Aunque te sientes desaprovechada.

—Sí.

—Porque te crees más lista que los demás.

—Eso no es cierto del todo. Sé que mi capacidad está por encima de la media. Sin embargo, soy plenamente consciente de que aún me falta mucho por aprender y que, por mucho que intente evitarlo, voy a equivocarme más veces de las que me gustaría.

»No, el motivo por el que me siento desaprovechada tiene su origen en el propio sistema.

—¿Disculpa? —Belysh no pudo evitar mostrar su desconcierto de manera abierta.

—¿Por qué un hombre no puede ser sanador, o analista en nuestros laboratorios? ¿Por qué yo no puedo acceder a los archivos de los adeptos y resolver por mi cuenta un crimen? ¿De qué me sirven los conocimientos si, cuando tengo la oportunidad, no me dejan usarlos para otra cosa que no sea del interés de las Casas de la Curación? Es ridículo. Y ya que estamos, ¿por qué debe haber una reina, que en realidad siempre es la misma, en vez de un rey? Es más, habiendo Regente, ¿por qué debe existir la figura real?

»Está claro que el sistema desaprovecha el potencial del individuo, y yo soy una de las afectadas.

Belysh se quedó muda. No esperaba aquella explosión de sinceridad expresada con tanta naturalidad. De hecho, las tripas se le encogieron. El sistema del que hablaba Ámber estaba tan metido en las entrañas de la maestra que la sola idea de que un hombre llegara a ser Adepto Supremo de la Curación le revolvía el estómago. Era inconcebible, absurdo. Sin embargo, ¿acaso no había accedido a ser miembro de la organización porque, aparte de la ideología en la que se basaba, estaba convencida de que podía ser útil más allá de su papel de adepta? ¿Por qué le parecía lógico su intrusismo, pero no en el caso inverso?

—Así que quieres ser adepto... —dijo al fin.

—No he dicho eso. Me gusta ser adepta de la curación, pero también me gustaría que no me impusieran las limitaciones, y más cuando sé que podría ser útil colaborando en otros campos.

—Y a la Reina... que le den.

—Tampoco he dicho eso. Pero no entiendo qué representa, salvo un símbolo. Como pueblo, en

realidad no sabemos a qué se dedica exactamente y, a poco que lo pensemos, su trabajo podría hacerlo cualquier otra persona. Sin embargo, nadie duda de su importancia, nadie se imagina nuestra nación sin ella. ¿Tú puedes?

Belysh estaba anonadada. Recordó la conversación de horas que mantuvo con Asima cuando esta la tanteó para reclutarla. La charla distendida se alargó durante los siguientes días hasta que la Adepta Suprema obtuvo la respuesta que andaba buscando. ¿Cuánto había tardado Ámber en decir las palabras adecuadas? ¿Un minuto? ¿Dos, siendo generosos?

—Ciertamente —empezó a decir tras un largo silencio— hay quienes se preguntan qué hace la Reina y por qué. Es más, algunos pensamos que alguien que se perpetúa en el poder de esa forma puede llegar a pensar que está por encima del interés general y, por tanto, hay que vigilar que sus acciones no interfieran con el bien común.

—¿Pensamos?

Belysh ocultó una sonrisa detrás del puño y dijo:

—Los adeptos empíricos sirven fielmente a la Reina, máxima autoridad en esta nación. Acatan sus órdenes de manera incuestionable porque está establecido que así debe ser, pero... ¿quién la vigila a ella? ¿Te gustaría saberlo?

Shércroft estuvo varias semanas debatiéndose entre la vida y la muerte. Sobrevivió, aunque nunca volvió a caminar. La hinchazón del párpado se atenuó, la boca recuperó su forma normal y la nariz empezó a parecer una verdadera nariz. El rostro ya no era el de un altivo pájaro de presa ni volvería a serlo jamás. Más bien era el rostro de un soldado que ha estado en demasiadas batallas. El parche en la cuenca del ojo que había perdido completaba a la perfección esa imagen.

—Mi mente está intacta —le dijo a Yáxtor una tarde. Estaban fuera de la Torre, en un rincón del patio, mientras atardecía y los acólitos realizaban los ejercicios—. Todo lo demás es negociable, Yáxtor. Bueno, no todo —añadió con una sonrisa pícaro—, pero casi.

Se movía en una silla de ruedas confeccionada por las adeptas de la curación. Los mensajeros que la propulsaban habían sido cuidadosamente adiestrados para que obedecieran el lenguaje corporal de Shércroft.

—Puedo pensar, y este viejo cuerpo aún goza de cierta movilidad. Y todavía puede recibir alguna que otra alegría. No está mal, teniendo en cuenta cómo pudo haber salido todo.

Yáxtor asintió.

—He cometido muchos errores en todo esto, muchacho. Soy viejo, y el orgullo me ha llevado a comportarme como un estúpido.

Yáxtor no se molestó en contradecirlo, aunque por la expresión del rostro era evidente que no estaba de acuerdo.

—Me creí demasiado listo. Fui descuidado. Y de no haber sido por ti, si no hubieras intervenido como lo hiciste...

De nuevo Yáxtor guardó silencio, incómodo ante los halagos del Jefe de Archivos.

—¿Cómo te diste cuenta de lo que ocurría? —preguntó el viejo.

—Tus métodos —respondió Yáxtor con una sonrisa—. Fijarse. Observar. Deducir. Poner a prueba las hipótesis una y otra vez. Eliminar lo imposible y quedarse con lo que permanece después. No había la menor diferencia de comportamiento entre los guardias de Agrésidor, así que o bien el impostor no era uno de ellos, sino alguien del personal de la embajada, o bien todos ellos eran impostores.

»La primera hipótesis no se sostenía: los guardias de la embajada seguirían en ella cuando Agrésidor volviera a Agrúnder. Entonces, por fuerza, tenía que ser la segunda, y por tanto nos habíamos equivocado al pensar que solo se había suplantado a un guardia. Todos ellos eran Juramentados. Todos eran iguales, lo cual sonaba incluso más lógico si tenemos en cuenta que se trataba no solo de eliminar al jerarca, sino a sus siete hijos mayores.

»Agrésidor no había contratado un asesino a sueldo, sino un pequeño ejército, que es lo mejor cuando te preparas para dar un golpe de estado. Y eso me llevó a pensar otra cosa: todos los guardias eran iguales, pero todos los siervos eran distintos. Y sobre todo eran diferentes al que yo había sustituido. Eran más altos o más bajos, más gordos o más delgados. El siervo del que me disfracé era el único del que podía haberme disfrazado. Por tanto era una trampa, y el siervo, un cebo que yo había mordido. Y si me habían atrapado a mí, sin duda también a ti, o lo harían. Así que hice lo único que se me ocurrió en aquel momento: salir fuera del campo de contención de mensajeros de la embajada mientras aún era posible y avisar a los adeptos empíricos.

—Y luego, dando muestras de una estupidez que sigue maravillándome, volviste a meterte en la trampa. ¿Por qué?

—No podía dejarte.

—¿Por qué no? Yo me había metido solo en aquello. Peor aún, te había metido conmigo.

—Simplemente... no podía.

Shércroft no insistió. Con un gesto dirigió la silla hacia la izquierda y Yáxtor lo siguió.

—Tu maniobra con el siervo fue brillante; retorcida, incluso. Usarlo como cebo igual que ellos. Aunque el pobre muchacho lo pagó con su vida.

Yáxtor se encogió de hombros.

—No era uno de los míos —se limitó a decir.

Shércroft no respondió.

Salieron a la ciudad y se dirigieron a las Casas de la Curación. Ya en la puerta, Shércroft dijo:

—No hace falta que me sigas acompañando. Sé cómo encontrar el centro de rehabilitación, te lo aseguro. Además, sin duda tienes cosas más interesantes que hacer que ver cómo fuerzan mis pobres músculos.

—En realidad...

Pero Shércroft ya se deslizaba por el patio en dirección a uno de los edificios.

Yáxtor echó a andar en dirección contraria. Se detuvo de repente, se volvió y gritó en dirección al viejo:

—Te estaré esperando cuando acabes.

Shércroft se limitó a saludar con la mano sin volverse ni aminorar la marcha. Yáxtor siguió caminando por el patio de las Casas de la Curación. Se detuvo un instante frente al pozo y recordó el primer atisbo que había tenido de Ámber: una figura lejana que recogía agua con una jarra.

Luego siguió su camino.

## INTERLUDIO

*Llevamos viviendo con los mensajeros y usándolos (ya sea de forma inconsciente o deliberada) tanto tiempo que, por mucho que nos remontemos en el pasado, no podemos encontrar un momento en el que no estuvieran presentes en nuestras vidas. Las crónicas más antiguas que se conservan ya hablan de ellos, de los primeros intentos de usarlos, y la tradición oral previa a las crónicas escritas los menciona una y otra vez.*

*Desde que el ser humano es ser humano, los mensajeros han compartido nuestras vidas. Tal vez desde antes. Sin duda eso nos ha cambiado, ha alterado nuestro comportamiento y nuestra forma de ver el mundo y de enfrentarnos a él.*

*No es, necesariamente, un cambio positivo: nos ha vuelto dependientes hasta extremos escalofriantes. Nuestro modo de vida, nuestra civilización, nuestra cultura e incluso nuestros sistemas de gobierno dependen en buena medida de los mensajeros. Hasta en el Continente Occidental, donde no hay bosqueoscuros y los carneútiles tienen que ser importados, existe una dependencia mayor de lo que les gusta reconocer.*

*Esa relación, decía, nos ha cambiado. Es algo que sabemos aun cuando no queramos pensar en las consecuencias de ese cambio. Pero ¿nos hemos preguntado alguna vez si ha cambiado también a los mensajeros?*

*Sin ellos nuestra vida sería muy distinta. ¿Cómo sería la de los mensajeros sin nosotros, si es que están vivos?*

### —Qérlex Targerian

Asima terminó su frugal desayuno mientras el amanecer se desparramaba con parsimonia más allá de la ventana.

Se había cruzado con el comandante Praghem en las Casas de la Curación, tan ensimismado en sus pensamientos que ni siquiera la había visto pasar por su lado. Un hombre interesante... dentro de lo moderadamente interesantes que podían ser los hombres.

Mientras la mayor parte de ellos trataban de parecer mucho más complicados de lo que eran en realidad, Fléiter Praghem había hecho todo un arte de parecer mucho más simple de lo que era. Eso le daba una importancia no desdeñable en el negocio al que se dedicaba, desde luego, y hacía que su mente fuera lo bastante flexible para cambiar de dirección en mitad de un pensamiento y seguir una nueva línea de proceso totalmente distinta a la que había iniciado.

Se lo había demostrado hacía unos meses, durante la crisis que había seguido a la coronación del Emperador de Hanoi. Un hombre menos complicado que Praghem, una mente más inflexible que la suya, no habría sido capaz de saltar de una alternativa a otra con la velocidad y la naturalidad con que él lo había hecho.

Asima recordó el momento en el que la apresó. ¿Cómo pudo ser tan tonta y dejarse atrapar de esa manera? Había bajado la guardia, era la única explicación. Estaba acostumbrada a salirse

con la suya, a caminar entre las sombras como una más, y años y años de experiencia a cuestas dentro de la organización le habían otorgado una falsa sensación de superioridad, de impunidad; pero Fléiter la había devuelto a la realidad, le había recordado que nadie es infalible, que siempre hay alguien a tener en cuenta y que podía superarla. Aunque fuera por pura chiripa, aquel era un factor que jamás había que despreciar. Jamás.

Luego llegó el interrogatorio. No fue difícil salir airosa. Tenía experiencia sobrada interrogando a otros para la organización y un... amigo, si lo podía llamar así, al que nada se le escapaba y con el que cada charla distendida era una prueba de agilidad mental, una partida de ajedrez imposible de ganar. En cualquier caso, le quedó claro que Praghem era un rival que más le valía no infravalorar.

En un mundo dominado por hombrecillos mezquinos y anodinos que se creían mejores de lo que eran, encontrar uno que realmente mereciera la pena era todo un hallazgo.

No había muchos.

Yáxtor, a su arrogante y fría manera, también era uno de ellos. Aunque... Asima apartó con violencia el pensamiento que estaba a punto de formársele en la cabeza.

Qérlex Targerian, el viejo Maestro de Artífices y actual Adepto Empírico Supremo, era posiblemente otro. Acumulaba sabiduría y experiencia del mismo modo que una esponja absorbía el agua y ni siquiera parecía consciente de ello: eternamente dubitativo, continuamente al borde de la perplejidad, enfrascado en la construcción de sus aparatitos y cachivaches, buscando nuevas formas de manipular, almacenar y utilizar mensajeros... Qérlex era interesante sobre todo porque no sabía que lo era, y habría sido el primer sorprendido si alguien se lo hubiera comentado.

En cuanto a Orston Velhas, actual Regente y anterior Adepto Empírico Supremo, Asima tenía que reconocer que no conseguía descifrarlo. No sabía con seguridad a qué juego jugaba ni con qué armas ni según qué reglas. El Regente la desconcertaba tanto que no estaba segura de si se trataba de un hombre mediocre, cuya única habilidad era convencer a los demás de su importancia, o si, como Fléiter Praghem, era realmente más de lo que parecía.

Y por supuesto estaba él: el más interesante de todos, el más irritante, el más...

*Viejo tonto. Maldito viejo tonto.*

Aunque no lo era, en realidad. Sin duda era viejo, como ella, y quizá estuviera maldito, como ella se sentía a veces, pero estaba muy lejos de ser un tonto. Lo había demostrado hacía un par de días, cuando había ido a verla y se las había apañado para sacar a la luz cosas en las que Asima prefería no pensar desde hacía años.

En realidad no le había dicho nada, básicamente porque no tenía nada que decirle. Pero ese *nada* había sido suficiente para poner al viejo Jefe de Archivos en la dirección correcta, estaba segura. Si alguien podía averiguar lo que había pasado siete años atrás, en qué circunstancias exactas había muerto Ámber, cómo había afectado eso a Yáxtor y de qué forma lo había cambiado, sin duda ese era Shércroft.

Un asunto oscuro, peligroso, que quizá habría sido mejor dejar en las sombras. Solo que el adepto era incapaz de no entrometerse: una vez que su nariz encontraba un rastro, no podía evitar seguirlo hasta el final, fueran cuales fuesen las consecuencias.

*Y ahora lo está siguiendo por mi culpa.*

Tomó aire y se puso en pie. Echó un vistazo a los montones de legajos sobre la mesa y decidió que aquella mañana no estaba de humor. Se encogió de hombros y salió del despacho.

En el patio, las novicias hacían los primeros ejercicios del día. Sus cuerpos jóvenes, a medio formar, seguían los movimientos de la instructora y, pese a alguna torpeza ocasional, convertían el



patio en un territorio lleno de serenidad y gracia.

Ojalá ella pudiera sentirse así. Ni siquiera había sido capaz de tomar otra aprendiz desde lo ocurrido con Belysh, y mucho menos después de lo que le pasó a Ámber.

Aquello no debía de preocupar demasiado a la organización, o de lo contrario se lo habrían hecho saber, pero si se lo hubieran pedido o exigido seguía sin tener muy claro cómo habría reaccionado.

Lo que había sucedido con las dos adeptas de la curación con apenas unos meses de diferencia la había dejado totalmente descolocada, destrozada. Por motivos diferentes, cierto, pero no menos devastadores. Y si ella no hubiera sido Asima, la mismísima Adepta Suprema de la Curación, toda serenidad y diplomacia, compostura ante todo, habría buscado un hombro en el que desahogar la ira y la frustración que la embriagaban. Habría ido directa a Shércroft y le habría dicho: «¿A que no eres capaz de descubrir esto?».

Habría utilizado otras palabras, lo habría retado a jugar de tal forma que el desafío fuera lo bastante interesante para despertar su maldita necesidad de meter las narices donde no lo llamaban. Pero no le había dicho nada de nada. Había esperado siete malditos años, en los que una y otra vez se había dado de cabezazos con un callejón sin salida, hasta que él solito se lo había preguntado.

No le había dicho gran cosa, cierto. Solo lo que sabía con seguridad, solo aquellas cosas de las que podía dar fe. ¿Por qué no había compartido con él sus sospechas, por qué no le había dejado entrever las pequeñas migajas de misterio que había ido acumulando durante todos aquellos años? ¿Para protegerlo, o para guiarlo? ¿Qué le importaba más: que Shércroft estuviera a salvo, o que descubriera lo sucedido sin importar los riesgos que pudiera correr?

Fuera como fuese, en el momento en que lo vio en el despacho y se dio cuenta de lo que quería, no dudó ni un instante en lanzarlo tras el rastro correcto.

*¿Y por qué no?*

*Él me usa a mí, así que ¿por qué no iba a usarlo a él?*

Porque quizá fuera peligroso. Esa era la conclusión a la que había llegado en todo ese tiempo, y pese a todo, apreciaba al viejo y no quería que le pasase nada malo porque...

No importaba. Había lanzado al sabueso tras el rastro y no había manera de dar marcha atrás. Y lamentarse por el riesgo que estaba corriendo no haría que las cosas fueran mejor.

Tomó aire, miró a su alrededor y por un momento no supo dónde estaba. Después contempló el patio que se iba vaciando a medida que las novicias terminaban los ejercicios, asintió y siguió su camino. Frente a ella, las sombras iban acortándose poco a poco, a medida que sol ascendía perezosamente en el cielo.

Pasó el resto de la mañana inspeccionando las Casas de la Curación, algo que hacía a veces de forma inesperada y siempre de un modo discreto. Eso mantenía las cosas en su sitio, las mentes alerta y las manos ocupadas.

Recorrió los dormitorios, pasó por el comedor, se asomó a los talleres, echó un vistazo a los quirófanos, exploró los almacenes, comprobó los carneútiles y se las apañó para dar la impresión de que estaba en todas partes a la vez. Siempre tranquila, educada, sin una palabra de reproche o una mirada de reprobación. Simplemente paseando, mirando a todas partes y saludando con un gesto de la cabeza. No necesitaba más. Todo aquello que se escapara a su mirada (y no sería mucho) lo notarían las demás y, temerosas de que ella lo hubiera visto, le pondrían solución.

Regresó al comedor a la hora del almuerzo y compartió la comida de las novicias. Como de costumbre, no estaba mal: variada, ligera, sabrosa, adaptada a sus necesidades y sin demasiadas

zarandajas ni refinamientos.

Felicitó a la encargada de las cocinas. Los cumplidos de la Adepta Suprema eran tan escasos que fueron acogidos primero con sorpresa y luego con orgullo. Bien, eso era justamente lo que pretendía.

—Mi Reina parece preocupada.

Dasaraki Itasu asintió a las palabras del Emperador.

—Sé que hay mucho de ella que no conozco. Sé que moriré sin haber arañado la superficie de lo que realmente es —siguió diciendo el muchacho que regía los destinos de Honoí y que, por virtud del matrimonio, era ahora rey consorte de Alboné—, pero empiezo a conocer alguna cosa. Sé cuándo está inquieta y sé cuándo me está ocultando algo. —Se detuvo de pronto, incómodo consigo mismo—. Al menos lo sé a veces. Y ahora está preocupada. Pasó la noche fuera del palacio el día antes de la ceremonia de esponsales. No sé qué hizo ni a quién vio. Quizá son asuntos puramente albonenses que no me incumben, pero sea lo que sea, está preocupada.

Itasu asintió de nuevo.

—Esta isla es un lugar extraño, ¿verdad? Lleno de curiosas costumbres y gente aún más pintoresca. Sin embargo, siguen siendo personas.

—Comprendo —dijo Itasu.

—Estoy seguro, tzaro-Dasaraki. Tu relación con Yakisetoru sin duda te da una perspectiva única de las cosas.

El Emperador se incorporó de repente y caminó hasta la ventana. Bajo ella se extendía el jardín real y, algo más allá, la ciudad de Lambodonas, bulliciosa y atareada. Divisó la Torre, en la que, en aquellos momentos, estaba atracando un aerobajel.

—Quiero que averigües qué ha pasado, Itasu —dijo de pronto, sin volverse, tuteándola por primera vez desde que la mujer se había convertido en Comandante de su guardia personal—. En estos meses has hecho contactos, conoces la ciudad mejor que yo y también lo que pasa en ella. Averígualo.

—Se hará como ordenes, Hijo del Origen.

El Emperador dio media vuelta y la miró a los ojos. No era más que un niño, se dijo Itasu. Un niño al que el manto que llevaba le daba acceso a los recuerdos de todos los emperadores precedentes como si caminase por el mundo perpetuamente conectado a su enciclopedia personal. Un niño educado desde su nacimiento para el gobierno. Un niño que, merced al matrimonio con una monarca no menos extraña que él, estaba ahora a cientos de kilómetros de distancia de su hogar. Desplazado. Tal vez desarraigado.

*Mi Emperador. El Hijo del Origen.*

Hizo una reverencia y abandonó la habitación. Se detuvo en la puerta, inspeccionó la guardia y luego siguió su camino. Unos minutos más tarde recorría el jardín real con rumbo al lugar donde el muro desaparecía como si un gigante le hubiera dado un buen bocado.

Se detuvo al borde mismo y contempló la ciudad que se extendía bajo ella: ruidosa, bulliciosa, llena de vida. Extraña y familiar al mismo tiempo.

*¿Espiar a la Reina de Alboné? ¿Mi emperador me ha pedido que espíe a su esposa?*

Decidió que sí, que era exactamente lo que acababa de pedirle.

Había una maldición khynaina sobre eso, ¿no? Seguramente. Siempre había una maldición khynaina para casi todo.

Con una risita entre dientes que a su vez era casi una maldición, Itasu abandonó el jardín en dirección a las Casas de Curación.

Qérlex se había pasado los últimos seis días tratando de encontrar algo que no existía.

Había fracasado.

Había revisado expedientes e informes, había escudriñado mediante mensajeros hasta el último rincón de la Torre y los archivos, había abierto correspondencia personal y, en general, había puesto patas arriba todo cuanto le rodeaba. Lo había hecho de un modo discreto y silencioso y estaba seguro de que nadie se había dado cuenta.

Pero lo había hecho para nada.

Nadie sin autorización había entrado en la sala de fórmulas magistrales en los últimos siete años. Las poquísimas personas con acceso a ella habían hecho uso de su privilegio en escasos y breves momentos y todos sus actos estaban recogidos en los correspondientes informes. Por no mencionar que los mensajeros de alerta que inundaban la sala habían registrado hasta el menor de sus gestos y no habían detectado nada fuera de lo normal.

Ninguno de ellos, además, se había acercado a la sección oculta. Nadie había desactivado los mensajeros de camuflaje. Nadie había cogido la ampolla con los recuerdos de Yáxtor y nadie la había cambiado por otra.

Lo cual, por otra parte, era imposible.

Tomó aire y miró a su alrededor. Quizá, después de todo, había llegado el momento de hablar con Orston. El Regente tenía que saber lo que había pasado.

Aunque, en realidad, ¿qué había pasado?

Nada, todos los datos que tenía a su disposición le decían que no había pasado nada fuera de lo normal. Solo que donde debería haber estado una ampolla con recuerdos no había más que una solución salina y un poco de colorante ámbar.

Fléiter Praghem terminó de informar a sus superiores y apagó el espejo de comunicación.

El viejo parecía necesitar urgentemente un descanso, se dijo. Quizá ya era hora de que lo jubilasen.

*¿Yyo?*

Sonrió como si se estuviera gastando una broma.

¿Por qué no? Llevaba más de veinte años destacado en el Continente Primigenio; primero como agente de campo, luego como supervisor de misiones y, en los últimos tres años, como jefe de zona.

Mucho tiempo. Suficiente. Tal vez demasiado.

Le había dedicado los mejores años de su vida a la Confederación Occidental: había espiado, recopilado información, esparcido desinformación, eliminado obstáculos, complotado, orquestado golpes de estado, armado gobiernos títeres, creado alianzas y desbaratado conspiraciones.

Era bastante, ¿no?

Había conseguido llegar a la mediana edad en un razonable estado de salud y pretendía abandonarla con todas sus facultades intactas, tanto físicas como mentales.

*Y parece que lo voy consiguiendo*, se dijo, socarrón.

¿Quería volver a la Confederación Occidental? Eso se decía cuando pensaba en ello, pero en

realidad nunca se había tomado la molestia de considerarlo a fondo. ¿Quería? ¿Realmente quería regresar a Washorya, acabar sus días a la sombra de algún político, supervisando comités y dirigiendo equipos de seguridad? ¿O tal vez retirarse de todo aquello y pasar el resto de sus días sin más preocupaciones que combatir el aburrimiento?

¿Quería?, se preguntó de nuevo.

En realidad, no, se contestó. Hacía tiempo que sabía que no. De hecho, por más que llevase veinte años despotricando contra aquellos malditos albonenses y sus condenadas manías, por más que se hubiera pasado las dos últimas décadas criticando la altanería y la arrogancia de los adeptos empíricos, por más que...

*La nostalgia es una zorra. Una zorra traicionera que te vende cuentas de vidrio y te hace creer que son diamantes.*

Pertenecía a aquel condenado lugar, se dijo. Sus deseos de retirarse y volver a la Confederación Occidental no eran más que una trampa de la memoria, un truco barato; abalorios y bisutería. Pertenecía a aquel condenado lugar.

Todo lo que tenía, lo que conocía, lo que deseaba estaba allí, no en un puñado de recuerdos magnificados por el tiempo.

Dejó vagar la memoria; la dejó irse por los espectáculos nocturnos de Lambodonas, las casas de baño, las planicies interminables de Quitán, Yáxtor, el desierto de Can, las sofocantes selvas del sur, los hoscos y sombríos bosques de Wáhrang, Yáxtor, el aerobajel de primera hora de la mañana, la Torre de los adeptos, el río perezoso cruzando la ciudad, Yáxtor, las tabernas que cerraban a horas intempestivas y servían licores infectos y, por supuesto, Yáxtor.

*Sobrevive, muchacho. Sigue haciendo mi vida interesante aunque yo no quiera.*

Le habían dicho que estaba fuera de peligro, y Yáxtor tenía una habilidad escalofriante para salir con vida de situaciones apuradas. No debería estar preocupado por él. No lo estaba, claro que no, y que lo visitase en su habitación todos los días no tenía nada que ver, por supuesto.

Dejó escapar un gruñido casi inaudible, tomó una botella de licor y se sirvió un trago.

*Por el hogar, se dijo, en un brindis burlón. Por los condenados albonenses y sus malditas costumbres. Y por las casas de carneútiles y su falta de prejuicios.*

Sonrió.

Ah, la casa de Mishra, con las mejores carneútiles de todo el Continente Primigenio. Lo cual era como decir de todo Érvinder.

Sí, la casa de Mishra.

Y de repente se descubrió pensando no en las complacientes carneútiles y su forma de colmar los deseos de un cliente, sino en los días pasados en aquella casa unos meses atrás, mientras investigaba una posible filtración dentro del palacio real.

Sí, habían sido unos buenos días. Solo y a sus anchas, revisando expedientes en la habitación más acogedora del mundo, rodeado de silencio y tranquilidad, deteniéndose de vez en cuando para tomar un bocado, o dormir, y a veces charlar un poco con la dueña de la casa.

Ah, Mishra. Extraordinaria mujer, se dijo. Tan única a su manera como el propio Yáxtor.

Terminó el licor, cerró la botella y la devolvió al armario de las bebidas.

Mishra, se dijo de nuevo.

Hmmm.

Shércroft estaba ocupado. Algunos podrían haber dicho que estaba ocupado en no hacer

absolutamente nada y, en cierto modo, habrían tenido razón.

Con un cuidado infinito, su mente buceó por el sistema de archivos, analizó la rutina diaria y estudió el flujo habitual de información. Reprodujo en su cabeza el funcionamiento de los archivos y el comportamiento de sus subordinados y después, poco a poco, paso a paso, empezó a modificarlo mentalmente: una petición aquí, un requerimiento allá, un paseo por esta sección y una inspección por aquella.

Fue insertando muy despacio en el esquema de su mente todo aquello que le interesaba. Fue un trabajo largo, lento y agotador y a menudo se vio obligado a retroceder y reconsiderar. Su propósito, si bien sencillo, resultaba casi imposible de conseguir.

Para un observador externo, el flujo de trabajo debía parecer totalmente normal, no tendría que percibir ninguna acción fuera de lugar. El funcionamiento de los archivos tenía que ser el habitual, y esa apariencia debía ser capaz de sobrevivir al más riguroso de los escrutinios.

Aquello le llevó la mayor parte del día. Repasó una y otra vez el nuevo esquema en su mente, y solo cuando estuvo seguro de que era correcto, empezó a implementarlo en la realidad.

El primer paso fue rellenar un formulario de control de gastos e introducirlo en la rutina diaria. A partir de ese momento, todos y cada uno de sus actos estarían medidos, predeterminados, encajados en un mecanismo complejo y delicado en el que el menor fallo podía desencadenar el desastre.

A veces se decía que aquello era una pérdida de tiempo, que actuar de un modo tan sutil no era necesario y que nadie habría notado nada de todas formas.

*Claro, y seguro que el difunto profesor Matis pensaba lo mismo justo antes de que cayésemos sobre él.*

Siguió con el plan y no se permitió la menor desviación. Poco a poco, la cadena de acontecimientos que había ido poniendo en marcha con sus diminutas acciones fue dando resultados. Al anoecer del segundo día, en su mesa estaban exactamente los expedientes que quería y ningún otro.

Aquél fue el peor momento. Le costó trabajo contener la impaciencia y no lanzarse sobre ellos en aquel preciso instante. Pero tenía que esperar, tenía que seguir actuando de un modo totalmente normal y rutinario.

Intentando parecer totalmente relajado abandonó el despacho y regresó a su habitación, donde Hoydson lo esperaba con una cena ligera y fría. Comer fue una tortura, y mantener la apariencia de normalidad con su joven ayudante, un verdadero suplicio. Pero no había llegado a su edad en un razonable estado de salud por ser descuidado, así que siguió con la comedia y se acostó un par de horas más tarde, lleno de impaciencia.

A la mañana siguiente inició la tarea. Tranquilo, metódico, sistemático, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Asima decidió volver a su despacho y trabajar un poco, pero descubrió que sus pasos la llevaban en dirección a los dormitorios de los pacientes.

Se detuvo frente a la habitación de Yáxtor Brandan.

*¿Qué haces aquí?*

Shércroft creía que Asima odiaba a Yáxtor por lo ocurrido con Ámber, pero el viejo se equivocaba. Algo que pocas veces le ocurría. Sí, lo sucedido con Ámber le había magnificado las emociones, las había amplificado, pero incluso antes de que el maldito muchacho empezara a

jugar sus juegos de seducción con las adeptas de la curación, ya desde el mismo momento en que le puso la vista encima, Asima había reaccionado como si una serpiente venenosa hubiera saltado sobre ella.

Cada gesto del joven adepto, cada movimiento, cada mohín de su rostro, cada palabra, provocaban que algo antiguo despertase dentro de ella. Algo atávico y aterrador que la hacía estremecerse.

¿Odiar a Yáxtor? Tal vez. Pero sobre todo, lo que sentía al verlo era miedo. Puro pánico. Era un animal dañino, venenoso, mortífero, una criatura letal e implacable, un monstruo.

Sin embargo, Ámber se había enamorado de él. Ámber había decidido compartir su vida con él. Ámber había... muerto por él.

¿Por qué?

Abrió la puerta y entró en la habitación. A los pies de la cama había dos personas. Una era Dasaraki Itasu, la mujer honoyesa que, si los rumores no se equivocaban, compartía últimamente el lecho del adepto. El otro era Fléiter Praghem, del Directorio de Información de la Confederación Occidental.

Una amante y un colega.

Los dos se preocupaban lo suficiente por Yáxtor para estar junto al lecho.

Un monstruo, pensó de nuevo Asima, y pese a todo...

*No cambia nada. Un monstruo con amigos sigue siendo un monstruo.*

Se acercó a la cama y saludó a los dos visitantes con una inclinación de cabeza. Comprobó las anotaciones de las adeptas en la tablilla colgada de la pared. Yáxtor consumía los mensajeros de los carneútiles que le proporcionaban a un ritmo alarmante. Cinco nada menos. Lo que no era extraño teniendo en cuenta la gravedad de las heridas.

Evolucionaba de la forma adecuada y, de hecho, se estaba curando a una velocidad sorprendente. Estaba fuera de peligro, y en un par de semanas, tal vez tres, estaría lo bastante recuperado para que le dieran el alta.

Asima se obligó a mirar el cuerpo que yacía en el lecho. El tejido cicatrizal que lo había cubierto casi por completo estaba dejando paso, poco a poco, a una piel nueva, tierna, sonrosada, casi como la de un bebé.

Se recuperaría, estaba segura, pero sería un proceso largo y lento y doloroso. O al menos eso esperaba.

El cuerpo, cubierto de aquella nueva piel, empezaba a adoptar una apariencia casi normal, pero solo casi. Buena parte de los huesos estaban rotos y varios órganos internos al borde del colapso. Era el tercer grupo de carneútiles que Yáxtor Brandan agotaba y Asima estaba segura de que no sería el último.

Por no mencionar... lo inmencionable.

O quizás, precisamente, era el momento de mencionarlo. Aunque, ¿a quién?

Recordaba perfectamente lo ocurrido casi dos años antes, durante la crisis de la Bomba de Malas Noticias. Yáxtor también había estado al borde de la muerte. Su cuerpo estaba casi agotado, deshidratado, sin apenas grasa y con la masa muscular severamente disminuida. Había conseguido volver a Lambodonas y lo habían ingresado en las Casas de la Curación. Y entonces había llegado la sorprendente orden de Palacio: no se administrarían mensajeros curativos al adepto. Se lo dejaría abandonado a su suerte.

Había sobrevivido, cosa que debería haber sido imposible.

Se habían limitado a alimentarlo vía intravenosa con suero y plasma y habían dejado pasar el

tiempo. Y Yáxtor había sobrevivido. Más aún, privado de los mensajeros curativos, abandonado en un ambiente estéril, su cuerpo había regenerado la masa muscular rápidamente y en poco más de un mes volvía a estar totalmente sano... y con el cuerpo cargado de mensajeros.

La conclusión era obvia, escalofriante e imposible.

Solo los carneútiles generaban mensajeros. Los humanos podían usarlos y asimilarlos dentro de sus cuerpos, pero no los creaban.

Salvo Yáxtor Brandan.

Así que lo que él estaba haciendo en realidad no solo era consumir los mensajeros de quince carneútiles, sino que también los estaba produciendo a partir del alimento recibido y usándolos para curarse. La vez anterior, los que él había creado habían bastado para dejarlo como nuevo. Que ahora necesitase ayuda extra indicaba lo desesperado de su situación.

Asima no sabía qué le había ocurrido y, en realidad, no le importaba demasiado.

Sí, Yáxtor saldría de aquella, lo que no era ninguna sorpresa. Yáxtor siempre se las apañaba para salir de aquello en lo que se metía. Eran los demás los que caían por el camino: sus agentes, sus enemigos, sus instrumentos, su esposa, su hijo...

De pronto se dio cuenta de que el adepto tenía los ojos abiertos y la estaba mirando.

—No sabía... que era tan... importante —dijo con una voz pastosa pero perfectamente articulada—. La Adepta Suprema ocupándose... de mí. Cuanto honor.

Asima no dijo nada. A los pies de la cama, Fléiter parecía incómodo. Itasu se limitó a menear la cabeza y a sonreír feroz.

La Adepta Suprema terminó la inspección del paciente, fría, eficaz y discreta, como hacía siempre. Le costó toda su voluntad mantenerse así.

—No lo canséis mucho —les dijo a los visitantes cuando salía—. Aún le queda una larga convalecencia por delante.

Abandonó la habitación. Echó a andar por el pasillo midiendo con exactitud cada paso, asegurándose de que el ritmo de sus pisadas era tranquilo y regular. Le pareció que tardaba una eternidad en llegar al despacho. Y solo entonces se permitió dar rienda suelta a lo que sentía.

Una mirada. Había bastado una mirada y un comentario medio socarrón para sacarla por completo de sus casillas.

¿Por qué?

*Es un monstruo.*

Pero también algo más. Como adepta de la curación estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de pacientes y no era el primer monstruo del que se encargaba. ¿Qué había en Yáxtor que la hacía mantenerse alerta, de puntillas, como si estuviera a punto de ser atacada?

Quizá, pensó de repente, lo mismo que había hecho que Ámber se enamorase de él.

*No.*

Fue una negativa blanda, casi sin fuerza.

Tomó un fajo de papeles e intentó leerlos, pero las palabras se habían convertido en garabatos sin sentido, en insectos borrachos en medio de una orgía sin propósito, en enigmas que nadie podía resolver.

Tomó aire.

Yáxtor, se dijo. Ámber, pensó. Shércroft, maldijo.

Cerró los ojos y controló la respiración haciendo que cada bocanada fuera lo más importante del universo. Poco a poco, todo desapareció a su alrededor y hasta su cuerpo dejó de tener importancia. Lo único que existía era el ritmo preciso y la longitud exacta de cada bocanada.

Se sorprendió recitando la letanía de las novicias, algo que no había hecho en los últimos cuarenta años:

—Existimos para curar. Vivimos para servir. Respiramos para que otros puedan. Somos bálsamo y consuelo, cura y alivio. Somos la mano que aleja la enfermedad y el rostro que cierra cicatrices. Vivimos para servir. Existimos para curar.

Abrió los ojos. De nuevo se sentía en calma. Recapituló los pensamientos y emociones de las pasadas horas.

*Entonces ¿se trata de eso? ¿Yáxtor es peligroso por el mismo motivo por el que para Ámber era atractivo?*

Quizá, se concedió.

Suspiró, medio agotada medio aliviada.

Ámber, se dijo. Ámber, que debía haber sido su sucesora. Ámber, la mejor adepta de la curación que las Casas habían tenido en mucho tiempo. Ámber, su niña, su...

Cerró los ojos de nuevo y dejó que el pasado se desplegara a su alrededor.



TERCERA PARTE  
ÁMBER

*El trabajo que hacemos no es tan distinto del que realiza un adepto inquisitivo. Parte de nuestra labor es ver los síntomas que nadie más ve, recolectar las distintas pistas y componer el puzle que nos permita saber dónde cortar, qué inocular, cómo intervenir. Curamos enfermedades, cerramos heridas, salvamos vidas. Y cuando tenemos tiempo libre, aplicamos esos mismos conocimientos y habilidades aprendidas durante el ejercicio de nuestra labor para tratar enfermos de carne y hueso, como hace el resto de nuestras hermanas adeptas.*

—**Asima Sterd**

Retiró la larga y finísima aguja del nervio.

Él dejó de crispar la mandíbula y se derrumbó en la mesa, agotado, jadeante.

Ella aprovechó el momento para observarlo desde la distancia y valorar la siguiente intervención. Perlas de sudor lo empapaban de arriba abajo, pero sobre todo se concentraban en la frente y las axilas. La respiración era agitada y, de seguir así, pronto perdería el conocimiento.

Le tomó el pulso y comprobó la temperatura poniéndole la mano en la frente. Luego le extrajo una muestra de sangre de la herida abierta en el costado, la introdujo en el analizador y, segundos después, la tira de tela absorbió la gota carmesí para devolver un rosa muy pálido.

Tal como había sospechado, la concentración de mensajeros en sangre estaba rozando el límite. Pronto llegaría la inconsciencia y el «paciente» perdería la capacidad de regeneración.

Se acercó al carro de curas, localizó la pequeña ampolla, extrajo la cantidad adecuada tirando del émbolo del inyector, eliminó las burbujas de aire y luego le aplicó el contenido en el cuello.

Él emitió un simple quejido antes de que el cuerpo se le arqueara hacia atrás por un espasmo y el rostro se le torciera en una mueca de agonía. La oleada de calor abrasador que le recorría las venas debía de ser insoportable.

Ella esperó con paciencia a que la inyección empezara a hacer efecto.

Percibió entonces los mensajeros de la supervisora interactuando con los que había concentrado en su oído interno, y permitió que transmitieran la comunicación.

Controló el impulso de girarse hacia el espejo que tenía detrás. Después de todo, solo vería su reflejo y, aunque seguro que el tipo sabía que había alguien al otro lado, no quería que fuera consciente de que ella estaba bajo supervisión en esos momentos.

Las apariencias lo eran todo, y tenía que ser a sus ojos una profesional, no una simple aprendiz.

«Llevas seis horas con él», oyó las palabras de Belysh con claridad, dentro de su cabeza. «Hace tiempo que está al límite. ¿Por qué no has intervenido aún?»

«Consideraré que no sería efectivo», transmitió a los mensajeros conectados a la maestra.

«¿No te ves capaz de conseguirlo?»

«No he dicho eso. He dicho que no lo consideraré efectivo.»

«Su muerte no es una opción.»

«No tengo intención alguna de que muera. Aún no.»

«Quién lo diría, con lo que le acabas de inyectar.»

«No he visto que nadie entrara por la puerta para impedírmelo, así que voy a tomarme tus palabras como una prueba para hacerme dudar. Y no. No tengo dudas. Déjame terminar mi trabajo.»

«¿Terminar? Si aún no has empezado.»

«Volveré a tomarme el comentario como parte de la misma prueba. Y ahora, como he dicho, voy a intervenir y terminar esta operación.»

Impidió que los mensajeros de Belysh mantuvieran la conexión con los suyos. Lo que iba a suceder era crucial y no necesitaba distracciones. Sabía que tenía razón y lo demás no importaba.

Recogió del carro de curas dos jeringuillas, se sentó en la silla libre al otro lado de la mesa y dejó ambas inyecciones perfectamente alineadas frente a ella. Luego esperó con tranquilidad a que el hombre fuera consciente de su presencia.

Este encontró fuerzas para abrir un solo ojo con el que se atrevió a mirarla desafiante.

Ella decidió permanecer en silencio un poco más, sabiendo que el cansancio por la pose terminaría agotándolo.

—No voy a decirte nada —dijo él.

—No te lo he pedido—replicó ella con indiferencia.

—Puedes torturarme lo que quieras —farfulló—. No hablaré.

—Espero que no.

—No hablaré —insistió.

—Me parece estupendo.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato.

Ella se recostó en el asiento; él intentó mantenerse erguido en el suyo, aunque la mirada se le desviaba de tanto en tanto hacia las jeringuillas encima de la mesa.

Aun así, no preguntó; ella no dijo nada.

—No tengo miedo a morir —rompió el silencio.

Ella asintió.

—Si vas a decirme que una de las dos jeringas puede salvarme, ahórratelo.

Ella sonrió. Decidió hablarle al fin:

—¿Qué te hace pensar que puedes salir de aquí con vida?

Él le aguantó la mirada mientras, disimuladamente, intentaba mover los brazos para recuperar la circulación en las muñecas, interrumpida por las correas.

—No lo estás haciendo bien, niña. —Sonrió con la boca torcida y los labios hinchados y amoratados—. Si no me ofreces esperanza, ¿cómo pretendes que colabore contigo?

Ella decidió enarcar una ceja.

—¿Qué parte de «No vas a salir de aquí con vida» no has entendido? Nadie sabe qué somos o qué hacemos en realidad. Ni mis hermanas, ni los adeptos, ni la mismísima Reina. Nadie. Así ha sido durante todo este tiempo y así seguirá siendo. ¿Por qué crees que tú vas a ser diferente a los que pasaron por aquí antes? ¿Por esa esperanza de la que hablas? Desde luego, no creo que sea por la experiencia.

»No te equivoques. No es de estas dos jeringas de lo que te tienes que preocupar, sino de lo que te acabo de inocular.

Ambos guardaron silencio, ambos se sostuvieron la mirada.

Hilillos de sangre empezaron a brotar de las heridas distribuidas por el cuerpo del paciente, signo inequívoco de que lo que le había transferido empezaba a surtir efecto.

Ella disimuló como pudo el enorme esfuerzo que le estaba suponiendo impedir que los

mensajeros de Belysh contactaran con los suyos.

Él rompió a reír a carcajadas.

Ella ni se inmutó.

—¿Y eso es todo, chiquilla? —preguntó entre risas—. ¿Desangrarme lentamente? Como adepta de la curación que eres, deberías saber que esto no va a ayudarte en nada. ¿Quieres amodorrarme? ¿Eso es todo?

Ella siguió impertérrita, al menos en apariencia. Apretaba los dedos de los pies en un último esfuerzo por permanecer incomunicada. Sin embargo, tuvo que permitir la recepción, o de lo contrario su concentración habría empezado a hacerse evidente.

«Has fallado», escuchó la reprimenda de Belysh. «Has perdido su respeto. Seis horas de trabajo a la basura.»

«No es cierto», transmitió con frialdad.

«Maldita cabezota y orgullosa. El primer paso para enmendar un error es reconocer que lo has cometido. Asúmelo.»

«Lo asumiré cuando sea cierto.»

«Basta. A partir de ahora me encargo yo. Está claro que aún estás demasiado verde.»

Los mensajeros transmitieron silencio.

Calculó que tendría algo menos de dos minutos para rematar el plan que había puesto en marcha.

Probablemente Belysh le propinaría algo mucho peor que una reprimenda cuando comprendiera lo que su alumna acababa de hacer, pero eso no le importaba. Conseguir su objetivo, sí.

Apoyó el codo en el reposabrazos, se llevó dos dedos a la sien y dejó descansar en ellos la cabeza adoptando una pose relajada, tranquila. Luego sonrió con desgana.

—Me temo que aquí ha habido un malentendido. Tú crees que estás aquí, pasando por todo esto, porque se trata de un interrogatorio. La mujer que va a entrar por esa puerta, en poco más de un minuto, también lo cree. Pero lo que ambos creéis está muy lejos de la realidad. Mi realidad.

Extendió la mano con la que le había tomado la temperatura, volvió la palma hacia arriba y se ayudó de las uñas de la otra mano para despegar una finísima capa transparente.

Susurró una palabra impronunciada y una repentina llama azul consumió de inmediato lo que mantenía en el aire, sujeto con las uñas.

—Te he dicho que no es de las inyecciones de lo que te tenías que preocupar, ¿verdad? Si gozamos de tan buena fama como sanadoras es porque disponemos de sujetos de prueba con los que experimentar. Pero conseguir cobayas vivas no es tan fácil como parece. No para nosotras.

»Los ciudadanos de Alboné, hasta el más indigente, están fuera de nuestro alcance. Incluso los delincuentes son intocables, salvo un puñado con delitos muy graves. Los adeptos empíricos y los inquisitivos nos proporcionan algún sujeto de tanto en tanto, pero no son suficientes. Así que llevo unos ocho meses sin poder poner a prueba algo en lo que he estado trabajando mucho, mucho tiempo. Y mira tú por dónde, me ponen delante de ti. ¿Cómo rechazar una oportunidad así?

La pesada puerta se abrió y sintió el enfado creciente de la maestra rebufando hasta alcanzarle el cogote.

—Adepta... —dijo Belysh con una calma que ella sabía fingida—. Alguien requiere de tus servicios.

La joven se quedó quieta sin apartar la vista ni un milímetro del hombre que la miraba, no del todo convencido aún aunque en sus pupilas empezaba a brillar la duda.

—¿Adepta? —insistió Belysh en un tono que venía a decir «¿Me has oído?», pero que en realidad estaba diciendo «Mueve tu culo y márchate».

En respuesta, ella se inclinó hacia delante con una sonrisa maliciosa y le dijo al hombre:

—¿Hablar? Te lo he dicho: espero que no hables.

—Adepta... —insistió Belysh dando un decidido paso al frente.

—De verdad espero que mantengas cerrada tu maldita boca y yo pueda ver hasta el final los efectos de mi descubrimiento.

—¡Ámber! Basta.

Hizo un mohín de disgusto y se puso en pie con parsimonia.

Supo de inmediato que él la había creído y que hacer perder los papeles a la maestra había sido el remate final.

El sujeto terminaría por confesarlo todo, lo que era una lástima. Realmente le habría gustado abrirlo en canal para estudiar mejor los efectos de la infección que había creado.

Asima frunció los labios en un gesto que venía a decir lo poco que le gustaba el cariz que estaba tomando aquella conversación.

Belysh le estaba proporcionando demasiados datos.

De seguir así, por mucho que no quisiera, acabaría atando cabos y sabría de qué adepta le estaba hablando, y eso no era bueno. Nada bueno.

El sistema dentro de la organización funcionaba precisamente por no saber quién la formaba. Una conocía quién la había reclutado y a quién había reclutado ella. Nada más. De esta manera, si algún día alguna se viera comprometida, no pondría en peligro a las demás gracias al desconocimiento.

Hasta la fecha (ignoraba desde cuándo llevaba funcionando, aunque sospechaba que era más de lo que se imaginaba) aquello había dado buen resultado. Asima no sabía qué otras adeptas formaban parte de la organización ni si el reclutamiento se extendía más allá de los muros de las distintas Casas de la Curación repartidas por todo el país.

Lo que sí sabía era que, en su día, ella había tomado a Belysh bajo su ala y que había confiado plenamente en las capacidades de la adepta para elegir sabiamente a su futura alumna.

Sin embargo, en esos momentos, Asima veía a Belysh convertida en un amasijo de balbuceos y explicaciones demasiado prolijas.

—¿Habló? —cortó la perorata.

—¿Quién? —respondió la adepta con un parpadeo.

—El sujeto. ¿Habló?

—Sí. Pero eso no...

—Entonces no me interesa saber nada más. Los medios no me importan, los resultados, sí. ¿Te aseguraste de no dejar ningún rastro antes de encargarte del cuerpo?

—Claro. —Parecía ofendida.

—¿Ha quedado algún registro del interrogatorio?

—No. Seguí el procedimiento habitual.

—En ese caso no hay nada más de que hablar. Alecciona a tu alumna como creas conveniente y asegúrate de que no me dé cuenta de a quién estás castigando.

—Así lo haré. Como siempre.

Belysh realizó una breve reverencia y luego plantó un beso en la mejilla de la Adepta

Suprema, cerca de la oreja. Con aquel gesto tan habitual entre ellas liberó a los mensajeros que entraron en el oído de Asima. De esta forma, la maestra recibiría lo recogido durante el interrogatorio y obtendría la información de primera mano.

Y mientras Belysh se liberaba de la carga, y de paso de las pruebas, Asima, con su capacidad para controlar mensajeros, repasaría la información que almacenaban, la borraría después y reprogramaría y asimilaría los mensajeros recibidos.

Una operación limpia.

Belysh se marchó y Asima se quedó un rato más en el jardín, recolectando hierbas que más tarde procesarían las adeptas analíticas para sus investigaciones.

Cortaba tallos y flores de manera distraída mientras seguía lo que los mensajeros le iban transmitiendo a los ojos y los oídos.

Muy pocos, poquísimos, eran capaces de lograr lo que ella realizaba casi sin esfuerzo. La mayoría necesitaba un aparato traductor para interpretar los datos recopilados.

Estuvo así más de dos horas mientras seguía la disimulada recolecta, supervisaba los invernaderos y, como tenía por costumbre durante la ronda matutina, saludaba de manera distraída a las novicias, acólitas y adeptas, además de a los enfermos que sacaban a pasear al jardín.

Nadie se percató de que en realidad sus ojos no veían ni de que sus oídos no captaban lo que la rodeaba. Años de rondas le permitían conocer el camino al dedillo, años de entrenamiento le proporcionaban un control absoluto de los mensajeros para captar cualquier cambio a su alrededor y alertarla de los obstáculos e informarla de en qué momento debía sonreír o saludar.

Cuando los datos se volcaron por completo ya era pasada la media mañana y estaba agotada. Permanecer en aquel estado y con aquella pose suponía mantener un control constante tanto de los mensajeros como de la mente y el cuerpo.

Se detuvo en un recodo del patio interior en el que ahora se encontraba.

Suspiró.

Volvió la vista al cielo gris encapotado y se apoyó en una de las columnas para recobrar fuerzas mientras ordenaba a los mensajeros de Belysh que borrarán los datos y se le acomodaran en el cuerpo a la espera de recibir nuevas órdenes.

¿Por qué era tan importante aquella información? ¿Por qué le habían pedido asumir el riesgo de aquella operación cuando lo que el hombre había revelado no era muy distinto a lo que ya sabían? ¿Por qué un don nadie como aquél?

Nada parecía tener sentido.

Sacudió la cabeza y sonrió a medias.

Tiempo atrás, hacía tanto que parecía otra vida, había sido una de las candidatas para convertirse en Reina. Ahora se preguntaba si ocupar aquella posición le habría traído tantos quebraderos de cabeza como los que soportaba en esos momentos.

*¿Quebraderos de cabeza?*, se dijo, divertida. *Ni siquiera sé lo que estoy haciendo. Solo sigo órdenes. Como todos, supongo.* Se encogió de hombros. *Sé que es por el bien de Alboné. Por eso acepté formar parte de esto. Es lo único que importa. Que debe importar.*

Entonces se dio cuenta de que no estaba sola.

Otra adepta, una joven, se parapetaba tras una de las columnas.

Asima se irguió de inmediato y retomó la pose autoritaria. No parecía que la muchacha la hubiera visto.

Mejor.

Iba a aprovechar para seguir la ronda de inspección de adeptas (es decir «Soy vuestra

superior, temedme porque soy implacable con las holgazanas»), cuando vio que se acercaba un joven con aire distraído, casual.

A Asima no se le escapó que la chica fingía no haberlo visto y seguía hojeando el libro que llevaba entre las manos. Tampoco tardó mucho en reconocer al joven. Aquel porte era inconfundible y, a pesar de la distancia, podía distinguir aquellos ojos fríos como el acero.

Maldito fuera el chico.

El adepto debía de estar rondando a alguna de las jóvenes adeptas. Al parecer había decidido tomar la Casa de la Curación como su coto de caza.

*Hombres*, pensó con cierta rabia. *Niñas estúpidas*, agregó después con resignación.

La Adepta Suprema suspiró una vez más y decidió dejar solos a los amantes. Al fin y al cabo, no tenía nada que recriminarles. Ella también había sido joven e ingenua una vez, y sabía que entrometerse era lo peor que podría hacer.

La marcha, sin embargo, se quedó en un simple amago cuando reconoció la voz de la adepta mientras saludaba al joven con fingida indiferencia.

Asima parpadeó, se dio la vuelta y miró hacia la columna donde estaba la muchacha mientras dibujaba con los labios el nombre de la chica.

¿Cómo era posible? ¿Se trataba de una mera incursión, un tanteo, o algo más?

Habría mandado a sus mensajeros a espiar la conversación de no ser porque estaba segura de que cualquiera de los dos habría notado de inmediato la intrusión. Así que no tuvo más remedio que utilizar la vieja e imperfecta técnica de acercarse disimuladamente y poner la oreja.

Captó frases sueltas, aunque las suficientes para comprender lo que estaba pasando.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

*¿Ámber y Yáxtor son pareja? ¿Desde cuándo?* Apretó los puños y se mordió el labio. *No, no, no, Ámber, no. No con él.*

Desde hacía años, Asima seguía de cerca y de forma discreta los progresos del muchacho. Después de todo, era un secreto a voces la habilidad de Yáxtor para manipular y controlar los mensajeros. Pero eso no era todo.

Una vida entera de trabajo y dedicación había hecho de Asima una experta en la combinación de información aparentemente inconexa: comentarios escuchados a media voz, líneas ambiguas en cartas interceptadas, comportamientos que se desviaban ligeramente de lo previsto, un mal chiste en un momento inoportuno... Cada pequeño detalle se posaba en su mente y, de algún modo, encontraba la manera de relacionarse con los demás para obtener algo nuevo. Y si de algo estaba segura era de que había unas cuantas personas que tenían planes para el futuro del chico. No tenía ni idea de cuáles eran, y sospechaba que aún tardaría bastante en atisbar siquiera la punta del iceberg, pero la sombra estaba ahí.

Por eso, la idea de que Yáxtor estuviera relacionado con Ámber le producía vértigo. No quería que la terminaran usando de herramienta para... Para lo que fuera.

Ella ya tenía planes urdidos para la muchacha. Seis meses después de que Ámber fuera transferida a las Casas de la Curación de Lambodonas, Asima tomó una decisión. Desde entonces había estado siguiendo los progresos de la chica a una distancia prudencial, lejana. Nadie debía saber siquiera que era consciente de su existencia, nadie debía caer en la cuenta de que un comentario casual o la firma en un informe irrelevante o la creación de un nuevo curso tenía algo que ver con su interés en llevarla por el camino adecuado. Pero, claro, en esas circunstancias era difícil controlarlo todo, y que la joven estuviera envuelta con el adepto era la prueba.

Asima apretó los puños.

Yáxtor era un error en la vida de Ámber. Una desviación que debía ser corregida antes de que fuera demasiado tarde. La muchacha debía sucederla como Adepta Suprema de las Casas de Curación. No como un mero reflejo de su antecesora (más preocupada por la aceptación social que por los avances que podían aportar como institución) ni como ella misma (imbricada en ese mundo secreto y enrevesado), sino como alguien capaz de imprimir su personalidad y dirigir la institución de manera quirúrgica: precisa y eficaz.

El nombre de Ámber no podía acabar enterrado entre los miles de nombres de las distintas niñas que había pasado por allí. Ámber era especial, Ámber podía convertir las Casas de la Curación en el pilar sólido a tener en cuenta, por fin; Ámber, ya a su corta edad, tenía la capacidad para...

De repente, una sombra le cruzó la mente. Recordó la conversación con Belysh e intentó no establecer la conexión, pero fue imposible.

*Belysh, por favor, dime que, aunque está claro que tu alumna pertenece a esta Casa, no es ella. Dime que has sido más lista que eso.*

Tomó aire.

*Aunque una persona tan fría y racional como Ámber puede parecer la candidata idónea, no lo es, Belysh. No lo es. Terminan por saber más de lo que deberían saber y haciendo preguntas que no deberían hacer. Lo sabes, ¿verdad? Lo tuviste en cuenta, ¿sí?*

Vio a Yáxtor alargar la mano hacia la cintura de la muchacha, pasársela por detrás de la espalda y después atraerla hacia él.

Vio a Ámber fingir que se resistía.

Vio a los dos amantes fundirse en un beso largo y apasionado.

Así vio y vio y vio sin perder detalle.

*Maldita sea, están enamorados. Siendo dos personas tan parecidas deberíais odiaros por puro orgullo, no at...*

La Adepta Suprema dejó caer la cabeza entre los hombros y sonrió con tristeza. No pudo evitar recordarse años atrás. Y si ella pudo ver que...

*No importa. Aún está a tiempo de arreglarse. Ella puede llegar a la misma conclusión a la que yo llegué en su día con... él. Y mira qué bien nos ha ido a los dos.*

Apretó a los dientes y observó de manera desapasionada la escena: cada gesto, cada sonrisa, cada mirada. No, aquello no iba a quedar así.

*Ámber tiene un destino, y tú, Yáxtor, no le vas a impedir alcanzarlo. Me encargaré personalmente de que así sea.*



*Asegurar que todos nacemos con un destino fijado es igual que afirmar que existe un Dios Único. La idea es tentadora y cómoda, pero no es más que un síntoma de dejadez. ¿Para qué pensar y esforzarme si otro u otros han decidido por mí?*

*Así es como los gobiernos se afianzan: el individuo delega la responsabilidad en los demás, se quita de encima la carga. Y los dirigentes saben que el pueblo se deja arrastrar por la inercia porque tiene asumido que, como el destino, el sistema no puede cambiarse.*

*Afrontémoslo: parte de razón no les falta. No importa cuánto intentemos modificar las impresiones de otro sobre lo establecido porque, al final, es la masa la que decide. Aunque es cierto que en ocasiones hay individuos que marcan la diferencia, por mucho que creamos conocer a alguno, este tiene a veces la mala costumbre de ser imprevisible y caprichoso.*

—**Bérgorg Nash**

Ámber observó como Yáxtor se comía de manera distraída uno de los bollos rellenos de embutido picante que ella había traído de las cocinas de la Casa de la Curación para el almuerzo.

La adepta sonrió divertida. Los silencios no eran incómodos con él, pero no dejaba de ser curioso que siempre hablara por los codos cuando volvía de una misión (aunque se suponía que no podía contarle nada) y que jamás se le ocurriera sacar un tema de conversación sobre el día a día. Estaba claro que, para Yáxtor, cualquier otra cosa que no fuera poner en peligro su vida o resolver algún entuerto carecía de todo interés.

—¿Qué tal la semana? —hizo la pregunta de rigor, la única manera de que él arrancara a hablar.

El chico se encogió de hombros y, antes de terminar de un bocado el bollo para luego agenciarse el siguiente, dijo:

—Como siempre. Archivar, entrenar... Ya sabes. ¿Y tú qué tal?

Ámber se encogió de hombros casi de la misma manera que lo había hecho él; aquella también era la pregunta de rigor, al fin y al cabo.

A Yáxtor no solía interesarle demasiado lo que ella hacía en las Casas de la Curación. Eso sí, tenía el detalle de parecer interesado, o al menos intentarlo, aunque se aburría con facilidad y dejaba de prestar atención por mucho que tratara de ocultarlo. La adepta ya se había acostumbrado, así que no se explayó demasiado.

—Por cierto —se interrumpió, consciente de que era el momento de volver a llamar la atención del adepto—, ¿sabes cuándo tienes la próxima misión?

Durante un instante, Ámber se recriminó el haber preguntado sin haberse asegurado antes de que nadie estuviera escuchando. Estaba segura de que si los superiores de Yáxtor supieran que este le iba contando su itinerario, no se lo tomarían muy bien. ¿Qué clase de adepto empírico iba largando a su amante lo que hacía aunque fuera de manera implícita?

*Pues uno muy bueno, y no tengo dudas de que será aún mejor. Y en el fondo lo saben. Saben que mi pequeño monstruo no sería tan tonto como para dejarse engañar. Pero...*

—No tengo ni idea —respondió Yáxtor—. Aunque calculo que en tres semanas como mucho,

si lo que me han mandado archivar es lo que creo que es. ¿Por qué lo preguntas?

—Se me había ocurrido que podríamos casarnos. Si puede ser antes de tu siguiente misión, yo creo que mejor.

—Me parece bien —replicó él con indiferencia antes de apurar el último bollo—. ¿Tienes pensado algo? No sé, ceremonia, invitados... Se supone que a las chicas os gustan esas cosas.

—A las chicas, puede. A mí, no tanto. Es solo firmar un papel, Yáxtor, así que ¿para qué tanta parafernalia?

—No sé. Yo solo lo comento. —De repente se quedó callado y después dijo—: Habrá que avisar de todas formas, hacen falta testigos, y nuestros jefes... Uf, no.

—¿Qué pasa?

—Pues que si nos casamos ahora es posible que no me dejen ir a la próxima misión. Es el protocolo para estas cosas. Me darían unos días de descanso, los quiera o no, y ahora mismo no me interesa que me aparten del caso; si es lo que yo creo, claro.

—Bueno, no pasa nada. Cuando vuelvas.

—También tienes razón.

—Por supuesto que la tengo. —Sonrió—. Ahora solo necesito que no te mueras. ¿Serás capaz de volver de una pieza?

—De una pieza no sé, pero intentaré que la más importante quede intacta. —Le devolvió la sonrisa.

—La cabeza solo no me sirve —dijo entre risas antes de dejar que él la tumbara en la hierba y la colmara de besos.

—Serás... perversa.

—La peor —dijo antes de besarlo como si fuera la última vez—. Todo lo perversa que quieras. —Lo besó de nuevo—. Es más, voy a ser de lo peor ahora mismo: te recuerdo que el almuerzo ya ha pasado y tienes que volver.

—Vaya. Qué mal —replicó antes de deleitarse con la boca de Ámber—. Pues nada, me tendré que ir. —Siguió disfrutando de los labios de la adepta—. Qué remedio.

La besó por última vez, luego se puso en pie y dijo:

—Nos vemos luego.

—Esta noche no puedo. Mañana.

—Mañana imposible.

—Pues otro día; tampoco pasa nada si no nos vemos. Hay vida después del coito.

Yáxtor rio con ganas.

—Está bien —asintió—. Cuando se pueda y listo.

—Perfecto. ¡Oye! —Interrumpió su carrera hacia la Torre—. ¿Seguro que te parece bien? Lo de casarnos, digo. No quiero que aceptes solo porque se supone que es lo que toca. ¿Quieres de verdad, o no?

—Si tengo que responder a eso... —Dio media vuelta y siguió la marcha—. Mal empezamos.

Ámber sonrió y luego empezó a recoger los bártulos desparramados por el suelo.

—¿Quién ha dicho que el romanticismo ha muerto? —masculló con un deje burlón.

Belysh intentó no parpadear ni boquear. Le costaba asimilar lo que Ámber acababa de decir.

—Te casas —consiguió articular.

—En mes y medio. Tal vez dos.

—No —replicó sin pensar.

—¿Cómo que no? Sí.

—No. No puedes. O mejor dicho: no debes.

—Eso lo decidiré yo, ¿no te parece?

—Ámber, tienes dieciséis años, eres una cría.

—Parece que la edad no te importa demasiado cuando tengo que... encargarme de otros asuntos.

—No es lo mismo.

—¿Sexo y violencia tienen diferente límite de edad? Vaya.

—Sabes que no me refiero a eso.

—¿Lo sé?

*Lo estoy encarando mal, pensó al fin con claridad. Como siga así, conseguiré el efecto contrario al que busco. Ámber, por favor, no seas tan estúpida.*

Intentó no chasquear la lengua al darse cuenta del error. ¿Qué iba a saber la joven de lo poco que Belysh había averiguado sobre los Brandan en el último año y que tanto había conseguido perturbarle el sueño? Le faltaban aún muchas piezas, pero solo con el contorno empezaba a hacerse una idea del contenido del puzzle y de por qué Asima se había interesado por Yáxtor.

Yáxtor... Maldito crío.

Lo había intentado todo para mantener a Ámber alejada de él, aconsejando a las demás supervisoras un listado de nombres en el que se incluía el de la muchacha. Guardias a horas intempestivas, autopsias imprevistas, apoyo a equipos de investigación, análisis urgentes... Ella misma le había asignado pequeños trabajos para la organización con la excusa de formarla, aun sabiendo que no estaba del todo preparada. No obstante, nada de eso había servido.

¿Por qué esos dos no podían ser como las demás parejas? ¿Por qué no perdían el interés el uno por el otro cuando estaba claro que jamás tendrían tiempo para verse en condiciones? Él viajando por el mundo de misión en misión, ella... parecido.

*Yáxtor, maldito seas. ¿Por qué no has seguido con tus picoteos aquí y allá? Tienes dieciocho años, por favor, deberías estar pletórico con los juegos de guerra que te hacen lidiar y pensar solo en divertirte a tu regreso. ¿Por qué parecer adulto cuando no lo eres?*

—Ámber, escucha —consiguió serenarse—. Si fueras cualquier otra te diría que adelante, pero no eres una adepta corriente y sé que él tampoco. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Hasta ahora no ha sido un problema.

—Pero lo será.

—No sabe nada ni lo sabrá. Mi trabajo no le interesa lo más mínimo. Esto no será diferente.

*Eso no es lo que me preocupa, idiota, le habría encantado decirle. Con lo poco que vais a coincidir y lo intuitiva que eres, sé que podrás manejarlo. El peligro es él, su apellido, no tú. Sin embargo, aún no he podido indagar lo suficiente para afirmar nada. Solo tengo sospechas. Así que me va a tocar interpretar el papel de la mala intransigente aunque corra el riesgo de ponerte en mi contra.*

—¿Y qué garantías tienes de que va a ser así? —le preguntó.

—Lo sé y punto.

—No me vale.

—Soy buena en mi trabajo.

—Eres buena, no perfecta. Nadie lo es. Nadie.

—Ponme a prueba.

—¿Para qué? ¿De verdad vas a correr el riesgo? ¿Crees que yo lo voy a permitir?

—No puedes apartarme. Sé demasiado.

—No sabes nada, Ámber. Nada. Solo lo que yo te permito.

—Suficiente.

*¡Maldita cabezota! No hagas que me arrepienta de haberte reclutado. Eres mejor que todo eso. Lo sé.*

—¿Me amenazas?

—Sí.

—¿Recuerdas lo que te dije? Al menor indicio, le pongo fin con mis propias manos.

—No lo he olvidado y asumo el riesgo. Ten en cuenta que estaré en una posición idónea.

—¿Y cuál es esa?

—Casada. Con un adepto al servicio de la Reina nada menos. ¿Acaso hay mejor tapadera que esa?

*Lo sé, es perfecta, pero tu marido sería Yáxtor Brandan, y hasta que no averigüe algo más, hasta que no esté segura de que tú no vas a acabar bajo fuego cruzado, yo no me sentiré tranquila.*

No dijo nada, sin embargo. Era inútil intentar algo en esos momentos. Necesitaba una estrategia adaptada al orgullo y la cabezonería de Ámber, y solo tenía mes y medio para encontrarla y ejecutarla. Antes de que fuera demasiado tarde.

El mundo entero cayó a los pies de Asima cuando vio el anillo en el dedo de Ámber. Por supuesto, nadie se dio cuenta. Fue en la ronda rutinaria y todas estaban acostumbradas a que ella arrugara la frente de tanto en tanto sin que ninguna supiera el porqué.

Ahora, en su despacho, los nervios le trepaban por las entrañas y se recriminaba no haber interferido de forma más... directa. Por ejemplo, aprovechando el hecho de que Belysh había sido la tutora de la chica el año anterior. No habría llamado la atención que ambas entablaran conversaciones a pesar de haber seguido caminos distintos, así que podría haberle ordenado a Belysh que...

Sacudió la cabeza.

No, aquello habría provocado que Belysh le preguntara los motivos de su interés, y si le contaba la verdad, los temores que la rondaban, su alumna acabaría metiendo de nuevo las narices en un asunto del que quería alejarla. Y si no le decía nada... también se inmiscuiría como la vez anterior.

*Y si, y si, y si. De nada me sirve recriminarme lo que no he hecho. Ya está, no hay vuelta atrás. Impedir que siga casada con el adepto es absurdo. Pero conseguir fomentar su interés en mejorar las Casas de la Curación y que no piense en otra cosa más que acabar dirigiéndola sí es cosa mía. Es lo único que puedo hacer ahora mismo y en lo único en lo que debo centrar el esfuerzo.*

—Y esperar que la inexperiencia de ese maldito crío lo deje tirado en una zanja para siempre, claro.

*La diferencia entre lo que queremos, lo que podemos y lo que debemos radica en qué y cuánto estamos dispuestas a sacrificar.*

### **—La Reina de Alboné, en su séptima encarnación**

Ámber no necesitaba realizar ninguna prueba para saber lo que le estaba pasando. Tampoco necesitaba un analizador para saber desde cuándo, y dado que lo estaba experimentando en su cuerpo, la certeza era total.

Sabía que necesitaba ocultarlo. Volver indetectables los síntomas y al mismo tiempo confundir las percepciones de Belysh para que no la apartara definitivamente de su labor al descubrirlo.

La relación con su maestra siempre había sido un tanto problemática, pero desde hacía un año se había vuelto cada vez más distante. El porqué estaba claro: Ámber la había desafiado.

No le hacía falta estrujarse demasiado la cabeza para descubrir cuándo había empezado el distanciamiento: desde que Belysh le ordenó anular la boda, esperar un poco más, y se negó a obedecer.

Tal vez su maestra no fuera consciente, pero lo cierto era que estaba malacostumbrada. Sí, malacostumbrada a que Ámber fuera obediente. Podría parecer que siempre le estaba llevando la contraria con sus constantes preguntas incómodas y sus comentarios mordaces, pero todo aquello no era más que su deseo por entender el porqué de una decisión y no otra o de un proceder y no otro. Al final, siempre, siempre, acataba las órdenes de Belysh.

Solo una vez le había llevado la contraria, durante un interrogatorio, segura de que la maestra la estaba poniendo a prueba y de que su reacción era parte de lo que se esperaba de ella. Sin embargo, se había equivocado, y durante mucho tiempo se arrepintió de no haber seguido las órdenes. Al fin y al cabo, las instrucciones que le daba eran por su bien, ¿no?

Siempre había sido obediente, ya desde niña. Era indiscutible que los adultos tenían más experiencia, así que, ¿por qué no hacerles caso si ellos sabían más? Como cuando sus padres murieron en el incendio y uno de los hombres que ayudó a extinguirlo la cogió por los hombros y le dijo «No llores»; ella no solo obedeció, sino que no volvió a derramar ni una lágrima. ¿Acaso no le estaba haciendo ver que así no volverían a la vida y que, por tanto, el esfuerzo era inútil? O como cuando su tía le dijo que no podían hacerse cargo de ella y que la llevarían a las Casas de la Curación para que aprendiera un oficio y la cuidaran. Cuando la hermana de su padre se despidió en la puerta sin ni siquiera tocarla, sin una sola muestra de afecto, y le dijo «Haz caso a todo lo que te ordenen. Sé buena y obediente», ella acató las órdenes sin desviarse ni una sola vez en los siguientes diez años. ¿Por qué iba a llevarle la contraria? ¿Acaso comportarse como una huérfana rebelde, cuando no tenía dónde caerse, le aseguraría refugio y un futuro? Y por supuesto, cuando Belysh la reclutó, ella aceptó sin dudarle ni por un momento. ¿Acaso no era una recompensa, una forma de decir «Eres especial y por eso te lo digo a ti y no a cualquier otra»?

Tanto Belysh como las demás maestras y supervisoras estaban malacostumbradas a que Ámber acatara las órdenes. El resto de sus compañeras no, claro. Ella solo les hacía caso o tenía en cuenta alguna de sus opiniones cuando le parecían razonables, y punto. A veces ni se molestaba en

discutir con ellas. ¿Para qué?

En cualquier caso, ¿su negativa a cancelar la boda y esperar un tiempo prudencial había sido un acto de rebelión? En realidad, no. Sencillamente, había decidido que su vida personal y profesional eran dos cosas distintas y que, aunque lo que hacía para la organización difuminaba en ocasiones la línea debido a la ocupación de Yáxtor, ella tenía capacidad de sobra para manejar ambas y mantenerlas bajo control.

Belysh no lo había visto así. Poco a poco la había ido apartando de las «Operaciones de campo» y acabó asignándole, casi en exclusiva, tareas de investigación y análisis.

Ámber empezaba a estar harta. Había descubierto que se le daba bien el arte del interrogatorio y la manipulación y que... le gustaba. Pero si Belysh llegaba a enterarse de su problema actual, ya podía despedirse de convencerla para que la incluyera de nuevo en ese tipo de labores. Su maestra la apartaría definitivamente, o le haría tomar una decisión que pondría a prueba su lealtad. Y esa segunda posibilidad era la que le incomodaba.

Podía deshacerse del problema sin dificultad, por supuesto. Nadie se enteraría. Ni Belysh ni Yáxtor... Nadie. Ahora bien, la idea de tener que hacerlo por mandato y no porque ella así lo hubiera decidido le revolvió las tripas. ¿Cuántas pruebas, cuántos sacrificios más debía realizar para que su maestra creyera en ella, en su capacidad y en su compromiso?

«Te has vuelto inútil, Ámber. No me sirves», eso era lo que Belysh estaba diciéndole, en realidad, cada vez que no contaba con ella para un interrogatorio o una investigación seria.

¿Inútil? ¡Ja! Iba a demostrarle lo equivocada que estaba. Vaya que sí. Su compromiso con Yáxtor nunca había sido un problema y tampoco lo iba a ser su situación actual. Además, ¿por qué tenía la maldita sensación de que a todo el mundo le parecía de lo más normal que Yáxtor corriera riesgos en cada misión, pero ella no?

Así se pasó toda la mañana, dándole vueltas a las cosas en busca de una solución.

Absorta en sus cavilaciones, ejercía las labores de adepta de la curación de un modo automático, desapasionado. De pronto, una campanilla sonó en su cabeza mientras atendía a un paciente.

No había nada relevante en el historial y todo apuntaba a que las quemaduras de tercer y cuarto grado ya no corrían peligro de infección. Aun así...

La transfusión de mensajeros reparadores a través del carneútil transcurría con normalidad. El paciente estaba respondiendo bien al tratamiento. Aun así...

El hombre parecía despierto, aunque sus palabras sonaban adormiladas por culpa de los sedantes. Su conversación era de lo más anodina. Aun así...

No había nada fuera de lo común. Aun así...

Ámber salió de la habitación con la certeza de que había algo torcido en una situación totalmente normal. Demasiado normal.

Sí. Ahí estaba el cómo.

*No me he vuelto una inútil, Belysh. Y te voy a demostrar que mi problema no es un impedimento para cumplir con mi deber.*

*Un año entero y solo he podido averiguar esto, pensó Belysh, frustrada. Cinco en total y aún no tengo muy claro por dónde debo tirar. Se mordió el labio y apretó los puños al caer en la cuenta. Un año. Más de un año desde que Ámber me dijo que se casaban, y siguen juntos. Soltó un bufido. Lo he intentado todo, incluso apartarla para que deseara tanto volver que, por fin,*

*entrara en razón. Pero no van a separarse. A menos que Yáxtor se confíe y siga el destino de alguno de sus parientes: muerto en algún accidente estúpido. O bien que...*

Sacudió la cabeza. La idea de que Ámber acabara en la lista de las Brandan, muertas al dar a luz o por complicaciones en el parto, pasando su nombre a formar parte de las grandes desconocidas en el árbol familiar...

*No.*

Apretó los dientes.

*Eso no va a pasar. No lo voy a permitir.*

De repente se acordó de alguien, una joven. ¿Cómo se llamaba?

—¡Arg! —exclamó con rabia.

Daba igual el nombre, en realidad, aunque confirmaba un hecho: la chica había sido amante de Yáxtor, había muerto y nadie la recordaría jamás. Otra Brandan engrosando la lista. Bueno, puede que el adepto no la olvidase (después de todo había matado por ella), pero a esas alturas dudaba mucho que el chico la echara de menos.

En ese preciso instante, Belysh sintió como si acabara de caer en un estanque helado. Boqueó, parpadeo...

—No puede ser —murmuró, aún atónita.

Se puso en pie, salió del despacho, entregó con prisas la hoja de asignaciones para fastidio de la supervisora que estaba al cargo y se fue directa al dormitorio. No iba a dejar que la molestaran, al menos durante las próximas horas. En ese tiempo iba a necesitar de toda su concentración para acceder al pasado y confirmar si, muy a su pesar, estaba en lo cierto.

Fueron cuatro horas de ardua labor.

Tumbada en la cama, accedió a todos y cada uno de los datos encapsulados en recuerdos que había estado acumulando durante los últimos cinco años. Ahora que sabía qué estaba buscando, pudo establecer las conexiones e ir, pieza a pieza, rellenando el puzle.

Cuando terminó, la composición no estaba completa ni de lejos, pero las partes que sí se veían contaban una historia inquietante.

—Tengo que informar a Asima —masculló mientras se incorporaba y se sentaba al borde de la cama—. Tiene que saberlo. Tiene que hacerme caso. Esto no se puede ignorar por más tiempo.

Llamaron a la puerta. Aunque lo oyó a la perfección decidió no hacer caso. Con suerte, quien estuviera al otro lado se largaría y a ella la dejarían tranquila para confeccionar una estrategia, una forma de conseguir que su maestra la tomara en serio. Cierto que le faltaban pruebas sólidas, pero los datos, los hechos, eran indiscutibles.

Los golpes en la madera sonaron con insistencia.

Belysh arrugó la frente con fastidio. No estaba para atender a nadie a esas horas. Su descubrimiento tenía prioridad.

Se dirigió hacia la puerta a regañadientes, la abrió de un tirón, con rabia, y al reconocer quién era la inoportuna que esperaba al otro lado contuvo una maldición.

—No estoy del mejor humor para perder el tiempo ahora mismo discutiendo contigo —dijo de mala gana.

—No he venido a discutir, sino a informarte.

—Lo que tú digas —asintió con un manotazo al aire antes de dejarla pasar. La conocía demasiado para saber que no se libraría de ella tan fácilmente.

En cuanto cerró la puerta, Belysh comprendió, demasiado tarde, el error que acababa de cometer.



*La peor traición es la del propio cuerpo.*

—**Tsun Zune**

*Troctroctroc* lloraba su avance.

*Troctroctroc* marcaba el compás sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

*Troctroctroc...*

*Troctroctroc...*

Shércroft hacía girar las ruedas de la silla con dignidad, y hasta cierta altanería, mientras por dentro sentía que se lo llevaban los demonios.

Ya era duro que su cuerpo quebrado estuviera por siempre confinado en aquel artilugio infernal, pero que además lo estuviera traicionando ahora, al conseguir que la atención de todo bicho viviente se volcara en él, le corroía las entrañas.

Cierto era que en más de una ocasión había utilizado la compasión que sentían algunos por su condición para obtener lo que quería. Sin embargo, prefería ser él mismo quien decidiera cuándo despertar ese sentimiento en los demás.

Contuvo las ganas de intentar accionar de nuevo la palanca de control, que hasta hacía poco activaba el mecanismo de propulsión, y apretó los dientes.

Un nuevo impulso con las manos. *Troctroctroc...*

Y otro más. *Troctroctroc...*

Una rampa más inclinada de lo normal y en segundos la frente se le perló de sudor.

Al menos nadie tuvo la desfachatez de ir a ayudarlo. Aunque muy útil, habría sido el colmo que desbordara su mal humor.

Subió por fin la cuesta, hizo girar las ruedas un par de veces más y se detuvo al alcanzar la sombra de la primera techumbre que encontró.

Aún le quedaba mucho por recorrer para entrar en el edificio principal de las Casas de la Curación y alcanzar su destino, así que no era mala idea hacer un alto en el camino y poner en orden los pensamientos.

Se limpió el sudor de la frente con un pañuelo, sacó su preciada pipa, prendió el tabaco con una cerilla y dio la primera calada. Profunda, relajante.

Estuvo así un buen rato; deleitándose, disfrutando de la suave brisa que corría en aquel pasillo abierto al exterior y contemplando el ir y venir de las adeptas.

Eran unas criaturas tan aburridas como fascinantes. Corrientes y banales a primera vista, pero también complejas; retorcidas en algunos casos. Un caldo de cultivo perfecto para que Shércroft pudiera desengrasar de tanto en tanto sus habilidades.

Muchas eran las acólitas y jóvenes adeptas que estaban paseando por aquella zona esa mañana. Bien en parejas (silenciosas, en actitud confidente), bien en grupo (revoloteando, cloqueando).

Ninguna le prestó la más mínima atención.

Perfecto.

—¿En serio? —exclamó una adepta mientras detenía la marcha de las demás y acompañaba la pregunta con un gesto teatral para acentuar la sorpresa.

—En serio —replicó otra que, por su actitud más comedida, debía ser la líder.

—No me lo puedo creer. —Se ayudó de nuevo de un gran aspaviento para enfatizar las palabras.

—Pues créetelo. Échale un vistazo a la lista de asignaciones y lo comprobarás.

—Pero ¿quién se cree que es para hacer algo así?

—El ojito derecho de las superiores —intervino una tercera—. Está claro.

—Oh. De verdad. No la aguantó.

—Sí. Ya —apuntó una cuarta—. Lo que pasa es que le tienes envidia.

—¿Envidia? ¿Yo? ¿Por qué iba a tenerle envidia?

—Porque en cuanto ella chasqueó los dedos, Yáxtor se olvidó de ti por completo. Ni siquiera fue capaz de recordar tu nombre el día aquel de la revisión. ¿Te va sonando?

Shércroft prestó más atención a la conversación al oír el nombre de Yáxtor.

Las muchachas debían de estar hablando de Ámber. La joven con la que se había casado el adepto. Una decisión que en su momento le pareció demasiado precipitada, emocional, aunque no le había pillado realmente por sorpresa.

Yáxtor tenía un intelecto prometedor, pero siempre le había resultado difícil controlar sus emociones, especialmente las más negativas, lo que lo convertía en ocasiones en una presa fácil.

En cuanto a la chica... Solo había coincidido con ella un par de veces. Las suficientes para comprender que él, a su edad, también se habría fijado en Ámber, y que quizá la decisión de su antiguo subordinado, precipitada o no, tenía mucho más sentido de lo que había creído.

—Eso fue porque tuvo un mal día —se defendió la adepta con excesiva dignidad—. Luego vino a disculparse. Tú no lo viste. Fue muy atento.

—Estoy segura —replicó la cuarta con una sonrisa socarrona.

—Esa no es la cuestión —intervino la líder imponiendo su autoridad—. La cuestión es que no puede seguir haciendo lo que le venga en gana. Nos está quitando horas de prácticas a las demás, y para qué. Está claro que tarde o temprano terminará por dejar las Casas de la Curación, qué remedio le queda, es una mujer casada. Así que, ¿por qué no se retira con discreción y nos deja vía libre a las demás, que sí estamos comprometidas con esta institución?

—Cierto —convino la tercera, que parecía la segunda al mando en aquel micromundo que habían establecido—. Al menos debió llevarse a otra con ella. Y no solo lo digo por simple compañerismo, sino porque ¿quién de nosotras en su sano juicio iría sola a las montañas para hacerle el seguimiento a un paciente?

—Exacto. Es de locos. ¿Cuántas veces nos han repetido que no nos quedemos demasiado tiempo a solas con uno? ¿Cuántas de nosotras hemos comprobado en nuestras carnes lo largas que suelen tener las manos? Esa estúpida señoritinga se cree que porque siempre se ha salido con la suya es invulnerable. Y en su orgullo fastidia a las que sí queremos mejorar.

Todas asintieron con convicción. Demasiado rencor acumulado, demasiada envidia junta para no retroalimentarse.

—Pero... ¿y si lo hizo a propósito? —dijo la segunda novicia con los ojos entrecerrados como un felino—. ¿Y si era consciente, como todas, de lo que habéis dicho y... decidió seguir adelante?

—¿Qué quieres decir? —replicó la líder.

—Chicas, pensadlo. De todas las asignaciones que había en la lista, ¿por qué precisamente

eligió esa? Estuvo tratándolo durante ¿cuánto? ¿Dos meses o así? ¿Y cuánto hace que su marido no se pasa por casa, eh? ¿Cuántas veces ha estado sola desde que se casó?

—¿Estás insinuando que Ámber busca... consuelo? —preguntó la tercera.

—Solo digo que nadie es tan perfecto. Ni siquiera ella. En serio. Pensadlo. Hablamos de la dama de hielo. ¿Cuándo ha mostrado tanto interés por la evolución de un paciente?

Se hizo un breve silencio.

—Qué fuerte —dijo la cuarta.

—¿A que sí? —apuntilló la segunda.

Las adeptas reanudaron la marcha cloqueando sin parar.

Shércroft dio un par de caladas a la pipa con la mirada puesta en ninguna parte.

—Hmmm.

Había algo fascinante en aquella historia, aunque no lo suficiente para llamarle por completo la atención. Divertido y no exento de interés, pero banal en el fondo.

Sonrió con la boca torcida antes de llevar las manos a las ruedas y proseguir su camino.

*Troctroctroc... Troctroctroc... Troctroctroc...*

Asima sonrió, consciente de que en breve tendría que contenerse.

No le hizo falta echar mano de mucha imaginación para suponer con qué actitud entraría por la puerta de su despacho la visita que ya se anunciaba por el pasillo.

Dos rápidos golpes de nudillos en la madera. Ninguna supervisora traspasó el umbral.

El hombre entró acompañado del traquetear de la silla, cerró la puerta y se colocó frente a la Adepta Suprema, que no levantó la vista de los papeles que tenía encima de la mesa.

Después de un rato fingiendo que ignoraba su presencia, Asima le preguntó sin dejar de hojear los documentos:

—¿Qué has hecho esta vez?

—Nada —replicó Shércroft con indiferencia.

—Así que «nada» ha roto la silla.

—Así es.

—Pues dile a Nada que la próxima vez tenga en cuenta las limitaciones.

—Se lo diré de tu parte.

La Adepta Suprema alzó la mirada y sostuvo la de Shércroft un buen rato.

—Eres peor que un crío, ¿lo sabías?

—Y como buen crío vengo a llorarle a mamá porque se me ha roto el juguete. No sé de qué te sorprendes.

Asima se quedó de nuevo en silencio. En los ojos del adepto había un rastro de burla, sí, pero también cierta complicidad.

Shércroft era la única persona que conseguía desconcertarla. A veces incluso le arrancaba una sonrisa. Y por eso mismo nunca conseguía estar completamente relajada ante él. Era demasiado intuitivo para que ella bajara la guardia.

—De acuerdo —rompió Asima el silencio—. Ya has hecho tu ingeniosa presentación. Ahora dime por qué estás aquí.

—Para que me arregléis la silla.

—Eso ya lo veo. Replanteo la pregunta. ¿Qué haces en mi despacho?

—¿Es que no puedo visitar a una amiga?

La adepta contuvo el gesto de estrujarse el puente de la nariz.

—Shércroft. Tú nunca estás «solo» de visita. Incluso cuando de verdad lo estás.

El adepto ocultó una media sonrisa mientras rebuscaba entre los pliegues de su ropa. Sacó la pipa y jugó con ella entre los dedos antes de empezar el ritual de llenarla de tabaco, prensarlo...

Asima no se molestó en llamarle la atención. Shércroft sabía demasiado bien lo desagradable que le resultaba aquel hábito, y más dentro del despacho. Así que supuso que era la forma que tenía el adepto de reorganizar su próximo discurso, y de paso ponerla a ella nerviosa.

Pues iba listo.

—¿Sabes? —empezó a decir Shércroft llevándose la pipa a la boca—. Siempre me he preguntado por qué no he vuelto a ver a Satcha desde que me disteis el alta. Entiendo que para la rehabilitación es normal que se me asigne otra adepta más especializada en la materia, pero... ¿ni siquiera durante las revisiones?

Asima enarcó una ceja. Un gesto que no pudo ni quiso evitar.

—Sabes perfectamente cómo nos organizamos aquí.

—Sí, bueno. Entiendo el cómo y el porqué, pero me preguntaba si aun así yo podría solicitar que las revisiones me las hiciera ella. Me pareció una muchacha bastante diligente en su labor.

*¿Diligente?*, pensó Asima con sorna y sin alterar el semblante. *Ja.*

—Un paciente no puede elegir a la adepta que lo trata. Por muy atenta y... diligente que esta sea, puede que no tenga la preparación adecuada. Parece mentira que te tenga que explicar eso.

—¿Verdad? —Sonrió abiertamente tras sacarse la pipa de la boca y mantenerla en alto. Después volvió a chupetear la boquilla como si estuviera fumando—. Pero verás, también sé que las adeptas no son esas delicadas florecillas de invernadero porque hayan pasado un casting de amabilidad, sino porque han sido instruidas para ser así delante de los pacientes. Fuera se les permite ser todo lo arpías que quieran. Lógicamente, hace mucho que descubristeis que el proceso de rehabilitación es algo más que simple medicación y esfuerzo, y que el trato influye en gran medida. Un paciente contento y animado sale antes de una Casa de la Curación y, por tanto, deja una cama libre para que otro la ocupe. Algo simple pero eficaz.

»Bien. Creo que estoy en una fase de decaimiento con mi silla rota y todo eso, así que he pensado que tal vez sería buena idea contar con una cara amiga, y Satcha me atendió muy bien. No me quejo del trato recibido por Lorelai en rehabilitación o el de Panny durante las revisiones, no. Claro que no. Pero creo que sería aconsejable contar con ella.

Asima se repantingó en el asiento y cruzó las manos sobre el vientre.

*Fase de decaimiento, una mierda. Si así fuera estarías ahora mismo encerrado en casa, o en tu despacho, echando pestes, haciéndole la vida imposible a los demás y desesperado por encontrar algo interesante que investigar para dar sentido a tu vida. Por no decir dejar de sentirte inútil y desgraciado.*

Le habría dicho aquello al adepto, y mucho más, pero decidió no alargar el juego.

—No puedes solicitar los servicios de una adepta. Si estás decaído como dices, hablaré con la supervisora que lleva tu caso para que te asigne a una maestra especializada en química cerebral.

—Sí. Suena lógico. Aunque habría preferido unas horas de buena conversación al día con alguien que me alegrara la vista, antes que empezar a atiborrarme de drogas. Hmmm... —Mordisqueó la boquilla de la pipa en una pose distraída—. ¿Y si fuera ella quien me solicitase? Ya que yo no puedo, tal vez si hablo con Satcha podría...

—En serio —lo interrumpió intentando no parecer lo molesta que en realidad estaba por el

juego que se estaba trayendo entre manos—. ¿De qué va todo esto?

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo sentir interés por una mujer?

—¿Tú? —replicó con jocosidad—. ¿Desde cuándo?

—Tampoco sería la primera vez, y lo sabes —contestó algo molesto.

Asima retuvo las palabras entre los dientes. Haberlas dejado salir, casi sin pensar, hubiera supuesto revelar el vuelco que le acababa de dar el corazón.

—Haz lo que quieras —dijo intentando parecer lo más indiferente posible mientras volvía la atención al papeleo—. Tampoco sería la primera vez. Y ahora, si me disculpas, tengo mejores cosas que hacer. Y más importantes.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Se puede o no?

La Adepta Suprema suspiró con cansancio. Shércroft podía llegar a ser muy agotador.

—Sí. Puedes. Pero la última palabra la tendrá su supervisora.

Shércroft sonrió antes de dibujar un «Gracias» con los labios. Asima sacudió la mano delante de la cara y volvió a sus quehaceres.

—¿Crees que será difícil conseguir el visto bueno de la supervisora? —preguntó el adepto después de abrir la puerta y hacer amago de salir.

—No lo sé —respondió ella conteniendo un bufido de hastío—. Dependerá de si lo cree conveniente y seguro, de si no le desbarajusta las asignaciones y de si opina que va a servir de algo tanto al paciente como a la adepta.

—Perfecto —dijo Shércroft, todo sonrisas antes de desaparecer por la puerta.

Asima esperó con paciencia a que el traqueteo se desvaneciera por el pasillo, y suspiró para aliviar la tensión acumulada. Acto seguido, levantó la cabeza de los papeles y se repantingó en el asiento.

*No vuelvas a hacerlo, idiota. Te ha sonsacado más información de la que venía a buscar y ni siquiera sabes de qué se trata. La próxima vez utiliza frases cortas y respuestas más directas. No intentes averiguar qué quiere realmente. Ya tendrás tiempo de descubrirlo.*

Se mordió el labio. Recorrió el despacho con la vista en busca de algo a lo que asirse y recuperar el control.

Frunció el ceño al ver la hora en el reloj de pared.

Belysh aún no se había presentado.

*¿Por qué tardas tanto? Te pedí que realizaras un simple reconocimiento cuando tuvieras tiempo, pero esto es demasiado.*

Una sombra cubrió su mal humor y lo reemplazó con la semilla de la duda y la preocupación.

Pero ¿qué de todo la estaba preocupando en realidad?

*No se puede luchar contra el miedo. Cada gesto que realizas para evitarlo es un paso más en un camino que te lleva a la derrota. El miedo está ahí, nos ha acompañado siempre y siempre nos acompañará.*

*Es útil.*

*No lo niegues, no lo ocultes, no luches contra él.*

*Abrázalo y úsalo.*

*El miedo es tu amigo y, si sabes utilizarlo del modo adecuado, te ayudará a sobrevivir.*

—**Asima Sterd**

Oscuridad.

Frío.

Humedad.

Palpitaciones en la nuca.

Dolor de espalda. Cuerpo entumecido. Estaba sentada en una silla nada cómoda.

Con un enorme esfuerzo abrió un ojo.

Penumbras.

Se concentró, reunió fuerzas, abrió el otro ojo.

Menos penumbras. Igual de borroso.

Activó los mensajeros y recibió dolor como respuesta.

Sabor a óxido en la boca, el labio hinchado a punto de reventar, una costilla rota, algo áspero lacerándole las muñecas, cortándole la circulación.

Con la vista algo más despejada hizo un reconocimiento del lugar.

¿Un sótano?

Comprobó la resistencia de las ligaduras. Descubrió que también tenía los tobillos atados a las patas de la silla.

Mala señal.

Oyó pasos.

No.

Alguien bajando peldaños.

Con prisa paseó la vista por cada rincón intentando memorizar el mayor número de elementos posibles.

La puerta se abrió.

*Mierda*, pensó Ámber al confirmar que su captor era el paciente que había ido a visitar.

Algo más de tres horas después volvía a estar a bordo de la silla.

Shércroft hizo unas cuantas maniobras para verificar la calidad del trabajo de reparación y comprobó complacido no solo que la palanca de control respondía con más eficiencia y rapidez, sino que los suspensores que le habían incorporado menguaban considerablemente el ruido

durante el avance y que habían actualizado el motor proporcionándole un tercio más de velocidad.

Sonrió a la adepta que lo miraba desde las alturas con las manos en las caderas y el ceño ligeramente fruncido.

—¿Le parece bien a su excelencia? —preguntó la mujer con descaro.

—Es estupendo. Gracias, Qálax —respondió sin menguar la sonrisa.

—Te iba a pasar el manual de instrucciones, pero para qué. Voy a verte de todas formas dentro de un par de meses. —Se llevó dos dedos al puente de la nariz, alzó el mentón y cerró los ojos—. Mis poderes de adivinación son infalibles. —Abrió los ojos y miró al adepto con malicia—. Me dicen que en tres meses la volverás a romper, y que unos... doce días después, cuando esté para el arrastre, vendrás a mí. Ootra vez.

—Venga. No seas mala conmigo. Sabes que si no fuera así, no tendría una excusa para venir a verte.

—Ja. —La mujer se cruzó de brazos—. Eso ha sido hasta gracioso. Fíjate.

Shércroft sonrió de nuevo.

Qálax le caía bien.

En realidad, cualquier artífice era mucho más interesante que una sanadora. Hasta las adeptas analíticas, por muy hurañas que fueran, eran más interesantes.

Las sanadoras, sin embargo, eran pura fachada. Entrenadas para complacer y agradar. Lo que no significaba que fueran incompetentes, al contrario. Después de todo no se les permitía fallo alguno; en sus manos sostenían la preciosa vida de alguien.

A las artífices o a las analíticas, en cambio, no se les pedía amabilidad (ya que no era muy corriente que trataran con pacientes), sino solo eficacia. Simple y llanamente.

Sonrió una vez más, pero en su imaginación. Recordó de inmediato las palabras de Asima. Sí, claro que sabía muy bien cómo se organizaban allí. No era muy diferente a cómo se organizaban los adeptos empíricos. Aunque dudaba mucho que buena parte de sus compañeros fuera consciente de algo así.

La mayoría de la población solo conocía la cara amable de las Casas de la Curación. Un lugar de recuperación y reposo plagado de sanadoras, florecillas de invernadero, como bien le había dicho a la Adepta Suprema.

Pero había más. Mucho más.

Las enfermedades no se curaban con una sonrisa, una mano en la frente y una actitud atenta, adeptas o no adeptas. Las prótesis no se creaban por generación espontánea, los huesos no soldaban solos y, en general, los pacientes no se recuperaban porque sí, especialmente cuando se trataba de un inepto que no sabía controlar su propio esfínter o un puñado de mensajeros.

Aun así, para los demás solo había adeptas de la curación sin distinciones. No eran conscientes de la compleja jerarquía existente ni de la labor especializada que desempeñaba cada uno de los estratos. Había todo un mundo más allá del Ala de Curación o los dormitorios de las adeptas.

Donde estaba él ahora mismo, por ejemplo, parecía más un taller de aerobajeles que una impoluta sala de curación.

La bata de Qálax ofrecía una estampa de rodales de distintos colores y procedencia. La piel no lucía limpia y tersa; el pelo caoba, ondulado y salvaje, lo llevaba recogido en una coleta baja con un montón de mechones fuera de lugar.

No era especialmente guapa, pero estaba claro que eso le importaba más bien poco. Su actitud altiva, arrogante y descuidada la volvía mucho más interesante a ojos del adepto. Y era más que

probable que ella ni siquiera fuera consciente del efecto, lo que era más delicioso aún.

—Por cierto —empezó a decir él—, ¿tú no sabrás por qué me siguen dando rehabilitación cuando está claro que no voy a volver a andar?

La mirada de Qálax brilló. La adepta se llevó la mano al bolsillo de la bata, extrajo una diminuta esfera blanca que apestaba a gominola, se la introdujo en la boca y empezó a masticar con ganas.

—Puede —respondió con tranquilidad y sin dejar de mascar.

—¿Puede? O lo sabes, o no lo sabes.

—Creo saberlo —respondió escueta.

—¿Y me lo dirás?

—Depende. —Siguió mascando—. ¿Qué me ofreces?

—¿Qué quieres?

—Seis meses de silla. Ese trasto tiene una independencia de dos años, ¿lo sabías? No quiero que por tu culpa sigan pensando que mis reparaciones son una chapuza. ¿Estamos?

—De acuerdo. Lo intentaré.

—No me vale. Seis meses, o nada.

—No puedo prometértelo. ¿Sabes a qué me dedico?

—¿Tú? A revisar papeles. ¿Sabes a lo que me dedico yo?

Shércroft se quedó un rato en silencio, sopesando las implicaciones de lo que Qálax le pedía, mientras los oídos se le inundaban con el *ruin-ruin* de las radiales arañando el metal, el *fus-fús* de los aparatos de oxicorte, el *clonc-chuin* del ajuste y engrasado de bielas y el *ñoin-ñoin* de la gominola mascada.

—Prometo que, pase lo que pase, no volveré por aquí hasta dentro de seis meses.

—Perfecto —sonrió la adepta con la goma de mascar asomando entre los dientes—. Sé que el departamento de prótesis ha presentado un nuevo proyecto para lisiados como tú. No creo que hasta dentro de unos años saquen un prototipo viable y, por lo que sé, no solo es importante en qué lugar se ha producido el daño en la columna, sino la respuesta muscular del paciente.

»Para cuando el prototipo esté listo es muy probable que tú ya no puedas entrar en la lista de candidatos por tu más que probable degradación ósea y muscular. Pero un pajarito me ha dicho que la mismísima Adepta Suprema ha confeccionado un programa de rehabilitación especial para ti. Siéntete afortunado, adepto. Parece que la huraña Sterd está dispuesta a hacer lo que sea para incluirte en la lista de cobayas.

Shércroft se quedó un buen rato en silencio hasta que al fin dijo:

—Seis meses.

—Seis meses —replicó Qálax antes de dar media vuelta y volver a sus quehaceres.

El adepto activó la palanca de control y salió del área de reparaciones.

Recorrió el trayecto de regreso de modo automático, viendo sin ver pasillos y bifurcaciones. Tenía la mente en otro lugar.

Solo hizo un alto en el camino cuando su nariz captó de pasada el imperceptible aroma de Asima.

Alzó la vista, desenmarañó las brumas que le cubrían los ojos y enfocó a las dos personas que cruzaban su campo de visión.

Fue apenas un segundo.

Asima y otra adepta, entrada en años, que la guiaba por el siguiente pasillo perpendicular al que él estaba tomando.



Sí. Apenas un segundo para saber que algo andaba mal.

Conocía demasiado bien a la Adepta Suprema para saber que esas arrugas en la frente y esa actitud al caminar revelaban algo más.

Todos sus pensamientos hasta entonces quedaron relegados a un tercer plano.

*Ha pasado algo malo. Lo bastante malo para que la «huraña» abandone su nido. Por fin algo interesante de verdad.*

Asima terminó de dar las instrucciones a la anciana Pert y se aseguró de que esta hubiera comprendido lo importante que era la discreción en aquel asunto.

En cuanto se quedó sola, se volvió hacia la bañera. Era todo tan absurdo que ni siquiera podía definirlo como una pesadilla. Cerró los ojos. Apartó los pensamientos sombríos, apartó las emociones demasiado molestas para encarar aquella situación y finalmente suspiró.

Volvió a abrir los ojos, y esta vez su mente reaccionó como debía. Observando y analizándolo todo desde una perspectiva más racional.

Lo que había en la bañera no era Belysh, sino un elemento más de aquella puesta en escena. Porque de eso se trataba, sin duda: de un montaje.

Su alumna jamás se habría abierto las venas. Jamás.

Así que por mucho que todo apuntara al suicidio, quien quiera que hubiera cometido tamaña atrocidad también había cometido un tremendo error.

Pero ¿quién? Y lo más importante: ¿por qué?

¿Se trataba de algo relacionado con la organización, o sencillamente tenía que ver con una adepta descarriada?

Ambas posibilidades se le antojaban ridículas, pero a lo largo de los años había aprendido a no descartar nada por muy inverosímil que pareciera.

Sacó del bolsillo interior de la túnica los guantes estériles que siempre se aseguraba de llevar encima. Nunca sabía cuándo los iba a necesitar. De hecho, en más de una ocasión había tenido que echar mano de ellos cuando, estando de ronda, se había visto obligada a intervenir de urgencia por la ineptitud de una novata.

Lo que jamás se había planteado fue que los acabaría usando en el escenario de un crimen.

Se hizo un moño improvisado con un estilo, se colocó los guantes y, con cuidado de no mover nada, empezó a inspeccionar las partes del cuerpo que no estaban sumergidas en el agua.

Ninguna contusión evidente. Ninguna marca de pinchazo. Cortes dubitativos en la muñeca y el definitivo, limpio, seccionando buena parte del antebrazo.

A primera vista todo parecía en orden. No había nada fuera de lo corriente en aquel tipo de casos, pero fue precisamente aquello mismo lo que la hizo dudar aún más.

*Demasiado normal para ser normal.*

—No es un suicidio —oyó la voz de Shércroft—. Lo sabes, ¿verdad?

Asima agradeció seguir de cuclillas y de espaldas a la puerta del baño. No quería que el adepto fuera más consciente de lo necesario del enfado que le trepaba por la nuca en esos momentos debido a la intrusión.

—No tienes permitido el paso a este área de la Casa.

—Lo sabes, ¿verdad? —insistió el adepto.

—Shércroft... No estoy de humor ahora mismo. —Contuvo la incipiente ira entre los dientes.

—Pero lo sabes.

Asima apretó los labios y cerró los ojos. Comprendió que sería inútil a aquellas alturas decirle otra cosa que no fuera «Adelante, sorpréndeme con tu ingenio».

No le hacía falta mirarlo a los ojos para saber que había encontrado la excusa que necesitaba para estar entretenido un rato y que, por tanto, nada de lo que ella fuera a decir o hacer a continuación sería suficiente para disuadirlo.

*Maldito crío*, pensó antes de ponerse en pie lentamente, quitarse los guantes y volverse hacia él con la compostura y la frialdad recuperadas y en estado de revisión.

—Ilumíname. ¿Cómo lo sabes?

Shércroft agitó en el aire un trozo de papel que sostenía con dos dedos y la ayuda de un pañuelo para no dejar huellas.

—La nota de suicidio —dijo el adepto con un extraño brillo en los ojos.

—¿Qué pasa con ella?

—Échale un vistazo.

Asima utilizó uno de los guantes para sujetar la nota y luego la leyó.

Enarcó una ceja.

—Tienes razón —convino con el adepto antes de ponerse a leer en voz alta—: *No aguanto más la presión. Perdonadme. Belysh.* —Contuvo un bufido—. Sin duda quien escribió esto no tiene ni idea del entrenamiento que recibimos aquí. Y que tampoco pedimos perdón. Nunca.

—Hmmm... Bueno. No me estaba refiriendo a eso, aunque no deja de ser una derivación interesante. Fíjate en la letra.

Asima volvió la vista sobre el papel.

Intentó buscar lo que el adepto estaba viendo y ella no.

—Es la de Belysh.

—Oh. Estoy seguro de que es «exactamente» la de Belysh. Pero es demasiado limpia, sin dudas. Y ningún suicida se enfrenta a la muerte sin duda alguna. Quien hizo esto se esforzó mucho para que pareciera todo auténtico, para convencernos de que todo ha sido cosa de ella única y exclusivamente. Pero cometió un error. —Sonrió. Una sonrisa que a la adepta se le antojó un escalofrío—. Dame una hora. Tiempo suficiente para pedir el equipo y escanear el lugar. Estoy seguro de que utilizó mensajeros para copiar la caligrafía. Así que con un poco de suerte daré con el rastro.

Asima lo observó con severidad; Shércroft le devolvió la mirada con un brillo expectante en los ojos.

—No puedo permitir que hagas eso —acabó diciendo la adepta.

—¿Por qué?

—Sabes de sobra el porqué. Nadie va a entrar en esta habitación hasta que descubra qué ha pasado.

Shércroft entrecerró los ojos como un felino, pero no dijo nada. Se limitó a sacudir el pañuelo, colocárselo con cuidado sobre las rodillas y accionar la palanca para desplazarse por la habitación, rumbo a las estanterías.

—¿Qué haces? —le preguntó Asima con el cansancio acumulado entre los hombros, pero sin reflejarlo en la voz.

—Has dicho que no vas a permitir que nadie entre en esta habitación. Bien. Yo ya estoy dentro.

*Investigar un crimen no es muy distinto a descifrar el plano de una ciudad en la que no has estado nunca. Necesitas saber dónde estás y adónde quieres ir.*

*A partir de ahí, el resto es sencillo.*

—**Shércroft**

Ámber dispuso de muy poco tiempo para decidir con qué actitud enfrentar a su captor. El tiempo que este tardó en entrar por la puerta, caminar hasta donde ella estaba sentada y comprobar el estado de las ligaduras.

¿Qué era mejor? ¿Llorar, balbucear y suplicar por su vida, o mantener la cabeza fría para desconcertarlo?

¿De verdad lo desconcertaría, o había averiguado cómo era ella en realidad?

«Apariencia, novata», recordó las palabras de Belysh. «Tu máscara es tu escudo.»

—Por favor —empezó a decir con voz temblorosa—. Por favor, no me hagas daño. Te lo suplico —balbuceó—. Por favor, por favor...

Por primera vez en años, los ojos se le anegaron en lágrimas que le cayeron en cascada por las mejillas, aunque sabía que no era aconsejable en su estado.

Si, como sospechaba, iba a tener lugar una sesión de tortura, perder líquidos era lo peor que podía hacer. Pero aún era más importante mantenerse en su papel.

—Deja que me marche —siguió lloriqueando—. No se lo diré a nadie. Lo juro. A nadie. A nadie. Por favor. Por favor...

El hombre se desentendió y siguió con el escrutinio. Metódico. Desapasionado. Estaba claro que no era la primera vez que hacía algo así.

Se colocó delante de ella y alargó la mano. Ámber apartó la cara, cerró los ojos y fingió horror y asco ante el hecho de que la tocara.

Este le agarró el mentón y la obligó a enfrentarle el rostro. Ella siguió suplicando y llorando mientras él se limitaba a inspeccionarle el labio partido. Acto seguido se acuclilló, le rasgó el bajo de la túnica y se agenció un par de trozos de tela. Le metió una bola en la boca y con el otro trozo terminó de amordazarla.

*Aquí nadie me va a oír gritar. ¿Le incomoda lo que digo? No, no es eso. Ah... Claro. Así no podré articular palabras impronunciables. Muy listo.*

Siguió lloriqueando, perdiendo preciosa agua y fingiendo derrota, mientras aprovechaba que el captor había salido de su campo de visión para continuar inspeccionando el lugar con más detenimiento en busca de algo a qué asirse.

Un chirrido insoportable estuvo a punto de hacerle perder la concentración.

La adepta lanzó un grito ahogado por culpa de la mordaza. Volvió a chillar, con cuidado de no dañarse la garganta, e intentó levantarse de la silla cuando él arrastró y colocó cerca de ella una mesa accesoria en la que desparramó una serie de utensilios que luego ordenó con cuidado.

Sin decir ni una palabra, empezó a inspeccionarlos uno por uno. Un extraño artilugio con forma alargada, unas tijeras, agujas de varios tamaños y formas, tenazas, navaja de afeitar...

Ámber conocía la técnica. Ella misma la había utilizado.  
La siguiente hora iba a ser puro dolor.  
Un infierno de dolor.  
Y no podría hacer absolutamente nada por evitarlo.

—No debemos descartar la posibilidad —dijo Shércroft.

—Lo sé —replicó Asima.

—Lo sabes, pero no quieres reconocerla.

—Eso no es cierto. Primero descartaré lo obvio antes de decidir si la nota es una pista falsa, o no.

El adepto se acarició el lóbulo de la oreja con aire pensativo y dijo:

—Tengo la sospecha de que aquí hay algo más y que no me lo estás contando.

Asima no dijo ni hizo nada, pero para Shércroft fue más que suficiente.

La conocía desde hacía demasiado tiempo. El suficiente para saber diferenciar cuándo se comportaba hosca y distante porque no quería revelar de más y cuándo lo hacía para protegerse. Y en aquella ocasión no parecía tratarse de ninguna de las dos situaciones.

¿O quizás ambas?

Iba a seguir molestándola hasta que, de puro cansancio, ella bajara la guardia y le revelara alguna pista de lo que le rondaba por la cabeza, cuando alguien llamó con los nudillos como si tuviera miedo de hacer más ruido del necesario.

La puerta se abrió y por ella entró la oronda y chaparra figura de la adepta que Shércroft había visto guiando a Asima por el pasillo. La misma que había visto abandonar después la habitación con una entereza e indiferencia encomiables, dado lo que le había mostrado a la Adepta Suprema.

La anciana se les acercó en silencio (ninguno de los dos apartaba la vista del otro) e inclinó la cabeza a modo de saludo reverente, pero tuvo que esperar un rato más antes de que la Adepta Suprema se volviera hacia ella, respondiera al saludo y se acercara.

*Ha sido un tiro al aire, pero he dado en el blanco. ¿Verdad, querida?*, pensó Shércroft sin perder detalle de la siguiente escena.

—¿Pudiste resolverlo? —oyó que Asima preguntaba.

La subordinada asintió.

—Perfecto. ¿Has traído todo?

La mujerona empezó a sacar herramientas, papeles y artilugios varios repartidos por su indumentaria. Del interior de las amplias mangas de la túnica, del canalillo, de debajo de la falda...

Shércroft se sorprendió ante el arsenal que aquella adepta había conseguido ocultar en su esférica figura sin que pareciera más abultada de lo habitual.

—¿Es todo? —preguntó Asima.

La adepta asintió una vez más en silencio.

—Bien. Vuelve pasada la medianoche. Y asegúrate de que no haya nadie rondando antes de que nos pongamos a trasladar el cadáver.

En respuesta a la petición de su superiora, la anciana se inclinó levemente y se marchó tan en silencio como había entrado. Shércroft aprovechó para acercarse a los bártulos que Asima había colocado cuidadosamente encima de la cama, la pequeña mesa de despacho y una de las sillas.

La Adepta Suprema fingió no verlo, recogió una pequeña caja de madera y se fue al baño.

Shércroft la vio acuclillarse cerca de la bañera, levantar la tapa de la caja y sacar un cuentagotas, unas tiras de tela y un termómetro.

El adepto se encogió de hombros y localizó en la cama los utensilios que a él le iban a servir para analizar la habitación.

Empezaría por la ventana y la puerta.

Sabía de antemano qué iba a encontrar exactamente. Sospechaba que, en realidad, daría con la solución en los papeles que Asima había dejado en la mesa.

Solo tenía una duda que empezaba a corroerle las entrañas y darle voces de alarma. ¿Por qué ella necesitaba creer tan desesperadamente que se trataba de alguien de fuera?

Si de algo estaba seguro era de que la negativa de Asima no tenía nada que ver con la mala imagen que darían las adeptas de hacerse público que había una asesina entre ellas.

¿Cuánto había pasado?

¿Una hora? ¿Dos? ¿Tal vez más?

Al principio había conseguido calcular el paso del tiempo tal como Belysh le había enseñado, pero en cierto momento, el dolor sufrido fue tan insoportablemente inhumano que perdió el conocimiento y la técnica se fue al cuerno.

La desorientación era, sin duda, lo peor.

Podría haber utilizado los mensajeros, claro, pero decidió no echar mano de ellos. Aún no.

También aquello se lo había enseñado Belysh, cuando todavía confiaba en su alumna; cuando una vez a la semana, durante al menos una hora, la sometía a tortura para que conociera de primera mano el dolor y supiera cómo lidiar con él y qué usar llegado el caso.

Sí. Así había sido hasta que se casó.

«Los moretones y las cicatrices se los puedes ocultar a tus hermanas, pero no es algo que puedas ocultar a tu marido», recordó lo que su maestra le dijo aquel día. *Y yo te comenté que sería un error apartarme. Habría lidiado con ello, pero no me diste ni la oportunidad de intentarlo. Y ahora mira dónde estoy.*

Podía ayudarse de los mensajeros no solo para cortocircuitar el enlace entre los nervios y el cerebro y mitigar el dolor, como Belysh la había instruido, sino también para obligarlos a regenerar los tejidos dañados tres veces más rápido de lo normal.

Su as en la manga.

Cuando supo que quería compartir con Yáxtor el resto de su vida, pero sin dejar de ser lo que era, decidió especializar el control de los mensajeros en ese campo.

Aquello, sin duda, habría resuelto el problema: él jamás le preguntaría cómo se había hecho las heridas porque jamás las vería. Pero ni por esas Belysh quiso escucharla. Es más, se rio de ella y dijo que nadie era capaz de algo así. Ni siquiera la adepta más experimentada.

Pues bien, su maestra se equivocó. Ella sí pudo.

A solas, en silencio, apartada del resto del mundo, lo fue aprendiendo, pacientemente, incansable; los primeros fracasos fueron meros obstáculos que había que apartar, molestas etapas que había que pasar para llegar al objetivo final... hasta que lo consiguió. Lo logró mientras Belysh seguía empeñada en hacer caso omiso a lo evidente y no ver lo que pasaba delante de sus narices.

Ámber no solo alcanzó el objetivo, sino que lo superó con creces. Pero ¿de qué le servía ahora? Sin el entrenamiento adecuado, ¿cómo iba a enfrentar la tortura de manera satisfactoria?

Hasta ahora estaba echando mano de la lógica y sus conocimientos de curación, pero sabía que no era suficiente. No mientras siguiera sin poder utilizar los mensajeros.

Necesitaba que se mantuvieran ocupados en lo que les había ordenado hacer.

Era esencial.

De repente recibió una tremenda bofetada. Fue como mil agujas penetrando de golpe en su mejilla. Los ojos le bailotearon en las cuencas y terminó de perder la poca orientación que le quedaba.

Una mano, que se le antojó enorme, le agarró la cara y la obligó a mirar al frente.

—He dicho que si ya estás preparada para hablar.

Ámber parpadeó. A pesar de la presa intentó sacudir la cabeza para despejarse.

Finalmente asintió, agotada.

—Bien. El interrogatorio empieza ahora.

Tenía el delantal empapado de sangre y los guantes se habían vuelto oscuros y goteantes.

Terminó de rematar la última puntada en el tórax, suspiró y se limpió la frente perlada de sudor con el antebrazo libre de salpicaduras.

Volvió la vista hacia el analizador que había dejado en el taburete. Los resultados aún tardarían tres horas más en aparecer.

Miró de nuevo el cuerpo.

No era Belysh. Al menos no de cuello para abajo.

Todo lo que su alumna había sido residía en el cerebro, pero estaba apagado. Y aunque pudiera volverlo a encender tampoco la vería. La degradación llevaba tiempo en marcha, así que lo que despertara sería otra cosa. Era algo que ya había visto en gente que había vuelto a la vida más de doce minutos después de haberse dictaminado la defunción.

Se quitó los guantes y, con mucho cuidado de no mancharse, agarró el hule sobre el que había tumbado el cadáver y tapó este.

Le costó volver a ponerse en pie.

Había pasado demasiado tiempo de cuclillas o arrodillada en el suelo durante la autopsia, por lo que tenía los músculos y articulaciones más que resentidos.

Apartó el dolor y contuvo una maldición. Necesitaba un descanso, pero aún no podía permitírselo.

Aún no.

Salió del baño algo mareada y con la espalda quejumbrosa, rabiando de dolor. Luego se apoyó en el marco de la puerta para reunir fuerzas. No tardó mucho en toparse con la figura de Shércroft, la pipa en la boca y un fajo de papeles en la mano que leía con interés.

Contuvo una nueva maldición.

Totalmente concentrada en la autopsia, se había olvidado por completo del adepto. Maldita fuera su estampa y aquella manía suya de meter las narices donde no lo llamaban. No iba a poder bajar la guardia ni un solo momento. No con Shércroft revoloteando y preguntando lo que ella no quería responder.

Sin embargo, el silencio intrigaría aún más al adepto, así que las siguientes horas iban a resultar agotadoras, escogiendo cada palabra, cada gesto, cada inspiración de aire. Todo ello sin que lo pareciera.

Retiró lo que había encima de la silla y se sentó con pesadez. Acto seguido se puso a repasar

las notas que había ido tomando al inspeccionar el baño y durante la autopsia.

—Nada raro en el cadáver, supongo —dijo el adepto al cabo de un rato, sin apartar la vista de los papeles.

—Así es —replicó sin alzar la vista de los suyos.

—¿Y los análisis?

—Dentro de tres horas.

—Bien.

—¿Puerta y ventana?

—La puerta está limpia. La ventana tiene marcas de enganche y el roce de una cuerda, pero están puestas a propósito.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque si alguien hubiera utilizado de verdad un gancho para entrar y salir por la ventana, el peso de esa persona habría dejado marcas más profundas. La mujer que lo hizo se limitó a enganchar y tirar de la cuerda varias veces.

—¿La mujer?

—La mujer, o el enclenque. Un hombre de complexión media habría aplicado más fuerza. Pero fue una mujer.

—O un enclenque disfrazado de mujer, de adepta. Eso le habría permitido el acceso a esta área sin llamar la atención.

—Hmmm... —Alzó durante unos segundos el mentón en actitud pensativa—. Suena lógico. —Volvió la vista al papeleo—. Pero sigo apostando por una mujer.

—¿Por qué lo descartas tan rápido?

—¿Y tú por qué te aferras a ello?

—Ya lo sabes.

—Oh, vamos. —Apartó por completo la vista de los papeles y miró a Asima con cierto rencor—. A otro perro con ese hueso. No te preocupa lo más mínimo el escándalo que se pueda montar con esto. Está claro que no es la primera vez que lidias con algo así. Y si en el pasado nadie se enteró, esta vez no va a ser distinto.

—No estamos hablando de una indiscreción, un robo o un simple suicidio. Estamos hablando de asesinato.

Shércroft dejó los papeles encima de la mesa e hizo girar la silla hacia Asima.

—Puedes engañar a otros, querida, pero no a mí. Te gusta demasiado tener el control. Y un asesinato perpetrado por alguien ajeno a las Casas de la Curación significaría perderlo. Algún adepto bien posicionado podría llegar a la conclusión de que, por vuestra propia seguridad, por supuesto, tal vez fuera aconsejable una supervisión externa y más experimentada capaz de evitar que algo así vuelva a ocurrir. De ahí a meter las zarpas en todo lo demás habría solo un paso. Y dudo mucho que quieras que algo de eso suceda. ¿Me equivoco?

—Sí.

—¿En qué?

Asima levantó al fin la vista del bloc de notas y miró al adepto.

—Dímelo tú —lo desafió.

Shércroft frunció el ceño de manera muy, muy sutil. En sus ojos había un brillo escéptico. Se repantingó en la silla, sacó una cerilla y la raspó contra el reposabrazos. Acercó el fósforo a la cazoleta y el tabaco prendió.

Si esperaba alguna reacción por parte de Asima ante la osadía, debió de llevarse un chasco.

La adepta estaba preparada para no entrar en el juego.

Shércroft dio una buena bocanada antes de formar dos perfectos círculos de humo, luego esperó a que estos perdieran la forma y dijo:

—¿Por qué estás tan segura de que no voy a informar de lo sucedido?

Asima enarcó una ceja. Él no esperaba que ella respondiera a eso. No, realmente.

—Mi silencio vale algo más que un simple favor. —Dio una nueva calada—. Y de mi complicidad ya ni hablemos.

—¿Complicidad? —Frunció el ceño, contrariada.

—Si se confirman mis sospechas, no cuentes conmigo para encubrirlo. No en este caso.

—¿Ya sabes quién es? —preguntó Asima más escéptica que sorprendida.

—Es posible. ¿Has podido determinar la hora de la muerte?

—No con exactitud.

—Por el agua caliente, supongo. Ya me di cuenta de eso al entrar. Pero te he visto tomar la temperatura de la bañera al menos tres veces, e imagino que también tomaste la ambiental. También asumo que habrás hecho el cálculo teniendo en cuenta que nuestra presencia influye en el resultado, así como las veces que se ha disipado el calor de la habitación al abrir esa puerta.

—Sigue siendo un intervalo muy amplio.

—Pero cuánto calculas. ¿Un día? ¿Dos?

—Más de un día y menos de dos.

—Encaja —dijo volviéndose hacia la mesa.

El adepto esparció los papeles y eligió tres de ellos antes de hacer avanzar la silla y entregárselos a Asima.

—Ahí tienes a tu asesina.

La Adepta Suprema les echó un vistazo sin tener muy claro qué debía buscar.

Una tabla de asignaciones, una lista de candidatas, una gráfica de resultados.

—¿Qué quieres que mire? —le preguntó al adepto.

—Fíjate bien.

Asima volvió a repasar los papeles. Prestó especial atención a las anotaciones.

Nada.

—En serio. ¿Qué tengo que ver?

—Es Ámber. Tu asesina es Ámber.



*A menudo nos compadecemos de los habitantes del Continente Occidental. Nuestros desafortunados primos, los llamamos; esos pobres coloniales, decimos. Viven en un lugar en el que no hay bosque oscuros y, por tanto, la presencia de mensajeros en el aire es limitada.*

*Sin embargo, tal vez somos nosotros los dignos de compasión. Estamos tan acostumbrados a nuestras muletas que las vemos como una ventaja y no como un obstáculo. Los occidentales, abandonados a su suerte, se han visto obligados a caminar por sí mismos. Y no parece que se las apañen mal, precisamente.*

### **—El Número Dos de los Espectros (atribuido)**

Humedad y frío. Tiritaba, aunque tampoco se molestaba en impedirlo.

*Es una reacción instintiva. El movimiento genera calor. Mi cuerpo trata de compensar la pérdida.*

¿Cuánto tiempo llevaba analizando y diseccionando el porqué de cada espasmo, cada punzada, cada reacción del cuerpo? Probablemente menos de lo que se imaginaba, pero no importaba.

Tiritar estaba bien. Tomarse como un sujeto de experimentación estaba bien. Sudar seguía sin ser bueno, pero era inevitable. Pensar en cualquier otra cosa, menos en el dolor que experimentaban dos de sus dedos tras haberles arrancado las uñas de cuajo, era mejor que sucumbir.

Al menos ya no le incomodaba el hecho de estar completamente desnuda.

*Apunta eso, Ámber. Que te rapen el pelo parece ser que es vergonzoso. Yo aún no le encuentro la lógica. Es solo pelo. Pero sí que es verdad que me hizo sentir muy incómoda cuando me cortó la ropa con las tijeras y me dejó en cueros.*

El ojo izquierdo le parpadeó.

Sacudió la cabeza.

*¿Por qué aún no me ha amenazado con violarme?,* cayó en la cuenta de repente.

Sintió un pinchazo en el brazo a la altura del codo y volvió la cabeza como un resorte hacia el foco del dolor.

A duras penas vio la aguja enganchada a un tubo fino, largo. Un tubo que ascendía y conectaba con una bolsa transparente que colgaba de algo parecido a un perchero. La bolsa contenía... ¿agua?

—¿Qué es eso? —se atrevió a preguntar, con los dientes castañeteando.

—Un gotero reconstituyente.

—¿Un qué?

El hombre sonrió con desprecio.

—Un preparado artificial. Obviamente no voy a engancharte a un carneútil.

*Un preparado artificial,* repitió en silencio antes de comprender. Un fármaco. *Utilizado en las regiones donde hay escasez de carneútiles.* Empezó a recitar lo que recordaba haber leído en el libro sobre primeros auxilios, en el capítulo de «Condiciones adversas y situaciones de emergencia fuera de un entorno controlado»: *Se utilizan para suministrar sustancias de propiedades reparadoras o correctoras cuando no se dispone de carneútiles para procesar y*

*producir mensajeros curativos. Su eficacia ha sido testada, aunque los efectos beneficiosos solo son posibles a largo plazo dadas sus características artificiales. O... algo así. Pero... ¿Cómo es que tú lo conoces, Koben? Interesante.*

—Bien —dijo Koben antes de sentarse en la silla que había colocado frente a Amber, y después de comprobar el color de la tira de tela que sujetaba entre dos dedos—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Habíamos terminado con las preguntas sobre tu marido, ¿verdad? Ahora pasemos a otra cosa.

*Eso, Amber. Concéntrate. Tienes que averiguar más cosas sobre él antes de que te deje para el arrastre. No vas a poder aguantar este ritmo. Para cuando descubras de qué va todo esto no te va a quedar vida en el cuerpo para salir de aquí, y mucho menos para informar.*

*Veamos. Esto no tiene nada que ver con Yáxtor. Sabes que no. Te preguntó un montón de cosas sobre tu vida privada, pero está claro que solo lo hizo para asegurarse de que cooperabas. Nada más. Si le interesara lo más mínimo que le contaras cosas sobre lo que hace tu marido o sobre alguna de sus misiones, ya se habría dado cuenta de que te has guardado un montón de cosas. Así que espabila.*

*Si todo esto no es por lo la labor de Yáxtor, está claro que sabe que perteneces a la organización. No hay otra explicación. ¿Pero cómo lo vas a engañar?*

—Háblame de tu trabajo —le ordenó Koben.

*Maldita sea, Belysh. Todo esto es culpa tuya. Te dije que más tarde o más temprano alguien ataría cabos y se daría cuenta de que me estabas haciendo de menos, y entonces adiós tapadera. Si vuelvo... No. Cuando vuelva pienso patearte el trasero. Esta vez oirás lo que tengo que decir. Te pongas como te pongas.*

—¿Quién?

—Ámber Arúnder —matizó Shércroft—. La esposa de Yáxtor.

—La esposa de... —empezó a decir la Adepta Suprema—. Imposible.

—No tanto.

—Shércroft, estás hablando de una cría.

—Los niños son capaces de muchas atrocidades.

—Estás hablando de una adepta.

—Estoy hablando de una psicópata.

—Que se casó con un psicópata.

—Noto cierto rencor...

—Shércroft, céntrate.

—Estoy muy centrado.

—Y también muy equivocado.

—Mira los malditos papeles.

—Ya miro los papeles y no veo nada.

—¿Por qué te molesta tanto que pueda ser ella?

—¿Por qué deseas tanto que lo sea?

Ambos se sostuvieron la mirada; fiera, afilada.

Shércroft se llevó de nuevo la pipa a la boca y avivó las ascuas. Luego dio una larga calada mientras contemplaba cómo Asima se repantingaba en el asiento.

—Dime que te has dado cuenta —le dijo a la adepta en tono desafiante.

Asima cerró los ojos un segundo. Suficiente para él.

—Sí —respondió—. Me he dado cuenta. Pero eso no significa nada.

Shércroft entrecerró ligeramente los ojos y mordisqueó la boquilla.

—¿Y desde cuándo sabes que esto es obra de una adepta?

Asima suspiró.

—Desde que tomé la temperatura del agua.

El adepto enarcó una ceja, suspicaz. Luego asintió al comprender.

—Ámber encaja —insistió Shércroft.

—Encaja demasiado bien. Y está claro que alguien más se dio cuenta.

—¿No es acaso de dominio público que el ojito derecho de las superiores —parafraseó lo que le había oído decir a una de las adeptas— es en realidad, o mejor dicho era, un hueso de aceituna atragantado para Belysh?

—Has visto los papeles. Se cuidó mucho de que no fuera evidente cómo la iba apartando. Pero alguien sí se dio cuenta. Y ese alguien también supo...

—Que te darías cuenta.

—Sí, pero ¿quién?

—Lo más importante no es el quién, sino el porqué.

—El porqué de qué.

—El porqué tenía que morir Belysh, por supuesto.

—Pero ¿cómo sabía que yo acabaría apuntando hacia Ámber?

Shércroft sacudió la mano delante de la cara.

—Pura lógica. Yo mismo lo he hecho. La cuestión es que la respuesta está aquí. En estos papeles. En esta habitación.

Asima asintió y dijo:

—Le echo un vistazo ahora a la habitación y tú al baño.

—Bien.

—Shércroft... —interrumpió la marcha del adepto—. ¿Cómo te diste cuenta de que yo ya sabía que era un trabajo desde dentro?

—Obvio, querida. Porque no intentaste convencerme de que estaba equivocado.

—¿Y si lo hubiera hecho?

—Habría pensado que estabas tratando de desviar la atención.

*De la misma forma que sé que Ámber y Belysh están más relacionadas de lo que parece y que tú preferirías no haberte dado cuenta.*

*No puedo más. No puedo aguantar este ritmo.*

—Vamos. Responde. ¿Quién te supervisa?

Ámber era incapaz a aquellas alturas de levantar la cabeza o mantener los ojos abiertos. Todo le sabía a sangre; todo le olía a sangre y sudor.

—Venga, niña. Ahora estamos llegando a la parte interesante.

*No puedo más. No puedo aguantar este ritmo.*

—¿Quién te supervisa?

*No puedo más. No puedo aguantar este ritmo. No estoy preparada. Voy a sucumbir.*

—¿Quién? —insistió Koben tras agarrarla por el mentón y obligarla a enfrenar su mirada.

Ámber consiguió levantar los pesados párpados, apartar las brumas y enfocar el rostro de su

captor.

—¿Cómo lo hiciste? —farfulló de puro agotamiento.

—Te lo he dicho antes. Yo hago aquí las preguntas.

—¿Cómo ocultaste la presencia de los mensajeros? —insistió.

—¿Qué te acabo de decir sobre las preguntas?

Ámber no escuchó. Fue como si mente y cuerpo se hubieran separado de pronto. Sin darse cuenta, su boca empezó a farfullar lo que ella creía que solo le estaba correteando en la cabeza:

—No. Corrección: en realidad nunca los tuviste. Te prendiste fuego a propósito, a pesar del alto riesgo de infección o del colapso del cuerpo. Por no hablar de que te podrían haber trasladado demasiado tarde a las Casas de la Curación y habrías fallecido durante el trayecto.

»Supiste que la desfiguración, junto a los potentes calmantes, te camuflarían el acento y que, por tanto, nadie sospecharía que en realidad no eres de por aquí.

»Pasaste un infierno en vida. No por el padecimiento, sino porque a pesar de él te obligabas noche tras noche a levantarte y recorrer las distintas Alas sabiendo que nadie echaría de menos a un quemado que solo tiene en el cuerpo mensajeros de regeneración. Además de que el impulso de estos pacientes es moverse lo menos posible y suplicar por calmantes ante el más mínimo aviso de dolor. Pero tú no.

»De hecho, ahora que lo pienso, no era de noche cuando sufrías el calvario, sino de día. Guardabas las dosis de mensajeros narcotizantes que podías autoinyectarte sin necesidad de la supervisión de una adepta, y cuando por fin se hacía el silencio te los aplicabas para poder moverte mejor durante tus rondas.

»Por eso llamaste mi atención, y ahora me doy cuenta. Porque he visto a muchos aguantar terribles padecimientos, pero solo los que habían sido entrenados consiguieron hacerme creer que aún no habían alcanzado al límite. Yo estaba viendo el mismo patrón, pero no establecí la conexión porque no podía obviar los mensajeros. Creía que los ocultabas, y me centré en averiguar cómo y por qué. Pero para empezar, no había ningún cómo porque estás acostumbrado al dolor. Punto.

»De donde procedes, los carneútiles son un bien escaso, al alcance de unos pocos. Seguro que pensáis que el uso de mensajeros es de débiles o que no son de fiar. Un autoengaño para no sentirnos inferiores ante quienes conviven con ellos como algo natural. Sospecho que hasta os creéis superiores por no depender de ellos.

»Y por eso aún no has amenazado con violarme. Por eso utilizas tanto las herramientas, y las pocas veces que me has tocado, te has limpiado las manos de inmediato. Porque has oído hablar del control que nosotras ejercemos en nuestros mensajeros y temes que los míos entren en tu organismo y les ordene que te hagan algo desagradable.

»Pero por muchas vueltas que le dé, no termino de comprender cómo supiste que me asignarían tu caso en primer lugar, y por qué me interesaría por ti hasta el punto de venir por iniciativa mía a la boca del lobo. Has pasado por todo esto... ¿solo para tenerme donde estoy ahora? Demasiadas cosas podrían haber salido mal. Demasiadas.

»Si ya sabías quién soy, ¿por qué tanto artificio? No tiene ningún sentido.

Hubo un largo silencio. Lo bastante largo para que Ámber terminara de despejarse de la ensoñación a la que había sucumbido.

Koben se puso en pie, le dio la vuelta a la silla y se sentó con los brazos apoyados en el respaldo.

—Ámber... —la llamó por el nombre por primera vez—. Ámber... —Chasqueó los dedos a

la altura de los ojos de la chica para conseguir que lo mirara—. Ámber, pichón. ¿Por qué crees tú que te estoy interrogando?

La adepta frunció el ceño y acto seguido sacudió la cabeza para ocultar el desconcierto, aunque tenía la sospecha de haber reaccionado demasiado tarde.

Miró a Koben a los ojos y comprendió su error.

*No tiene ni idea de quién soy en realidad y yo acabo de cagarla estrepitosamente. Pero si esto no tiene nada que ver con Yáxtor ni con la organización, ¿entonces qué hago aquí? ¿Por qué yo? No puede ser solo una maldita coincidencia. No puede ser.*

Algo crujió dentro de su cabeza. Fue su imaginación, claro, pero eso le hizo sentirse divertida de repente y rompió a reír a carcajadas.

*Casualidad, pensó sin dejar de reír. Azar, rio con más ganas sin prestar atención al desconcierto de Koben. Estoy aquí por pura fatalidad. Seguro que ni siquiera me tiró por las escaleras que llevan a este sótano. Va a ser que me tropecé y caí yo sola, y que él se limitó a aprovechar la oportunidad. Hay que ser estúpida. Y yo que me creí tan importante...*

Cada vez que Koben aceptaba un encargo, también aceptaba la posibilidad de que fuera el último. Nadie en su sano juicio se atrevía a correr los riesgos que el asumía y, por supuesto, nadie llegaba a sospechar de él por ese mismo motivo.

Había completado tres cuartas partes del plan y estaba a punto de informar sobre los progresos cuando la muchacha apareció en su puerta. Al principio se lo tomó como un pequeño inconveniente que solucionaría con una sonrisa y un «Gracias por la visita», pero entonces todo se complicó. Un comentario que él creyó totalmente inocente y un gesto inconveniente (cuando se suponía que el dolor le haría reaccionar de otra manera) terminó con la adepta escaleras abajo.

En circunstancias normales la habría subido al piso de arriba, habría esperado pacientemente a que despertara y después habría encontrado una excusa razonable para deshacer el supuesto malentendido. Sin embargo, la reacción de la joven había despertado una alarma persistente. Imposible que aquella cría sospechara nada, pero a punto de terminar el encargo no iba a correr ningún riesgo.

Estaba claro que su intuición lo había avisado correctamente, y la última «confesión» era la prueba. Descubrir que su marido era un adepto empírico era un inconveniente, pero no un obstáculo. Ahora bien, que resultase que aquella cría no fuera la simple adepta que había dado por supuesto que era... No podía dejarlo pasar.

Obtener ese tipo de información de la chica no formaba parte de la misión, pero en el mundo en el que él se movía aquello equivalía al oro.

¿Los adeptos empíricos estaban entrenando a una mujer? Eso podía ser una bomba; el mundo entero sabía que siempre habían seleccionado a hombres. ¿O se trataba de otra cosa? A las adeptas se las formaba desde niñas, era la única manera de entrar a las Casas de la Curación, así que... ¿alguien más las estaba reclutando? ¿O tal vez estas eran más de lo que parecían?

Fuera como fuese, necesitaba saber más.

*Curar y matar son dos acciones tan parecidas que en ocasiones es difícil distinguirlas. Como si fueran dos hermanos gemelos, idénticos al nacer, pero con un desarrollo ligeramente distinto. El suficiente para que la sonrisa desganada de uno nos resulte entrañable y la del otro, sutilmente inquietante.*

*Para saber curar una enfermedad, hemos de aprender primero a causarla. Para otorgar el regalo de la vida hay que saber ofrecer antes el de la muerte. La misma sustancia que mata, en distintas proporciones puede curar. El mismo principio que alivia el dolor, puede causarlo si es suministrado de la manera adecuada. Todo está relacionado, todo es parte de una misma cosa.*

*Aprender eso, conocer las sutiles diferencias entre lo que es idéntico, es parte de nuestro trabajo. Y, cuando lo hemos aprendido, debemos saber administrarlo... en un sentido o en el otro.*

### **—Estín Asera, Primera Adepta Suprema de la Curación**

—¿Qué ha salido? —preguntó Shércroft con fingido desinterés mientras terminaba de esparcir los papeles encima de la cama de acuerdo a su propia lógica personal.

Asima comprobó por tercera vez los resultados y dijo:

—Nada.

—Lo que quiere decir mucho.

—Si estamos en lo cierto.

—Lo estamos. Yo lo sé por las pruebas, y tú... por los motivos que sean.

La adepta se abstuvo de replicar. Ya había sido bastante complicado revisar el dormitorio sin que se notara lo que estaba buscando en realidad.

Belysh había sido descuidada al dejar constancia escrita de cómo había estado apartando a Ámber de las asignaciones de prácticas. Si lo hubiera hecho de un modo más notorio no habría llamado la atención de Shércroft, quien sabía la fama que tenía la joven. Y tampoco habría llamado la suya. Se habría limitado a pensar que Belysh era bastante inteligente para no dejar tan claro que estaba castigando a su alumna. Aunque...

Era obvio que el adepto se había dado cuenta de algo, y como buen perro de presa no estaba dispuesto a soltar el hueso. Así que tuvo que hacer de tripas corazón y soportar las pullas a pesar de las enormes ganas que tenía de estrangularlo.

¿Pero en qué momento ella había bajado la guardia permitiendo que Shércroft captara tanto su apego hacia Belysh como su preocupación por las posibles implicaciones en la muerte de su alumna?

Poco importaba en realidad, y menos en aquellos momentos. Podía intentar analizarlo y averiguarlo más tarde, cuando no estuviera bajo la presión constante que suponía la presencia de Shércroft. Ahora, por mucho que le pesara, lo necesitaba para descubrir a la asesina. Porque solo con su ayuda podría resolverlo en un plazo de tiempo óptimo, antes de que la pista se enfriara y alguien acabara saliéndose con la suya.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —preguntó.

—Pues veamos. —Shércroft se repantingó en la silla—. Sabemos que fue una adepta. La puerta no fue forzada, así que la invitaron a pasar. También están las marcas en la ventana. Y por último, sabía cómo enmascarar la hora de la muerte manteniendo el cuerpo caliente el mayor tiempo posible.

»Se tomó su tiempo: redujo a la víctima, la trasladó al baño, llenó la bañera de agua, introdujo el cuerpo y le cortó las venas.

»Está claro que no se trata tampoco de una simple adepta. Sin contusiones, sin narcóticos, debió utilizar mensajeros para reducirla; y el control que puede ejercer sobre ellos es bastante elevado, dado que Belysh no solo no pudo combatirlos una vez dentro de su organismo, sino que además sus propios mensajeros no pudieron parar la hemorragia.

»Es calculadora y metódica. Probablemente esperó a que la víctima muriera antes de ordenar a los mensajeros que se retiraran y así no dejar ninguna pista. Hizo las marcas en la ventana, escribió la nota y se aseguró de que no hubiera rastro alguno de pelea o forcejeo.

»Todo eso lleva tiempo y mucha paciencia, o mejor dicho: sangre fría. Así que no fue un acto fortuito. Es posible que llevara tiempo planeándolo. Eso explicaría cómo pudo reproducir la letra a la perfección. Aunque empleara mensajeros para copiarla, hacen falta algo más que un par de horas estudiando la caligrafía de alguien para que el resultado sea impecable.

»Por otro lado, no debía de conocer a la víctima a fondo, porque a la hora de redactar no supo imaginarse el tono que emplearía, por tanto escogió las palabras que apuntaran a alguien de fuera.

»Salvo por el detalle de que es una simple adepta, Ámber encaja en el perfil. Es inteligente, fría y metódica, lo que le ha valido para ser la mejor de su promoción.

»Ha sacado las notas más altas, no solo en la parte teórica, sino en la práctica. Aun siendo sanadora, ha sido incluida en dos departamentos de investigación. Algo poco común si tenemos en cuenta que ni siquiera las maestras se acogen a más de una especialidad. Alguien así es una persona acostumbrada a tener siempre el control y llevarlo muy mal cuando lo pierde. Y por lo que parece, Belysh se lo estaba quitando. No es de extrañar que decidiera deshacerse del estorbo.

»Si los rumores son ciertos, Ámber estaba muy interesada en realizar unas prácticas externas con un paciente. Por lo que veo en las tablas de asignaciones, Belysh tenía a un par de sanadoras apuntadas para esa tarea, pero ha sido Ámber quien ha acudido finalmente. Sola. Así que, si no fuera porque parece que esto es obra de una adepta experimentada, yo diría que Ámber se aseguró esta vez de que Belysh no metiera las narices. Después de todo, el tiempo entre el que se ha estimado la hora de la muerte y el momento en el que consiguió que le concedieran las prácticas concuerdan.

»Pero claro, aunque ha demostrado más que de sobra el portento que es, como solo es una joven adepta... seguro que no es capaz de algo así, ¿verdad?

Asima se quedó mirando a Shércroft un buen rato.

Había seguido con interés la secuencia lógica expuesta por el adepto, y en el mismo momento en el que mencionó a Ámber empezó a sentirse incómoda. Ahora sabía por qué.

—Creí que ya la habíamos descartado como sospechosa —le recriminó.

—No. Tú la descartaste como sospechosa. Yo me limité a no rebatírtelo. Tenía la tonta esperanza de que te dieras cuenta tú solita. Así que mientras no me demuestres lo contrario, diría que tengo razón.

—No es ella.

—Oh, tu nuevo argumento me resulta muy esclarecedor.

—Sé que no es ella.

—¿Por qué?

—Lo sé y punto.

—No es suficiente para mí. —Chasqueó la lengua—. Y como no es suficiente, y creo haberte dicho que este caso no tengo intención de encubrirlo, voy a marcharme ahora mismo y pedir una orden de arresto para esa muchacha.

—Adelante. Sal por esa puerta. Ve a hacer el ridículo más espantoso.

El adepto agarró el control de la silla, sonrió con malicia, desafiante, y dijo:

—Veremos quién hace el ridículo al final.

Shércroft no se molestó en despedirse.

Asima tenía la maldita sospecha de que él estaba tan enfadado como ella, aunque no tenía del todo claras las razones del adepto.

A solas en la habitación, se quedó de pie sin saber muy bien qué hacer.

*Y ahora ¿qué?*, pensó; se sentía estúpida mirando los papeles sin tener la más remota idea de cómo proceder.

Puso los brazos en jarras, luego se acarició la frente, después se agarró el mentón... Todo sin apartar ni un segundo la vista de las hojas, pero nada. Si la respuesta estaba ahí, como había dicho el adepto, ella no la encontraba.

*No es Ámber, Shércroft. No lo es. ¿Que cómo lo sé? Pues porque ahora tengo claro que forma parte de la organización, y esa chiquilla sería una estúpida si se deshiciera de la única persona que es su enlace.*

*Solo sería capaz de algo así si quisiera salirse, desvincularse, pero la conozco mucho mejor que tú. Llevo toda la vida observándola, siguiendo su evolución desde que entró aquí siendo una niña. ¿Y desde cuándo te has tú interesado por ella? ¿Desde esta mañana? ¿Y cuánto tardaste en recoger toda esa información que me has soltado? ¿Cinco minutos? ¿Diez?*

*No, esa cría no quiere dejarlo. Y de tener algún problema con Belysh, trataría por todos los medios de mostrarle de forma evidente y clara lo equivocada que estaba. No la mataría. ¿Para qué hacer algo de lo que no puedes presumir con nadie después de llevarlo a cabo tan bien? Es más, ella conoce de sobra a su maestra, así que sabría qué tono utilizar en la maldita nota y, salvo yo que recluté a Belysh, nadie sospecharía. Ni siquiera tú.*

De repente llamaron a la puerta. Asima se volvió con el corazón en la boca.

Sonrió satisfecha y esperanzada. Sin embargo, su rostro se transformó rápidamente en una máscara de indiferencia cuando a quien vio entrar fue a Pert y no a Shércroft.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó a la anciana de mala gana—. Unas horas más y empezarán a sonar los despertadores.

—Lo siento, Adepta Suprema —respondió con una inclinación para mostrar cuánto lo lamentaba de verdad—. Ha sido una noche movida, y mi ausencia habría levantado sospechas.

—Informa.

—En la cena, un grupo de sanadoras montó un gran revuelo alrededor de una de las supervisoras; las adeptas analíticas encargadas del proyecto N-207 también estaban molestas ante el reiterado abandono de algunas compañeras de investigación y querían presentarte una queja formal. Durante la hora de ocio, Kernya me informó de dos intenciones de aborto de reincidentes, y a medianoche hubo que atender tres urgencias: una colisión, un accidente doméstico y un intento de suicidio.

»Ha habido mucha tertulia desde la cena y se ha alargado hasta la madrugada. Cuando la última adepta se fue al dormitorio, decidí esperar dos horas para asegurarme.



—Está bien —asintió más calmada y con la sensación de haber recuperado el control—. ¿Qué hiciste con las reincidentes?

—De momento las he apartado de sus funciones. Supuse que las castigarías obligándolas a que tuvieran los bebés.

—¿Acólitas o adeptas?

—Una joven adepta y otra veterana. Están de tres y dos meses respectivamente.

—De acuerdo. Habla con la joven mañana. —Cerró los ojos—. Hoy —se corrigió—. Después del desayuno. Recuérdale que el aborto no es un método anticonceptivo y envíala a las Casas de la Curación de Alfyon. Se quedará allí sirviendo hasta que gane méritos para volver. Yo hablaré con la otra. Tendrá aquí al bebé y luego será expulsada.

»En cuanto puedas, pásame el listado de candidatas para sustituir a Belysh como líder del proyecto N-207. Ya me encargo yo de hablar con las otras adeptas que no están cumpliendo con sus obligaciones. Y ahora ayúdame a trasladar el cuerpo. Tenemos que sacarla de aquí cuanto antes y limpiar todo esto. No sé cómo nadie ha notado aún el pestazo a sangre.

Pert asintió y esperó a que Asima fuera hasta el baño para seguirla.

Tardaron más de una hora en sacar el cadáver, llevarlo hasta la morgue y meterlo en la cámara de cremación; y casi dos en coger los bártulos de limpieza y dejar el baño impoluto, sin rastro alguno de lo que había ocurrido allí.

Cuando terminaron, Asima se llevó las manos a las caderas y observó satisfecha el resultado: nadie sospecharía nada.

Rebuscó entre los bolsillos y dio con su reloj. Bien. Aún le quedaba media hora antes de que empezaran a sonar los despertadores.

Aunque llevaba más de un día despierta, se iría al despacho, se tomaría una buena dosis de alcaloides y actuaría como si nada hubiera pasado.

*Cuando los adeptos lleguen para imponer sus exigencias, debo estar allí, fresca como una rosa, y sin cadáver que estudiar. A ver cómo montas tu caso así, Shércroft. Y yo... ¿en qué ocupo el tiempo ahora para mantenerme despierta?*

—Pert —llamó a la anciana—. ¿A qué supervisora le montaron el escándalo anoche?

—A Narim, Adepta Suprema —dijo con una reverencia, para variar.

—Narim... —paladeó el nombre.

Asima abrió los ojos de par en par y luego se puso a revisar los papeles que Pert le había entregado el día anterior, y que ahora llevaba debajo del brazo. Los mismos papeles que hasta hacía unas horas Shércroft había dejado desperdigados por la cama.

Los revisó de forma frenética y, de la misma manera, los ordenó de nuevo encima de las sábanas como recordaba haberlos visto la última vez.

Después de un rato dijo:

—Pert. ¿Cuándo empieza el turno de Narim?

—En cuarenta y cinco minutos —respondió la anciana tras consultar su reloj.

Asima sonrió.

*Te dije que harías el ridículo, Shércroft.*

Koben terminó de atar el diminuto cilindro a la pata del pájaro, lo lanzó a volar para que iniciara el largo viaje, desmontó rama a rama la jaula improvisada y arrojó después los restos a la chimenea encendida. Solo le faltaba sabotear el proyecto N-207 y su misión estaría completada,

aunque aquel último paso era más un extra que otra cosa; pero dado que el tratamiento para recuperar el aspecto de su piel lo mantendría alejado de la acción una temporada, necesitaba el extra.

En cuanto a la chica... No estaba seguro de que pudiera obtener algo más de ella. Bueno, en realidad sí, pero eso llevaría tiempo, y ya tenía planeado regresar a las Casas de la Curación antes de que despuntara el alba y ejecutar el plan con margen suficiente para coger el primer aerobajel. Hacia dónde lo llevase le daba igual. Probablemente cogería cuatro o cinco más antes de dirigirse a la base de operaciones.

Recorrió la casa por última vez para asegurarse de no haber dejado pista alguna. En momentos como ese se alegraba de haber sido enviado al Continente Primigenio. Aquellos idiotas estaban tan condicionados por el uso de mensajeros que les costaba imaginarse otra forma de proceder, así que para cuando se dieran cuenta de que debían buscar otras pistas, si es que llegaban a descubrir su implicación (cosa que dudaba), él estaría bien lejos.

No despreciaba a los mensajeros, sencillamente no se fiaba de los beneficios «milagrosos» que tanto parecían aportar. Otra cosa eran los carneútiles que, como bien indicaba el nombre, eran... pues eso, útiles. Sobre todo cuando tenían el aspecto de una pelota de carne, porque cuando crecían y se convertían en monigotes anaranjados de ojos vacíos... Inquietantes, menos de fiar aún que los mensajeros.

*El día en que uno de ellos sea capaz de decir «Soy mi propio dueño», el impacto va a ser peor que una bomba de Malas Noticias.*

Terminó la inspección, suspiró satisfecho y se llevó las manos a las caderas.

*Bueno, pues ya está. Ahora solo queda encargarme del problema del sótano.*

En cuanto empezó a bajar las escaleras se escucharon gritos desgarradores y jadeos. ¿Qué estaba pasando ahí abajo?

Abrió la puerta con mucha precaución y cuando descubrió a la chica empapada en sudor de arriba abajo y con...

*Oh, venga, vale. Me esperaré un poco más antes de matarte. Pero solo un poco.*

Sonrió con malicia.

*El gesto más altruista de amor humano que podamos concebir no es, en último término, más noble o desesperado que el de una gata defendiendo la vida de sus crías.*

### **—La Reina de Alboné, en su vigésimo cuarta encarnación**

*Eres una inútil. Belysh tenía razón.*

Koben la dejó descansar varias horas. Puede que porque él mismo lo necesitara, o puede que lo que necesitase fuera tiempo para analizar si en verdad a Ámber se le había ido la cabeza y si la información que había obtenido de ella era fiable.

No lo era, claro.

Durante unos segundos había perdido la cordura, en efecto, pero se había rehecho deprisa. Sin embargo, no estaba segura de cuánto más podría engañarlo.

Alguien como él, que había pasado por lo que había pasado para infiltrarse en las Casas de la Curación y que además conocía bien las técnicas de interrogatorio, no tardaría mucho en comprender que la información que ella le había proporcionado era falsa.

*No puedes seguir así, Ámber. Estás cometiendo un grave error. Reconócelo.*

Sí, era cierto. La lógica era aplastante.

*Te has vuelto inútil. Tienes bastante información. La podrías haber conseguido mucho antes. Debería ser él quien estuviera en esta maldita silla, pero has tenido miedo. Miedo de ponerlo en peligro. ¿Y qué has conseguido? Ponerte tú en peligro. ¿Y para qué? Para nada.*

Oyó que Koben empezaba a bajar las escaleras.

*Deja de ser una inútil. Vamos, reacciona. ¿Qué es más importante? ¿El recipiente, o el contenido?*

Tenía que decidirlo pronto. Su vida dependía de ello. Daba igual que fuera por simple orgullo, o para demostrarle a Belysh que estaba equivocada, o para rectificar su terrible error y recuperar a tiempo el poder que se había estado negando desde que empezó todo aquello. Lo importante era reaccionar de una maldita vez.

*Si el recipiente se rompe, el contenido se pierde. Si el contenido se pierde, pero el recipiente queda intacto... Puede albergar otro contenido. No una, sino más veces, estúpida idiota.*

Sonrió con desgana.

Ordenó a los mensajeros que abandonaran la tarea que les había encomendado meses atrás. Si quería darle la vuelta a la situación, los iba a necesitar. A todos y cada uno de ellos. Y así las tripas, el estómago, las costillas y los músculos empezaron a ocupar de nuevo el lugar que les correspondía.

El proceso fue lento y muy doloroso. Ya lo había sido en su día, cuando les encomendó la tarea de remodelarle la figura; pero ahora, terriblemente agotada, el efecto estaba resultando demoledor.

La puerta se abrió y dejó pasar a un Koben intrigado por los gemidos de angustia que había estado oyendo durante el descenso. Y de la intriga pasó al asombro cuando vio que lo que había creído que era una incipiente rechonchez abdominal, se transformaba en un hinchado balón de piel

tirante, y que los pechos eran ahora más grandes de lo que recordaba haber visto en todo este tiempo.

Cuando el proceso terminó, Ámber era puro sudor y jadeos.

—Niña —dijo Koben—. Eres una caja de sorpresas. Literalmente.

Ámber inspiró y expiró con ganas para recuperar fuerzas. Las iba a necesitar para reaccionar antes que él.

—Sabía que me ocultabas algo, pero reconozco que no me esperaba esto. ¿De cuánto tiempo estás? —preguntó después de acercarse hasta ella y cogerla por el mentón para obligarla a mirarlo—. Nah. —La soltó. Ámber fue incapaz de mantener la cabeza erguida—. En realidad da igual. Lo que cuenta es que para ti era importante ocultármelo, y que ahora ya sé con qué puedo hacerte hablar. Sin rodeos. Sin mentiras.

—No... No vas a ponerle ni un dedo encima —consiguió decir con un hilo de voz.

—¿Ah, no? —replicó divertido—. ¿Por qué?

—Porque cometerías... dos errores.

—¿Dos errores! Dos nada menos... —comentó aún risueño—. ¿Y cuáles serían?

Con la cabeza caída, incapaz de poco más, Ámber sonrió feroz.

—El primero... cabrear a mi marido.

—¿A tu marido? —preguntó desconcertado—. Ah, sí. El adepto ejecutivo —añadió con desprecio—. No me preocupa lo más mínimo un novato, pichón.

Ámber sonrió de nuevo.

—Mejor. Lamentaría que mi Yáxtor... no se divirtiera durante la caza. Ya le he dicho a mi pequeño monstruo... más de una vez, que no es malo... jugar con la comida.

—Si crees que con eso vas a asustarme es que no has comprendido nada. No uso mensajeros, ¿recuerdas? Ningún adepto podrá seguirme la pista cuando acabe contigo y desaparezca.

—Y ahí... tu segundo error.

—¿Cuál?

Ámber, con las fuerzas recuperadas después de haber ganado un valioso tiempo, alzó al fin la cabeza, miró a Koben a los ojos y con una sonrisa despiadada le dijo:

—No amordazarme cuando recuperé el control de los míos.

El rostro de Koben pasó de una mueca divertida a otra de puro dolor en apenas un segundo, cuando Ámber susurró la palabra impronunciable.

Cuando Asima entró en el despacho de Narim, encontró a la supervisora con medio cuerpo desparramado encima de la mesa y balbuceando y llorando sin parar.

Shércroft, sentado enfrente, giró la silla hacia la puerta y sonrió a Asima como un niño orgulloso que muestra la preciosa manualidad que ha hecho para el día de la madre.

—Adepta Suprema. Llegas justo a tiempo. Narim estaba a punto de contarme por qué mató a Belysh.

Asima parpadeó y boqueó.

*Maldito hijo de...*

Consiguió recuperar la compostura. Tarde, claro, pero lo logró.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó, haciendo un gran esfuerzo para mostrarse indiferente.

—En realidad nunca me fui. He estado aquí todo el rato. ¿Por qué has tardado tanto?

*Maldito bastardo*, pensó mientras intentaba no apretar los puños y la mandíbula de pura

frustración y enojo. *Si ya lo sabías, ¿por qué montaste esa escena? ¿Qué esperabas conseguir?*

Se imaginó suspirando, recuperando el control; luego se obligó a enarcar una ceja.

—Alguien tenía que recoger el desastre —se limitó a responder.

—Ya veo —replicó Shércroft con una sonrisa torcida—. Pero ¿por dónde iba? Ah, sí. —Se volvió hacia Narim—. Me estabas contando, querida, lo harta que estabas.

—Esa estúpida... —balbuceó la supervisora—. Esa engreída... Esa metomentodo... Me tenía harta. ¡Harta! Siempre metiendo las narices en mi trabajo, cambiando las asignaciones a su antojo, poniendo en duda mi labor. Hasta la Supervisora General me llamó la atención por su culpa. ¡Por su culpa!

»Soy buena en lo que hago. Soy muy buena. Tal vez no llevara tanto tiempo como ella en esta Casa, ¡pero sé hacer mi trabajo! A la señoritinga, sin embargo, no le bastaba. Tenía que ponerlo en duda todo, criticar cada una de mis decisiones, obligarme a cambiar de parecer. Fui nombrada supervisora del mes en la Casa Ehl’Roy tres veces seguidas. ¡Tres! ¿Lo sabíais? Allí nadie discutía mis asignaciones. ¡Nadie! Y gracias a mí salieron las novicias mejor preparadas. Las mejores. Pero aquí, en cuanto esa idiota empezó a meter el hocico, todas las novicias, acólitas y adeptas empezaron a cuestionar mi trabajo. No pasaba ni un solo día sin que alguna viniera a quejarse. ¡Y todo por su culpa! ¡Por su culpa!

Tanto Shércroft como Asima se limitaron a escuchar, a dejar que se desahogara y terminara ella sola de rellenar los huecos que los habían conducido a aquella solución. Luego se miraron de reojo.

El adepto le señaló con la mirada la tabla de asignaciones. La Adepta Suprema recogió la tableta y repasó por última vez lo que ya había estado estudiando.

—¿Por qué quisiste incriminar a Ámber? —preguntó mientras seguía pasando las páginas—. ¿Qué te hizo ella?

—¿Quién? —replicó Narim desconcertada.

—Ámber —respondió antes de dejar la tableta en la mesa, frente a la supervisora.

Narim le echó un vistazo rápido a los datos.

—Yo no traté de inculparla —dijo apartando con la mano la lista de asignaciones—. Fue la gota que colmó el vaso. Ya tenía a dos sanadoras asignadas, pero como otras tantas, Ámber vino a exigir que se lo diera a ella. Me dijo no sé qué tontería de que este caso era poco común y que como había tratado al paciente durante dos meses, pues que lo tenía fresco y su intervención resultaría más satisfactoria.

»No me convenció, así que le dije que no. Entonces vino Belysh poco después y me pasó los cambios en las asignaciones, así, sin más. Ni se molestó en discutir como otras veces. Dio por hecho que accedería a sus absurdas exigencias. Yo ya estaba harta de tener que pelearme siempre con ella para que al final acabara saliéndose con la suya. Acepté sin rechistar, pero esta vez me aseguré de que fuera la última.

Narim se limpió las lágrimas y se repantigó en el asiento. Parecía muy satisfecha consigo misma para haber estado llorando a moco tendido hacía apenas unos segundos.

Los oyentes permanecieron en silencio, impertérritos.

*Casualidad*, pensó Asima algo divertida. *Todo fue pura casualidad.*

La Adepta Suprema le hizo a Shércroft un gesto con la cabeza. Este la siguió fuera del despacho.

Al fin solos y conscientes de que nadie los escucharía, dijo:

—¿Y bien? ¿Vas a informar a los adeptos, o puedo contar con tu discreción?

—Depende. ¿Qué piensas hacer con ella?

—Lo mismo de siempre.

—Oh. Siempre. Y eso significa...

—Debe ser castigada por su crimen.

—Ya. Pero cómo.

—La trasladaré al lugar más infecto y recóndito. Con suerte tardará en morir; y con mucha más suerte será lo bastante estúpida para creer que saldrá impune si invierte el esfuerzo suficiente en descubrir cómo no sucumbir a la enfermedad. Lo que nos permitirá avanzar en nuestros proyectos de investigación.

Shércroft entrecerró los ojos, escéptico.

—¿Y cuántas van ya?

—Eso no es de tu incumbencia. ¿Vas a informar, sí o no?

—Ya te lo he dicho. Depende.

—Depende de qué.

—De lo que me respondas.

—¿A qué?

—A por qué estabas tan segura de que Ámber no era la asesina y cuál era tu relación con Belysh.

Asima suspiró con cansancio y preguntó:

—¿No puedes dejarlo pasar?

—Sabes que no. Las dudas me producen picores. Normalmente en lugares en los que no puedo rascarme, hasta que por fin las he resuelto.

La adepta cerró los ojos y suspiró de nuevo, con ganas.

—No podía creerlo. Eso es todo.

—¿Por qué?

Asima se mordió el labio. Era inútil evitar las preguntas.

—Tengo planes para ella.

Shércroft frunció el ceño.

—Comprendo —asintió al cabo de un rato, y Asima sospechó que de verdad sabía a qué se refería—. ¿Y Belysh?

—Durante un tiempo fue mi primera opción.

—No es cierto.

—No. No lo es. Pero ya no importa.

—No. En realidad no —convino—. Lamento tu pérdida.

—Gracias —tardó en responder—. ¿Informarás?

—Me deberás un gran favor.

—Y sé que me lo recordarás incluso después de pagado.

—Es la segunda cosa cierta que dices. —Sonrió.

Asima no pudo evitar responderle también con una sonrisa. Estaba cansada. Mucho.

Finalmente asintió.

El adepto se despidió con el mismo gesto y se marchó sin más.

Ella esperó a verlo desaparecer de su vista. Odiaba a ese malnacido metomentodo tanto como lo apreciaba, por mucho que no quisiera reconocerlo. Acto seguido se volvió hacia la puerta. Le habían dado demasiado tiempo a Narim para recomponerse.

*Esto aún no acabado*, pensó antes de girar el pomo con decisión.

Ámber sonrió con ferocidad. Definitivamente, no solo se le daba bien su trabajo, sino que además sentía placer al llevarlo a cabo.

No se trataba de venganza, de devolverle el daño que él le había infligido. Era más sencillo que todo eso: estaba disfrutando el proceso de ir quitando capas y capas hasta llegar al mismo nervio y obligarlo a reaccionar a su gusto. Y ya que había deducido de forma acertada que el «paciente» no utilizaba los mensajeros, se había ahorrado un largo y tedioso camino.

Aunque no había sido fácil. Koben, en efecto, estaba demasiado habituado al dolor. Sin embargo, y a pesar de no haber sido torturado durante más de un día como ella, aún estaba recuperándose de las quemaduras.

—Bien, Koben —dijo mientras le extraía la aguja de coser del lacrimal—. Ahora empieza el interrogatorio de verdad.

*No luches contra la burocracia. Aprovecha sus mecanismos y haz que trabajen para tus fines.*

—Orston Velhas

Shércroft abrió los ojos. Una angustia indescriptible le atenazaba el cuerpo.

Miró hacia la mesita de noche.

Nueve horas seguidas de sueño.

De sueño...

Arrugó la frente, se sentó en la cama, cogió el bloc de notas y empezó a escribir los retazos que aún recordaba.

Era una técnica que había aprendido hacía mucho tiempo. Escribir lo que había soñado y después analizar qué quería decirle la mente en realidad. Dormido solía revelarle muchas más cosas que despierto.

Garabateó con furia durante al menos media hora y luego lo repasó todo casi con la misma rabia. Al terminar suspiró y dejó vagar la mirada. Por último salió de la cama y trepó rápidamente a la silla.

—¡Hoydson! —exclamó al salir de la habitación—. Hoydson. ¡El desayuno!

Un rostro joven asomó por la puerta de la cocina y miró divertido a Shércroft mientras el jefe de archivos se desesperaba al ver que la plataforma de carga tardaba una eternidad en llevarlo al piso de abajo.

—Querrás decir la merienda —contestó el joven con cierta sorna.

—Lo que sea —replicó sacudiendo la mano delante de la cara.

—Me estaba preparando una infusión con pastas. Podemos compartirla, si quieres...

—Lo que sea. Ya he dicho que lo que sea. Vamos. Deprisa. Tengo que salir.

—¿Salir? Si llegaste hace nada.

—Hace diez horas, Hoydson. Eso no es «Hace nada» —dijo al llegar a la puerta de la cocina. Estaba hecho un manojo de nervios.

—Shércroft...

—Las pastas. Y el termo. Ya.

Hoydson frunció los labios en un mohín de disgusto. Masculló una maldición entre dientes, se encogió de hombros y obedeció las órdenes del adepto. Había que reconocerle algo al jefe de archivos: la vida con él no resultaba aburrida, jamás. Nunca dejaba de sorprenderlo.

—Deberías descansar, Shércroft —dijo nada más pasarle la fiambra—. La adepta de la curación dijo que...

—No me esperes despierto —replicó antes de girar la silla y dirigirse hacia la salida.

El joven suspiró. Sonrió al verlo salir por la puerta.

—Atrapa a los malos —musitó antes de volver a sus quehaceres.

Asima observó con atención la reacción de Narim, que parpadeó desorientada, sacudió la cabeza



y, finalmente, intentó deshacerse de las correas que le aprisionaban las muñecas.

Debía reconocerlo: la supervisora sabía interpretar muy bien.

—¿Qué? ¿Qué es esto? —preguntó Narim, desconcertada—. ¿Qué está pasando?

Asima no dijo nada. Convino que lo mejor sería seguir en silencio.

—¿Adepta Suprema? —preguntó Narim sacudiendo de nuevo la cabeza, como si no acabara de creerse dónde estaba y a quién tenía delante—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estoy aquí?

Asima siguió en silencio un buen rato, observando cada reacción, cada palabra, cada gesto.

—¿Qué es este lugar? —insistió la supervisora.

La Adepta Suprema sonrió.

—Es lo que has estado buscando.

—No entiendo...

—Lo entiendes muy bien —la interrumpió. No estaba del mejor humor.

—De verdad que no lo sé —replicó con una súplica implícita.

—Sí lo sabes. No solo retiraste tus mensajeros, sino también parte de los de Belysh. Así que sabes de sobra qué es este lugar.

Narim intentó soltarse una vez más, con fuerza y frenesí. De verdad parecía desesperada y desorientada, pero no lo suficiente para engañar a la Adepta Suprema.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Asima.

—Siento lo de Belysh, de verdad —balbuceó—. Estuvo mal. No debí dejarme llevar por un impulso tan bajo, lo sé. Pero por favor...

—¿Para quién trabajas? —insistió—. ¿Cómo descubriste a Belysh?

—Adepta Suprema, de verdad que yo...

Asima alzó una mano para pedir silencio. Demasiado cansancio acumulado para tirar de paciencia.

—Ahórrate el numerito. Nadie sabe que estás aquí y nadie va a echarte de menos. Saltémonos los preliminares, por favor. Ya va a ser largo y tedioso torturarte.

Narim sonrió con malicia y miró a la Adepta Suprema sin máscaras.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó con seguridad y confianza.

—Obvio, querida —repitió las palabras de Shércroft—. Pura lógica.

Contaba con la ausencia de Asima a aquellas horas de la tarde. Aunque, a diferencia de él, la Adepta Suprema no podía tomarse el día libre cuando le viniera en gana, parecía haber encontrado un momento para descansar, así que no iba a ser tan grosero como para interrumpir su merecida siesta. No, por supuesto que no haría eso, se dijo conteniendo una sonrisa.

Tal como supuso, encontró a la nueva supervisora enfrascada en la lectura de cientos de informes y papeleos. El cargo le había caído encima por sorpresa, tras la caída en desgracia de Narim, así que la pobre no podía descansar ni un minuto; tenía que ponerse pronto al día.

—¿Sí? —preguntó la adepta sin levantar la vista de la tableta que sostenía.

—Vengo a por el informe.

La supervisora, una muchacha joven y algo entrada en carnes, se quedó unos segundos en silencio, repasando los datos; luego alzó apenas la vista, siguió enzarzada en la tableta y, finalmente, levantó el rostro como si le acabaran de dar una bofetada.

—¿Cómo? —preguntó contrariada.

—Vengo a por el informe.

—¿Y tú eres...?

—Shércroft. Jefe de Archivos. ¿Me das mi informe?

La chica parpadeó y boqueó un par de veces.

—¿Qué? ¿Cómo?

Shércroft fingió un suspiro de cansancio.

—Mi informe. Quiero mi maldito informe. Ya vine esta mañana y me dijisteis que regresara por la tarde, que no había nadie para atenderme. Pues bien, ya estoy aquí y no pienso volver una tercera vez. Tengo mejores cosas que hacer que estar todo el día yendo y viniendo. ¿Tienes mi informe listo ya, o no?

—¿El informe de qué? Aquí no tengo constancia de...

—Mira. Estoy harto de que me hagáis perder el tiempo. ¿Dónde está Narim? Me dijo que lo tendría preparado para hoy. Pero ella no está y mi informe tampoco. Si no eres capaz de hacer tu trabajo, no es mi problema. A ver, ¿dónde está la supervisora? Quiero hablar con alguien competente, no con una simple novata.

La adepta carraspeó y se balanceó en el asiento, incómoda.

—Lo siento. Ha habido un cambio y aún me están traspasando...

Shércroft bufó con hastío y se rebulló en la silla.

—¿Qué informe era? —concedió la chica.

—El de Koben. Koben Heiss.

—¿Un paciente? Para proporcionarte el informe necesito una autoriz...

—Mira, todo eso ya lo discutí largo y tendido con Narim. Llegamos a un acuerdo y me dijo que me lo daría en tres días. No voy a volver a pasar por lo mismo. Necesito mi informe y lo necesito para ayer. Ahórrame poner una queja formal por la falta de profesionalidad. Hablaré con la Adepta Suprema si hace falta.

La mujer carraspeó de nuevo.

—¿En papel, o en dispositivo de almacenamiento?

—¿Tengo cara de que me importe? Ah. Y también quiero el informe de seguimiento de la adepta que lo trató. Ámber, si no recuerdo mal. Ámber Arúnder.

La supervisora sacudió la cabeza.

—No puedo proporcionar...

—Ya estamos otra vez —replicó hastiado—. No tengo ganas de discutir durante horas para que al final entres en razón como sucedió con Narim. Evitémonos la pantomima, ¿sí? Tú me lo pasas, y nos perdemos de vista.

—Está bien —contestó al cabo de un rato—. Pero voy a necesitar tus datos y el código de identificación para...

—Sí, sí —la interrumpió dando un manotazo al aire—. Lo que sea.

*En cuanto pueda tengo que hablar con Asima, pensó mientras esperaba con fingida impaciencia los datos que estaba recopilando la adepta. Seguro que solo es temporal, pero está claro que esta muchacha no lleva bien la presión. Cualquiera otra me habría mandado a tomar viento. Con elegancia, sí, pero a tomar viento.*

—Perfecto —respondió el adepto después de que la supervisora le pasara el dispositivo de almacenamiento.

Salió del despacho sin despedirse, cargado de prisas.

Debería haber esperado a llegar a casa para echarle un vistazo a los informes, pero presentía que el tiempo era un factor importante, quizá vital. Y en cuanto dio con el primer recodo

tranquilo, un patio interior poco transitado, sacó la tableta lectora y devoró los datos.

Tres horas después, y tras varios «Gracias, solo estoy descansando» a las adeptas que pasaron por allí por segunda y tercera vez, sacó la pipa y fumó con calma, relajado.

Dio una última calada antes de encajar todas las piezas, salir a toda velocidad de las Casas de la Curación, llegar a la Torre, solicitar un vehículo y emprender viaje a las montañas con la urgencia royéndole las tripas.

*Maldita sea. Cómo no me he dado cuenta antes. Aguanta, muchacha. Aguanta. La caballería está en camino.*

*El instinto, que no la intuición, no es un sexto sentido, y mucho menos resulta fiable. El instinto es un proceso mental que sirve para recordarnos un dato que se recogió en su momento, pero el cerebro decidió ignorarlo.*

*El miedo, por otro lado, es mucho más útil. Mientras el instinto por sí solo responde generalmente tarde, el miedo lo despierta de manera inmediata.*

## —Próxtor Brandan

Koben rio de tal manera que a Ámber le resultó hiriente.

Supo aguantarlo estoica, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener a raya el orgullo. En muchas ocasiones había sido su mejor arma, sí, pero también su mayor defecto.

Era muy consciente de ese hecho, pero saberlo no lo volvía menos molesto.

—Pichón, aún tienes mucho que aprender —replicó Koben con la risa aún entre los dientes.

Ámber sonrió.

—Es cierto. A fin de cuentas, aún soy novata en esto. Quién hubiera dicho que, siendo así, acabarías ahí sentado.

Koben asintió varias veces con la sonrisa pegada en el rostro.

—No te he hecho hablar —prosiguió ella, también con los labios curvados en una moderada sonrisa—. Es más, ya tenía mis dudas al empezar.

—Eso está bien, niña. El primer paso es reconocerlo.

Ámber volvió a sonreír. Esta vez con naturalidad. Él acababa de emplear las mismas palabras que tantas veces le había oído decir a Belysh.

—Estoy de acuerdo. Debí desistir hace un buen rato. Ya tengo la información que necesito, así que, ¿qué más da si no puedo confirmar mi teoría?

Koben frunció ligeramente el ceño.

—Lo que has oído —asintió Ámber—. Oh, tranquilo, no conseguí la información ahora. Lo hiciste bien. No tuvo nada que ver con eso de que los silencios dicen más que las respuestas. —Dio un manotazo al aire—. En realidad fueron las preguntas que me hiciste mientras creías tenerme a tu merced. Aunque sigo sin saber para qué necesitas los datos sobre el proyecto N-207 cuando está claro que procedes de un lugar sin carneútiles. Tampoco importa demasiado cómo descubriste que formo parte del equipo de investigación o si eso fue determinante para que decidieras encerrarme aquí. Lo que sí sé es lo que viniste a buscar, e informaré a quien corresponda.

»Conozco a quiénes forman parte del proyecto. Uno que apenas ha dado sus primeros pasos, así que no creo que sea muy difícil descubrir quién ha filtrado lo de la duplicación de órganos a través de carneútiles para los procedimientos de trasplante.

»Lo que de verdad me intrigaba es tu tolerancia al dolor. Puedo entender que hayas perdido sensibilidad por culpa de las quemaduras. No obstante, y aunque tienes razón al suponer que llevo poco tiempo en esto, nadie me ha aguantado tanto como tú.

Fue el turno de Koben de sonreír abiertamente. En el gesto había implícita una pizca de

malicia y otra de satisfacción.

*Huye, Amber. Huye*, gritó una voz en su cabeza.

—Oh, pichón, pichón. Acerté al pensar que el orgullo te puede. Necesitas tanto demostrar lo lista que eres...

*Corre, Amber. ¿Qué te lo impide? Corre.*

—Ni siquiera me has hecho esperar demasiado. Creí que merecería la pena cambiar las tornas, aguantar hasta verte susurrar las palabras... Pero me decepcionas, niña. Aún no eres alguien.

*Huye. Corre. Vete. Sal de aquí.*

—¿Dolor? —preguntó Koben con la sonrisa más macabra que la adepta había visto jamás.

Ámber por fin reaccionó ante el peligro. Dio media vuelta, abrió la puerta y empezó a subir las escaleras lo más deprisa que pudo, aunque sospechaba que ya era tarde.

—Nunca he sentido dolor —oyó la sentencia final.

No se paró a ver como Koben terminaba de cortar las ligaduras con la hoja afilada que se había sacado de debajo de la carne del antebrazo. No era difícil imaginarlo rasgándose la muñeca con la larga uña del pulgar para acceder al arma.

Subió los peldaños con una mano cubriéndose el vientre y el deseo urgente de salir a campo abierto. Con suerte, su perseguidor conocería tan poco como ella la orografía del lugar. Y si no era el caso, mejor arriesgarse fuera que recorrer las desconocidas habitaciones de una casa propiedad de un psicópata.

*Idiota. Idiota. Claro que podía soportarlo. Tu error fue que descartaste de inmediato la posibilidad de que alguien con una discapacidad como esa hubiera llegado a adulto.*

Ignoró los cortes que le producían las ramas a su paso. Ignoró las heridas en las plantas de los pies desnudos.

*Huye. Huye. Si tus mensajeros no le afectan, date por muerta si te atrapa.*

Koben no podría creerse el error de principiante que había cometido: dejar la puerta principal abierta.

De nada le servía lamentarse. Tenía que acabar con el problema cuanto antes.

*Mierda, voy a quedarme sin paga extra por culpa de esa mocosa.*

Si bien había confirmado parte de sus sospechas cuando decidió que sería beneficioso hacerle sentir segura hasta que bajase la guardia, ¿cuánto valor tendría realmente el informar de que alguien había formado a aquella adepta en el arte del interrogatorio bajo tortura?

*No es suficiente.*

Por otro lado, corromper la investigación del N-207 tenía un alto valor. Si bien el desarrollo del proyecto podía suponer un gran avance en el campo de los trasplantes de órganos, Koben no era tonto. No lo habían enviado allí para descubrir antes que nadie la manera de alargar la esperanza de vida de otros. Por la Teja, había leído por encima los informes antes de hacer las copias. ¿Duplicación del órgano de un individuo antes de la degeneración para evitar el rechazo? ¿Y por qué limitarse a un corazón o un hígado cuando se puede duplicar todo el cuerpo? En eso sí que merecía la pena ser pionero, y hasta el único, en poder llevarlo a cabo.

Pero para conseguirlo, primero tendría que deshacerse de aquella cría cuanto antes y ejecutar lo última parte del plan. Estaba seguro de que Los Espectros sabrían recompensárselo bien.

Con aquella idea como combustible, alimentándolo, comenzó su feroz cacería.

—No puedes esconderte de mí —canturreó Koben—. Conozco este lugar mucho mejor que tú, pichón —añadió al coro.

Ámber, pegada a la pared que formaba un montículo de rocas, se estrujó el vientre por enésima vez.

*Basta, niño, basta.* Apretó los dientes y contuvo el gemido que le trepaba por la garganta. *Mamá está intentando salir con vida de esta. Así que deja de molestar.*

Le dolía cada centímetro del cuerpo. Sabía que era inútil seguir lamentándose por haber utilizado buena parte de los mensajeros para sanarse de manera acelerada cuando tuvo a Koben a su merced. Había deseado tanto impresionarlo, atemorizarlo por el elevado control que tenía sobre los mensajeros, que ni se había planteado la necesidad de echar mano de ellos más tarde.

Apretó de nuevo los dientes y cerró los ojos para ayudarse a contener el grito. Le pesara o no, mantener a los mensajeros ocupados en apartar el dolor no era una opción. Ordenarles que volvieran a recubrir el feto para protegerlo de las diversas caídas que había sufrido durante la huida, tampoco. Obligarlos a detener la hemorragia en las heridas para no dejar rastro de sangre a su paso, sí. La noche había empezado a caer, cubriendo el monte de sombras, pero no podía dar por supuesto que Koben sería incapaz de seguirle la pista. Ya había demostrado con creces que era más de lo que parecía.

*Piensa, Ámber, piensa, maldita sea.*

—¿Pichón? —insistió Koben con la cantinela.

Ámber inspiró y espiró con calma. Necesitaba recuperar el control y la sangre fría.

Captó la presencia de mensajeros a su alrededor. No eran muchos, pero tal vez serían suficientes.

Los llamó, intentó asimilarlos, pero pronto se dio cuenta de que eran demasiado salvajes y que ella no podía perder un tiempo valiosísimo en intentar domarlos.

No era Yáxtor. Solo alguien como él sería capaz de someterlos con rapidez y eficiencia.

Contuvo una maldición.

*Piensa. Piensa. No te precipites. Piensa.*

Sintió una nueva punzada en la tripa, pero contuvo la queja a tiempo.

*Piensa. No siente dolor, aunque sabe fingirlo. Conoce las pautas. Sabe qué hacer ante ciertas acciones y cómo responder ante ciertos estímulos.*

Sacudió la cabeza con rabia.

*Piensa, maldita sea. ¿De qué te sirve saber eso?*

Intentó calmarse a pesar de que las prisas se le columpiaban en el estómago. Necesitaba que las conexiones lógicas fluyeran.

*¿Y si no es consciente de que tiene una herida? Porque tiene que ver la acción para realizar la reacción aprendida, ¿verdad? Y la falta de dolor no implica carencia de consecuencias...*

Abrió los ojos con sorpresa, perpleja por no haberse dado cuenta antes. No iba a ser sencillo llevar a cabo el plan. Saber cómo hacerlo y en qué momento exacto era crucial.

Consiguió asomar la cabeza por encima del parapeto sin ser detectada.

Necesitaba volver a la casa. Debía agenciarse lo que recordaba haber visto colgando del perchero. Solo así tendría una oportunidad. Después de todo, él no esperaría que ella huyera hacia la casa, ¿cierto?

Cerró los ojos.

Suspiró.

Recuperó la fría lógica y detectó un inconveniente en el esquema trazado: se movería con pesadez. Demasiada. Y Koben estaba peligrosamente cerca; por mucho desconcierto que le provocara la inesperada huida hacia delante, tendría tiempo de sobra para reaccionar y volver a la carga.

*Tampoco puedo quedarme aquí eternamente. ¿Qué haría Yáxtor en mi lugar? ¿Qué haría él? ¿Qué?*

Intentó recordar las historias que su marido le había contado. De nuevo sintió aquellas malditas molestias en el vientre y se culpó por ello. Había malacostumbrado al bebé, siempre nadando entre los protectores mensajeros de mamá, y ahora que no estaban se sentía terriblemente inquieto.

Siendo tan pequeño como era, apenas habría asimilado una mínima cantidad y no serían tan eficaces como los de ella, claro. No sin una voluntad bastante desarrollada para domarlos...

De repente se le encendió una luz en la cabeza.

*Tienes unos padres horribles, mi vida. Ya te acostumbrarás.*

Recogió del suelo el primer trozo de rama que encontró, lo aferró bien y luego ordenó a los mensajeros que le duplicaran la velocidad de los impulsos eléctricos y que transformaran el dolor en placer en la medida de lo posible.

Acto seguido salió del parapeto como impulsada por un resorte y corrió y corrió todo lo que pudo y más en dirección a la casa.

Tal como supuso, Koben no tardó mucho en perseguirla, pero Ámber no miró atrás ni una sola vez, aunque solo fuera para comprobar cuánta ventaja le quedaba o si él estaba recortando distancias más rápido de lo que se había figurado.

Las ramas la golpeaban una y otra vez abriéndole feas heridas, y al tercer hoyo que pisó sin darse cuenta, recibió una clamorosa oleada de placer.

Se había torcido el tobillo, tal vez provocado un esguince, pero la falta de dolor la ayudó a proseguir, aunque racionalmente era consciente de que, de seguir forzándolo, acabaría coja de por vida.

Cien metros.

Cien metros más y llegaría a la casa.

Cien.

Noventa y nueve.

Noventa y ocho.

Noventa y siete.

Noventa y...

Cayó de bruces con todo el peso de Koben sobre ella.

Sintió una nueva oleada de placer concentrada en el vientre.

Se revolvió con rabia y obligó a los mensajeros a que olvidaran la orden primaria que tenían de regenerar y siguieran con la que les había dado.

Pudo ponerse en pie, pero apenas dio un par de zancadas antes de que Koben la agarrara por la espalda en un abrazo de oso.

Gritó.

Por mucho que fuera consciente de lo inútil de aquello, gritó por puro instinto, se desgañó sin dejar de forcejear. Mientras Koben estuviera entretenido tratando de someterla, no vería la rama atravesándole el costado, no sentiría los dedos de la adepta hurgándole en la herida.

*Un poco más. Solo un poco más.*

Con todos sus mensajeros ocupados en la tarea de ayudarla a zafarse de aquel energúmeno, llamó a los del bebé, que fueron incapaces de ignorar su voluntad.

Percibió el estrés del feto, su llanto silencioso, pero sin remordimiento alguno lo vació por completo. Lo despojó sin piedad de todos y cada uno de los mensajeros, los dobló casi con rabia y los obligó a entrar, a través de la herida abierta en el costado de Koben, con una orden clara.

Por supuesto, este no se dio cuenta. No hasta que Ámber hurgó y hurgó en la herida a conciencia para que Koben viera por fin lo que acababa de hacer y aflojara el yugo en una reacción aprendida.

Con un último empujón, la adepta consiguió soltarse y echó a correr. Sabía que el efecto de la orden aún tardaría en manifestarse. También sabía que lo que acababa de hacer sacaría a Koben de sus casillas y que la próxima vez que consiguiera atraparla le partiría el cuello.

Corrió.

Corrió y corrió.

Ochenta metros.

Setenta.

Sesenta.

Alcanzó el claro. Vio la casa.

Cincuenta metros hasta su destino final.

Cuarenta.

Oyó a Koben tras ella. Cerca. Terriblemente cerca. Rabioso. Furioso.

Treinta.

—¡Ámber, al suelo! —exclamó alguien.

Obedeció. Sin saber muy bien por qué, obedeció y se cubrió la cabeza.

Oyó una ráfaga de silbidos, después un rugido y pasos a la carrera muy cerca de donde ella estaba tendida. Luego distinguió un forcejeo seguido de más ruidos indescriptibles.

Silencio.

Silencio.

Algo que removía la gravilla del suelo según se le acercaba.

Más silencio.

—¿Estás bien, chiquilla? —captó preocupación—. ¿Te encuentras bien?

Poco a poco apartó los brazos de la cabeza. Poco a poco se atrevió a alzar el rostro y vio una silla de ruedas, un ojo que la observaba con expectación, una mano que le ofrecía ayuda para levantarse. ¿Lo mejor? Reconoció un rostro familiar.

Ámber lloró en silencio. Fue la primera vez que lo hizo sin ordenárselo a sí misma.

Shércroft se colocó a la altura de Hoydson, que seguía de cuclillas junto al cadáver.

Hoydson era joven, quizá demasiado, pero quién no lo había sido alguna vez. Aunque realizaba labores administrativas, también había sido instruido, como todos los adeptos empíricos, para afrontar una situación similar. No era pues de extrañar que hubiera pasado de simple cochero a tirador experto en menos de dos segundos.

—No lo entiendo —dijo Hoydson con frustración—. No hice nada para que acabara así. Sencillamente... se desplomó.



Shércroft observó el cuerpo tendido en el suelo.

—Pásame ese palo de ahí —ordenó al adepto.

Se fijó en la herida del costado y en los enormes cercos morados.

Cuando tuvo la rama en su poder, apretó el abdomen del fallecido Koben Heiss con la punta; después la clavó con fuerza y le abrió una nueva herida en vertical.

La sangre se desparramó de inmediato.

—Tranquilo —dijo al muchacho—. No has sido tú. Este hombre se desangró por dentro. Busca algo para cubrirlo y mételo en el portaequipajes. Nos lo llevamos.

Hoydson asintió sin hacer más preguntas y se puso manos a la obra. Shércroft tomó el control de la silla y fue hasta el vehículo, abrió la puerta y vio a Ámber en la misma posición en que la había dejado: silenciosa, la mirada perdida, rapada, andrajosa, cubierta de moretones y acariciándose con una mano el abultado vientre.

—Te pondrás bien —le dijo sin emoción alguna, como una frase hecha. Nunca había sabido qué decir en estos casos—. Te llevaré de vuelta a las Casas de la Curación para que te vean, y...

—No —interrumpió la muchacha. Por fin había una reacción en el brillo de sus ojos.

—Necesitas que una adepta te...

—No —insistió con una fuerte determinación y antes de volver el rostro hacia él—. Llévame a casa.

—Ámber, entiendo que...

—He dicho que no. No puedo volver. Así no.

*Así, ¿cómo? ¿Embarazada, o molida a palos?*

¿Sería un buen momento para hablarle de Belysh? ¿Decirle que la adepta se había dado cuenta del engaño de Ámber y que por eso la había estado apartado cada vez más de las prácticas? ¿Comentarle que su arrogancia había supuesto la muerte de la maestra?

Shércroft iba a decir algo, pero de nuevo fue interrumpido antes siquiera de empezar a hablar.

—Esto nunca ha pasado. Yo no he puesto la vida de nuestro hijo en peligro. No he sido vejada ni torturada. El paciente fue tratado con éxito, y solo necesito unas vacaciones.

—Podrás evitar el castigo de la supervisora, pero él se dará cuenta. Calculo que volverá en menos de una semana.

—Y yo lo recibiré con una grata sorpresa. ¿Lo quieres contento, o cabreado?

Shércroft entrecerró los ojos, suspicaz. Observó de nuevo los cortes y moretones de la adepta. Había bastantes menos de los que recordaba cuando la subió al vehículo.

—¿Y el pelo?

—Me molestaba —respondió encogiéndose de hombros con tranquilidad.

—¿Y Koben? Aún tengo muchos huecos que rellenar.

—Tienes todo el camino de vuelta para cubrirlos. —Se quedó en silencio unos segundos y luego suspiró—. Esto no es por mí, Shércroft. Es por él.

—¿Por él? —preguntó escéptico.

La frialdad de la chica empezaba a resultarle espeluznante, por más que intentase encarar la situación de un modo racional.

—Por supuesto. Mi Yáxtor tiene por delante un prometedor futuro como adepto y ni tú ni yo vamos a permitir que se desvíe del camino. ¿Verdad? Saldrá en cada misión con la sola idea del éxito en la cabeza, no con la absurda preocupación de dejarme sola. No cuando tú y yo sabemos que esto no es más que una anécdota, una lección que he aprendido bien, algo que no se volverá a repetir. Jamás.

—Hecho —oyó la voz de Hoydson a su espalda—. ¿Examino la casa en busca de pistas?

Shércroft se mantuvo en silencio un buen rato, sin apartar la vista de la muchacha que le devolvía la mirada con absoluta indiferencia.

*Acaba de matar a un tipo reventándole los órganos por dentro y ni pestaña*

No pudo evitar el pensamiento que asomó a continuación a su mente:

*Son tal para cual.*

—¿La reviso, o no? —insistió el joven adepto.

—No hace falta —contestó Shércroft poco después—. Tengo todo lo que necesito —añadió antes de trepar al interior del vehículo.

Minutos después se desplazaban por el pedregoso y accidentado camino con el débil *rum-bum-chun* del motor a compresión accionado por mensajeros.

Shércroft, sentado frente a la adepta, sacó la pipa y se puso a fumar.

—Bien, querida. Empecemos con el interrogatorio.

Ámber sonrió con la boca torcida y la vista clavada en la ventanilla. El Jefe de Archivos mordió la boquilla en un gesto involuntario.

*Así que esta es la futura Adepta Suprema de la Curación... El mundo ya puede empezar a temblar.*

*Cuando lo imposible es la única alternativa, tal vez no vayas tan desencaminado. Puede que lo que falle sea la perspectiva, por muy inverosímil que parezca, para que todo cobre sentido.*

—**Fléiter Pragem**

Asima se dio la vuelta en la cama por enésima vez.

Estaba molida. El cuerpo le pedía a gritos un sueño reparador, pero su mente era incapaz de desconectar. La cabeza era una olla a presión en la que bullían pensamientos, recriminaciones, decisiones que no sabía concretar.

¿Qué hacer?

Por una parte estaba Ámber.

Tras la muerte de Belysh, la joven volvería a estar en el lugar donde siempre debió estar: desconectada de la organización, libre de cualquier otra responsabilidad que no fuera acabar dirigiendo las Casas de la Curación llegado el momento. Pero ¿sería suficiente para ella? ¿Después de haber probado las mieles del mundo secreto, sería capaz de mantenerse alejada de los panales?

*¿Por qué no?*, se decía la Adepta Suprema. *¿Por qué no?*, intentaba convencerse.

Solo ella conocía la implicación de la muchacha, así que podría guiarla, sabría darle tareas que la motivaran y la mantuvieran entretenida hasta que finalmente un día olvidara lo que fue una vez.

Torció el gesto.

Se preguntó cuántos eslabones perdidos como Ámber habría esparcidos por ahí y cuántos habrían vuelto de verdad a sus antiguas vidas como si tal cosa, sabiendo todo lo que habían aprendido como miembros de la organización.

Sacudió la cabeza.

Poco importaba en este caso. Asima dirigiría el esfuerzo para que Ámber no lamentara haberse quedado aislada, le daría un propósito.

Volvió a darse la vuelta en la cama y, por última vez, ordenó a los mensajeros de Belysh (los que había sustraído a Narim antes de matarla) que le proyectaran los recuerdos de su alumna a las retinas.

Al terminar, permitió que la congoja saliera y lloró en silencio. Luego se abrazó con fuerza y se hizo un ovillo.

Belysh, consciente de que no saldría con vida de la situación en la que había acabado, invirtió sus últimos esfuerzos en ordenar a sus mensajeros que le borrarán cualquier recuerdo sobre la organización o las investigaciones centradas en ese menester. Sin embargo, se desangró más deprisa de lo previsto y murió antes de poder eliminarlo todo. Aun así, consiguió borrar lo más relevante.

Asima se dio cuenta de repente de que tenía las mejillas frías y pegajosas. Estaba llorando. ¿Cuándo fue la última vez? Probablemente cuando aceptó el cargo de Adepta Suprema y decidió que Shércroft...

Se limpió las lágrimas con rabia.

*Tonta, tonta, recriminó con cariño a una Belysh que ya no le replicaría. ¿Por qué tuviste que morir a manos de una don nadie?*

¿Lo era?

Sí, en el fondo sí.

Parte del proceso del interrogatorio había consistido en bombardear a Narim de mensajeros para obtener sus recuerdos (algo en lo que Asima se había vuelto toda una experta); y de los retazos que había obtenido, tras un durísimo tira y afloja había conseguido la inesperada y cruda verdad.

La supervisora había sido empujada desde distintos frentes hasta que finalmente tomó la decisión de matar: la risa inoportuna de una compañera, el comentario de un desconocido dándole la razón en un bar mientras trataba de camelársela, la larga espera en una ventanilla de la Administración Central para que luego ignorasen su solicitud, la discusión con una acólita, el que casi la atropellara un vehículo en un día de lluvia...

No había sido algo inmediato, sino una larga concatenación de sucesos, pero Asima comprendió que de haber querido manipularla para obtener ese resultado tampoco le habría supuesto un reto difícil. No habría hecho falta ser Shércroft para caer en la cuenta de que Narim tenía la compulsión de mantener todo bajo control, y en cuanto lo perdía se volvía inestable.

Esa necesidad impulsiva le había permitido ser una de las mejores supervisoras, y por eso había acabado ocupando el puesto, claro. Pero hasta que llegó a las Casas de la Curación de Alboné, nunca tuvo que lidiar con la cabezota y quisquillosa Belysh.

Sonrió a su pesar. Sí, ella también había tenido que «sufriarla».

Fruunció el ceño y apretó la mandíbula.

Ese no era un motivo válido para que aquella idiota decidiera acabar con la vida de Belysh, ni muchísimo menos. Para colmo, la muy tonta había creído en el último momento que podría salirse con la suya, dándose una importancia que no tenía, al descubrir de pura chiripa una información valiosa con la que esperaba chantajearla. A la Adepta Suprema nada menos. Ja.

Asima no sintió regocijo alguno cuando terminó con Narim y se deshizo del cadáver. Tal vez un poco de frustración cuando se dio cuenta de que Belysh no había sido asesinada porque hubiera sido descubierta ni nada parecido, sino por simple e infantil rencor.

En efecto, eso era lo peor. La vacuidad, la futilidad de la muerte de su alumna, el vacío que iba a dejar y al que nadie daría importancia porque la excusa para su ausencia iba a ser que Belysh se había quedado embarazada por tercera vez y la Adepta Suprema la había apartado como castigo. Habría rumores, en efecto, pero al no ser la primera, ninguna adepta se extrañaría de que no volviera.

*Maldita sea, no te merecías ese final.*

Contuvo de nuevo las lágrimas, esta vez de rabia e impotencia.

Suspiró y ordenó a los mensajeros que empezaran el proceso de borrado. Todo rastro de Belysh sería eliminado. Asima la recordaría, por supuesto, y más sabiendo que Ámber...

Arrugó la frente.

*Espera, espera. ¿Por qué Belysh eliminó los recuerdos desde la media tarde hasta bien entrada la noche, cuando abrió la puerta a Narim? Ese día no tuvo contacto alguno con Ámber; solo la incluyó en la corrección de asignaciones. Sin embargo... el reconocimiento que le ordené ni se molestó en borrarlo. ¿Por qué?*

Asima era consciente de que todo aquello sonaba a atrapar humo con una red de pescador. Y

aun así...

*Imposible. Solo estoy buscando una conexión para darle sentido a todo este despropósito. Nada más.*

Y aun así...

*Narim no era alguien; no era nada. Fue pura fatalidad. Nadie en concreto la empujó para eliminar a Belysh. Es absurdo.*

Y aun así...

*¿Por qué hay tantos huecos en los últimos cinco años? ¿De verdad no borró del todo los recuerdos anteriores a esa fecha porque no le dio tiempo, o sencillamente priorizó? ¿Y por qué no eliminó el del día en el que le ordené que dejara la investigación? ¿Por qué dejó intacto el recuerdo en el que estudiaba a fondo de la rama familiar de los Brandan?*

Se levantó de la cama con el corazón latándole a mil y los ojos abiertos de par en par.

*¿Acaso esperaba que yo atrapara a su asesina? ¿Que me diera cuenta de que no me hizo caso? ¿Por qué tuvo tan claro que Narim le extraería todos los mensajeros y se apoderaría de ellos, de todos los recuerdos, no solo del asesinato?*

Buceó una vez más en los recuerdos de Narim. Nada parecía faltar, pero tampoco dio con el motivo por el que la supervisora decidió extraer todos los mensajeros de Belysh. ¿Quién perdería el tiempo en algo así y por qué?

*Esto que estoy haciendo es una tontería, se recriminó con frustración.*

Y aun así...

Comprendió de inmediato que no volvería a recibir noticias de Narim. Una pena, la verdad. Era solo un peón, como todos los que había manipulado durante años; no obstante, que no volviera a saber de ella significaba que había alguien más aparte de Belysh, así que no podía bajar la guardia.

La maldita adepta se había acercado demasiado. No había conseguido la información completa, pero quizá sí la suficiente para hacer la conexión.

Ahora más que nunca debía andarse con cuidado, mantener un perfil más bajo aún del que había mostrado en los últimos veinte años; ser menos tangible que una sombra.

*Átame al mundo.  
Grita, maldice.  
La culpa fue tuya.*

*Átame al mundo.  
Aúlla, maldice.  
La culpa fue toda tuya.*

*Átame al mundo.  
Nada borrará lo que hiciste.  
Me aseguraré de ello,  
de que lamentes todo.*

*Hasta el día de tu muerte.*

—**R'nendo, estribillo de *Átame al mundo***

Ámber terminó la infusión, dejó la taza sobre la mesa, fue hasta el capazo y, con mucho cuidado y mimo, sacó al bebé que luego acunó en su regazo.

El niño se quedó mirándola con los ojos bien abiertos mientras ella se acomodaba en el sillón. Ambos permanecieron un buen rato en silencio, sin apartar la vista el uno del otro.

—Yo también te quiero, tonto —le susurró Ámber con una amplia sonrisa.

El bebé respondió con otra, desdentada, que emocionó a la madre.

—Ay... sí. Qué retorcida es la biología que me hace quererte, cosita fea, a pesar de la bajada del nivel de hormonas, ¿eh? ¿Eh?

—Le acarició la pequeña boca.

El crepitar de las ascuas de la chimenea despertó a Ámber de su ensoñación. Rápidamente sacó una tira de tela, la empapó con la saliva del bebé y esperó con paciencia a comprobar lo que ya sospechaba: seguía sin haber cambios.

Se recostó en el sillón y permaneció en silencio con la vista clavada en las llamas.

*Da igual las veces que lo mires. El resultado seguirá siendo el mismo.*

Volvió la vista al regazo y vio de nuevo aquellos ojos despiertos que la observaban sin parpadear. A veces hasta se imaginaba que la miraban con reproche.

—Mamá te hizo una buena faena, ¿eh?

Apretó al bebé contra su pecho y cerró los ojos. No había esperado en ningún momento que el niño heredara la increíble habilidad del padre, pero que tampoco fuera capaz de asimilar los mensajeros que había a su alrededor, aunque fuese por puro instinto...

—Visita, señora —anunció la carneútil.

Ámber no dio ninguna muestra de haberla oído. En esos momentos tenía la cabeza en otro sitio: su niño iba a ser un inválido en aquel mundo donde el uso de mensajeros lo era todo. Y

sospechaba que era culpa suya, por lo que le hizo aquel día.

—No importa, mi vida —dijo con una sonrisa a medias al acordarse de Shércroft. Al Jefe de Archivos no le había ido tan mal, después de todo—. Seguro que vas a ser un niño muy listo, con esos ojitos tan despiertos que tienes. ¿A que sí? ¿A que sí?

—¿Estás segura?

Ámber arrugó la frente. No reconocía la voz, pero el tono hizo que sonara una alarma.

Se volvió hacia la visita con parsimonia, ganando tiempo para observar con detenimiento las ropas, la envergadura, las facciones...

*Está mal*, pensó de inmediato. *Hay algo... incorrecto en lo que veo, torcido, pero ¿qué?*

—¿Crees que podremos engañar a papá otra vez? —susurró al bebé.

Intuyó la respuesta.

El propio peso del cuerpo le estaba estrangulando aún más las muñecas. A esas alturas, más que manos tenía dos piedras moradas. Aunque, claro, las piedras carecían de sensibilidad y Ámber aún no la había perdido. Al contrario, el universo entero se había convertido en puro dolor.

Tenía muy claro que no podría salirse con la suya como la otra vez, y menos si empleaba la misma forma de encarar el problema. En esta ocasión de poco le iba a servir mostrarse desvalida y asustada (aunque lo estaba). Su actual torturador nada tenía que ver con Koben. La actitud, la forma de proceder...

Koben tenía un propósito: obtener información; este no.

Bueno, en realidad, sí.

Había acudido a la casa con intención de matarla, sin lugar a dudas; sin embargo, no se había limitado a ejecutarla sin más. Estaba disfrutando con una tortura innecesaria.

*¿Innecesaria? ¿Estás segura de eso?*

Ámber decidió apartar cualquier pensamiento sombrío o derrotista que la desviara del objetivo, ordenó a los pocos mensajeros que le quedaban que desconectaran el dolor para concentrarse mejor y observó los movimientos del intruso desde una perspectiva fría y desapegada. Aquel tipo era una auténtica máquina de matar e infligir dolor, pero había algo más bajo cada uno de sus gestos. No se trataba solo de que fuera metódico o demostrara experiencia. De alguna forma, la adepta intuía que había algo personal.

*Un mensaje. Pretende mandar un mensaje. ¿A los adeptos empíricos... o solo a Yáxtor?*

—Estás cometiendo un error —se sorprendió diciéndole mientras el hombre observaba al bebé como si fuera una babosa repugnante— Sí, puede que a Yáxtor le afecte mi muerte, y hasta es posible que lo deje aturdido durante un tiempo. No sé... ¿dos horas? ¿Menos? Pero entonces el monstruo tomará el control y, cuando eso suceda, nada en este mundo te protegerá de él.

Captó una sonrisa a medias en aquel rostro incorrecto, falso. Parecía un gesto de jocosidad, pero se dio cuenta de que era puro desprecio hacia sus palabras. Algo encajó de pronto en la cabeza de la adepta en cuanto lo vio sacar al niño del capazo.

*Claro que tiene intención de matar al niño, so idiota. ¿Qué esperabas? Es un sádico, así que, ¿por qué iba a tener misericordia de él? La cuestión es: si no tienes dudas de que no hay escapatoria posible, ¿quieres ver a tu hijo morir?, ¿sentir la impotencia?, ¿desmoronarte ante ese bastardo? Adelante. Ten valor. Hazlo.*

Ámber arrancó a reír en el tono más hiriente que pudo. Necesitaba que volviera su atención hacia ella y dejara estar al niño, necesitaba morir primero.

—Eres un iluso —dijo entre carcajada y carcajada—, un imbécil integral si de verdad crees que vas a salirte con la tuya.

Rio más y más fuerte mientras comprobaba que el tipo crispaba la mandíbula.

—Oh, soy listísimo, jo, jo, jo —se mofó—. Llevo años haciendo esto y nadie me ha atrapado jamás, je, je, je. ¿Qué puede hacerme un niño?, jo, jo, jo. Voy a infravalorarlo, venga, porque soy así de estupendo. Total, ¿qué lecciones me puede dar esta cría a la que he tenido que atar y extirparle buena parte de sus mensajeros para que no me dé problemas? Oooh, sí. Soy tan bueno en lo que hago que no me atrevo a que una mujer sea capaz de oponer resistencia si la dejas a su aire, jo, jo, jo.

Él, por fin, se dio la vuelta y la miró a los ojos. Ámber sintió de repente que el universo entero se colapsaba en su vientre. El lenguaje corporal de aquel hombre le revelaba algo que a la adepta le costaba digerir. No podía decir que había cometido un error al alterarlo de esa manera porque ahora, en efecto, iba a centrar toda la rabia en ella, hacerla sufrir tal como ella esperaba, pero... no de la manera en la que lo había planeado. Iba a ser mucho, mucho peor.

El intruso dejó al bebé encima de la mesa y caminó hacia la mujer. En cada paso que daba, Ámber confirmaba su descubrimiento.

—Sé quién eres —dijo sin darse cuenta.

—Lo dudo mucho. —La agarró de la cara con fuerza.

—Reconozco a un monstruo cuando lo veo —consiguió decir a pesar de la presa—, y también las marcas que lo identifican.

—Vaya. —Sonrió y a Ámber se le congeló el cuerpo entero—. Una pena que saberlo ahora no te sirva de nada, ¿verdad?

Se fue directo a la mesa donde había dejado al bebé, lo despojó de la ropa, sacó un cuchillo de carnicero y cortó de un tajo la piernecita sonrosada.

El niño lloró desconsolado. Ámber, con los ojos desorbitados, estuvo a punto de desmayarse cuando vio caer el cuchillo otra vez y otra y otra... Ni siquiera se dio cuenta de que estaba gritando.

No tenía la mente rota, aún no, no del todo. A pesar de lo que le había obligado a ver, Ámber consiguió distanciarse y contemplarlo todo como un lejano punto de luz en un largo túnel.

Ahora, mientras el insoportable dolor la inundaba de pies a cabeza y veía como le extraían los intestinos, resistió el impulso de ordenar a los escasísimos mensajeros que le quedaban que pusieran punto y final a aquella angustia. Sabía que si no lo hacía agonizaría un par de horas más hasta su muerte, pero mantuvo la lucidez suficiente para dar una última orden que diera sentido a aquel despropósito.

*Yáxtor, por favor, tienes que ver el mensaje. Tienes que darte cuenta de quién es él y hacer que pague. Hazlo sufrir, mi vida. Cuento contigo, mi amor, mi monstruo.*

Lloró y sonrió a pesar de todo.



## INTERLUDIO

*Aún no sabemos del todo cómo funciona la memoria. Sí que estamos seguros de una cosa: nos miente. Continuamente reinventa el pasado y lo ajusta a nuestro presente, reinterpreta lo que fuimos para acomodarlo a lo que somos y manipula los acontecimientos para que encajen en una estructura que nosotros mismos hemos creado. Recordar es mentir, algo que siempre deberíamos tener presente.*

—Orston Velhas

Fléiter Praghem dejó que los últimos restos de su disfraz se desvanecieran, cogió su bastón y contempló la ciudad que se extendía a sus pies.

La mañana avanzaba con calma hacia el mediodía. La ciudad de Lambodonas se ponía de nuevo el vestido de dama y arrojaba los afeites de prostituta a las sombras... hasta la noche siguiente.

En Fléiter ya no quedaba rastro alguno del orondo comerciante que había pasado la noche en la taberna. Solo los ojos seguían siendo los mismos. Los mensajeros de transformación se iban volviendo inertes a su alrededor, muriendo cada vez más rápido, y el aire se poblaba del característico olor metálico que siempre acompañaba a la degradación de estos.

Fléiter miró una última vez por la ventana, abrió la puerta y abandonó la habitación. Salió a un patio cuadrado donde los acólitos realizaban los ejercicios de la mañana. Pasó junto a ellos sin apenas echarles un vistazo y no tardó en entrar en la Torre. Casi a la vez, el reloj que la coronaba marcó las diez.

Un adepto lo esperaba en el vestíbulo y lo saludó con una inclinación de cabeza a la que Fléiter respondió a regañadientes.

Había muchos lugares de Alboné donde se sentía a gusto, pero la morada de los adeptos empíricos no era uno de ellos.

Se dejó guiar hacia los archivos sin decir una sola palabra, y luego atendió en silencio a las innecesarias explicaciones que el adepto le dio en tono neutro y cansino.

—Gracias —dijo—. Creo que sabré apañármelas.

Tras una nueva inclinación de cabeza, el adepto dio media vuelta y lo dejó solo.

Fléiter cogió una hoja de papel, puso sobre ella el punzón y se acopló a la sien la cápsula que contenía los mensajeros de lectura. Cerró los ojos, esperó unos instantes, visualizó cuidadosamente lo que quería transmitir y después lanzó al aire la palabra impronunciable que debía activarlos.

Casi al instante, el punzón empezó a trazar un retrato sobre el papel. A partir de la imagen formada en su mente, los mensajeros de lectura dibujaban el rostro de una mujer joven y, rápidamente, iban llenando las facciones de detalles. Fléiter seguía con los ojos cerrados, tratando de recordar hasta lo más nimio sobre la mujer que había entrado la noche anterior en la taberna y

se había reunido con el hombre al que seguía.

Al cabo de un rato, el sonido del punzón sobre el papel cesó y Fléiter abrió los ojos. El retrato era de una precisión maniática, completo hasta el más mínimo elemento.

Mientras cogía una nueva hoja de papel y una nueva cápsula de mensajeros de lectura, Fléiter se dio cuenta de que había alguien detrás de él.

Se volvió a medias y vio a un hombrecillo arrugado y tuerto en una silla de ruedas. Como de costumbre, el Jefe de Archivos se las había apañado para entrar en la sala y acercarse a él sin hacer el menor ruido. Contemplaba a Fléiter con el asomo de una sonrisa en los labios arrugados y un brillo divertido en la mirada. Una mirada vivaz, brillante. La mirada de un adolescente en perpetua maravilla ante lo que le rodeaba; en absoluto la de un anciano.

—Buenos días, adepto Shércroft.

—Buenos días, comandante Pragem. Parece que fue una noche productiva.

Fléiter se encogió de hombros.

—Ya veremos. Quizá sea un callejón sin salida. Otro más.

El jefe de archivos no respondió. Pareció sopesar unos instantes las palabras de Fléiter, terminó por asentir pensativamente y luego se alejó en silencio.

Fléiter contuvo una maldición mascullada a medias. Malditos albonenses, se dijo. Condenados adeptos empíricos con sus aires de superioridad y sus ademanes enigmáticos.

Llevaba más de veinte años en el Continente Primigenio. Veinte años recopilando información y esparciendo desinformación, siempre al servicio de la Confederación Occidental. Y buena parte de aquellos veinte años los había pasado allí, tratando con los albonenses y colaborando con los adeptos empíricos. Debería estar acostumbrado a aquellas alturas, pero no. No creía que fuera a acostumbrarse jamás.

Tomó aire, se colocó la segunda cápsula de mensajeros de lectura en la sien y se concentró en el segundo rostro. Cerró los ojos y soltó la palabra impronunciable que activó a los mensajeros.

Shércroft regresó cuando el segundo retrato estaba terminado. Fléiter, que acababa de abrir los ojos y se quitaba la cápsula vacía de la sien, sintió de nuevo al viejo a su espalda. Sin volverse, examinó el trabajo de los mensajeros y, como el anterior, lo encontró impecable.

Suspiró y solo entonces se volvió hacia el Jefe de Archivos.

—¿Puedo ayudarte en algo, adepto Shércroft?

El viejo negó con la cabeza y dijo:

—Una fisonomía interesante.

—Cierto —convino Fléiter, aunque no era esa la palabra que él habría usado—. Me pregunto quién se oculta tras ella.

—Tal vez nadie.

Fléiter frunció el ceño. Shércroft sonrió.

*Ah, a la Teja con todos ellos*, pensó el occidental antes de guardar ambos retratos en una carpeta, ponérsela bajo el brazo y levantarse del asiento.

—Gracias por dejarme usar vuestras instalaciones —dijo.

—Somos aliados, comandante. Compartimos los objetivos y los recursos si es necesario.

¿De verdad?

Fléiter lo dudaba a veces. El Capítulo de Información de la Confederación Occidental llevaba colaborando con los Adeptos Empíricos de Alboné desde antes del final de la Guerra del Martillo. Una colaboración que, sin duda, había sido beneficiosa para ambos. Pero ¿realmente compartían los objetivos? Y de ser así, ¿hasta qué punto?

Fléiter no tenía respuesta para ninguna de las dos preguntas. Se despidió del Jefe de Archivos con un gesto de cabeza y abandonó la sala.

Pensó en pasarse a ver cómo seguía Yáxtor, pero en lugar de eso, media hora después de haber salido de la Torre estaba a las puertas de la casa de Mishra.

El enorme edificio parecía abandonado a aquellas horas. Lo recibió un criado de librea que no parecía completamente despierto y que lo dejó en un pequeño salón mientras avisaba a la dueña de la casa.

Mishra apareció poco después. Imponente, como siempre, con aspecto de llevar horas despierta y sin que la visita de Fléiter le pareciera extraña o la pillara por sorpresa.

—Comandante —dijo mientras entraba—, no es quizá el mejor momento, pero estoy segura de que podremos satisfacer tus necesidades.

Fléiter sonrió.

—No es necesario, Mishra —dijo—. En realidad no he venido a... usar los servicios de la casa.

Mishra enarcó una ceja. Se sentó y cruzó las piernas. La falda se abrió y dejó ver una generosa porción de un muslo bien formado.

—¿Entonces?

—Me preguntaba si te gustaría acompañarme a almorzar. Siempre que te venga bien, por supuesto.

Mishra lo contempló en silencio, como si intentase adivinar qué quería Fléiter realmente.

—Se acerca la fiesta del solsticio y me esperan unos días muy atareados —dijo al fin—. Pero puedo disponer de unos minutos... quizá algo más. Si no te importa que comamos aquí.

Fléiter asintió.

—Será un placer.

Mishra pareció a punto de sonreír. Cambió de idea en el último momento y se puso en pie. Fléiter la imitó y se sintió torpe. Los movimientos de Mishra eran precisos, seguros, fluidos, llenos de una elegancia que, por más que Fléiter supiera ensayada, parecía totalmente natural en ella. Se preguntó qué hacía allí, a qué había ido, por qué demonios estaba invitando a almorzar a la dueña de la mejor casa de carneútiles de todo el Continente Primigenio.

—Sígueme, por favor —dijo ella.

El almuerzo fue exquisito. También fue el momento más extraño que Fléiter había experimentado en toda su vida.

Ninguno de los dos dijo nada, entretenidos en saborear las viandas que los lacayos de la casa les iban trayendo. A veces Mishra le señalaba un manjar, Fléiter lo cogía y, sin apartar la vista de ella, lo saboreaba. Era como si el tiempo hubiera dejado de transcurrir a su alrededor y el mundo se hubiera convertido en una ilusión.

La comida culminó con un café negrísimo que paladearon en dos tacitas minúsculas, al estilo de Ashgramor. Solo entonces, finalizado el silencioso ritual, Mishra dijo:

—Espero que haya sido de tu agrado, comandante.

—Más de lo que podía esperar —respondió él.

Se sentía torpe, zafio, pero no le importaba.

—Como te dije, nos espera mucho trabajo estos días y me temo que ya lo he descuidado demasiado.

—Comprendo —dijo Fléiter mientras se ponía en pie.

Ella lo imitó y le indicó la salida con un ademán elegante.

—Por supuesto, siempre eres bienvenido, comandante. A cualquier hora.

Fléiter asintió.

—Gracias.

Mishra lo acompañó a la puerta y allí se despidió de él con una sonrisa. Fléiter recorrió las calles de Lambodonas como quien deambula por el paisaje nebuloso de un sueño. No sabía qué pensar, no estaba seguro de lo que sentía y ni siquiera tenía una idea muy clara de por qué había ido a la casa de Mishra.

Tampoco le importaba lo más mínimo.

Reconocía el pozo. Era una imagen que se empeñaba en no desaparecer, como un icono, un bastión, un ancla de la memoria. ¿Cuándo fue la última vez que «soñó» con aquella imagen? Puede que hiciera cien años, o quizá, días. Yáxtor Brandan no lo tenía muy claro.

Pero no era exactamente como recordaba: el pozo no estaba en mitad de ninguna parte por mucho que intuyera un patio cerca, sino que se situaba en medio de un salón que le resultaba tremendamente familiar.

*Es... mi hogar. ¿Por qué?*

También había un elemento diferente en aquella primera imagen, aquel retazo de recuerdo: una figura oscura se sentaba al borde del pozo con las piernas hacia fuera y se balanceaba, divertida, mientras contemplaba la escena que estaba teniendo lugar cerca de la chimenea. La reconoció sin problemas. Era Ámber... o al menos todo lo que quedaba de ella. La personalidad recreada a través de los recuerdos que había recobrado de ella e introducida en la espada que le había regalado el emperador de Hanoi. Un fantasma. Una ilusión. Un arma.

Yáxtor sintió que un temblor lo recorría de arriba abajo. No quería mirar hacia el lugar donde la espada posaba la vista, pero se obligó.

Con un tremendo esfuerzo se giró, y una sombra grotesca cayó sobre él y lo partió por la mitad.

—¿Qué me estás diciendo, Qérlex?

—¿De verdad quieres que te lo repita?

—No. Lo que querría es que, por una vez...

Orston Velhas guardó silencio, entrelazó las manos y trató de reprimir la furia. Su éxito fue moderado. Frente a él, Qérlex Targerian trataba de aparentar una tranquilidad que no sentía.

—Así que hiciste una copia de los recuerdos de Yáxtor, la guardaste sin autorización y alguien la ha robado —resumió el Regente—. Yáxtor la ha conseguido y ahora lo recuerda todo. ¿Voy bien?

Qérlex asintió.

—Aparquemos por un momento la cuestión de que lo que hiciste fue una violación directa de las órdenes de la Reina. Dejemos eso a un lado, si podemos, y concentrémonos en lo que importa: Yáxtor ha recuperado los recuerdos. No tenemos ni idea de hasta qué punto ha afectado eso a su eficacia como adepto empírico ejecutivo, lo cual, te recuerdo, debería ser tu única prioridad; y la mía, ya que estamos.

—No parece que le haya afectado en nada.

—No, no lo parece. Pero *parece* es una palabra bastante resbaladiza, Qérlex.

—¿Y no crees que el muchacho se lo merecía?

Orston tomó aire y se llevó las manos al rostro.

—Sé que te has sentido mal por lo ocurrido todos estos años, pero hicimos lo que debíamos. Cumplimos las órdenes y salvamos a Yáxtor de la locura.

»Da igual —añadió mientras espantaba con una mano las palabras que estaban a punto de formársele en la boca—. Da igual. Asumamos que el muchacho no ha perdido eficiencia. De acuerdo. Que se quede con sus condenados recuerdos si quiere. Solo que... Da igual. Lidiaremos con la Reina a su debido tiempo, y que ella decida lo que tenga que decidir.

—Orston...

—No, ni una palabra. No es asunto nuestro. No estamos aquí para cuestionar la voluntad de nuestra monarca, sino para cumplirla. Y si no eres capaz de verlo así, ha llegado el momento de buscar un nuevo Adepto Empírico Supremo. Y quizá un nuevo Maestro de Artífices.

—Soy consciente de mi deber, te lo aseguro.

—Bien, porque ahora mismo nos has metido en un buen lío y no precisamente por cumplir con tu deber. No importa. Ya nos las apañaremos, porque si todo lo que me has contado es cierto, tenemos asuntos más graves de los que preocuparnos.

Qérlex asintió.

—Eso intentaba decirte...

—Y quizá, después de todo, tu metedura de pata resulte providencial. Porque sin ella, no sabríamos que tenemos un topo justo bajo nuestras narices. Un topo que tiene acceso a los lugares más recónditos, prohibidos y vigilados de nuestro sistema y que se pasea por ellos como si fuera su amo y señor. Gracias por arruinarme el día, Qérlex. Al menos sabemos que existe, aunque no tengamos la menor idea de cómo se las ingenia para hacer lo que hace. No es mucho, pero es algo.

Puso las manos encima de la mesa, respiró profundamente y añadió:

—Ahora déjame. Empieza a trabajar cuanto antes en una forma de detectar la filtración. Y si es necesario, pon también a todos tus artífices.

Qérlex asintió y dejó el despacho del Regente.

*Condenado viejo*, se dijo Orston. *Maldito viejo*.

Siempre había sospechado algo. No algo como eso, pero siempre había tenido claro que Qérlex no había seguido del todo las instrucciones de la Reina referidas a Yáxtor. El modo en que hablaba del joven adepto, su forma de comportarse a lo largo de aquellos años, la manera en que intentaba arrastrarlo a peregrinas discusiones sobre lo que habían hecho y por qué...

Había atribuido todo aquello a un puro sentimiento de culpa, pero debió suponer que había algo más.

Condenado viejo.

Aunque algo bueno había salido de todo aquello: sabían que tenían un espía, o al menos que lo habían tenido durante los últimos siete años, puede que desde más.

Saberlo no los ayudaba a detenerlo o localizarlo, pero la ignorancia habría sido peor. Y Qérlex pondría todas sus habilidades a trabajar, de eso estaba seguro. Antes o después daría con un modo de localizar al espía, de tenderle una trampa.

Sí, antes o después.

Pensó en Yáxtor, y se preguntó qué habría sentido al recuperar de pronto la parte más importante y dolorosa de su vida, cómo habría reaccionado, de qué modo había encajado lo que había sido con lo que era ahora, cómo...

Entonces pensó en la Reina. En todo lo que no sabía de ella, en todo lo que temía acerca de

ella y en todo lo que no se atrevía a pensar sobre ella.

*No le va a gustar. No le va a gustar nada de nada.*

Shércroft tenía tres expedientes delante de él. Tres expedientes de apariencia totalmente inocua: una orden de traslado, un decreto de silencio y una notificación de proceso.

Y tenía algo más.

Tenía el informe al que apuntaban aquellos tres expedientes. Un informe que no existía oficialmente y que solo la Reina, el Regente y el Adepto Empírico Supremo tenían autorización para leer.

Cargó la pipa y se recostó en la silla de ruedas.

¿Estaba seguro de lo que iba a hacer? Una vez que leyera aquel informe no habría posibilidad de dar media vuelta. Una vez que lo leyese, sabría.

El conocimiento era peligroso, podía ser mortal.

*Pero la ignorancia es peor.*

Repasó de nuevo sus movimientos durante los últimos días, la cadena de acontecimientos que había puesto en marcha con las primeras órdenes.

¿Se había equivocado? ¿Había cometido algún error? ¿Había dirigido a los archiveros a los lugares incorrectos?

Meneó la cabeza.

Claro que no. Ellos quizá no sabían dónde estaban excavando o qué buscaban, pero habían seguido las órdenes con diligencia y profesionalidad, y todos y cada uno de los documentos que habían pasado por su despacho aquellos días eran los correctos, los adecuados. Los tres expedientes que tenía ahora ante él eran los que debían ser. Y el informe que no se atrevía a leer era exactamente lo que había buscado cuando inició todo aquello.

Echó una larga calada y dejó escapar el humo casi con desgana.

Nadie había notado nada raro, de eso estaba seguro, y nadie lo notaría jamás. El informe y los expedientes originales seguían en su sitio, y las copias que tenía delante, realizadas por los mensajeros adecuados, no habían dejado rastro en el sistema. Una mano había accedido, otra había copiado, una tercera había borrado la huella de la copia y una cuarta la había dejado en el despacho. Y ninguno de ellos sabía que sus actos eran parte de un esquema mayor: todo cuanto habían hecho había sido rutinario e inocente.

Terminó de fumar. Vació la pipa y la limpió.

Cogió el informe. Su mano vaciló un instante antes de abrirlo y empezar a leer. Después se olvidó de todo cuanto le rodeaba conforme se iba abriendo camino por el pasado.

Cuando acabó era de noche y los archivos estaban vacíos, silenciosos y a oscuras.

Lo que había leído... Lo que habían hecho...

Meneó la cabeza. Ahora no; no en aquellos momentos. Ya analizaría las implicaciones de todo aquello en otra ocasión; ya consideraría mañana cómo aquel informe corroboraba lo que llevaba sospechando desde hacía veinticinco años. Ahora debía tomar una decisión.

*Pero ya la he tomado en realidad, ¿no?*

Sonrió, aunque no había el menor humor en la sonrisa. No hacer nada no era una opción, y seguir como si nada hubiera pasado era imposible, cosa que supo antes de leer el informe. Desde el primer momento fue consciente, con una certeza casi mortífera, de que cuando averiguara lo sucedido tendría que seguir adelante.

*Y no soy el único. Ni puedo hacerlo solo.*

Entrecerró los ojos.

Hmmm. No, no podía hacerlo solo. Y tampoco necesitaba pensar mucho para imaginarse a los aliados perfectos. O al menos los adecuados.

La escena llevaba repitiéndose... ¿cuánto?

Cada vez que Yáxtor se giraba, la sombra lo partía en dos. En aquella ocasión, sin embargo, el bucle se rompió cuando la espada rompió a reír antes de que el adepto se diera la vuelta.

«¿Qué te pasa, monstruo mío?», dijo entre risas. «¿Tanto miedo te da mirar? »

—¿Por qué estás haciendo esto?

«¿Yo? Eres tú el que ha llegado a lo más profundo del subconsciente. No es cosa mía, tan solo te facilito las cosas.»

—Así que es mi imaginación febril. Precisamente ahora.

«Tampoco.»

Yáxtor imaginó que fruncía el ceño.

«¿Aún no te has dado cuenta?», preguntó Ámber antes de chasquear la lengua con fastidio. «Parece que esto va a ir para largo.»

Fléiter intentó concentrarse en la redacción del informe, pero tras repasar varias veces lo que había escrito, se dio cuenta de que no era más que basura.

Datos. Datos carentes de importancia, aburridos y sin el menor propósito. Lo mismo podía estar redactando una lista de la compra.

Se encogió de hombros y siguió escribiendo. Para lo que servía, bien podía copiar cualquier informe anterior y limitarse a cambiarle la fecha. Por unos instantes estuvo tentado a hacerlo, pero al final se encogió de hombros y continuó escribiendo.

Un par de horas más tarde, el informe estaba concluido. Fléiter lo transmitió usando los mensajeros de comunicación adecuados y se recostó en la silla. Después miró a su alrededor.

Aquello era lo más parecido que había tenido a una casa en más de veinte años: un despacho pequeño y espartano, un dormitorio no muy grande y casi siempre vacío, y un cuarto de baño gigantesco.

Pensó en el saloncito de té de Mishra y en los almuerzos con aquella sorprendente mujer. Se preguntó de nuevo por qué lo había hecho, por qué había ido allí única y exclusivamente para invitarla a comer y por qué había vuelto al día siguiente. Y al otro.

Llevaba casi diez años siendo cliente suyo, usando las carneútiles para su placer y pagando puntualmente por ello. A veces intercambiaba media docena de palabras con la dueña, pero nunca había pasado nada más allá de eso. Nunca había sentido el menor interés por ella, y ella, estaba seguro, jamás había manifestado el menor interés hacia él.

¿Por qué ahora? ¿Cuándo habían cambiado las cosas?

En realidad recordaba el momento perfectamente.

Se preguntó si sería demasiado precipitado volver al día siguiente, si no sería mejor dejar pasar unos días, pero decidió que no le importaba lo más mínimo.

Con ese pensamiento se dejó amodorrar por la siesta. Cuando volvió a abrir los ojos, la noche caía sobre la ciudad.

Se refrescó, se cambió de ropa y salió a recorrer la Lambodonas nocturna. Para su sorpresa, fue mucho menos satisfactorio que otras veces.

Amanecía cuando, de regreso a la habitación, decidió pasar a ver cómo estaba Yáxtor.

No le sorprendió encontrar a Dasaraki Itasu junto al lecho. La mujer honoyesa había pasado en el cuarto la mayor parte de los últimos seis días y no tenía pinta de que fuera a salir hasta que Yáxtor pudiera valerse por sí mismo.

Le gustaba. Le gustaba aquel rostro a mitad camino entre la terquedad y la inocencia, la actitud jovial y desenfadada con la que lo hacía todo, el brillo peligroso y mortífero que a veces le asomaba en la mirada.

Había leído el informe de lo ocurrido en Honoi y conocía de un modo bastante exacto las habilidades de la mujer. Era una Intgze, uno de los guerreros de élite consagrados a la protección del emperador. Una de las mejores, si hacía caso del informe.

Debía serlo, sin duda. Había sobrevivido a una misión junto a Yáxtor, lo que no era moco de pavo.

Ella lo saludó con una sonrisa, como siempre, y lo puso al tanto de los progresos en la recuperación de Yáxtor.

El adepto dormía, o eso parecía. Su respiración era regular y la nueva piel que le cubría el cuerpo había dejado de parecer la de un recién nacido.

Fléiter se quedó un rato allí, charlando con Itasu de trivialidades y rogando por que la Adepta Suprema de la Curación no volviese a pasar. Aquella mujer le daba escalofríos.

Salió de la habitación un par de horas más tarde.

*Maldito muchacho*, se dijo. *Condenado muchacho*. Era un milagro que siguiese con vida después de lo que había hecho.

No, pensó luego. En realidad no era ningún milagro. Si Yáxtor Brandan había salido con vida de lo que para cualquier otro habría sido una misión suicida, había sido gracias a su valor, su increíble sangre fría y, sobre todo, su apabullante dominio de los mensajeros. De los suyos y de los de cualquiera que estuviera a su alcance.

No era un milagro. La suerte no había tenido nada que ver.

*Condenado muchacho*, se dijo de nuevo mientras recorría los silenciosos pasillos de las Casas de la Curación y, más allá de las ventanas, la mañana iba ganando fuerza y convirtiendo el mundo en algo demasiado real y nítido para su gusto.

Estaba vivo por los pelos, y la recuperación sería larga, lenta y dolorosa. Pero estaba vivo, por los siete demonios de la Teja. Estaba vivo cuando cualquier otro habría muerto.

Había cumplido las órdenes de la Reina. Se había lanzado a una misión imposible sin pensárselo dos veces y había regresado vivo y triunfante. Al borde de la muerte y sin duda al filo mismo del fracaso. Pero *al borde y al filo* no eran más que otras formas de decir *casi*. Y en el negocio de Yáxtor (y también en el de Fléiter) *casi* era algo que no contaba. Había vuelto con vida y había triunfado.

¿El coste?

El coste no importaba.

Se detuvo a la salida del edificio. Lambodonas despertaba poco a poco a la vida diurna. El reloj de la Torre marcó las nueve, y la mole del primer aerobajel del día, procedente de Wáhrang, se recortó nítida contra el cielo oriental.

*Condenado muchacho*, pensó una vez más.

Solo que ya no lo era. Tal vez no lo había sido nunca. Yáxtor Brandan era una máquina



implacable, eficaz y mortífera al servicio de la Reina de Alboné. Aunque...

Por un instante, Fléiter recordó su primera misión conjunta y el caos emocional que pudo atisbar tras las frías y aceradas maneras del adepto empírico.

Quizá era eso precisamente, se dijo no por primera vez. Quizá no era más que un muchacho con demasiado poder y hambriento de cosas que nunca había tenido.

¿Por qué si no se había encaprichado con Fléiter durante su primera misión conjunta? ¿Por qué había decidido, en cierta forma, adoptar al occidental como mascota? ¿Qué carencia estaba intentando llenar con eso y qué otras había llenado unos meses atrás, en Honoi, durante la coronación del Emperador? ¿Qué otras preguntas habían encontrado respuesta en Dasaraki Itasu y la actual chambelán del Emperador honoyés, Renyokiru Mizuni?

Durante los últimos meses, Fléiter había tenido oportunidad de ver juntos a Itasu y a Yáxtor en varias ocasiones y no había conseguido descifrar del todo la relación entre ambos. Eran compañeros de almohada, sin duda, lo que era bastante sorprendente teniendo en cuenta que no recordaba que Yáxtor hubiera tenido nunca una relación que hubiera durado más de unos días.

Eran amantes y al mismo tiempo había entre ellos una sorprendente y afilada rivalidad que ambos canalizaban como un juego inofensivo, pero que ocultaba un peligro real y patente.

Fléiter no había tardado en darse cuenta de que Itasu era, en cierta forma, tan extraordinaria como Yáxtor. Tan mortífera como el adepto, a su propia manera, y sin duda no menos eficaz que él. Su rostro parecía concebido para la risa, y se reía a menudo como si se tomara la vida entera como un chiste que no merecía la pena pararse a descifrar.

Alegre, expansiva, cordial y de risa fácil. Cálida. Trataba a todo el mundo con una camaradería instintiva en la que en el fondo había un ligero deje socarrón.

No podía parecerse menos a Yáxtor. Todo el comportamiento de la mujer contrastaba con las maneras frías y ocasionalmente hoscas del adepto empírico, con su alejamiento del mundo y su carácter implacable. Pero de algún modo, ambos se complementaban.

Fléiter sospechaba que eso tenía algo que ver con la mujer que había sido la comandante de Itasu y que ahora era Chambelán del Emperador de Honoi.

Había visto a Renyokiru Mizuni durante breves minutos a lo largo de un par de días, pero no se le escapó que había algo entre ella, Yáxtor e Itasu. Una conexión entre los tres casi invisible, tremendamente sutil y, eso presentía, inusitadamente profunda. Es más, sospechaba que Mizuni era el nexo que permitía que Itasu y Yáxtor pudieran convivir sin lanzarse el uno a la garganta del otro.

*Darí mi pensión por saber qué hicieron esos tres en Honoi, averiguar todo lo que no aparecía en el maldito informe de la misión,* se dijo mientras pasaba junto a la Torre y se detenía de repente. Había lugares mucho mejores a los que ir.

¿Demasiado pronto? ¿Estaba yendo demasiado deprisa? Pero demasiado deprisa ¿adónde?

*A la Teja con eso,* se dijo. Y echó a andar al lugar al que quería ir.

Mishra no pareció sorprendida al verlo, o se cuidó mucho de mostrarse así. Lo recibió como de costumbre, con una sonrisa, y lo invitó a pasar con un gesto en el que no había el menor asomo de sensualidad y que, sin embargo, hacía que a Fléiter le hirviese la sangre.

Mientras lo guiaba hacia los salones privados, le dio vueltas a la picajosa idea de que, por mucho que una parte tirase de él y lo condujera casi sin pensar hasta ella, no iba a pasar nada entre los dos. No mientras ella no quisiera, por supuesto. Fléiter no daría un paso más hasta que no viera que sería bien recibido, y mientras tanto, tantearía con mucho cuidado los límites que Mishra le había impuesto, disfrutando con el juego y tratando de ampliarlos con timidez. Aunque

ella conseguía sorprenderlo a veces: cedía en el momento y la dirección más inesperada, y los dos compartían con una sola mirada el placer de sentirse el foco de atención del otro.

—Espero que te guste lo que he preparado para el desayuno, comandante.

—Estoy seguro de que sí. Y en cualquier caso, tu compañía compensa cualquier pequeño defecto que puedan tener las viandas.

Ella agradeció el cumplido con una sonrisa, aunque Fléiter no había puesto el corazón en él. Estaba algo ausente en realidad, partido en dos: un trozo se encontraba en el salón, mirándola y deseándola, pero la mayor parte de su mente no estaba allí con ella.

—Pareces preocupado.

Era la primera vez que entablaban una conversación tan... personal. Hasta el momento, estas se habían limitado a ser un juego donde el mundo exterior no existía y, por tanto, nada de lo que pasase en él tenía importancia.

—Perdóname —dijo Fléiter—. Debería dejar mis preocupaciones en la puerta. Lo lamento.

—No lo lamentes —replicó ella poco después, como si hubiera pensado detenidamente qué decir a continuación—. Solo dime si puedo ayudarte de algún modo.

Fléiter la miró, sorprendido, inseguro de cómo interpretar aquellas palabras.

—Ah, ojalá pudieras. Me temo que... —Se encogió de hombros—. No, no quiero molestarte con mis preocupaciones. Son una tontería. O quizá no, pero no hay nada que pueda hacer para solucionarlo. El tiempo lo arreglará todo de un modo u otro, supongo. Lo último que deseo es aburrirte o agobiarte.

—Comandante —dijo ella con una sonrisa que era como una promesa—, no hay nada que puedas hacer que me aburra o me agobie. Créeme.

Fléiter se sintió como un niño al que de pronto le han dado un cheque en blanco en la tienda de golosinas y tiene miedo de que no sea más que una broma.

—No sé si...

Llegó la comida. Mishra lanzó una mirada a la carneútil que llevaba la bandeja, la despidió con un gesto y después dijo:

—Creo que podemos dejar el desayuno para más tarde.

Fléiter no replicó. Se limitó a dejarse guiar por la experta mano de ella.

Horas más tarde, boca arriba en la interminable cama de Mishra, se preguntaba qué había hecho para merecer aquello.

*Nada, seguramente.*

Se llevó las manos a la nuca y, apoyado en ellas, contempló burlón el reflejo que le devolvía el espejo del techo. Mishra lo había dejado unos minutos antes, reclamada por asuntos de la casa que no podía postergar.

—Será mejor que me vaya —había dicho él.

—No —había respondido ella—. Quédate, Fléiter, por favor.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre y lo que experimentó al oírlo de sus labios fue la sensación más absurdamente placentera de su vida. Se sonrió y volvió a preguntarse qué había hecho para merecer aquello. Poco después recordó que Mishra le había dicho que parecía preocupado.

¿Lo estaba? No por la ridícula misión en la que estaba embarcado, desde luego. No era más que rutina y aburrimiento.

¿Por Yáxtor, tal vez? Quizá.

Había estado pensando en él mientras se dirigía a casa de Mishra, recordando el momento en

que se habían conocido y la forma en que Yáxtor parecía haberse encariñado con él. El modo sorprendente en que...

Pero ¿qué tenía aquello de preocupante? El muchacho había sobrevivido, como de costumbre. Todo estaba bien en el mundo (más que bien en algunas partes, se dijo) y nadie corría ningún peligro inmediato. Entonces...

Se encogió de hombros. Tonterías, se dijo. Se había acostumbrado demasiado a pasarse la vida en alerta, a la espera de peligros en cada esquina. Eso era todo.

Yáxtor...

Sí, Yáxtor era uno de esos peligros.

Recordó de nuevo la ciudad de Bagrephor: la pantomima final en medio de la cena, el modo en que el drama había llegado a su conclusión y un hombre (quizá inocente, puede que incluso bueno) había perdido todo cuanto tenía. Y el artífice de su perdición había sido Yáxtor Brandan.

Cerró los ojos. Recordó el rostro de Adunor. Volvió al pasado.

CUARTA PARTE  
FLÉITER

*En realidad, lo que un hombre puede hacer con los mensajeros no conoce límites. No mientras sepa ordenarles con precisión lo que deben ejecutar.*

*Sean lo que sean (transmisores de la voluntad divina, o una forma de vida microscópica que no comprendemos), parecen extraordinariamente bien adaptados a la mente humana, como si hubieran sido diseñados para estar al servicio de nuestra voluntad y nuestros deseos.*

*¿No es entonces irónico que no los produzcamos? ¿Que solo se generen en los bosqueoscuros y en el interior de los carneútiles? ¿No es inquietante ese pensamiento?*

### **—Qérlex Targerian**

Fléiter Praghem estaba disfrutando del último acto del drama. O quizá de la tragedia.

Algo apartado, pero lo bastante cerca para no perderse ni un gesto, acunaba la copa de vino con parsimonia, asentía distraídamente a algún comentario de sus compañeros de mesa y, en general, aparentaba encontrarse en los últimos pasos del camino hacia la borrachera.

En realidad, su mente no podía estar más despejada ni sus sentidos más alerta.

El joven adepto empírico que lo había orquestado todo se estaba comportando como un auténtico virtuoso en la tarea. Fléiter había recibido órdenes de dejarle hacer, pero también de mantener a sus hombres cerca por si era necesaria una intervención de urgencia. Presentía que no iba a hacer falta. Ya no quedaba mucho para que aquel último acto (que tendría un epílogo sangriento tarde o temprano) llegara a su final.

Más allá de la terraza, la ciudad era un hervidero de voces airadas, y a lo lejos se distinguían varias hogueras. Bagrephor, una de las principales ciudades-estado de Ashgramor, estaba a punto de abandonar cualquier pretensión de civilización y sumirse en el caos.

Y el responsable de todo estaba sentado no muy lejos de Fléiter, en la mesa principal de aquel descabellado banquete, junto al actual jerarca de la ciudad, quien parecía pendiente de todas y cada una de las palabras y gestos del chico como si el mañana no existiera.

Bueno, se dijo Fléiter, en cierto modo era cierto: para el jerarca no habría un mañana.

El rostro del joven era la imagen misma de la inocencia y el arrobó. Attendía a su amante con una atención solícita y dedicada, para nada abyecta, y respondía a los requerimientos con una disposición casi inocente.

Solo que de inocente tenía poco.

Fléiter se preguntó cuántos años tendría. No aparentaba más de veinte, pero sin duda era un hombre mayor, un adepto empírico experimentado, un agente bien curtido que, como tenían por costumbre a veces, había usado los mensajeros para cambiarse la apariencia física y presentar un rostro y un cuerpo más juveniles.

Oyó un ruido a su espalda, y al volverse (de un modo torpe, medio abotargado, como correspondía a su papel de borracho) Fléiter pudo ver entrar al capitán de la guardia urbana acompañado de media docena de hombres.

El jerarca se puso en pie. Era evidente que no esperaba aquella intrusión. El capitán, impasible, siguió caminando y se detuvo cuando llegó a la mesa principal. Saludó con un gesto

marcial, apretó la mandíbula y dijo:

—Adunor Sarac, la asamblea libre de Bagrephor te acusa de crímenes contra la comunidad. Es mi deber escoltarte hasta el lugar donde serás custodiado en espera del juicio que te aguarda.

El jerarca parpadeó como si no acabara de comprender las palabras del capitán. Fléiter casi sintió pena por él, aunque no tenía sentido malgastar su compasión en un tipo que seguramente no era más que un déspota sanguinario y degenerado.

*Aunque bien podría ser un santo para lo que nos atañe. El problema no es su personalidad, sino el cargo que ocupa y dónde lo ocupa.*

El capitán repitió las palabras. Aún aturdido, el jerarca miró a su alrededor. De un modo sutil, casi instintivo, todos los que estaban en la mesa se habían apartado unos centímetros. Todos menos el adepto empírico.

—Esto es ridículo —dijo el jerarca—. Esta ciudad me pertenece.

—Ya no —dijo el capitán.

—Lo veremos.

El jerarca alzó una mano en un gesto que, apenas unos minutos atrás, habría convocado a una docena de mercenarios letales. Sin embargo, el único resultado que obtuvo ahora fue el silencio.

—¿Qué...?

El capitán hizo una señal a sus hombres y estos se colocaron al otro lado de la mesa.

—No os saldréis con la vuestra.

—Ya lo hemos hecho.

Intentó resistirse, pero poco podía hacer frente a cuatro fornidos soldados a los que les importaba bien poco guardar miramientos con su augusta persona.

El jerarca pareció darse por vencido al cabo de un rato, y entonces volvió la vista a la derecha.

—Yaxétor —dijo en un tono que tenía algo de súplica.

El joven alzó la vista.

—No hay nada que pueda hacer, mi señor —dijo con voz aterciopelada y después se encogió de hombros—. Es más, ya he hecho cuanto he podido.

El jerarca frunció el ceño y comprendió de repente. Se tambaleó un instante y seguidamente el cuerpo se le puso rígido. Si no hubiera estado sujeto por los soldados, habría saltado sobre el joven.

—Víbora —escupió.

—Solo cumplo con mi deber —replicó el adepto; y su voz ya no era un susurro dulce, sino la de un hombre adulto y seguro de sí mismo. También el acento nativo había desaparecido, así como las maneras, que habían dejado de ser sumisas. Miraba al jerarca con frialdad, como si se encontrase a varias millas de distancia—. Hacía mi país y hacia mi Reina.

El jerarca abrió los ojos. Meneó la cabeza.

—No...

—Me temo que sí.

A Fléiter le pareció notar un deje distante de tristeza en la voz del joven. Un eco tal vez, apenas perceptible, y puede que hasta imaginado. Aunque tampoco importaba gran cosa en realidad.

El jerarca era ahora un peso abatido entre los hombres que lo sujetaban. Empezaba a comprender lo que realmente le esperaba y a ver que no había salida alguna. Pero lo curioso era que no parecía capaz de apartar los ojos del adepto. La expresión de su rostro era un gesto extraño

e imposible, a mitad de camino entre la rabia y la añoranza.

Fléiter tomó un nuevo trago de vino y echó un último vistazo a la escena: el drama ya había acabado. Lo único que quedaba era una molesta y larga coda que terminaría algunos días después con la muerte del jerarca, quizá ahorcado por un verdugo, tal vez linchado por la multitud. Lo que resultara más conveniente o fuera menos problemático, qué más daba.

Bueno, era el momento de entrar en escena. Al fin y al cabo, para eso estaba allí: para barrer el suelo y recoger la basura. Un trabajo aburrido y no siempre limpio, pero alguien tenía que hacerlo y a él se le daba bien.

Mientras los soldados se llevaban al jerarca, Fléiter apuró la copa y, lentamente, medio tambaleándose, se puso en pie. Cogió su bastón y se acercó muy despacio al capitán de la guardia.

Este había sido bien aleccionado: lo reconoció, inclinó la cabeza y aguardó a que Fléiter le dijera qué hacer a continuación. Buen chico, buen soldado. Se había ganado hasta la última pieza de plata, sin duda. Todo el mundo se había ganado el salario en aquella pantomima, aunque ninguno tan bien y tan a fondo como el adepto empírico que ahora miraba a Fléiter con educada expectación, como si él también esperase órdenes suyas.

Sí, claro, seguro; como si aquellos malditos albonenses fueran a recibir órdenes de un occidental. Bueno, se dijo, sí que lo hacían, y más a menudo de lo que pensaban.

Miró a su alrededor. Muy pocos de los invitados al banquete parecían sorprendidos, y los que sí lo estaban disimulaban bastante bien.

*Es buena época para la siembra.*

Glaxton Dishrel, Regente de Alboné, sonrió por su ocurrencia, apuró el contenido de la taza, se apartó de la ventana del despacho y volvió a la mesa.

Terminó de leer los informes, estampó el visto bueno en todos y los apartó a un lado. Después se recostó en el mullido asiento y lo hizo girar de un lado a otro en un baile pausado y meditabundo.

Su idea no era mala, después de todo. Tenía edad suficiente para empezar a plantearse el retiro y buscar sustituto. En la mejor tradición de las Adeptas Supremas de la Curación, seguro que Asima ya le había puesto el ojo a alguna candidata, aunque bien podía tardar diez años en darse el relevo. Pero así eran las adeptas: midiendo cada paso que daban en el camino, sin levantar un pie hasta estar seguras de que la planta se asentaría en terreno firme. En cuanto a la Reina...

Sin duda, Elshnor había sido una buena elección. Glaxton había sido el Regente en demasiadas sucesiones para su gusto, pero ella había aguantado cuarenta años, nada menos. Algo inusual. Mucho.

No todas las encarnaciones habían soportado bien el envejecimiento acelerado, y el cuerpo se les había desgastado antes de lo deseado. Otras no habían encajado del todo la amalgama de personalidades y habían tenido que ser remplazadas pronto para evitar el desastre. Pero Elshnor...

Elshnor había devuelto la estabilidad al conjunto, y no solo eso. También una personalidad fuerte y decidida, capaz de correr riesgos y exigir responsabilidades de manera contundente. En cierta forma se parecía bastante a la primera Reina, hasta en la crueldad y desapasionamiento que mostraba en situaciones delicadas. Como lo ocurrido con el joven Brandan: no tuvo dudas en exigir que repararan la herramienta sin importar el coste o las implicaciones morales. Durante cuarenta años, la Reina se había vuelto algo más que un símbolo. Con ella, Alboné había

recuperado su esplendor y poderío.

Glaxton se sentía tan abrumado por la firmeza de su Reina como orgulloso y... algo más. Sin embargo, tenía que hacer frente a la realidad: al cuerpo de Elshnor le quedaban cinco años como mucho.

*Sí, es hora de sembrar.*

Para sorpresa de Fléiter, el adepto empírico resultó no tener más que los veinte años que aparentaba. Por supuesto se había oscurecido un poco la piel, se había rizado el cabello, se había cambiado el color de los ojos de gris a marrón y, finalmente, se había alterado ligeramente las facciones (la nariz más afilada, los pómulos más altos) para pasar por un nativo. Pero cuando se presentó ante Fléiter algunas horas más tarde con su verdadero aspecto, no era muy distinto del joven que había estado junto al jerarca durante la cena.

Se movía con una seguridad impropia de su edad, y en sus ojos color acero había algo implacable y frío. Contemplaba a Fléiter con una diversión distante, como si el occidental le hubiera caído en gracia por algún extraño motivo.

Dado que se trataba de una operación conjunta entre la Confederación Occidental y Alboné, con Fléiter al mando (al menos en teoría), el muchacho le informó de todo lo ocurrido de un modo rápido, eficaz y sin pararse en detalles triviales.

—Buen trabajo, adepto.

—Lo sé —respondió, imperturbable.

Estaban solos en la terraza. Bajo ellos, lo que había sido la ciudad-estado de Bagrephor era ahora un caos de bandas mal organizadas dedicadas al pillaje y la rapiña. En unos días surgiría, convenientemente, un gobierno provisional que acabaría con todo aquello y seguiría dócilmente los dictados de los Pueblos del Pacto, pero de momento era mejor dejar que los ciudadanos enfurecidos se desahogaran, y de paso malgastaran las fuerzas en violencia sin objetivo.

Un estupendo trabajo, se dijo Fléiter. Y el joven adepto lo había orquestado a la perfección. Bagrephor había pasado en unas pocas horas de ser una de las más influyentes ciudades de Ashgramor a un villorrio sin importancia, y el único hombre que habría podido impedirlo estaba en aquellos momentos a buen recaudo, custodiado por los mismos mercenarios que él había pagado y preguntándose cómo podía haber ocurrido aquello.

La expansión de Khynai, y por ende la influencia del Martillo de Dios, había sido frenada. Al menos de momento.

*Claro que siempre es de momento, pensó Fléiter*

El adepto se llamaba Yáxtor Brandan. El antiguo jerarca lo había conocido como Yaxétor, la versión de su auténtico nombre en Ashgramor, la única verdad que había salido de los labios del adepto en sus tratos con el jerarca. El muchacho no era miembro de una destacada familia de Grastephor (hasta hacía poco rival habitual de Bagrephor como ciudad hegemónica del territorio) caído en desgracia y obligado a abandonar el hogar por las intrigas de sus rivales. En cuanto a sus preferencias sexuales, Fléiter las desconocía, pero estaba seguro de que ni uno solo de sus juramentos de amor o de pasión hacia el jerarca habían sido reales.

Había conocido agentes de campo capaces de empatizar con su víctima, de experimentar sentimientos de afecto reales hacia ella. Ninguno duraba demasiado. No puedes quitarte y ponerte las emociones como quien elige un nuevo traje. Tarde o temprano te acaba pasando factura. Y solía ser más bien temprano que tarde.



Sin embargo, bastaba mirar a Yáxtor un par de segundos, ahora que había dejado a un lado el disfraz, para darse cuenta de que ese no era el caso. El adepto era frío y erizado de aristas, como las montañas de su maldita isla.

Aun así... Recordó aquel eco de tristeza en las últimas palabras que el adepto le había dirigido al jerarca.

*Tonterías.*

—Las cosas estarán un poco movidas por aquí en los próximos días —dijo después de servirle al joven una generosa cantidad de vino—. Yo de ti procuraría mantenerme en un discreto segundo plano.

Yáxtor apuró la copa de un trago.

—Es un buen consejo, comandante Praghem —dijo después, y sonrió. Había algo afilado en la sonrisa—. No solo para mí.

Fléiter se encogió de hombros.

—Bueno, no creo que nadie se interese por mí. Después de todo, no he hecho nada.

—No es necesario haberlo hecho. Basta con que alguien piense que ha sido así.

Fléiter volvió a encogerse de hombros. El adepto dejó la copa en una repisa y se puso en pie.

—Será mejor que me retire.

Saludó a Fléiter con un gesto de la cabeza y abandonó la terraza. Se detuvo un momento, justo al inicio de las escaleras, y miró en dirección al occidental. El asomo de una sonrisa aleteó un momento al borde mismo de los labios. Luego, con un nuevo encogimiento de hombros, Yáxtor se fue.

Fléiter contempló como se marchaba. No era justo que alguien tan joven fuera tan eficaz ni tan implacable.

*Ah, al cuerno con todo,* se dijo mientras vaciaba en el vaso los últimos restos del ánfora y bebía a sorbos lentos. *La juventud es una maldita jodienda. Ya se le pasará.*

Pólter Brum era un tipo anodino y lo sabía. También era inteligente (de lo contrario, los adeptos empíricos no lo habrían reclutado), pero eso no le había bastado para destacar. Cada vez estaba más convencido de que la pubertad le había jugado una mala pasada otorgándole unos rasgos comunes y una voz monótona; y ahora, de adulto, sufría las consecuencias.

Trabajaba en los archivos dejándose la piel... y de paso la vida social. Era bueno en lo que hacía, y aun así, nadie era capaz de recordar su nombre. Péltor, Plútor, Pílder, Póter... Aunque «Eh, tú», era el más común. ¿Qué podía hacer para que los demás se dieran cuenta de que existía, de que no era un simple archivero?

Frunció los labios en un mohín de disgusto cuando leyó la solicitud que sostenía ahora entre las manos. Un agente del Capítulo de Información estaba interesado en el expediente de Yáxtor Brandan.

De mala gana inició los trámites. No le llevaría demasiado tiempo recopilar la información, pero eso no era lo que le molestaba.

*Yáxtor Brandan,* imaginó que escupía el nombre.

¿Por qué tenía la maldita sensación de que los jefes esperaban mucho de aquel niño? ¿Qué tenía aquel crío que no tuviera él, aparte de carisma y habilidad con los mensajeros? El apellido Brandan no significaba gran cosa. Un par de miembros de la familia habían sido reclutados como adeptos empíricos, pero sus acciones no habían supuesto demasiado. El padre, por ejemplo, no

había sido precisamente un agente destacado. Es más, se le daba por muerto, aunque Pólter tenía dudas. En ese sentido, el archivero era de la vieja escuela: si no hay cuerpo, no hay delito. Así que, probablemente, Próxtor Brandan había huido con el rabo entre las piernas, consciente de que todo el mundo asumiría lo peor, cuando la situación se puso fea y todo su equipo fue masacrado. Tipo listo.

Pólter, por otro lado, tenía su teoría sobre el ascenso meteórico de Yáxtor: todo adepto empírico sentía pena por el chico. Madre muerta, padre muerto, esposa muerta, hijo muerto... Oh, claro, claro, pobrecito. Mira que tenía mala suerte en la vida. Vamos a darle más importancia de la que realmente tiene para que no se sienta solo. Animalito, animalito...

Vale, sí, cierto: tenía envidia del chaval. Pero es que estaba harto, y mucho. ¿Qué hacía falta para que los demás se dieran cuenta de que él era un talento desperdiciado? ¿Por qué confinarlo en los archivos cuando sabía que podía aportar más? Porque... ¿no sabía sonreír en el momento adecuado? ¿O porque no tenía un lunar u otro rasgo que lo hiciera destacar?

Algún día...

Algún día demostraría a todos lo equivocados que estaban. Él, Pólter Brum, encontraría su oportunidad. Su nombre, por fin, sería recordado. Mientras tanto, siguió recopilando los datos que pedía el tal Fléiter Praghem. Ante todo: anticipación.

¿Era o no era un buen adepto empírico?

Fléiter no volvió a ver a Yáxtor en la ciudad. Al día siguiente no había rastro alguno de él, como si se hubiera desvanecido en el aire. De hecho, todos los adeptos empíricos que habían colaborado con Yáxtor durante aquellas semanas habían desaparecido.

*Típico*, se dijo Fléiter. Y trató de no volver a pensar en ello. Aunque para su sorpresa, se descubrió un par de días más tarde solicitando a la oficina de Lambodonas que le enviaran toda la información que tuvieran sobre Yáxtor Brandan. No sabía qué esperaba encontrar en el expediente del joven, pero presentía que podía ser interesante. Quizá incluso útil.

Entretanto, había bastante papeleo que rellenar.

Tenía el informe de la misión que Yáxtor Brandan le había entregado, los de situación en Bagrephor, redactados por sus hombres antes, durante y después de lo ocurrido, y por último tenía el perfil del jerarca que le había preparado el Capítulo de Información antes de autorizar la misión. Ahora debía unir aquello en un todo coherente y completarlo con su propio informe. Un juego de niños, en realidad. Aburrido e interminable, pero un juego al fin y al cabo.

Repasó una vez más el perfil de Adunor Sarac: su comportamiento en los cinco años que llevaba al frente de la ciudad-estado había sido el de un déspota benévolo e ilustrado. Bagrephor y sus habitantes estaban sin duda mejor con él que sin él.

*Lástima que el bienestar de la ciudad no sea un factor a tener en cuenta.*

Había algo levemente misterioso en el modo en que había ascendido hasta hacerse con el control de la ciudad, en la forma en que el hijo menor de un oscuro burócrata del gobierno había acabado convertido en jerarca de Bagrephor. Especialmente en la manera en que, de un día para otro, había pasado de ser un joven gris, anodino y sin apenas rasgos relevantes a una voz carismática en las discusiones políticas de la ciudad.

No era un gran misterio, pero sí algo con lo que pasar el rato mientras se decidía entre escribir el informe final y no.

*Quien no haya estado en Jarsarén de peregrinación no podrá comprenderlo. Las palabras son instrumentos pobres e ineficaces para transmitir lo que se siente mientras subes a la colina del origen junto a los demás peregrinos o lo que experimentas al ver en la cima la afilada aguja del Lugar del Origen, sola y desafiante.*

*Transmitir lo que se experimenta al tocar la superficie metálica y fría es un intento condenado de antemano al fracaso. En ese momento comprendes que no estás solo ni lo has estado jamás, que todo cuanto sucede tiene un propósito y que el universo está ordenado de acuerdo a un designio concreto y preciso.*

*Pero no es cierto. No lo comprendes. Simplemente, lo sabes.*

### —Un peregrino anónimo

Dos meses más tarde, y sin que aún hubiera recibido el expediente que había solicitado, Fléiter se encontraba en Jarsarén y contemplaba la Colina del Origen desde la ventana de su habitación.

Jarsarén, el maldito culo del mundo.

La puñetera cuna de la humanidad.

Eso decían al menos todas las religiones. No importaba lo diferentes que fueran, lo distintos que resultasen sus dogmas o su moral, que hablasen de un solo dios, de muchos o incluso de ninguno. Todas tenía en común una cosa: sostenían que el ser humano había salido de la Colina del Origen; que había llegado al mundo exactamente en aquel lugar.

Tanta coincidencia era, como poco, sospechosa.

No era la primera vez que Fléiter visitaba Jarsarén. Habían pasado más de veinte años desde entonces, cuando había subido la Colina fingiéndose un peregrino más y se había arrodillado ante el Lugar del Origen.

Sí, aquella ciudad quizá era un escupitajo en el culo del mundo, pero lo que había en ella...

Recordaba perfectamente la alta y ahusada aguja metálica, los extraños ideogramas grabados en la superficie, la sensación que sintió al alargar la mano y tratar de tocarla. Fue como si no estuviera allí del todo, como si su realidad fuera algo impreciso y lejano.

Dejó la ventana y regresó al interior de la habitación.

Veinte años, se dijo. Veinte años al servicio del Capítulo de Información de la Confederación Occidental. Veinte años espionando, recolectando información, produciendo desinformación, engañando y saboteando, mintiendo y viviendo entre las sombras. Veinte años.

Toda una vida para algunos. Por ejemplo, para el joven adepto empírico que había conocido unos meses atrás.

Se preguntó una vez más por qué se había molestado en solicitar al Capítulo de Información el expediente que tuvieran de Yáxtor Brandan. Curiosidad, desde luego, pero también algo más; algo que no estaba seguro de querer identificar.

De todas formas, se dijo mientras se incorporaba, había sido una petición estúpida. Estaba seguro de que el expediente pasaría los próximos meses persiguiéndolo, sin alcanzarlo, de una ciudad a otra. Debería haber esperado a regresar a Lambodonas.

*Sí, cierto. Debería haber esperado. ¿A qué tanta prisa?*

No se respondió.

Se mojó el rostro y se contempló en el espejo. No estaba mal para su edad y, si se cuidaba, quizá podría irse de la madurez con cierto garbo y llegar a la vejez con un mínimo de dignidad. Sobre todo, vivo.

Cogió el bastón y dejó el cuarto. La ciudad parecía desierta a aquellas horas, sumida en un sopor incómodo del que no saldría hasta bien entrada la tarde. El aire era una llamarada seca y árida, y las calles, un laberinto polvoriento con demasiadas salidas.

Pero había trabajo que hacer.

Un nuevo fanático religioso, decía el informe. Nada de qué preocuparse en un primer momento. Al fin y al cabo, Can producía fanáticos religiosos y profetas a diario, y todos acababan en Jarsarén tarde o temprano.

Pero aquél parecía distinto. Tenía... carisma. O quizá un control preciso de sus mensajeros y una capacidad de influencia no desdeñable en los de los demás. Una forma de carisma en cualquier caso, que lo convertía en peligroso.

El hecho de que además predicase una doctrina muy similar a la del Dios Único de Khynai no contribuía a tranquilizar a los superiores de Fléiter.

Las órdenes habían sido ir hasta Jarsarén, echarle un vistazo, decidir el verdadero peligro que representaba aquel nuevo profeta y después actuar en consecuencia. Habría operativos sobre el terreno por si los necesitaba. Y al igual que en la misión anterior, se trataba de una operación conjunta de Alboné y la Confederación Occidental.

Mientras dirigía sus pasos hacia el lugar donde predicaba aquel chiflado, Fléiter estaba seguro de que todo aquello no sería más que una pérdida de tiempo. Aquellos tipos eran como setas: salían a miles después de una lluvia copiosa, pero se marchitaban con rapidez. Dudaba que este fuera una excepción.

Al fin encontró lo que buscaba: un huerto de olivos en una loma a las afueras de la ciudad. El profeta estaba predicando mientras sus seguidores, sentados en el suelo, parecían perdidos en un éxtasis contemplativo.

Fléiter se detuvo, se sentó en los restos de un murete de piedras y prestó atención.

El tipo no decía nada nuevo, desde luego. Nada que otros tantos miles de chiflados religiosos no hubieran dicho antes que él: Todos somos hijos del mismo Dios, somos un solo pueblo con un solo corazón, somos hermanos, el amor a Dios es la respuesta a todas las preguntas y la llave que encaja en todas las cerraduras... Lo de siempre.

Pero no era el contenido del discurso lo que hacía peligroso a aquel tipo, y Fléiter no tardó en darse cuenta.

Era sincero.

No, era algo más que eso. Era el puñetero arquetipo de la sinceridad. Cada gesto, cada palabra, cada movimiento y cada susurro, cada alzamiento de cejas o cada mohín de los labios... todo transmitía sinceridad. Todo cuanto hacía, cuanto decía, cuanto pensaba, sonaba a cierto, a auténtico. Si decía que era de noche y estaba lloviendo, era verdad, por más que la realidad se empeñase en mentir y seguir en una tarde seca y polvorienta. Si decía que había que amar a los demás y formar una única nación, esa era la forma natural del mundo y eran los pueblos y las naciones las que mentían. Si decía que Érvinder tenía la forma y el tamaño de un pulgar, era cierto, aunque la misma tierra siguiera mintiendo y apareciendo ante los ojos de los hombres como una pelota. Si decía...

Fléiter parpadeó.

Joder.

¿Peligroso?

El maldito cabrón era un cataclismo con patas. Era una invitación al desastre con forma humana. Creía hasta la última palabra que decía y era capaz de hacérsela creer a quienquiera que la escuchase. Respiraba sinceridad, lloraba sinceridad, vestía sinceridad y Fléiter estaba seguro de que, si se hubiera situado más cerca, habría notado como apestaba a sinceridad.

Había que eliminarlo. Y rápido.

Asima leyó el comunicado y torció el gesto cuando echó un vistazo al archivo adjunto.

*Cada vez las eligen más jóvenes.*

Dejó el legajo sobre la mesa, se recostó en el asiento y entrelazó las manos a la altura del vientre. El Regente había puesto en marcha el protocolo para la selección de candidatas a Reina. Aquello solo podía significar que a la actual no le quedaba mucho.

Apretó los labios. Y pensar que podría haber sido ella la que estuviera en esa situación... Pero no había sido así y sería Elshnor la que viviese para siempre, y Asima acabaría con los pies por delante, como todos.

No tardó en descubrir que la idea no le molestaba. Al menos seguiría siendo ella hasta el día de su muerte, no una amalgama forzada a parasitar un cuerpo tras otro.

Chasqueó la lengua, cogió con desgana el listado de candidatas y empezó a estudiarlo. No tardó ni dos minutos en tirar el fajo de papeles contra la mesa, con evidente rabia.

—Esto es ridículo —musitó.

Diez niñas habían sido elegidas en la primera ronda. Ninguna tenía más de cuatro años.

*¿Qué es lo que pretendes, Elshnor? Tú mejor que nadie deberías saber que cuando nos seleccionaron no teníamos ni la menor idea de lo que queríamos en la vida. Eso fue con nueve años, así que imagínate una cría de cuatro.*

Arrugó la frente y entrecerró los ojos. Tal vez ese fuera el propósito de aquel listado. Seleccionar niñas cuya personalidad apenas hubiera tenido tiempo de desarrollarse, conseguir así que la voluntad se diluyera en la mezcla para que de ella solo asomaran las más fuertes, desarraigarlas pronto del mundo para que no albergaran otra idea que no fuera ser Reina. No era un mal plan, aunque a Asima le seguía pareciendo atroz. Y por otro lado, a esa edad sería difícil saber qué cuerpo se desarrollaría mejor, cuál aguantaría más...

Volvió la vista al legajo. Como Adepta Suprema de la Curación iba a ser la encargada de realizar el examen físico y mental de las candidatas. A partir de sus apreciaciones se descartarían cinco niñas.

*Así que en mis manos está el futuro de cinco posibles Reinas. Me pregunto si por ese motivo me reclutó la organización.*

La obra no era de las mejores que había escrito Marlev Shaspa. Los actores, por otro lado, tenían más empeño que capacidad. Pero no dejaba de ser una obra de Shaspa. Y era gratis. Y de noche.

Fléiter debía encontrarse allí con el contacto de los adeptos empíricos durante el intermedio entre el tercer y el cuarto acto. Así que soportó como mejor pudo a los actores aficionados (que al menos tenían aspecto de comprender lo que declamaban, lo que ya era algo) y agradeció el fresco

de la noche.

Se sentaba en la parte más alta del anfiteatro y se entretenía en asignarles una historia y un pasado a los desconocidos que lo rodeaban, como hacía a menudo.

Si algo tenía Jarsarén era que podías encontrarte a gente de todas partes del mundo. Peregrinos, curiosos, escépticos, fanáticos, turistas... Todos querían ver la Colina del Origen al menos una vez en la vida. Por tanto, estaba asistiendo a una obra cuyo público se componía de una asombrosa variedad de retales del género humano, lo que era chocante y estimulante al mismo tiempo.

El tercer acto acabó por fin. Los actores recibieron una discreta salva de aplausos corteses y dejaron el escenario mientras los utileros lo preparaban todo para la gran traca final.

Fléiter no conocía aquella obra en concreto, pero tampoco tenía demasiada curiosidad por ver cómo acababa. Se incorporó y decidió que era un buen momento para aliviar la vejiga, por más que no le entusiasmase gran cosa hacerlo a la manera de Jarsarén.

Subió hasta lo alto de la loma natural en cuya ladera se había tallado el anfiteatro, cruzó una pequeña depresión y caminó por algo parecido a un laberinto en miniatura que no tardó en desembocar en un par de paredes que se abrían directamente a la noche.

Según la tradición, era la forma de honrar a Dios. Dejar que lo que ya no era parte de ti se incorporase al mundo.

A Fléiter le parecía una estupidez. Un cubículo sin techo, con una sola entrada, abierto a la ladera de la colina. Un paso en falso en una noche oscura y en lugar de incorporar el contenido de la vejiga al mundo, te incorporarías tú.

Estúpido, se dijo una vez más.

Apoyó los pies con firmeza, se arremangó la túnica, se abrió la bragueta y, sin mirar hacia abajo, vació la vejiga con ansia. Suspiró, aliviado, y volvió a colocarse la ropa.

En ese momento sintió algo detrás de él y, antes de que pudiera moverse, la punta de un cuchillo presionó contra su nuca.

Oyó un susurro:

—Esto es de parte de Adun...

El susurro se interrumpió de repente. Aún inmóvil, sin atreverse ni a parpadear, Fléiter oyó un gemido y sintió como el cuchillo se retiraba de su cuello.

Tomó aire y se volvió muy despacio. Un cuerpo se desmadejaba contra la pared, intentaba decir algo y se quedaba inmóvil de repente, con algo afilado y metálico clavado en la garganta.

—Deberías tener más cuidado, comandante Praghem.

Fléiter reconoció sin problemas la voz que salía de la figura embozada que se inclinaba sobre el cadáver, lo empujaba sin ningún miramiento y, finalmente, lo lanzaba al vacío. Luego, se libró del embozo y contempló a Fléiter con unos ojos fríos en los que brillaba un asomo de diversión.

—No voy a andar siempre cerca para sacarte de apuros —dijo Yáxtor Brandan. Parecía estar disfrutando con la situación.

Fléiter intentó respirar con normalidad mientras pensaba que aquella era la primera emoción genuina que percibía en el joven adepto empírico. ¿O...? Se encogió de hombros.

—No se puede tener todo controlado —dijo.

—Quizá. Pero cuando han puesto precio a tu cabeza deberías ser más cuidadoso.

Fléiter frunció el ceño.

—¿Qué...?

—Ya veo. Bueno, luego te lo explicaré. Ahora, ¿qué tal si salimos de aquí?

—Excelente idea.

Dejaron las letrinas, ascendieron la loma y se asomaron al anfiteatro. El cuarto acto ya había comenzado.

—¿Quieres quedarte a ver terminar la obra? —preguntó Yáxtor.

—Para qué —respondió Fléiter—. Es una tragedia de Shaspa. Terminará en un baño de sangre multitudinario y el último superviviente le deseará buenas noches al dulce príncipe muerto. O algo muy parecido, en cualquier caso. Vámonos.

Pólter Brum, no solo era inteligente, sino un observador de primera y un fanático de los puzles. Pocos conocían esa faceta suya, pese a que la había demostrado decenas de veces; pero por lo general, cuando resolvía un rompecabezas, todo el mundo olvidaba al cabo de un rato que había sido él y achacaban su éxito a otro del que sí conseguían recordar el nombre.

Por eso ahora decidió no contarle a nadie su descubrimiento. Esta vez no pondría a nadie sobre la pista para que otro acabara resolviendo el entuerto en su lugar. Esta vez, él encajaría todas las piezas, atraparía al malo y, por fin, sería alguien.

Ah... una misión. Cierto que no se la había encargado nadie, pero seguro que el Jefe de Archivos lo felicitaría por su iniciativa.

Asintió con convicción, colocó encima de la mesa y con un orden preciso los distintos informes que habían disparado sus alarmas, se puso en pie y contempló el mosaico detenidamente.

Era sin duda un puzle. Incompleto, pero puzle al fin y al cabo. Las esquinas estaban definidas, una hilera de piezas daba forma a la parte superior y el lateral derecho. Tres o cuatro se unían a la perfección para empezar a contornear el borde inferior, y otras tantas se desparramaban por el tablero sin un orden ni conexión aparente, pero Pólter estaba más que seguro de que no estaban fuera de lugar.

Tras dos horas de idas y venidas a los estantes de archivos en busca de las distintas piezas, descartando y localizando los informes adecuados, obtuvo una imagen que, si bien no estaba terminada del todo, no dejaba lugar a dudas.

*Alguien está utilizando nuestra burocracia como herramienta para fines turbios. Nada bueno puede salir de esta pauta. Nada, nada bueno.*

Yáxtor se reclinaba con indolencia frente a él, bebía de la copa con parsimonia y lo contemplaba con un brillo divertido y distante en los ojos. Parecía estar esperando a que Fléiter tomase la iniciativa.

Este último no podía quitarse de encima la sensación de que el joven adepto había decidido adoptarlo como mascota. Era absurdo, ridículo y un tanto denigrante, pero no había dejado de pensar en ello desde el momento mismo en que Yáxtor le había salvado la vida.

*Al cuerno, se dijo.*

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué es eso de que han puesto precio a mi cabeza?

Yáxtor asintió y por un instante pareció decepcionado, como si acabara de perder una apuesta consigo mismo sobre por dónde empezaría Fléiter la conversación.

—Nuestras cabezas, en realidad —dijo—. Me temo que tus hombres no han sido tan eficientes como deberían, o que el jerarca tenía recursos insospechados. Consiguió huir hace una semana y de un modo bastante espectacular, por lo que me han dicho. No sabemos dónde se oculta, pero sí

que hemos averiguado que ha puesto precio a nuestras cabezas; la tuya y la mía. —Se encogió de hombros, divertido, casi halagado—. Yo soy un poco más caro, por supuesto, aunque lo que ofrecen por ti tampoco es desdeñable.

Yáxtor actuaba con total despreocupación y Fléiter se preguntó si sería realmente una actuación. De ser así, era condenadamente buena. Al mismo tiempo, no apartaba los ojos del occidental, calibrando todas sus reacciones, midiendo su lenguaje gestual, aprehendiendo detalles minúsculos y, seguramente, catalogándolo todo en su mente.

*¿Para qué? ¿Para conocer mis puntos flacos por si algún día estamos en bandos opuestos?*  
Posiblemente.

—Daremos con Adunor tarde o temprano, comandante —dijo el adepto—. Mientras tanto, te aconsejo que vigiles tus espaldas con más celo del habitual.

Era un buen consejo que Fléiter estaba decidido a seguir. También estaba convencido de no haberse imaginado la levísima inflexión en la voz del adepto al mencionar el nombre del jerarca.

—Y ahora volvamos al trabajo, ¿sí? —añadió Yáxtor—. Te vi esta tarde asistiendo a las enseñanzas del nuevo profeta. ¿Qué opinas?

Fléiter frunció el ceño. No era raro que, entre todo aquel gentío, no hubiese reparado en Yáxtor, pero tenía la sensación de que si hubiera intentado dar con él, tampoco lo habría conseguido.

—¿Qué opino? Que hay que eliminarlo, y lo más deprisa posible.

Yáxtor asintió.

—Pero debemos hacerlo con discreción —siguió diciendo Fléiter—. No podemos arriesgarnos a crear un mártir. O peor, a elevarlo al rango de figura sagrada que siga inspirando a sus seguidores desde el otro lado de la muerte. Lo ideal sería desacreditarlo antes.

—¿Cómo? —preguntó Yáxtor.

Fléiter se encogió de hombros.

—Tú eres el operativo de campo, adepto. Yo solo evalúo la situación y doy las órdenes.

Yáxtor sonrió.

—Un trabajo difícil y pesado —dijo enarcando una ceja—. No te envidio.

Fléiter no hizo caso del sarcasmo en la voz del joven. Estaba demasiado ocupado tratando de pensar.

—Si no recuerdo mal las costumbres de este maldito manicomio polvoriento —dijo—, pronto llegará el momento en que el profeta deberá pasar cuarenta días con sus noches ayunando en el desierto y enfrentándose al mal. —Yáxtor asintió—. ¿Y si durante el ayuno fracasara, cayera en la tentación y mostrara que no es digno?

El joven lo pensó unos instantes.

—Buen plan, comandante —dijo al fin, complacido.

—Pues ya tienes tus órdenes, adepto.

Yáxtor sonrió de nuevo.

—No estoy seguro aún de haber pillado tu sentido del humor, comandante. —Pareció pensativo por un momento—. Pero creo que me gusta —añadió.

Más tarde, aquella misma noche, Fléiter volvió a pensar en el jerarca. Sus hombres no habían sido descuidados, de eso estaba seguro. Así pues, ¿cómo había logrado escapar Sarac del confinamiento? ¿Cómo se las había apañado no solo para desaparecer del mapa, sino para enviar



asesinos contra ellos?

Si Khynai hubiera intervenido para liberarlo, Sarac estaría en aquellos momentos en algún piso franco de Pashlai, demasiado ocupado en informar de todo cuanto sabía para considerar tan siquiera la idea de vengarse. Además, Khynai no hacía eso: jamás liberaba a sus agentes del campo enemigo, ni canjeaba los espías capturados del otro lado.

No, aquello no encajaba.

La posición política del jerarca favorecía un acercamiento al Martillo de Dios, eso era cierto, pero quizá el Capítulo de Información había estado equivocado al considerarlo un instrumento en manos de Khynai. Al menos, un instrumento consciente y voluntario.

O puede que los informes fueran correctos, pero no completos.

Estaba claro que Sarac contaba con apoyos que desconocían y recursos que ignoraban. Un síntoma que, desde luego, no era nada bueno.

Pensó luego en Yáxtor, en la distante diversión que brillaba en sus ojos mientras hablaba con él, en la forma en que parecía que al adepto le agradarse su compañía.

*Como una condenada mascota*, se dijo de nuevo.

No estaba muy seguro de encontrarse cómodo con la idea, pero no parecía que pudiera hacer nada al respecto.

En cuanto al cambio en la voz que había creído notar cuando el joven pronunció el nombre del jerarca... ¿se lo había imaginado? ¿Había imaginado también el eco de tristeza en las últimas palabras que le había dirigido al jerarca?

Y si todo aquello era real... ¿qué significaba?

Glaxton estudió con detenimiento el informe de Asima. No había en él nada ambiguo o que permitiera diferentes interpretaciones; menos aún que permitiera cuestionar ni una sola línea del resultado final. Todos los apuntes, anotaciones y comentarios estaban redactados con frialdad quirúrgica, con una objetividad que parecía imposible teniendo en cuenta que la Adepta Suprema había sido objeto del mismo estudio en su día. Sin embargo, ni siquiera entre líneas se detectaba el menor grado de implicación emocional en el proceso.

El Regente no pudo más que preguntarse qué habría aportado Asima a la mezcla de no haberse caído en el último momento como la candidata perfecta a Reina. Aunque... conociendo como conocía ahora las peculiaridades de Elshnor, ¿de verdad había fallado, o la segunda aspirante se había salido con la suya?

Apartó el pensamiento de un manotazo. Poco importaba eso ahora. Cuarenta años de reinado más que satisfactorio para los intereses de Alboné eran prueba suficiente de que, al final, la elección había sido la correcta. Especular a esas alturas era absurdo.

Dejó el informe a un lado y empezó a estudiar la lista de miembros que compondría el tribunal de selección. Pretendía mantener un número reducido. Ya había comprobado lo largo y tedioso que podía llegar a ser el proceso con demasiadas voces dando su opinión, y no siempre con buen resultado. Esta vez echaría mano de su experiencia, retorcería las normas para conseguir lo que estaba seguro que sería más adecuado y se limitaría a convocar a aquellos que, en definitiva, tendrían más trato y más contacto con la Reina. Ellos, mejor que nadie, sabrían qué sería lo más conveniente para Alboné.

Volvió la vista al informe de Asima. Su parte ya estaba hecha, y las Casas de la Curación, aunque formaban parte del sistema del Estado, eran tratadas como un elemento independiente.

Indispensable, por supuesto, pero sin relevancia alguna en las decisiones gubernamentales. Cierto que la Adepta Suprema y parte de su personal de confianza mantenían trato directo con los adeptos empíricos, y hasta conocían la identidad de buena parte de los efectivos. Sin embargo, las adeptas se limitaban a curarlos o proporcionarles datos de análisis y poco más.

La misma Asima, por ejemplo, desconocía las circunstancias que rodeaban el incidente con Yáxtor Brandan por el que este había acabado en las Casas de la Curación. Tampoco se le había permitido realizar la autopsia de la esposa y el hijo, aunque tal vez eso hubiera arrojado alguna luz a lo sucedido. Solo se le requirió que mantuviera al muchacho bajo observación. Nada más. Y no se trataba de que no fuera digna de confianza o de que cuanta menos gente lo supiera, mejor. Sencillamente, era un asunto que no le incumbía.

Glaxton se recostó en el asiento y se acarició los labios con los dedos mientras daba vueltas una y otra vez a la misma idea.

*¿Por qué no?, se dijo de pronto y con un encogimiento de hombros. No deja de ser un alto cargo y fue la primera opción en la elección anterior. Aparte de la Reina, ¿quién mejor que ella va a saber cuál puede ser la candidata más idónea? Y está claro que el proceso no la afecta a nivel emocional. Sigue siendo tan fría, metódica y desapasionada como la recuerdo.*

Acto seguido cogió un estilo y apuntó el nombre en el papel.

*Encontrar tu lugar en el mundo no es fácil. Conseguir quedarte en él puede ser incluso más difícil.*

### **—Próxtor Brandan**

El trabajo de Fléiter debería haber terminado en aquel momento. Había hecho lo que tenía que hacer. Una vez evaluada la situación, tomada la decisión adecuada e impartidas las órdenes oportunas, ya no pintaba nada allí. Lo mejor era regresar a Lambodonas y aguardar tranquilamente a que Yáxtor volviera y le informase del éxito de la misión. Y mientras esperaba, seguro que encontraría algo con lo entretenerse: visitar la casa de Mishra, por ejemplo, o leer el expediente de Yáxtor. Incluso ambas cosas.

Sin embargo, tres días más tarde salía de Jarsarén disfrazado de peregrino en compañía del adepto. Los dos formaban parte del nutrido grupo de seguidores que acompañaban al nuevo profeta al desierto. Un comando de ocho hombres, miembros del Capítulo de Información de la Confederación Occidental, los seguían a buena distancia, a la espera de órdenes.

De acuerdo a la tradición, los peregrinos se detendrían un par de días más tarde en el oasis que había al este de la ciudad y el profeta continuaría algo más. Lo suficiente para subir a las peladas colinas que dominaban un lado del oasis y buscar una cueva desocupada entre las muchas que había allí. Luego pasaría en ella los cuarenta días preceptivos entregado al ayuno y la meditación, luchando con sus pecados y debilidades y trascendiendo las necesidades del cuerpo.

Fléiter no se hizo notar gran cosa, ni tampoco lo pretendía. La idea era pasar desapercibido entre el nutrido grupo de peregrinos y de ese modo matar dos pájaros de un tiro: despistaría a aquellos que anduvieran tras su cabeza y también sería testigo de primera mano del modo de trabajar de Yáxtor.

A aquellas alturas, el respeto que Fléiter sentía hacia las capacidades del adepto era considerable, y su confianza no se vio defraudada: Yáxtor no tardó en hacerse un lugar destacado entre el grupo de peregrinos.

Con su actitud dispuesta, callada y trabajadora, la mirada dulce y los modales sumisos, parecía el arquetipo mismo del fanático entregado por completo a la causa. Raras veces discutía, escuchaba con atención lo que los demás tenían que decir y en los escasos momentos en que se decidía a preguntar algo o hacer algún comentario, sus intervenciones siempre eran pertinentes y certeras.

Así, cuando llegó el momento de que el profeta ascendiera a las colinas y hubo que elegir a los que se turnarían diariamente para subirle un puñado de dátiles y una jarra de agua fresca, no fue extraño que Yáxtor estuviera entre el grupo de escogidos.

Los días fueron pasando. Fléiter vagaba de un lado a otro del oasis, se sentaba a veces junto a otros peregrinos y hablaba con ellos, cómodo en su papel de maduro seguidor que ya ha visto a demasiados profetas pero espera, contra toda esperanza, que esta vez sea la definitiva.

Los chismes del campamento eran los habituales: la santidad del profeta, el modo en que había cambiado sus vidas y cambiaría el mundo, las esperanzas depositadas en él, el arrepentimiento

por haber vivido antes como pecadores, el paraíso que los esperaba a la vuelta de la esquina... Por supuesto, también hablaban unos de otros y discutían sobre quién comprendía mejor las palabras y pensamientos del profeta.

Fléiter no tardó en darse cuenta de que Yekov (el nombre que había elegido Yáxtor para aquella misión) salía con frecuencia en las conversaciones de los demás.

—Dicen que los últimos sobrepasarán a los primeros —dijo un anciano que parecía haber convertido el seguir a otros en el único propósito de su vida—, y el joven Yekov parece demostrarlo. Pocas veces he visto un discípulo tan entregado.

¿Celos? Seguramente. Sin duda. Pero siempre bajo la superficie. A fin de cuentas, todos ellos seguían las enseñanzas del profeta y no había en ellas espacio para las envidias. Así que, cuando alguien alababa a Yekov, los demás asentían aprobadora y juiciosamente por más que sus ojos traicionaran, durante un instante fugaz, lo que de verdad pensaban.

Fléiter no tenía muchas oportunidades de hablar con Yáxtor. No sin reventar su tapadera o la del joven. Pese a todo, durante las escasas veces que se encontraban en el campamento se las apañaron para intercambiar mensajes por señas.

La información que Yáxtor le pudo transmitir no era gran cosa. Era evidente que se había ganado la confianza del círculo más íntimo del profeta (algo que debía dársele de miedo, se dijo Fléiter al recordar lo ocurrido en Bagrephor) y que tenía acceso incluso al mismo hombre santo. Fléiter había visto un par de veces que Yáxtor le llevaba la jarra de agua y los dátiles, así que estaba seguro de que el joven había aprovechado aquellos momentos para hablar con el profeta y ganarse su confianza.

El plan iba sobre ruedas, al menos de momento. Yáxtor estaba preparando el terreno, despacio y sin prisas, y tarde o temprano un grupo de fieles encontraría al hombre santo entregado a dar rienda suelta a sus más bajas pasiones con uno de los más jóvenes y recientes discípulos.

Pan comido. Cuestión de tiempo.

Un día Yáxtor le transmitió que había algo extraño en el profeta.

«Extraño, ¿en qué?», preguntaron las manos de Fléiter.

«Sus mensajeros», respondieron las del joven adepto.

Justo en ese instante los interrumpieron. El momento pasó y tuvieron que cortar el contacto.

Algo extraño en sus mensajeros, se decía Fléiter. Pero ¿en qué? ¿En la forma que los manipulaba, o en su misma naturaleza? ¿Usaba el profeta los mensajeros de un modo chocante, o los mismos mensajeros no eran del todo normales?

Lo que Yáxtor le transmitió la siguiente vez que se encontraron fue incluso más enigmático: «No es él.»

No era él, se dijo Fléiter. Pero no era él... ¿quién? ¿Qué demonios le intentaba decir el adepto?

Asima tenía motivos para sentirse satisfecha. La jugada no le había salido mal. Aunque no debía restarle mérito a Glaxton. Su pragmatismo la había ayudado a la hora de confeccionar la estrategia. Los hechos tenían gran peso para el Regente y ella se los había ofrecido de forma clara y concisa. Sin olvidar el dos más dos, claro: ella había sido candidata y sabía de primera mano de qué iba la cosa. Otra razón más para confirmar los motivos por los que había sido reclutada, y no la Adepta Suprema anterior, por ejemplo.

Al final había terminado donde quien fuera que lo controlaba todo había querido desde el

principio.

No le molestaba ser consciente de ello. Era parte de la organización, después de todo, y aquella era una buena manera de ayudar a la causa: añadir el nuevo ingrediente a la mezcla para que la Reina siguiera con su labor de protectora del pueblo y minimizar así el riesgo de que el exceso de poder orientase sus apetencias hacia intereses demasiado personales.

Por supuesto, la última palabra la tendría la Reina. Después de todo, ella iba a «convivir» con la elegida para el resto de su larga vida. Así que la tarea iba a ser ardua y agotadora, pero no imposible. Un pequeño gesto aquí, una palabra inocua allá... Cada gota caía al estanque en el momento preciso y con la cantidad exacta para lograr el objetivo final.

Claro que no debía perder de vista a la Reina ni tampoco a los otros miembros del comité. Al menos Glaxton había tenido la gentileza de convocar un número reducido.

De los cuatro, al que mejor conocía era al Adepto Supremo, Orston Velhas, con quien había mantenido contacto directo y continuado por asuntos... empíricos, a decir verdad. También había tenido trato con el Regente alguna que otra vez, por lo general de manera distante y muy profesional, pero suficiente para sacar conclusiones sobre qué clase de persona era. También recordaba a la perfección cómo se había comportado con ella cuando fue candidata y el respeto y la devoción que había mostrado desde siempre por la actual Reina. Todo muy correcto, por supuesto, aunque la adepta sospechaba que el cuerpo de Elshnor era un aliciente en el que el anciano prefería no pensar.

Los dos, Glaxton y Orston, no eran en realidad muy diferentes. Burócratas, sí, pero no les temblaba la mano a la hora de tomar decisiones difíciles. Por eso mismo, al tener más contacto con el Adepto Supremo, Asima siempre había intentado mantenerse en un plano en el que Orston jamás la viera como un obstáculo del que deshacerse.

De quien apenas sabía nada era de Bellyo Shimes, capitán de la guardia real. Un tipo parco en palabras, obsesionado con el orden y la pulcritud, por lo que había podido deducir al estudiar su comportamiento en la mesa, y al que le quedaban dos afeitados antes de jubilarse. Muy parecido a él debía ser quien lo sucediera si el Regente no había aceptado la inclusión de su segundo en el comité. Porque estaba claro que Glaxton se las había ingeniado para convocar solo a los más próximos a la Reina.

*Bien por mí. Porque supuestamente ahí no pinto nada.*

A quien conocía perfectamente era a su prima Elshnor, que en esos momentos presidía la mesa con esa indiferencia y esa pose distante tan suya. Sí, tal vez la Reina no fuera más que una amalgama de personalidades, pero Asima sabía que eso no era cierto del todo. Quien fuera su mejor amiga de la infancia estaba ahí ahora mismo, dominando a las demás. No tenía ninguna duda. Igual que era consciente de que Elshnor la estaba ignorando a propósito. Como devolviéndose el favor, Asima trataba de no reparar en su presencia y de tratarla como si fuera un eco distante: molesto pero inevitable.

¿Quién diría que en su momento habían sido las mejores amigas? ¿Cuándo dejó de significar algo su amistad? Probablemente en el mismo instante en el que Asima descubrió que no quería ser la siguiente Reina y su prima lo deseó con todas sus fuerzas.

La Adepta Suprema intentó no sonreír al recordarlo. Seguro que muchos en aquel jurado pensaron que ella había fallado. A ninguno se le debió de pasar por la cabeza que todo había sido un plan urdido por Elshnor para desacreditarla. Pero también estaba segura de que su antigua amiga ni se planteó que Asima la hubiera descubierto y hubiera decidido no hacer nada.

No fue la traición lo que cortó el vínculo que había entre ellas. Al fin y al cabo, Asima se

había quitado de encima una carga no deseada y su prima había obtenido lo que quería. Ambas salieron ganando. No fue ese el problema, sino el desprecio.

«Ya puedes irte a jugar a pacientes y sanadoras», le dijo Elshnor cuando fue elegida, como si lo hubiera estado ensayando. Una patada en el vientre no habría sido ni la mitad de dolorosa.

Asima, apartada durante cinco años de las Casas de la Curación por el proceso de selección de candidatas, no había tenido esperanza de hacerse un hueco en ellas si la dejaban volver; su retraso respecto a las demás acólitas era considerable. Pero las palabras de Elshnor fueron todo el combustible que necesitaba.

Cuando fue elegida como sucesora de la Adepta Suprema tras una meteórica carrera, no sintió el impulso de ir a ver a la Reina para restregárselo. Era plenamente consciente de la futilidad del esfuerzo. Para Elshnor, su logro no significaría nada. Ella siempre estaría por encima de Asima, porque más allá de Reina no había nada. Y era eso mismo lo que preocupaba a la adepta.

*Alguien que desea tanto el poder necesita un contrapunto, porque jamás sentirá que tiene suficiente.*

Con ese pensamiento puso todos sus sentidos a trabajar en el objetivo que tenía ahora entre manos. Escuchó con atención las cuestiones planteadas para hacerse una idea de lo que cada miembro del jurado esperaba y deseaba encontrar en la elegida. Así, cuando le tocó el turno a la segunda candidata, Asima ya se había hecho un mapa mental de los demás y sabía por dónde tiraría de cada uno de ellos llegado el momento de deliberar.

Por supuesto, prestó atención a las respuestas de las niñas. Después de todo, tenía que dar con la candidata que se ajustara a sus intereses. Ya tenía una en mente, pero necesitaba confirmar las conclusiones a las que había llegado durante el examen preliminar antes de terminar de decidirse.

Aprovechó para realizar alguna que otra pregunta y tomó notas en su cuaderno cuando creyó necesario que los demás fueran conscientes de alguna reacción suya, aunque en el fondo no significara nada. No obstante, fue al llegar a la cuarta candidata cuando el proceso dio un quiebro inesperado.

Asima se apartó de los papeles con calma, como si nada la hubiera alterado en absoluto, y prestó atención a la niña. Observó y estudió cada pequeño matiz, tanto en el uso de las palabras como en la expresión corporal. Había pequeños e insignificantes detalles, incluso tal vez superfluos, que bien podían achacarse a los nervios, pero la cadencia... La cadencia alertaba a la Adepta Suprema y le molestaba como una costra cuarteada en el antebrazo. Uno no puede más que arañar y arañar hasta que por fin consigue quitársela.

Miró de soslayo al resto de miembros del jurado. Nadie parecía haberse percatado. Claro que solo ella había tratado a las candidatas con anterioridad, durante lugar el examen físico y mental.

Volvió de nuevo la vista hacia la cría. Todo era correcto, condenadamente correcto, pero...

*No es ella, comprendió. No es ella.*

De pronto, en el decimocuarto día de ayuno, el profeta descendió de las colinas.

¿Qué había pasado? ¿Por qué interrumpía su lucha? ¿Acaso se daba por vencido?

Con calma, el profeta impuso el silencio entre el agitado público con un par de gestos.

—He tenido una visión, hermanos míos. —La voz era suave, profunda, cada sílaba se marcaba con precisión en la boca, cada palabra proclamaba al viento su humildad y sinceridad—. Lo que hago no es suficiente, aún no. Debo internarme más en el desierto, buscar el lugar donde estuvo Eirem y permanecer allí hasta el final de mi periodo de ayuno. Seré hermano de escorpiones y

compañero de buitres, la piel se me volverá negra y los huesos se me quemarán con el fuego abrasador del mediodía; pero así es como debe ser, y no podéis seguirme. Tampoco podéis ayudarme. Se ha decidido que lo haga solo.

Se miraron unos a otros, boquiabiertos. ¿Eirem? ¿Eirem? Allí no había nada. Ruinas y sombras. Ni agua ni alimentos. Eirem. Un nombre maldito para cualquiera.

—Pero, maestro...

Los interrumpió de nuevo con un gesto de la mano.

—Debo hacerlo. Es necesario. No soy más que el más bajo y humilde instrumento de Dios. Él manda y yo acudo a obedecerlo. Y si me consumo en el transcurso de mi misión, será porque así estaba escrito. Por favor, hermanos míos, no os interpongáis.

Nadie osó desobedecerle por más que el nombre de la antiquísima ciudad, en ruinas desde hacía incontables años, fuera de mal agüero.

Así que se fue, aquella misma tarde. A lomos de un camello y acompañado de otro que debía de estar cargado de agua y provisiones. A nadie le resultó extraño aquello. Una cosa era ir a ayunar al desierto, pero otra muy distinta era internarse en Eirem. El ayuno, en un caso así, era redundante. Las sombrías ruinas representaban un desafío más que suficiente para cualquiera.

—Esperadme aquí. Si no vuelvo es que no soy digno de mi tarea. Si lo hago, juntos cambiaremos el mundo.

Lo despidieron en silencio.

Aunque todos querían creer que volvería, que se mostraría digno, muchos no estaban tan seguros. Eirem era terreno yermo, un lugar peligroso, una ciudad maldita. El dedo de Dios la había señalado como una abominación y Sus mensajeros la habían arrasado de un día para otro.

—Si regresa, seremos imparables —dijo alguien mientras el profeta se iba perdiendo en la lejanía.

—Sí. Si lo hace —remachó otro con gesto hosco.

Entre la multitud, Fléiter se preguntaba qué debía hacer a continuación. No podía seguir al profeta, no de un modo abierto. En cuanto a Yáxtor, ¿qué estaba haciendo? ¿Cómo había reaccionado ante aquel giro inesperado de los acontecimientos?

Intentó buscarlo por el campamento, pero no tardó en darse cuenta de que no estaba. Preguntó por él, pero nadie recordaba haberlo visto desde que, al amanecer, había subido la colina con una jarra de agua y unos pocos dátiles.

*Mierda. ¿Qué ha pasado?*

Fuese lo que fuese, ya no tenía sentido que siguiera allí.

Abandonó el oasis aquella misma noche y recorrió furtivamente las colinas. No esperaba encontrar a Yáxtor en ellas, pero al menos debía comprobarlo.

En la cueva donde había estado el profeta aún quedaban rastros de su presencia. De la presencia de los dos, de hecho. Fléiter no era muy bueno identificando mensajeros, pero tanto los de Yáxtor como los del otro eran lo bastante característicos para poder discernirlos. Se estaban volviendo inertes con rapidez (llevaban varias horas lejos de la influencia de sus anteriores portadores), pero aún quedaba lo suficiente para reconocerlos.

Bien. Yáxtor había estado allí. Aquella misma mañana, tal como le habían dicho los peregrinos. ¿Y luego? ¿Qué había pasado allí arriba?, ¿qué decisiones se habían tomado? Y sobre todo, ¿dónde se había mentido el condenado adepto?

Confuso, Fléiter descendió las colinas, dejó atrás el oasis y se fue en dirección a Jarsarén. No tardó en dar con el comando que lo aguardaba, de acuerdo a sus instrucciones, a unos kilómetros

de allí.

—¿Alguna noticia de Yáxtor?

Ninguna, aunque Fléiter no las había esperado en realidad.

Repasó lo ocurrido aquella tarde: el profeta descendiendo de las colinas, dos de los discípulos de confianza poniendo a punto los dos camellos... Los camellos.

Fléiter frunció el ceño. Los bultos en el segundo camello. Agua. Provisiones. Y tal vez algo más. Tal vez...

O tal vez no. Era consciente de que se estaba aferrando a lo que no era más que una intuición.

*No tengo nada mejor, maldita sea la Teja.*

La prioridad de Fléiter era el profeta; el destino del adepto, una cuestión secundaria.

Se volvió a sus hombres y dijo:

—Iremos a Eirem. Ya veremos qué pasa cuando lleguemos.

Los ocho subordinados asintieron en silencio.

Buenos muchachos, se dijo Fléiter. Buenos agentes. Buenos soldados.

Pólter Brum era un tipo que no se sorprendía con facilidad, así que cuando se topó con aquel descubrimiento mientras investigaba el primero, experimentó una extraña sensación a medio camino entre la turbación y el deleite.

*¿Cómo es siquiera posible?*, se preguntó, anonadado.

Para muchos, la burocracia era un mal necesario; un infierno de papeleo y trámites que no entendía nadie. Para un adepto empírico destinado a los archivos, como Pólter, era una cueva en la que además de oro se podían encontrar maravillas de inestimable valor. Y aquella, oculta bajo una colina dorada, no tenía precio.

No le extrañaba que hubiera pasado desapercibida. Ni siquiera sabiendo qué se buscaba se habría dado con ella. El azar en este caso había jugado un factor decisivo.

*Alguien está en el lugar que no debe.*

Comprobó los datos por segunda vez. No había duda. Un extraño se había colado ¡en Palacio nada menos! Con qué propósito, no tenía ni idea, pero no podía ser bueno. Y más cuando estaba seguro de que el resguardo que tenía en las manos no se había traspapelado por casualidad, sino a propósito.

Esa era su labor en los archivos: revisar carpetas para asegurarse de que todo el contenido estuviera en el lugar correcto. Con los años había aprendido a descubrir con facilidad el camino que había recorrido un documento hasta llegar al archivador equivocado. Aquel, sin embargo, había aparecido de la nada y después había dado dos saltos ilógicos.

Le costaba creer que tres compañeros de distintos departamentos de recorrido, como él los llamaba, hubieran cometido ese error, y tampoco se tragaba que hubiera sido a conciencia. Las implicaciones eran demasiado molestas. La selección de personal de archivo se realizaba con un cuidado exquisito. En un mundo donde la información era poder, no podían permitirse el lujo de filtraciones o deslices. Y apuntar más arriba era como caminar por el barro: atascarse, hundirse, resbalarse y jamás pisar sobre seguro.

A pesar de que las tripas tiraban de él, consiguió frenarse y no dar parte. Aún no era el momento. En cuanto lo mencionara, lo apartarían de inmediato con una palmadita y le arrebatrían la gloria otra vez. Lo que debía hacer era encararse directamente con el individuo en cuestión. De lo otro ya habría tiempo.



Ahora bien, ¿cómo entrar en Palacio? ¿Con qué excusa? Y lo más difícil todavía: ¿cómo acercarse al área donde atendían a las candidatas a Reina?

*El día es para los negocios y la política. La noche, para el amor y la muerte.*

—**Antiguo proverbio de Khynai**

Lo que se sabía sobre Eirem, la Ciudad Perdida, era poco. Sus ruinas se alzaban ominosas en el desierto profundo, al sureste de Jarsarén, y era evidente que había sido una ciudad próspera en algún momento del remoto pasado.

Nadie recordaba cómo había sido abandonada ni por qué. Tal vez un cambio del clima, o los pozos se secaron y dejó de tener sentido seguir viviendo allí, o... cualquier otro motivo igual de prosaico.

Fuera como fuese, los escasos datos que había sobre ella eran suficientes para que la gente tejiera rumores, fabricara maldiciones y construyera leyendas. De hecho, cuanto menos se supiera, mucho mejor en realidad; más espacio para la fantasía. De esta forma, las ruinas de la ciudad eran un lugar lleno de malos augurios y peores presagios, hogar de sombras, serpientes y escorpiones, y quién sabía qué otras terribles criaturas.

La mayoría de los edificios habían sido tragados casi por completo por la arena, aunque alguna pared ocasional asomaba aquí y allá o se podían ver en algunas partes los restos de un acueducto que surgían del suelo como mojones cansados.

En el centro de lo que había sido el casco urbano se alzaba lo que, en su momento, había sido un gigantesco zigurat. Antaño orgulloso, desafiante y hosco, el tiempo y la arena habían ido suavizando las aristas y redondeando los ángulos hasta convertirlo en una sombra ajada de sí mismo.

La partida de Fléiter no tardó en dar con las huellas de los dos camellos del profeta. Les sacaba varias horas de ventaja, pero sin duda iba en la dirección correcta.

No intentaron alcanzarlo. Acortaron un poco la distancia, pero la mantuvieron lo suficiente para que no pudiera verlos.

Fléiter, a lomos del camello y mientras maldecía el clima, el paisaje reseco y los movimientos cansinos de la montura, se preguntaba qué había pasado con Yáxtor.

El adepto era un hombre de recursos, como él mismo había comprobado: los sentidos alerta, un dominio de los mensajeros ciertamente notable y unos reflejos rápidos y letales. ¿Qué había pasado entonces? ¿En qué trampa había caído? ¿Qué lo había hecho terminar como un bulto en el equipaje del profeta? ¿Qué estaba pasando allí?

Durante los tres días que duró el viaje, Fléiter tuvo tiempo más que de sobra para pensar en todo aquello sin llegar a ninguna conclusión. Tuvo tiempo también para otras cosas, como preguntarse, y no por primera vez, qué clase de hombre era aquel joven frío, implacable, eficaz y carente de escrúpulos. Lo más parecido a una emoción que Fléiter había percibido en él era el humor. Un humor distante y algo altivo, como si contemplase el mundo desde una atalaya lejana y lo encontrase lleno de hormigas moderadamente graciosas.

*No es cierto. Recuerda cuando...*

Apartó el pensamiento de su cabeza. No era relevante en aquellos momentos.

Yáxtor le había salvado la vida sin esperar ningún tipo de agradecimiento. Simplemente, era parte de su trabajo. Sin embargo, Fléiter tenía claro que de algún modo vagamente inquietante, el joven parecía cómodo en su compañía. Relajado, tal vez.

Eran aliados en aquella misión, como lo habían sido en la anterior. Y seguramente, si salían los dos con vida de esta, lo serían en el futuro. Después de todo, era poco probable que la política de colaboración entre Alboné y la Confederación Occidental cambiase drásticamente en los próximos años. Aun así, Fléiter se preguntó qué ocurriría después. Cómo sería tener a Yáxtor como oponente, como posible enemigo.

Decidió que no tenía ningún deseo de averiguarlo.

Era... Había...

*Maldita sea.*

Anohecía cuando llegaron a las colinas bajo las que se desparramaban las ruinas de Eirem. Dejaron allí las monturas, y Fléiter y cuatro de sus hombres subieron hasta lo alto.

A la luz del sol poniente contemplaron la ciudad tomada por la arena.

En el centro, junto al zigurat, distinguieron los dos camellos del profeta. Por lo que parecía, había llegado poco antes que ellos, pues ninguno de los dos animales llevaba nada encima.

A una señal de Fléiter, los cinco retrocedieron unos metros sobre sus pasos.

—Estableced el campamento abajo —dijo—. Vosotros dos, montad guardia aquí. —Los interpelados asintieron y se dispusieron a seguir las órdenes—. Vosotros dos vendréis conmigo. Llevaremos una bengala.

Se equiparon en silencio.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Fléiter había actuado como agente de campo, pero ciertas cosas no se olvidaban. Se puso una armadura liviana, se colgó un estoque a un costado y una daga al otro y, finalmente, se hizo con un lanzador de proyectiles y varios cargadores.

*Parece que espero dificultades*, se dijo. Aunque no sabía qué esperaba en realidad, mejor estar preparado.

Aguardaron a que hubiera anochecido por completo y luego se deslizaron en silencio colina abajo mientras Fléiter daba gracias por que no hubiera luna aquella noche.

Reptaron por las calles cubiertas de arena, se arrastraron en el espacio existente entre las dunas, se deslizaron a gachas, corrieron, se pegaron a las pocas paredes que aún quedaban en pie y, en general, siguieron un camino que parecía trazado por un borracho con no muy buena vista y el pulso tembloroso. Poco a poco, sin embargo, se iban acercando al zigurat.

Se detuvieron al oír un ruido. Con un gesto de la mano, Fléiter indicó a uno de sus hombres que se asomara. Este obedeció, se movió de un modo furtivo y veloz y enseguida estuvo de vuelta. Acto seguido indicó por señas lo que había visto: dos hombres en lo alto del zigurat y con antorchas.

Fléiter asintió, se lo pensó unos instantes y luego dio a sus hombres las instrucciones pertinentes. No tardó en verlos desaparecer como dos sombras veloces que reptaban entre las demás.

Aguardó unos minutos conteniendo el aliento.

Así que el profeta no estaba solo. No es que se hubiera creído ni por un instante su historia de una visión que lo llevaba al desierto profundo, y mucho menos tras la desaparición de Yáxtor, pero estaba bien confirmar sus sospechas.

Se preguntó quién lo apoyaba y con qué propósito exactamente. Khynai parecía la opción más obvia pero, por eso mismo, desconfiaba de ella.

Al fin oyó la señal que había pactado con sus hombres.

Se puso en pie rápidamente y echó a correr en dirección al zigurat. Ascendió las empinadas escaleras, y a mitad de camino se dio cuenta de que estaba haciendo esfuerzos para no jadear. Llegó a la cima y se tomó unos instantes para recuperar el resuello mientras analizaba lo que había a su alrededor.

Sus hombres esperaban pacientes a cada lado de la puerta, con rostro inexpresivo y el cuerpo alerta. No había el menor rastro de los dos vigías. Fléiter no les preguntó cómo habían dispuesto de los cadáveres. En realidad, no le importaba.

Trató de decidir qué hacer a continuación. ¿Dejar a los suyos allí, en sustitución de los guardias muertos, e internarse solo en el zigurat? ¿Arriesgarse y entrar los tres?

—Dejad aquí las antorchas —dijo al fin—. Seguidme.

Entraron en silencio en la construcción medio en ruinas, y el camino no tardó en convertirse en un laberinto totalmente a oscuras. Se detuvieron un momento, se pusieron las capuchas de luz y con una palabra impronunciable activaron los mensajeros.

El paisaje se volvió irreal, monocromo. Como una pesadilla minimalista y sombría.

Siguieron caminando. No era muy difícil saber por dónde ir: las huellas de pies humanos, claramente visibles en la arena, eran el hilo que los guiaba por aquel laberinto desgastado por el tiempo.

Descendían.

El camino que seguían parecía estar dando vueltas una y otra vez alrededor del zigurat mientras se internaba bajo tierra cada vez más. Fléiter ni sabía ni le importaba si alguna vez alguien lo había explorado por completo, pero habría pagado un mes de su pensión por un buen mapa. O al menos por tener una idea clara de hacia dónde iban.

Se detuvieron de inmediato al oír voces algo más adelante. Esperaron el tiempo de tres latidos y luego siguieron su avance, ahora más despacio y pegados a las paredes.

No tardaron en darse cuenta de que ya no estaban a oscuras. Un débil resplandor rojizo (traducido en verde por los mensajeros de las capuchas de luz) iluminaba las paredes de enfrente y se volvía más intenso a medida que avanzaban.

El pasillo murió de repente, tras un último recodo. Fléiter y sus hombres se agacharon y recorrieron reptando los últimos metros.

Estaban en una sala amplísima y sostenida por docenas de pilares enormes; algunos de ellos desmoronados, otros con aspecto de poder venirse abajo en cualquier momento.

Fléiter no tenía ni idea de cuánto habían descendido, pero presentía que mucho más de que lo que parecía.

Reptaron por un corredor que circundaba la sala, bordeado por un muro de poco más de un metro de alto. Las voces parecían proceder del centro de la sala, justo delante de donde se encontraban ellos, agazapados, y un poco por debajo.

Fléiter se arriesgó a asomar la cabeza.

Media docena de hombres se agrupaban junto a un altar que, en efecto, ocupaba el centro. Uno de ellos era, sin la menor duda, el profeta. Estaba extrañamente quieto, silencioso. Su rostro, por

lo general rebosante de pasión y fanatismo, permanecía totalmente inexpresivo, y su cuerpo se balanceaba ligeramente de un lado a otro, como si se dejase llevar por un arrullo que solo él era capaz de oír. Fléiter tuvo la rara impresión de que parecía un muñeco al que se le hubiera acabado la cuerda.

También había otros cuatro hombres con todo el aspecto de ser mercenarios. Bien armados y alertas. Sería difícil acabar con ellos, aún contando con el factor sorpresa.

El último de ellos estaba algo apartado del resto. Fléiter no pudo verlo bien. Tenía la cabeza baja y los brazos cruzados como si estuviera tomando una decisión.

Y sobre el altar se encontraba Yáxtor, atado de brazos y piernas, como una víctima a punto de ser ofrecida en sacrificio.

Bueno, se dijo Fléiter. Parecía que los malos augurios de Eirem sí que habían resultado tales para el adepto.

*Al menos hasta ahora. Tranquilo, muchacho, acaba de llegar la caballería. Justo a tiempo para rescatarte de los nativos hostiles.*

Volvió a dejarse caer al otro lado del muro. Después, mediante un par de gestos, ordenó a los suyos que tomaran posiciones en extremos opuestos de la sala y que aguardasen su señal. Por un momento consideró la posibilidad de enviar a uno de ellos de vuelta al campamento para que trajera al resto, pero no tardó en desechar la idea. En el tiempo que le llevaría ir y volver, Yáxtor bien podía acabar muerto. No, no tenían tiempo suficiente.

Los dos se arrastraron hasta las posiciones que les había indicado mientras, muy despacio, Fléiter se asomaba de nuevo. Su posición era buena: dominaba perfectamente la sala y estaba en una zona en sombras, junto a una columna. Sería muy difícil que lo vieran.

La conversación entre los cuatro mercenarios murió de repente cuando el hombre meditabundo alzó la vista y avanzó hacia ellos.

*¡Mierda!*

A la luz de las antorchas, Fléiter reconoció perfectamente el rostro de Adunor Sarac, antiguo jerarca de Bagrephor. Entonces, ¿aquello no era una intriga política? ¿Estaba ante la venganza de un amante despechado?

No, absurdo, no encajaba, no tenía ningún sentido. Quizá Sarac estaba aprovechando la oportunidad para saldar cuentas pendientes con Yáxtor, pero crear una trama como la del profeta era algo demasiado elaborado y con demasiadas resonancias políticas para ser simplemente parte de una venganza. Así que fuera lo que fuese lo que pretendía, no tenía nada que ver con el adepto empírico, y solo el azar le había puesto en las manos al hombre que lo traicionó.

Mientras Sarac se acercaba al altar apartó al profeta de un manotazo. Este se hizo a un lado dócilmente, tembló un poco y acabó quedándose inmóvil. El antiguo jerarca contempló al adepto empírico en silencio. Resultaba difícil discernir qué emociones le pasaban por el rostro. Seguramente demasiadas, se dijo Fléiter.

—Ah, Yaxétor, mis ofrendas a Manulabi, dios del azar, no fueron por completo en vano. — Hablaba de un modo deliberadamente lento, cuidadoso, como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme para controlar las emociones—. Quién lo iba a decir. Tanto oro gastado ha merecido la pena al final. Él te ha puesto en mis manos.

Yáxtor no dijo nada.

—¿No hablas? ¿No me dejarás escuchar tu voz una última vez antes de que desaparezcas en las sombras del inframundo y vagues por él buscando una vida que ya no es tuya? —Se detuvo un momento, contempló al profeta con el rostro ceñudo y se volvió de nuevo al prisionero—. ¿No

vas a suplicar por tu vida, tan siquiera, antes de decirme por qué vigilabas a mi profeta y en compañía de quién?

Yáxtor hizo algo de lo más inquietante: sonrió. Una sonrisa cargada de afecto, casi de devoción, hacia el hombre que le hablaba.

—No, Adunor, no suplicaré por mi vida —dijo al fin—. Pero confieso que me alegro de que tú hayas podido conservar la tuya.

El jerarca respiró muy despacio, luego avanzó un par de pasos con los puños apretados.

—Mientes bien —dijo—. Tu lengua sigue siendo dulce y vierte veneno con la misma delicadeza de siempre. Eso te lo concedo.

Sin dejar de mirar al jerarca con afecto, Yáxtor replicó:

—No miento. En cuanto a mis acciones pasadas... hago lo que tengo que hacer por mi país y mi Reina. ¿Acaso tú harías menos que eso? ¿No me dijiste que Ashgramor merecía cualquier sacrificio? ¿Merece menos mi patria para mí?

Sarac tomó aire y apretó los dientes. Abrió la boca de repente y dejó colgando una frase a medio pronunciar.

—Si mi muerte va a calmar tu rabia, adelante —dijo Yáxtor—. Si te vas a sentir mejor torturándome, no te prives de ese placer, pero no me pidas que traicione lo que soy. El Adunor que conocía no querría eso.

Sarac dio un paso atrás como si algo lo hubiera golpeado.

—¿Llegaste a conocerme? —consiguió decir.

La voz le temblaba y Fléiter comprendió en ese momento que no era de rabia o de odio, o al menos no solo de eso. Incluso ahora, después de saber que Yáxtor le había mentado, engañado y manipulado, después de ser consciente de que el adepto había sido el instrumento principal de algo que bien podía haber acabado en su muerte, el jerarca no podía apartar los ojos de él, no podía dejar de mirarlo, tal vez de recordar... y de desear. Como una polilla atrapada en un baile suicida, la voz del jerarca lo traicionaba.

Yáxtor se limitó a sonreír. Una sonrisa de añoranza tras la que asomaba el recuerdo de noches interminables, cuerpo contra cuerpo, de caricias y promesas, de palabras que nunca se dijeron porque no eran necesarias.

Fléiter contuvo un juramento de admiración. No solo por la impecable actuación del adepto, sino por el modo en que había atrapado a Sarac. Y ¿cómo lo había hecho? ¿De qué forma había...? Con su cuerpo, sin duda; con la voz y las manos, con caricias, besos y jadeos, pero también con algo más. Fléiter estaba empezando a sospechar que el dominio de Yáxtor sobre sus mensajeros (y tal vez los de los demás) era escalofriante.

—Maldito —susurró Sarac—. Maldito —repitió con la voz quebrada. Meneó la cabeza para intentar tranquilizarse—. No eres humano —dijo de pronto—. No eres más que una máquina al servicio de la destrucción.

—O de la creación —respondió Yáxtor—. Depende de cómo se mire.

Sarac dio un par de pasos vacilantes en dirección a Yáxtor. Tomó entre las manos la cabeza del joven y acercó la suya. Dijo algo en voz muy baja y de un modo crispado, tembloroso. Yáxtor asintió y dejó caer una respuesta que Fléiter no pudo oír. Había un brillo húmedo en los ojos del jerarca cuando se apartó a un lado.

Fléiter no sabía si maldecir o admirar al adepto. El joven no parecía consciente de lo apurado de su situación, aunque sin duda lo era. En su rostro no había otra cosa que no fuera afecto y preocupación por Sarac, como si lamentase el dolor que su muerte iba a causarle al jerarca, como

si esa fuera la única inquietud que le turbara la mente.

Quizás eso no lo ayudase a salir de allí con vida, pero desde luego al jerarca le iba a ser difícil olvidarlo, hiciera lo que hiciese. Pasarían años y Sarac aún recordaría a Yáxtor y se preguntaría qué parte de su relación fue mentira y cuál fue real.

—No importa —dijo de pronto Sarac. Parpadeaba como si estuviera despertando de un mal sueño—. Ni siquiera yo importo demasiado. No, comparado con la causa a la que he dedicado mi vida. Morirás, Yaxétor, independientemente de lo que yo sienta o desee, porque es como tiene que ser. Porque contigo, y los que son como tú, Ashgramor nunca estaría a salvo y seguiríamos siendo el campo de juegos de las potencias. Y he dedicado toda mi vida a impedirlo. El resto no importa.

Ah, pero importaba, se dijo Fléiter. Claro que importaba. Por qué si no Sarac iba a perder el tiempo en justificarse ante Yáxtor. Bien por el muchacho.

*Espero que nunca estemos en bandos contrarios.*

Miró hacia donde había enviado a sus hombres: estaban en posición y dispuestos. Era el momento. Sin embargo, no pudo dar la señal.

El profeta salió de repente de su inmovilidad, alzó la vista y el cuerpo se le puso rígido. Después corrió como una exhalación hacia donde estaban los mercenarios, se lanzó sobre uno, le arrebató la daga que llevaba al costado, le cortó el cuello de un tajo preciso y echó a correr hacia el altar.

El jerarca, tan pillado por sorpresa como los demás, salió por fin de su estupor y gritó:

—¡Detenedlo!

Los demás mercenarios lo intentaron, pero fue inútil. El profeta llegó al altar, cortó las ligaduras de Yáxtor y sin mediar palabra se lanzó contra el grupo que venía hacia él.

Fléiter no comprendía qué estaba pasando, pero no había mejor momento que el presente. Dio la señal a los suyos, se puso en pie y saltó hacia la sala.

Yáxtor se había incorporado y había abandonado el altar de un ágil salto. Vio a Fléiter y a los otros dos, sonrió feroz y le pidió algo con un gesto de cabeza. Sin pensar, sin dejar de correr, Fléiter desenganchó el estoque del cinto y se lo lanzó al adepto. Este lo agarró en el aire, lo desvainó y en un parpadeo estaba junto al profeta enfrentándose a los mercenarios.

Fue cosa de pocos minutos. No eran rivales para sus hombres ni para las veloces estocadas del adepto. Fléiter permaneció al margen y también el profeta, quien de nuevo se quedó inmóvil y desmadejado con una daga totalmente inútil colgándole de la mano derecha.

El jerarca no tardó en comprender que había perdido y miró hacia la salida, calculando las posibilidades. Fléiter lo encañonó con el lanzador de proyectiles y Sarac se detuvo a mitad de un gesto, derrotado.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Yáxtor—. Si lo que he oído es correcto, estos hombres eran solo una avanzadilla. Vendrán más al amanecer.

Fléiter comprobó el tiempo: les quedaba un par de horas.

Sarac, sentado en el suelo, maniatado y vigilado por los dos hombres de Fléiter, permanecía en silencio. No apartaba la mirada del adepto, y su rostro era un campo de batalla de emociones contradictorias.

—No sé cómo lo has hecho, muchacho, pero ha sido increíble —Fléiter lo felicitó.

Yáxtor se encogió de hombros.

—Es mi trabajo —dijo, aunque era evidente que estaba complacido por el halago, y luego

miró a su alrededor—. Lo mejor sería que hiciéramos desaparecer los cadáveres y nos fuéramos de aquí. Así cuando lleguen los demás no sabrán lo que ha pasado. Si intentan averiguarlo, eso los mantendrá ocupados.

»También sería conveniente que dejaras un par de hombres cerca. Quizá podamos identificar a los demás conjurados, o al menos a alguno de ellos. —Dudó un instante—. En cuanto a Aduor...

Miró al jerarca. Este le devolvió una mirada difícil de descifrar y luego dijo:

—Sí, Yaxétor, llévame maniatado a tus jefes. Muéstrales al títere derrotado, que todo Ashgramor vea lo que pasa a quienes se atreven a oponerse a la gran Alboné y a los Pueblos del Pacto.

—Creo que no —replicó el adepto antes de volverse hacia Fléiter.

Por un instante, le pareció que el muchacho se mostraba tímido, casi indeciso. Fléiter frunció el ceño. Intentaba comprender qué estaba pasando.

—Déjame a mí, comandante —dijo al fin—. Yo me encargo de él.

—¿Cómo?

Fléiter apenas salía de su asombro. ¿Qué le estaba pidiendo Yáxtor? ¿Por qué? ¿Con qué propósito?

—Digamos que no necesitas saberlo —respondió el adepto—. Pero te aseguro que no volverá a representar un peligro. —Hizo una pausa—. Por favor.

Fléiter, casi decidido a decir que no, intentaba quitarse de encima la sensación de que el mundo entero se había vuelto loco de repente. Abrió la boca, cambió de idea a mitad del gesto y, para su sorpresa, se oyó decir:

—De acuerdo.

Confuso, sin comprender del todo lo que estaba pasando o por qué acababa de decir aquello, ordenó a los suyos que se ocuparan de los cadáveres. Mientras estos obedecían, agarró del brazo al dócil profeta y se lo llevó con él. Dudó un instante y se dijo que lo que estaba haciendo no era correcto, que no debía dejar al jerarca allí con Yáxtor, que tenían que llevarlo con ellos y...

Pero el pensamiento desapareció de repente y siguió caminando hacia la salida, tirando del profeta y sin estar muy seguro de que lo que estaba pasando fuera real.

Yáxtor permaneció de pie, inmóvil y sin apartar la vista del jerarca mientras los demás abandonaban la sala y dejaban a los dos solos.



*Lo divertido no es saber que, tarde o temprano, la historia siempre se repite, sino descubrir cuándo ocurrió por primera vez.*

**—Alten Durin, profesor de Historia en la Torre**

Llevaban casi dos días de deliberaciones, aunque el tiempo invertido en analizar y discutir el asunto era menos de lo que parecía. Hubo descansos para comer, para el té y para cumplir las tareas correspondientes al cargo. Al fin y al cabo, ocupaban puestos que no podían desatender durante demasiadas horas.

Entre descansos, Asima había seguido dándole vueltas a la misma idea: la cuarta niña no era la que ella había examinado. No era una certeza, sino una impresión, pero no podía quitárselo de la cabeza.

Había una forma de comprobarlo: volver a examinarla. Sin embargo, de la misma forma que aún no había dicho nada a los demás por precaución, tampoco tenía del todo claro que presentarse en persona fuera una buena idea. Si de verdad no era quien debía ser, la visita de la Adepta Suprema la pondría en alerta y la prueba podría no ser concluyente. Necesitaba que la impostora se sintiera relajada, que no sospechara del escrutinio ni de que la estaba examinando alguien que sabía cómo era la verdadera niña.

*¿Cómo puedo llevarlo a cabo?*

Apretó los labios. En realidad había una forma de conseguir su propósito. Era una idea que se le había ocurrido hacía tiempo y que tras intentarla un par de veces comprendió que aún tardaría bastante en perfeccionar. Había pasado años entrenando sus mensajeros, y aunque el resultado distaba de ser perfecto, sería suficiente para sus propósitos. El dolor que iba a experimentar y el tiempo que le iba a suponer no eran el problema. La cuestión era: ¿podía correr el riesgo de que la descubrieran?

Le costó mantenerse centrada durante la reunión siguiente. Pero en cuanto cayó en la cuenta de que el nombre de la chiquilla empezaba a barajarse como la candidata más idónea, tomó una decisión.

Una cosa era que el sistema abogase por la perpetuidad de una misma figura de poder (siempre estaría la organización para velar que la Reina no se excediera en sus funciones) y otra cosa muy distinta era permitir que alguien decidiera corromper ese sistema desde la raíz. No importaba si ese alguien era albonense o extranjero.

*Sí, el riesgo merece la pena.*

Pólter Brum decidió ser valiente por una vez: usó la burocracia en su beneficio. Podía parecer algo nimio, pero para el adepto, que jamás se había desviado de las normas y era el mismo estandarte de la rectitud, falsear documentos fue un paso arriesgado que no le resultó nada fácil de dar.

Entrar de forma legítima en Palacio había resultado imposible. Decidió pensar como un

adepto ejecutivo. ¿A qué estaban dispuestos estos por conseguir su objetivo? A lo que hiciera falta. Cuando todo se solucionase, seguro que no se lo tendrían en cuenta. Las circunstancias no eran para menos.

Ya superados los guardias, moverse dentro del complejo fue mucho más sencillo y, por una vez, agradeció tener un aspecto anodino. Nadie lo detuvo, nadie lo interrogó.

No fue tan fácil localizar al sirviente que buscaba. Al parecer, Pólder no era el único con un problema para que los demás se acordasen de él. Cosa que, por otra parte, tenía todo el sentido del mundo en aquella situación. Su objetivo había pasado desapercibido demasiado tiempo, y a Pólder le intrigaba cada vez más la motivación que había detrás.

Después de dar muchas vueltas, consiguió al fin dar con alguien que tenía más o menos una idea de a quién se estaba refiriendo y que le indicó que probara en la zona ajardinada. Las candidatas no tardarían en salir a jugar y el sirviente estaría cerca de la mesa donde se serviría la merienda.

Hecho un manojo de nervios, se internó en el área en cuestión. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo lo iba a desenmascarar? Y después de lograrlo, ¿qué? Se había centrado tanto en la manera de entrar que se le había olvidado planear los siguientes movimientos.

*Algo se me ocurrirá.*

Se encogió de hombros.

*No debe ser tan difícil. Además, he recibido entrenamiento físico como cualquier adepto, así que si se pone tonto, podré apañármelas.*

Se llevó un gran chasco cuando no localizó al individuo donde se suponía que debía estar. ¿Qué falta de profesionalidad era aquella?

A punto ya de marcharse, malhumorado y frustrado, escuchó el griterío jovial de la chiquillería y empezó a retroceder, casi sin darse cuenta, en busca de refugio. Una cosa era colarse en Palacio por causas de fuerza mayor y otra bien distinta atreverse a entrar en contacto con posibles Reinas que serían.

Antes de ser descubierto consiguió dar con una pequeña construcción de piedra, similar a un mausoleo, rodeada por setos altos. Entró, tropezó con algo, cayó de bruces, oyó un gruñido y de repente lo envolvió la oscuridad.

Dolía una barbaridad, pero Asima consiguió reducirlo a un zumbido constante y molesto. No podía permitirse el lujo de ordenar a uno solo de los mensajeros que hiciera otra cosa que no fuera mantenerle el rostro joven, más o menos como cuando estaba en sus veinte.

El resultado no era perfecto, pero mientras se centrara en la niña y evitara a los adultos, no habría problema. Afortunadamente, no solo gozaba de buena salud, sino que conservaba un cuerpo estupendo para pasar de los cincuenta. Ciertamente el tono muscular no era el adecuado para la joven que pretendía aparentar, pero nada como colocar bien la ropa para no llamar la atención de buenas a primeras.

Por supuesto, haber contado con una cápsula de mensajeros programados para esa tarea le habría ahorrado todo el esfuerzo, no solo para el rostro y el cuello, sino para conseguir modificar el cuerpo entero; pero eso habría significado acudir a los artífices de los adeptos (al no ser una cuestión de salud, las de las Casas de la Curación no producían ese tipo de mensajeros) y Asima no quería dejar ni rastro de sus intenciones. Un hecho que esperaba poder solventar entrenando con paciencia y dedicación a los suyos. Le llevaría tiempo, mucho, pero estaba segura de que a la

larga sería una buena inversión.

De momento, y aún sin ser una modificación perfecta, consiguió pasearse sin problemas a pesar de alguna que otra mirada lasciva entre la servidumbre y los guardias. Si hubiera tenido que detenerse por culpa de un seductor en potencia, se habría visto en un serio problema.

*Siguiente paso cuando consiga dominar los mensajeros para rejuvenecerme: aprender a modificar los rasgos.*

Finalmente alcanzó la zona ajardinada donde a esa hora las candidatas estarían disfrutando de un descanso. Cuando las localizó, se unió a los juegos de manera natural, como si fuera una cuidadora que había sido enviada para entretenerlas y mantenerlas vigiladas, y se las ingenió para, en cierto momento, apartar al objetivo de las demás sin que pareciera forzado.

Mientras jugaba con ella a elaborar formas con un cordel entrelazado entre los dedos inició el interrogatorio. Nada concreto ni directo al principio. A la adepta no le interesaban las respuestas, sino la reacción ante las preguntas y los comentarios.

Pasado un tiempo, no había encontrado nada raro en la conversación. Era fluida y... bueno, todo lo fluida y caótica que se podía mantener con una cría de cuatro años. En definitiva, nada que no fuera de esperar. Sin embargo, cuando estaba a punto de dar por satisfecha su curiosidad y recriminarse el ser una paranoica, se dio cuenta de un pequeño detalle: la niña hablaba con naturalidad, pero no sucedía lo mismo cuando jugaba con el cordel. No era que se parara a pensar para realizar la siguiente figura, tampoco que se detuviera demasiado antes de iniciar el proceso. Era como si... Como si no fuera capaz de hacer dos cosas a la vez, cuando hablar y jugar al mismo tiempo era algo que los niños podían hacer con naturalidad.

Así puso más atención a los movimientos, a la actitud a la hora de enfrentarse a la siguiente figura y entonces cayó en la cuenta.

*Está buscando las pausas correctas mientras hablamos para que no se le note el esfuerzo. Esta no es la coordinación que yo recuerdo. Esta no es la cría que pasó mi examen.*

—¿Qué sucede? —le preguntó.

La aludida parpadeó, terminó de hacer la figura y se quedó mirando a la joven Asima, quien, por unos instantes, comprendió que le devolvía la mirada a unos ojos vacíos. Fue algo fugaz, pero significativo.

—No entiendo —replicó la niña.

—¿No entiendes la pregunta?

—Claro que la entiendo. —Sonrió de oreja a oreja.

Asima tuvo la picajosa sensación de que la mente de la cría había vuelto después de un largo viaje.

—¿Entonces? —insistió la adepta.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—¿Te molesta?

—No, no, no. —Rió y se balanceó recuperando así la apariencia de niña que había perdido un segundo atrás—. Es extraño, nada más. Estoy bien.

—¿Estás segura? —apretó un poco más la tuerca.

—Sí, sí.

—Pero... no parece muy concentrada.

Hubo una nueva pausa, brevísima, que activó la alarma de Asima. A la adepta no le pareció que la niña estuviera pensando una réplica, sino que la mente se le había desconectado una vez más.

—Es que el juego es difícil —dijo la cría.

—Pero se te dio bien cuando la adepta Sterd te estuvo examinando. Por ese motivo te lo sugerí —lanzó el farol. Aquella no había sido una de las pruebas que le realizó.

—Me aburro. Estoy cansada. No quiero seguir.

—Venga, no me digas eso. Si nos lo estamos pasando muy bien.

—No, quiero irme. —Se puso en pie.

—Aún es pronto. Jugamos a otra cosa si quieres.

—He dicho que no.

El cuerpo de la niña temblaba como una hoja. Podía deberse al enfado, pero Asima no lo tenía tan claro, y más cuando al mirarla a los ojos le pareció percibir como si el cerebro de la cría se encendiera y apagara de manera intermitente.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras se ponía también en pie.

Antes de que pudiera hacer nada más, la niña echó a correr. No hacia donde estaban reunidas las demás, sino bien lejos de todo el mundo. Asima reaccionó rápido y la siguió. Estuvo a punto de atraparla, pero se le escurrió como una culebra.

El esfuerzo empleado en la carrera mientras intentaba ignorar el dolor en el rostro no fue de gran ayuda en la persecución. Quizá aparentase veinte años, pero estaba claro que no los tenía. Así que acabó por perderla de vista cuando la cría traspasó los setos que cercaban la zona ajardinada.

*Esto no me gusta. No me gusta nada.*

Tras un par de tensos minutos de búsqueda, oyó una serie de gemidos acompañados de un sonido peculiar. Cuando localizó la fuente, descubrió a la niña dándose de cabezazos contra una torre chata que en su día debió utilizarse como puesto de guardia.

—¡Para! —le ordenó mientras corría a detenerla.

La niña la miró con unos ojos vacíos que hicieron que Asima temiera lo peor. Acto seguido, y ante la impotencia de la adepta, trepó con agilidad por la enredadera que cubría la pared de la torre. Trató de seguirla, pero antes de que pudiera completar la mitad del ascenso, la cría llegó a la cima y se arrojó al vacío de cabeza.

Fue como si el tiempo se ralentizara mientras Asima contemplaba la caída de aquel diminuto cuerpo. Instantes después, cráneo y cuello se partían al chocar contra el suelo.

La Adepta Suprema permaneció asida a la enredadera, atónita, durante unos segundos que se le antojaron eternos.

Pólder Brum experimentó miedo por primera vez. No un miedo de pacotilla como cuando uno realiza su primer viaje en aerobajel y piensa lo fácil que sería estrellarse, o como cuando uno se queda a oscuras y está segurísimo de que está rodeado por horrendas criaturas. No, aquel miedo era tan real como la hoja afilada de un barbero loco.

En cuanto las brumas de la inconsciencia se disiparon, lo asaltó el desconcierto. ¿Cómo era posible que hubiera perdido el conocimiento tras un simple tropiezo? ¿Y con qué había tropezado?

Tumbado en la hierba húmeda no dio con objeto alguno culpable de su estúpida caída.

Gruño cuando trató de incorporarse. El cogote se había convertido en la estación central del dolor.

Consiguió sentarse en una posición poco digna, despatarrado y los ojos bailoteándole en las cuencas mientras trataban de enfocar sin demasiado éxito. Pero finalmente, mientras paseaba la

vista a su alrededor, consiguió dar con una sombra que le provocó un disparo de adrenalina: una figura antropomorfa con una enorme joroba.

Pronto comprendió que ni era una giba ni el desconocido cargaba con un enorme fardo. En realidad se trataba de un cuerpo. Solo había que fijarse en los espumarajos que le asomaban por la boca para darse cuenta. Y, tras prestar un poco más de atención, Pólter lo identificó de inmediato como el hombre que había estado buscando, el mismo que había falsificado su entrada a Palacio tres años atrás. ¿Estaba muerto o solo inconsciente? Tenía más pinta de lo primero que de lo segundo, pero... ¿quién lo llevaba a cuestas y por qué?

Todas aquellas dudas quedaron reducidas a partículas de «no me importa en absoluto» cuando la sombra se detuvo y giró ligeramente la cabeza hacia donde estaba Pólter.

El adepto no le vio la cara, solo el brillo en el único ojo que lo estaba mirando, pero fue suficiente para darse cuenta de que su vida estaba en grave peligro. Una imagen clara de sangre y vísceras se materializó en su mente. Una certeza fría y afilada como un bisturí.

Se puso en pie de un salto y corrió sin detenerse hasta llegar a los archivos. ¿Cobarde? Tal vez sí, o tal vez solo consciente de sus limitaciones. Era un simple adepto de archivos, y había sido lo bastante iluso para creer que ser ejecutivo no era tan difícil.

Fuera como fuese, tenía clara una cosa: había tenido suerte.

*Agradece que te dejara inconsciente, porque podría haber sido mucho peor. No tengo ni idea de lo que pretendía el impostor, pero estoy seguro de que aquel monstruo se lo hizo pagar.*

Informaron del incidente al día siguiente, aunque Asima estaba segura de que debieron descubrir el cadáver para la hora de la cena.

Lo describieron como un accidente, y la Adepta Suprema no lo rebatió después de que le permitieran realizar la autopsia.

Orston Velhas y Glaxton Dishrel estuvieron presentes durante todo el proceso, por lo que la Adepta Suprema se felicitó por no haber salido corriendo de inmediato de la escena del crimen y haber consumido preciosos segundos para examinar el cadáver. Gracias a eso había podido recoger la sanguinolenta pasta anaranjada que salía de las fosas nasales de la niña.

Sin nada a mano donde poder conservarlo, la adepta tuvo claro desde el principio que la materia se oxidaría rápidamente y se echaría a perder. No obstante, estaba segura de que no necesitaba analizar la sustancia para saber lo que era: una porción de fruto de Bosqueoscuro, un trozo de cerebro de carneútil.

Tenía sentido. Un cerebro de cuatro años era como una esponja de información, pero estaba aún sin desarrollar, por lo que la unión con el cuerpo extraño, que en cierta forma también era un cerebro, podía ser perfectamente factible. Aunque Asima veía un inconveniente: a la larga produciría considerables jaquecas al huésped, que podrían volverlo irascible y hasta causar brotes de locura, y... ¿hasta qué punto la mente carneútil podía superponerse a la mente humana y a su voluntad? ¿De verdad el artífice, o artífices, de aquel plan no había contemplado esa posibilidad?

Pero había algo aún más oscuro en todo aquel complot para hacerse con el poder (o desestabilizarlo) a través de la Reina. Alguien había sido capaz de introducir por la nariz la porción de fruto sin ser visto ni levantar sospechas, alguien cercano la había estado controlando, alguien sabía que la niña se estaba alzando como la candidata perfecta. ¿Cómo era posible?

*Lo volverán a intentar. Tal vez no con esta tanda de candidatas, pero sí con la siguiente.*

*Tiempo suficiente para realizar más experimentos y perfeccionar la técnica. Si es que no encuentran antes la forma de remplazar un cerebro humano por otro de carne útil directamente. Y en ese caso...*

*Arrugó los labios.*

*Habrá que estar atenta.*

El sirviente la sacó de su ensimismamiento y le indicó que en breve proseguiría la reunión. Una vez resuelto el asunto, todos habían coincidido en que retrasar la elección no era una alternativa.

*Estupendo. Ahora que hay vía libre, puedo seguir con el plan para colar a la que creo que es mejor candidata.*

Sonrió a su pesar. ¿Qué diferencia había entre lo que ella trataba de hacer y lo que alguien acababa de intentar?

*Que somos los buenos, ¿no?*

*Las nubes preludian  
el fracaso del cielo.  
Marionetas.*

—**Daratome Entiru**

La noticia no tardó en correr por Jarsarén. El nuevo profeta, el gran hombre santo, había sido visto en el barrio de mala nota emborrachándose y perdiendo el tiempo con mujeres de dudosa... o más bien notoria reputación.

La historia tardó unos días en llegar al oasis donde los discípulos esperaban. Tiempo suficiente para que el profeta participase en una orgía ritual en la que batió a todos los contendientes, sin dejar de comer ni beber, mientras montaba una mujer tras otra y desgranaba parábolas blasfemas entre risas de demente.

Aquella mañana amaneció junto a un pozo, cubierto de su propio vómito y rodeado por un círculo de sus antiguos discípulos. Cuando despertó y los vio, se les rió en las barbas mientras sacaba un cubo de agua y se lo vaciaba en la cabeza.

La guardia de la ciudad tuvo que intervenir para que los discípulos no lo despedazaran.

Lo echaron de la ciudad aquella misma tarde.

Nadie volvió a verlo.

Glaxton se quedó mirando a la niña sin entender muy bien lo que esta le estaba pidiendo.

—Es que... —empezó a decir la cría con cierta timidez—. No puedo dormir. ¿Dónde están mis amigas?

—A partir de ahora, no habrá más amigas.

—¿Por qué? —Se le empañaron los ojos.

*Buena pregunta, pensó el Regente.*

Lo primero que le ordenó la Reina tras la elección de la candidata fue mantener a la niña aislada de las demás. Las otras permanecerían en otro complejo, como reserva por si se produjera otro accidente como el ocurrido recientemente y necesitasen una sustituta. ¿Por qué? Es decir, siempre se había hecho así: no se devolvía a ninguna hasta que el proceso de transferencia se hubiera completado, pero... ¿tener a la elegida apartada de las demás? Eso era nuevo.

*Supongo que es una forma de evitar lazos emocionales que puedan influir en el desarrollo de la niña. Ella pasó por lo mismo, así que debe saberlo mejor que nadie.*

—Porque así debe ser —respondió al fin—. Ya no eres simplemente una niña, sino la Reina que será. Vas a tener que acostumbrarte a dormir sola.

La pequeña se mordió los labios, apretó los puños y dejó vagar la mirada. No parecía muy contenta con la respuesta, pero al menos no rompió a llorar.

*Eso está bien. Demuestra entereza. No estaba muy convencido al principio, pero no hay duda de que estaba equivocado y me alegro de que me convencieran. Tiene madera, sí.*

—Soy la Reina que será... —masculló.

—Así es.

—Ya no soy una niña...

—Lo eres, pero no una cualquiera.

—Entonces... Haz lo que te he pedido.

—No te voy a contar un cuento.

—Tu Reina que será no puede dormir. Cuéntame un cuento.

—No me sé ninguno.

—No es mi problema.

Glaxton la miró largo rato y, para su sorpresa, descubrió que la niña no apartaba la vista. El Regente no la estaba intimidando.

La situación era un tanto incómoda. Ya no por el hecho de tener que acatar las órdenes de una cría (como bien le había recordado que era su deber), sino porque lo que le estaba pidiendo no entraba dentro de sus funciones. Era el Regente. ¿Qué hacía ejerciendo el papel de figura paterna? Sin embargo, había que concederle que estaba aprendiendo rápido, y eso era buena señal.

—Está bien —dio su brazo a torcer—. Me sé una historia que podría servir.

La niña sonrió de oreja a oreja y se metió corriendo en la cama. Glaxton se sentó a un lado. Algo incómodo por la extraña situación que estaba viviendo, la arropó y suspiró.

—Esta es la historia de un adepto al servicio de la Reina. Su apellido es Brandan —empezó a decir— y su nombre Yáxtor.

—¿Es? ¿Alguien real?

—Sí. Ahora calla y escucha o no te sigo contando. —La niña asintió emocionada—. Como te estaba diciendo, el muchacho se llama Yáxtor Brandan y nació en el seno de una familia noble poco importante, pero siendo solo un niño demostró que podría cambiar esa situación...

—Un carneútil ¡Es increíble! Un maldito carneútil. El hombre santo perfecto no era más que el fruto de un bosque oscuro.

Yáxtor le había explicado que no era así exactamente. Que el cuerpo era completamente humano. Le habían vaciado el cráneo y remplazado el cerebro por uno de carneútil. Una operación difícil y delicada que, de hecho, muy pocos creían posible y menos aún habían intentado, pero a Fléiter no le importaban los detalles. La ironía del asunto le parecía deliciosa, demasiado para pararse en minucias.

—¡Un maldito carneútil! —repitió mientras vaciaba la jarra de vino.

Jarsarén, sucia y polvorienta, se desparramaba más allá de la terraza. A lo lejos se divisaba perfectamente la Colina del Origen, con el alto huso metálico brillando en la luz mortecina del anochecer.

—Reconoce que el plan tenía su mérito, comandante —dijo Yáxtor, sentado al lado. No había probado el vino en toda la tarde. Se había servido solo una copa que de vez en cuando acunaba y cuyo contenido contemplaba meditabundo—. El cerebro del carneútil era la herramienta perfecta: sometido a la voluntad del amo y creyendo todas y cada una de las palabras que este le ponía en la boca.

»Claro que había sinceridad en lo que decía, porque de verdad se lo creía como ningún humano podría creer. De haber tenido éxito, habría arrastrado a miles con él.

—Sí —convino Fléiter—. Me pregunto adónde.



—Bueno, ya oíste al jerarca. Hacia la independencia o algo parecido. No pude oír sus planes en detalle, pero me enteré de lo suficiente para comprender que el profeta no era más que la primera fase. Con sus palabras, habría creado un ejército fanático al servicio de quien lo controlara. Ahora bien, el modo en que planeaban usar ese ejército... —Yáxtor frunció los labios—. ¿No fue uno de vuestros fundadores quien dijo que el árbol de la libertad debía ser regado con sangre cada cierto tiempo? —Fléiter asintió—. Bueno, este árbol iba a estar bien regado.

Yáxtor hablaba con frialdad, como si todo aquello no fuera con él. Fléiter no le llevó la contraria. Estaba demasiado ocupado sopesando las posibilidades. Sin duda, un plan como aquel no se maduraba en unos meses. No solo requería una cuidadosa preparación y puesta en marcha, sino que la habilidad necesaria para crear aquel híbrido de carneútil y humano no se podía encontrar en cualquier parte.

De hecho, tras un escrutinio preliminar de la criatura, los adeptos empíricos que lo habían examinado seguían sin comprender del todo cómo se las habían apañado para crearlo. El humano debería haber muerto en el proceso, y el cerebro del carneútil tendría que haberse vuelto inerte en el momento mismo en que lo separaran del cuerpo. La habilidad para hacer algo así, confesaron, estaba fuera de su alcance, y creían que del de todo el mundo.

No de todos, evidentemente, puesto que tenían delante de sus narices la prueba de que la criatura era posible y viable.

—Su independencia de movimientos es limitada —había dicho el joven artífice que había dirigido la exploración—. El amo debe estar cerca de él e instruirlo de un modo muy preciso, por lo que sospechamos que la mente original del carneútil ha quedado dañada de algún modo.

Sí, pero incluso con esas limitaciones había logrado engañar a todo el mundo. Era evidente que, manipulado por alguien lo bastante hábil, resultaba una herramienta útil y eficaz.

En cualquier caso, lo que importaba ahora no eran las restricciones del híbrido, sino el hecho mismo de que algo así fuera posible, que hubiera una criatura viable y funcional donde no debería haber más que dos pedazos ensamblados de tejido muerto e inservible.

Había un artífice de primer orden involucrado en aquello; y dado que los mejores maestros artífices eran albonenses, a menudo incluso adeptos empíricos, la cuestión tenía ramificaciones insospechadas y más bien molestas.

La trama, la conjura, llevaba mucho tiempo en marcha. Mucho más que el transcurrido desde la detención del jerarca, detención que había supuesto un obstáculo, pero no un impedimento. Aquello indicaba que este no trabajaba solo y que el resto de los conjurados eran personas con recursos nada desdeñables.

Fléiter recordó lo que sabía de él, el modo en que un joven aparentemente gris y anodino se había convertido en un líder carismático de la noche a la mañana, el modo en que se las había apañado para huir de su confinamiento.

No; no era Khynai quien estaba detrás de él, cada vez estaba más seguro.

Por desgracia, seguían sin saber quiénes estaban involucrados en aquella conjura. Los dos hombres que habían dejado en Eirem habían vuelto al cabo de unos días y habían informado que un grupo se había acercado a la ciudad al amanecer para luego dar la vuelta apresuradamente. Sin duda esperaban una señal desde Eirem que no se produjo.

Fléiter se arrepintió una vez más de no haber llevado al jerarca con ellos para sacarle más información, de haber permitido que Yáxtor... Pero al llegar ahí, detuvo sus pensamientos, hizo un esfuerzo casi heroico por no recordar y miró de reojo al adepto.

—¿Cuándo empezaste a sospechar? —preguntó.

—Te lo dije en el campamento, ¿recuerdas? Había algo raro en sus mensajeros. Como si no fueran suyos por completo. Es decir, claro que lo eran. En cierto modo seguía siendo un carneútil, así que podía producirlos, pero estaban sometidos a la voluntad de su amo y, por tanto, llevaban la firma de este. Eso me tuvo bastante desorientado durante un tiempo. Demasiado, me temo. Debería haberme dado cuenta antes. Después de todo, se nos enseña a captar cosas como esa.

Yáxtor, algo incómodo, se puso en pie, caminó hasta el borde de la terraza y se perdió largo rato en la contemplación de la Colina del Origen.

—Cuando empecé a comprender lo que pasaba, casi fue demasiado tarde —dijo sin mirar a Fléiter—. ¿Recuerdas lo que te dije la última vez que nos vimos? «No es él». Ni siquiera entonces había comprendido lo que era realmente. Solo sabía que no era quien estaba al mando; que el profeta, de algún modo, era el instrumento de otra persona. Estaba empezando a descifrar el enigma cuando Adunor apareció de repente. Creo que se sorprendió tanto de verme como yo a él. —Se volvió a medias—. Le había llevado el agua y los dátiles al profeta y me sentaba a su lado, como un discípulo obediente, y de pronto lo sentí. Percibí sus mensajeros y comprendí que la firma que tanto me desconcertaba era la de Adunor, modificada.

»No sé por qué fue allí aquella mañana. Supongo que tenía miedo de que su títere empezara a actuar por sí mismo si pasaba demasiado tiempo lejos de él; seguramente temería perder el control si no reforzaba sus instrucciones cada cierto tiempo. Por lo que nos han dicho los artífices que lo examinaron, parece necesitar supervisión constante. Bueno, tú mismo lo viste en Eirem cuando su amo dejó de controlarlo. Era como una marioneta desmadejada.

—¿Y qué pasó?

Fléiter echó mano de otra jarra y olisqueó el vino. Demasiado dulce, pero si no había nada mejor... Se sirvió una copa.

—No soy infalible, Fléiter. —Era la primera vez que Yáxtor lo llamaba por el nombre de pila, y el occidental no supo cómo tomarse aquello—. No reaccioné lo bastante rápido y me atraparon. Así emprendí viaje a Eirem, convertido en un fardo a lomos de un camello.

El adepto regresó junto a Fléiter, tomó asiento y mordisqueó meditabundo unos dátiles.

—Durante el trayecto tuve tiempo para pensar y planear una estrategia. Me habían pillado, pero contaba con que te las apañaras para comprender que algo raro había pasado y siguieras al profeta. Me alegra ver que no me equivocaba. Aunque no fiaba mis esperanzas a tu aparición, esta fue bienvenida.

—No te comprendo.

En realidad llevaba un buen rato comprendiéndolo... Eso y algunas otras cosas. Como, por ejemplo, por qué le había dado permiso a Yáxtor para disponer del jerarca justo cuando estaba a punto de negárselo, y pese a que cualquier consideración práctica pedía a gritos que lo llevaran con ellos.

Se dio cuenta de que el adepto lo miraba con curiosidad y se preguntó si sería capaz de leerle el pensamiento. El joven sonrió de un modo que estaba a mitad de camino entre la diversión y la burla y dijo:

—El profeta era un carneútil, o al menos lo era la parte verdaderamente importante: su mente. ¿Y qué es un carneútil? Sé que en Occidente no los usáis, pero llevas aquí tiempo más que suficiente para conocerlos y saber cómo funcionan.

Fléiter asintió. Y tanto que sabía cómo funcionaban. Que se lo dijeran a Mishra, la propietaria de la mejor casa de placer de Lambodonas y dueña de las carneútiles más hábiles y complacientes de todo el Continente Primigenio. Bueno, por lo que había oído, también tenía los mejores

carneútiles, y en general todas las perversiones habidas y por haber, pero nunca había sentido el menor interés por estos últimos.

—Un carneútil siempre está sometido a la voluntad más fuerte que haya a su alrededor — prosiguió el adepto—. A eso se reduce todo. Y te aseguro que voluntad es algo me sobra.

El muchacho no lo decía con petulancia.

Fléiter apuró la copa, rememoró lo que había visto y oído en el zigurat y de nuevo apartó el pensamiento. En aquellos momentos no era buena idea darle vueltas al asunto. No con Yáxtor delante. Y sí, desde luego, voluntad era algo que no le faltaba.

Mientras el jerarca hablaba con él, seguramente desde antes incluso, quizá desde el mismo momento en que comprendió que el profeta no era más que un carneútil guiado por un humano, Yáxtor se había empeñado en un duelo de voluntades destinado a hacerse con el control de su mente y usar su cuerpo como herramienta.

Pero era algo más que voluntad. Sin duda, el profeta había sido blindado ante intrusiones como esa. Los mensajeros habrían sido manipulados para que la criatura sirviera a un solo amo y no reconociera más que una única mente rectora. Que Yáxtor hubiera podido arrebatarse el control implicaba que, además de voluntad, su habilidad para controlar los mensajeros, ya fueran propios o ajenos, era considerable. Más que considerable, de hecho, si se tenía en cuenta el duelo emocional que había sostenido al mismo tiempo con el jerarca.

—Estás muy callado —dijo de pronto el adepto.

Fléiter sonrió.

—Pensaba —respondió—. Pensaba en cómo el propio jerarca metió el cuello en la trampa. Creyó tenerte atrapado y no se dio cuenta de que quien se estaba atrapando era él. Cuanto más hablaba, más iba perdiendo el control de su marioneta mientras tú lo ibas ganando. Fue magistral. Demonios, es posible que ni siquiera hubieras necesitado mi ayuda.

Yáxtor se encogió de hombros y lo miró como si no creyera del todo sus palabras.

—Tal vez no, pero mejor no haber tenido que averiguarlo.

Se incorporó de repente.

—Es tarde —dijo—. Mañana debo levantarme temprano y llevar conmigo el paquete a Lambodonas. —Se refería al profeta, que ahora estaba a buen recaudo en una casa franca a las afueras de Jarsarén—. Sé de un Maestro de Artífices que va a estar encantado con el regalo. —Sonrió de pronto y miró al occidental con indulgencia—. Creo que os llevaríais bien. —Tomó aire y contempló la Colina del origen por última vez—. Buenas noches, Fléiter.

—Buenas noches, Yáxtor.

Pólter Brum murió de la forma más absurda y ridícula posible.

Llevaba un tiempo reflexionando sobre lo ocurrido e intentando decidir si contarlo o no. A fin de cuentas, nadie en Palacio echó en falta al intruso y él solo tenía un documento con un nombre. No había rastro físico alguno que probara que esa persona había existido realmente, así que, ¿quién lo iba a tomar en serio?

No era el intruso el que le preocupaba, sino el tercero en discordia. ¿Quién era aquella sombra de mirada fría como el acero? ¿Cómo se había enterado de que alguien se había colado donde no debía? ¿Conocía las intenciones de aquel sirviente? ¿Le estaba dando demasiadas vueltas a algo que probablemente tuviera una explicación sencilla?

Mientras trataba de dar respuesta a todas aquellas incógnitas y seguía colocando los legajos en

la estantería de manera distraída, llegó finalmente a la conclusión de que su deber era informar sin importarle que no lo tomaran en serio; al menos tendría la conciencia tranquila. Y quién sabía. El Jefe de Archivos era un hombre peculiar, por lo que cabía la posibilidad de que lo escuchara, de que no hiciera oídos sordos ante la idea de que alguien estaba empleando el sistema burocrático para fines poco claros.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?

La voz de Shércroft lo sobresaltó, con tan mala fortuna que se le escurrió el pie del peldaño y cayó de la escalera en la que estaba subido.

Le dio tiempo a ver la mirada de incredulidad del Jefe de Archivos ante la estúpida caída, antes de que su cabeza golpeará contra el borde de la mesa y se desnucara.

«Mierda», fue lo último que pudo decir antes de morir.

Nadie volvió a pronunciar mal su nombre. Desde ese día la expresión «hacer un Pólder» pasó al idiolecto de los archiveros y acabó haciéndose enormemente popular. Había logrado pasar a la posteridad, pese a todo.

Fléiter permaneció largo rato en la terraza, solo, pensando en muchas cosas, pero sobre todo en el adepto empírico.

Igual que unos días atrás, tenía la impresión de haberse convertido en una especie de mascota para Yáxtor, tal vez un amuleto de la buena suerte. No sabía por qué y tampoco estaba muy seguro de que le gustara.

*Aunque mejor eso que ser su amante*, se dijo socarrón.

Aquella misma mañana, mientras el profeta era expulsado de la ciudad, había leído por fin el expediente del muchacho. El maldito legajo había llegado a la habitación mientras él estaba fuera, en el desierto. Se preguntó qué habría hecho de haberlo leído antes de salir.

*Seguramente lo mismo.*

Yáxtor tenía el expediente más impresionante que Fléiter había visto nunca. Tanto que solo pensarlo le producía escalofríos.

El padre había desaparecido unos meses antes de su nacimiento y la madre había muerto en el parto. Un huérfano criado por un viejo sirviente.

¿Qué clase de modelos paternos había desarrollado el niño? ¿De qué modo había llenado la ausencia de progenitores? ¿Qué huecos quedaban en él, listos para ser ocupados por...?

Sí, claro, por quién si no. Fléiter estaba seguro de que había sido controlado de cerca por los adeptos empíricos. Al fin y al cabo, el padre había sido uno de ellos, así que lo tenían en el punto de mira. Y no era de extrañar que, más bien pronto que tarde, acabara en sus redes.

Su ascenso como acólito había sido meteórico. Después de licenciarse había pasado un par de años en Lambodonas, en los archivos, sacando partido a información que otros encontraban irrelevante. Seguidamente le asignaron pequeñas misiones aquí y allá, cada vez más lejos de casa, cada vez un poco más complicadas y peligrosas, cada vez con menos apoyos. Y luego, tras un hiato de unos meses (hiato que era en sí mismo misterioso porque parecía como si aquel tiempo estuviera totalmente en blanco), tuvo lugar su primera misión de campo en solitario. De eso hacía casi año y medio.

¡Increíble! Había sido él. Él solo quien...

Meneó la cabeza.

Ni un solo fracaso desde entonces. Un historial de misiones impecable. Implacable.

No había nadie como él entre los adeptos empíricos, y estaba seguro de que tampoco lo había en el Capítulo de Información de la Confederación Occidental.

*Solo tiene veinte años, por el amor de la Teja. ¡Veinte puñeteros años!*

Sí, veinte. Solo veinte.

Sin iguales. Sin rivales.

¿Y sin qué más?

Solo entonces se permitió recordar lo que no se había atrevido unas horas atrás con el adepto delante. Solo entonces abrió las puertas de la memoria, no sin antes lanzar un vistazo a su alrededor como si temiese que Yáxtor estuviera agazapado en las sombras, esperando el momento oportuno.

*Idiota, se dijo.*

Se visualizó saliendo de la sala central del zigurat, arrastrando al sumiso profeta y dudando en el último momento, justo en el umbral.

Tomó un nuevo trago de vino, arrugó el gesto ante su excesiva dulzura y, finalmente, se dejó llevar y recordó cómo dejó el cuerpo manso del profeta a un lado y se detuvo en la puerta. Cómo volvió al interior y se atrevió a asomarse. Cómo vio a Yáxtor inclinarse junto al jerarca con el rostro de Sarac entre las manos. Cómo oyó decir al adepto con voz dulce:

—No mereces la humillación de un juicio. No deberías patalear colgado de una cuerda mientras el esfínter se te abre y la vejiga se vacía. No mereces esa indignidad.

Sarac respondió:

—Ahórrame tu compasión, Yaxétor. No la quiero.

Yáxtor se encogió de hombros.

—No es compasión, Adunor —replicó—. Pero no importa, tampoco esperaba que lo entendieras. En realidad no es que haya nada que entender.

El jerarca no respondió y siguió mirando a Yáxtor en silencio. Entonces el adepto dijo:

—Adiós, Adunor.

Fléiter recordó de manera precisa y nítida lo que sucedió después. Cómo Yáxtor acercó el rostro al del otro. Cómo presionó los labios contra los de él. Cómo Sarac se resistió al beso al principio, entre incrédulo y rabioso, y luego se dejó llevar, derrotado tal vez. O quizá victorioso. Cómo el beso no parecía terminar nunca. Cómo, al fin, Yáxtor apartó su rostro del de Sarac. Cómo tomó aire lentamente. Cómo las manos siguieron sujetando la cabeza del jerarca.

Pero sobre todo recordó cómo Yáxtor le partió el cuello con un gesto rápido y firme y después le cerró los ojos con delicadeza.

No tenía intención de informar a la Reina de lo sucedido. El problema había quedado zanjado de forma quirúrgica y el único cabo suelto había tenido el buen gusto de morirse él solito. Lo único que lamentaba era no haber podido sonsacarle más información a su objetivo.

Chasqueó la lengua con fastidio. Hacía tanto desde la última vez que había visto en acción una cápsula de cianuro que no supo reaccionar a tiempo. Pero no le volvería a pasar, y más cuando aquello empezaba a dar forma a una teoría inquietante.

Era la segunda vez en poco más de un año, en la que se topaba con un agente que prescindía por completo del uso de mensajeros y se desenvolvía como un experto. Para colmo, tenía la maldita sensación de que tampoco sería la última. Algo empezaba a fraguarse, algo que tenía que ver con entrenar o contratar a efectivos que fueran capaces de actuar en ausencia de mensajeros.

¿Por qué? No podía ser solo para que fuera más difícil seguirles el rastro; había otras maneras de conseguirlo. No, tenía que haber algo más.

Se encogió de hombros. No era su problema. De hecho, a poco que lo pensara, lo único que tenía eran un puñado de suposiciones sin evidencias. Estaría atento, pero eso sería todo. Tenía su propia misión. La mismísima Reina se la había encomendado hacía más de treinta años y no iba a desviarse de ella, mucho menos ahora.

Alguien había tratado de hacerse con el control del sistema y conseguir dominio sobre la futura Reina. Tarde o temprano, el plan se habría ido al traste. Para empezar, le había resultado un juego de niños arrebatarse el dominio que ejercía aquel bastardo sobre la cría y luego ordenar a esta que se suicidara. Y si él lo había hecho, cualquier voluntad lo bastante fuerte habría podido también. Estaba seguro de que fuera quien fuese lo volvería a intentar. Tal vez no de inmediato, pero sí dentro de unos años, cuando la técnica estuviera perfeccionada. Quizá no lo intentasen entonces con la Reina, sino con alguien cercano y con la suficiente influencia sobre ella.

Evitar algo así formaba parte de la misión.

De repente oyó pasos acercándose a la puerta de la entrada. Se quedó inmóvil, en silencio, con el puñal aferrado y cobijado por las sombras que arrojaban las vigas medio caídas de la casa en ruinas en la que se ocultaba.

Un cuarto de hora más tarde, seguro de que el visitante ya se había marchado, salió del parapeto, se dirigió a la entrada, levantó las tablas del suelo y recogió la cápsula que habían depositado para él.

Decidió examinar el contenido más tarde, en otro lugar. Aquella era la tercera vez que utilizaba la casa como punto de contacto, y ya iba siendo hora de deshacerse de las posibles pruebas de su presencia.

Detectó los mensajeros cercanos, despertó a los latentes y asimiló a todos en el cuerpo. Luego extrajo yesca y pedernal del bolsillo, prendió los rastros y los desperdicios que cubrían el suelo de la casa y se marchó sin mirar atrás mientras las llamas empezaban a cobrar fuerza y devorar las ruinas.

Sonrió. No era muy diferente de los agentes que había mencionado antes. A pesar del elevado dominio que tenía de los mensajeros, si había permanecido en las sombras durante tantas décadas había sido precisamente por usar métodos no convencionales e impensables en el Continente Primigenio.

Tras un par de horas de caminata en aquella noche clara de luna llena, se alejó del camino y buscó un lugar apartado donde descansar sin ser molestado. Cuando lo encontró, se sentó en el suelo, sacó la reserva de carne seca y empezó a comer mientras abría la cápsula y permitía que los mensajeros allí encerrados le entraran por la nariz y revelaran directamente a su cerebro la información contenida. Algo más de media hora más tarde se tumbó con las manos detrás de la nuca y analizó lo que acababa de ver y leer.

*Así que no hay que esperar tanto.*

Frunció el ceño.

*¿Puede ser que el caso de Jarsarén esté relacionado con lo que ha sucedido en Palacio?*

Le dio vueltas a la idea.

*No parece probable. La intención es la misma, pero un procedimiento ha sido basto y chapucero; el otro, sofisticado. Ambos han fallado, pero no me extrañaría que uno ofrezca pronto el servicio y el otro esté dispuesto a comprarlo.*

Se incorporó de repente al caer en la cuenta de lo que acababa de decir.

*El tiempo es demasiado ajustado.*

*Apretó los puños al comprender.*

*Dos partes distintas han ofrecido un producto para alguien que está dispuesto a adquirirlo. Y creo que sé quién.*

*Sonrió como un lobo ante la perspectiva de la caza.*

*Ah, Fleng. ¿Eres tú? ¿Estáis tú y los tuyos tras todo esto? Tendré que vigilaros más de cerca.*

A pesar del cansancio, recogió los bártulos, se puso en pie y reinició la marcha. Ya tendría tiempo de dormir cuando llegara a su destino. Ahora mismo no podía perder el rastro aún caliente del caso.

Durante el camino fue repasando de nuevo los datos, usando una pauta distinta de exploración. Al contrario que antes, tenía un objetivo preciso; había formulado una hipótesis y cada detalle que la corroboraba o refutaba atraía su atención.

No pudo evitar una sonrisa cada vez encontraba los actos medidos, premeditados y letalmente precisos de Yáxtor Brandan. El muchacho no solo se las estaba apañando bien después de lo sucedido; si antes era hábil y eficaz, ahora parecía prácticamente imparable.

*Así es como debe ser. Sabía que no necesitaba una esposa, igual que supe que no le hacía falta una madre. Eran un lastre y había que eliminarlas.*

## EPÍLOGO

*El verdadero cronista no se limita a relatar los acontecimientos. Averigua las causas y da con las consecuencias. La historia no es tanto lo que ocurrió, sino por qué ocurrió, a quién afectó y qué nuevos acontecimientos causó.*

*Es deber del cronista escarbar más allá de lo público y buscar a los verdaderos responsables, así como dar con los auténticos acontecimientos después de los hechos conocidos. Responsables y acontecimientos enterrados a menudo tras tantas capas de medias verdades, tergiversaciones deliberadas y errores involuntarios de interpretación, que parece una tarea casi imposible.*

*Los contemporáneos, por otro lado, dan crédito a los rumores y desprecian la verdad, y la posteridad termina por magnificar ambos efectos.*

*A veces, solo a veces, en medio de la oscuridad y la confusión surge una perla de luz, y todo cuanto sabíamos cobra un nuevo significado. Esos momentos son escasos, pero hacen que todo lo demás merezca la pena.*

### —Las crónicas de Arginia

La posada se alzaba solitaria a un lado del camino. Las primeras estrellas asomaban en el cielo a medida que caía la noche e iba tiñéndolo todo de un aura irreal.

A lo lejos, las luces de Lambodonas se encendieron poco a poco y desafiaron una vez más la oscuridad, mientras en la posada, indiferente a la cercanía de la capital de Alboné, se prendió un único fanal a un lado de la puerta y un fuego en la chimenea del salón principal.

No había mucha gente aquella noche: un par de parroquianos habituales, tres o cuatro viajeros de aspecto cansado y un gato que ronroneaba hosco junto al hogar.

Tras la barra, el posadero repasaba las cuentas de la semana y mascullaba una maldición. El negocio no iba bien. No había ido bien la mayor parte del otoño y no tenía pinta de que fuera a mejorar con la llegada del invierno.

Había dejado de ir bien desde hacía un par de años. Desde el momento en que la última explosión urbanística de Lambodonas había llevado los límites de la ciudad casi a un paso de la posada y la existencia de esta había empezado a ser inútil lentamente. Demasiado lejos de la capital pero no lo bastante, se decía a menudo el posadero.

Poco podía hacer, aparte de repasar una y otra vez sus magras cuentas y mascullar entre dientes. El negocio se mantenía, al menos de momento, y si uno lo pensaba bien, ya era bastante con los tiempos que corrían.

Luego pensó en la cena que estaba a punto de tener lugar en uno de los salones privados. Cuatro comensales, viandas de la mejor calidad y los caldos más exquisitos de la bodega. Todo ello pagado al contado y por adelantado.

Si quedaban contentos, si hacían correr la voz, si lo que ahora era una excepción en medio de



un desierto empezaba a convertirse en una costumbre...

Se encogió de hombros. De nada servía preocuparse por el futuro.

Uno de los parroquianos habituales interrumpió sus pensamientos con un gesto. El posadero le rellenó la copa y decidió servirse una mientras miraba a su alrededor. En realidad, aquella noche no podía quejarse. Aparte de los tres o cuatro habituales, había un par de clientes nuevos, lo que era todo un lujo en el estado actual del negocio. Uno venía de la ciudad, sin la menor duda: tenía todo el aspecto de ser un chupatintas al borde de la jubilación, como parecía demostrar la resma de papeles en la que enterraba la nariz una y otra vez. El otro había llegado un par de horas antes por el camino del norte, aunque no parecía un nativo de las tierras altas: no era lo bastante hosco ni lo suficientemente altivo. Un comerciante, sin duda, aunque el posadero no acababa de tener claro en qué comerciaba.

Dos clientes nuevos, en cualquier caso, en mitad de una semana perdida a finales del otoño. Un lujo, un auténtico lujo.

Afuera, la noche se iba volviendo más oscura y despacible, y la sala común se convertía poco a poco en un lugar cada vez más acogedor. El posadero sintió lástima por cualquiera que tuviera que aventurarse al exterior en una noche como aquella.

Como convocado por ese pensamiento, la puerta de la posada se abrió y alguien entró en el salón común.

Nadie excepto el posadero se molestó en mirar al recién llegado... Recién llegada, decidió, a medida que la figura salía de las sombras y el resplandor de la chimenea la iluminaba. Una mujer, se dijo, tan tapada que apenas se le distinguía nada del rostro, pero sin duda una mujer.

Mientras ella se acercaba a la barra, él limpió un vaso y la observó con fingida indiferencia: la ropa era de calidad, no tanto para que pareciera fuera de lugar en medio del salón, pero lo bastante para preguntarse de qué parte de la ciudad venía y cuál era su profesión. Cuando llegó junto a la barra, el posadero comprobó que era joven, de manos largas y bien cuidadas. El rostro seguía medio en sombras a causa de la capucha que llevaba, pero pudo ver lo suficiente para darse cuenta de que era extranjera. Honoyesa, sin duda, lo que no era tan extraño teniendo en cuenta la reciente boda.

—Me esperan—dijo la mujer. Un mechón de pelo naranja asomó por debajo de la capucha.

El posadero asintió. Sí, claro que la esperaban. De hecho, era la última en llegar.

—Por supuesto, señora—dijo—. Sígueme, por favor.

Agarró un palo de guía, musitó una palabra impronunciable y salió de la barra mientras los mensajeros lo inflamaban.

Recorrieron un largo pasillo de madera que daba paso a media docena de puertas. El posadero se detuvo junto a una de ellas, la abrió y franqueó la entrada a la joven. Esta le dio las gracias con la mirada y entró en el salón privado, y el posadero cerró la puerta y volvió a sus tareas.

¿Quiénes eran?, se preguntaba mientras regresaba al salón. ¿De qué naturaleza era aquel encuentro? ¿A qué propósito obedecía?

Se moría por saberlo, pero era lo bastante listo y prudente para no dejar que la curiosidad le estropease un buen negocio. Casi el único buen negocio que se había cruzado en su camino en los últimos años, se dijo. Así que siguió atendiendo a los escasos clientes y trató de no volver a pensar en el asunto.

Fracasó.

Dasaraki Itasu se quitó la capa, la colgó en una percha y miró a su alrededor.

Fléiter Praghem alzó la copa a modo de saludo que acompañó con un gesto burlón, mientras que Asima Sterd se limitó a inclinar la cabeza.

Los conocía, por supuesto. De hecho, en la última semana y media se había acostumbrado a ver aquellos rostros entrando y saliendo de la habitación de Yáxtor.

—Buenas noches, comandante —dijo Fléiter—. Toma asiento y ponte cómoda. La cena tiene pinta de ser de primera.

En la cabecera de la mesa había un hueco libre, pero no encontró una silla con la que rellenarlo. Tras unos instantes de duda, Itasu acabó ocupando el asiento que había junto a Fléiter.

—¿Qué hago aquí? —preguntó tras servirse una copa de vino y vaciarla de un trago.

—Excelente pregunta —respondió Fléiter—. Ojalá tuviera una respuesta.

Itasu se volvió hacia Asima, pero la adepta tampoco tenía aspecto de saber por qué estaban allí o quién les había convocado.

—No lo entiendo.

—Entonces ya somos tres —respondió Fléiter, que parecía tomarse todo aquello como una enorme broma.

En aquel momento se abrió una puerta situada a un lado del salón y por ella entró un hombrecillo arrugado, con un parche en un ojo y un brillo socarrón en el otro. Se desplazaba en una silla de ruedas y tampoco era desconocido para Itasu.

—Veo que ya estamos todos —dijo Shércroft mientras se acercaba al hueco en la cabecera de la mesa—. Espléndido. Creo que el posadero se ha esmerado y que la cena será del agrado de todos.

Asima entrecerró los ojos; Fléiter Praghem sonrió y saludó con un brindis burlón.

—¿Soy la única que quiere saber a qué viene todo esto?

—preguntó Itasu.

—Te aseguro que no, comandante Dasaraki —dijo Shércroft—. Tus compañeros tienen tantas ganas de averiguarlo como tú. La prudencia, la buena educación o quizá la pura hipocresía los mantiene en silencio. Quién sabe si una combinación de las tres cosas.

Cogió una bandeja y empezó a pasar parte del contenido a su plato.

—Nos espera una larga conversación. Creo que sería conveniente cenar primero. Hablar con el estómago vacío me vuelve irritable.

Itasu se tragó el comentario que estaba a punto de soltar, asintió en silencio y tomó la bandeja más cercana.

Un pozo.

Un pozo en medio del salón.

Una figura.

Una figura sentada al borde del pozo en medio del salón.

Una sombra.

Una sombra detrás de Yáxtor dispuesta a partirlo en dos.

Más allá, una chimenea.

A un lado, Ámber se balanceaba con las tripas colgadas alrededor del cuello como si fueran guirnaldas. En las brasas, trozos de Déxtor se cocinaban en su propia grasa. No le hacía falta darse la vuelta para comprobarlo.

«Conoces la escena de sobra, mi amor», susurró la Ámber que vivía en la espada. «Cuando recuperaste los recuerdos ni pestañeaste. ¿Por qué te cuesta tanto mirar ahora?»

—No lo sé.

Y era sincero.

Todas las veces que se había girado, la sombra había caído sobre él y lo había partido en dos. ¿Por qué no conseguía reaccionar? ¿Era porque estaba débil tras su último enfrentamiento, o porque no era posible vencer un sueño febril?

«Sigues sin darte cuenta, ¿verdad? Ay, mi monstruo. A veces, de tan listo, eres tonto.»

Yáxtor miró a la espada.

La espada tenía un nombre. Él se lo había puesto.

Ámber.

No era ella, sino los recuerdos que él tenía de su esposa muerta implantados en lo que, en el fondo, no era más que un carneútil adiestrado para ser un arma. Dakaname, se había llamado, Hija de la Muerte. Durante un tiempo la propia personalidad de la espada y la de Ámber habían convivido; luego...

Se quedó con la vista clavada en el pozo mientras sentía la amenaza rezumándole en el cogote a la espera de que se diera la vuelta. En la chimenea se oyó el chasquido de una rama.

—No le tengo miedo, si es lo que piensas.

«Claro que no, mi niño malcriado», replicó Ámber con una risita entre dientes. «Eres Yáxtor Brandan y eso es solo una sombra. ¿Por qué ibas a temer a algo que ni sabes lo que es o lo que es capaz de hacer?»

Tenía razón. Era absurdo y este era su sueño.

Ámber chasqueó repetidamente la lengua para enfatizar la negación de cabeza.

«Esto no es un sueño, Yáxtor. Y lo sabes.»

—Lo sé... —murmuró.

«Por eso te cuesta mirar. Porque...»

—Si es un recuerdo, algo no encaja.

«Buen chico. Vamos progresando. Y ahora, date la vuelta de una maldita vez y mira»

Yáxtor cogió aire, un largo y hondo suspiro; se giró, contempló la sombra abalanzarse, y por primera vez, esta se convirtió en humo mientras le atravesaba el cuerpo.

El viejo había tenido razón. La cena fue completamente satisfactoria. O lo habría sido de no haber estado presidida por un silencio fúnebre.

—Agradezco vuestra paciencia —dijo Shércroft en cuanto hubo dado cuenta del postre— y os aseguro que será recompensada.

—Cogió una de las botellas de licor, se sirvió una cantidad generosa en la copa y agregó un par de piedras de hielo—. La cena ha terminado y es hora de que os cuente por qué os he convocado aquí. —Bebió un trago y chasqueó la lengua, complacido—. Poneos cómodos, por favor, y prescindamos de formalidades. —Sacó una pipa de una bolsa colgada de la silla de ruedas, la cargó con parsimonia y luego la encendió.

Fléiter no se hizo de rogar. Rebuscó entre las botellas de licor hasta dar con lo que quería y se sirvió con generosidad. Asima permaneció inmóvil e Itasu intentó parecer relajada, aunque tuvo éxito solo a medias.

—Dejadme que os cuente una historia —dijo Shércroft tras un par de caladas—. La historia de

un joven adepto empírico cuya vida no le puede ir mejor: es inteligente, rápido y eficaz, y parece haber encontrado su lugar en el mundo. Está casado y casi podríamos decir que su esposa fue creada con el único propósito de complementarlo. O que él nació para complementarla a ella, depende de cómo lo miremos. Tienen un hijo de pocos meses. Tras una misión, nuestro adepto vuelve a casa, en el norte, donde ella lo espera. La esposa ha decidido tomarse un tiempo hasta que el niño sea un poco más... No importa. En cualquier caso, tiene claro que retomará sus actividades como adepta de la curación en breve.

Asima era una estatua sin el más mínimo brillo de emoción; Fléiter había dejado de lanzar miradas burlonas a su alrededor y ahora, repentinamente interesado, no apartaba la vista del viejo; Itasu, que conocía aquella historia mejor que ninguno de los presentes, se preguntaba adónde iría a parar todo aquello.

—Nuestro joven adepto vuelve a casa, decía, y entonces se encuentra con una sorpresa: la mujer se balancea como un péndulo al extremo de sus tripas, mientras que su hijo ha sido descuartizado y se está convirtiendo en carne a la parrilla en la chimenea del salón.

Itasu asintió mientras intentaba no perder detalle de la reacción de los demás. Fléiter acogía con sorpresa y horror las palabras del jefe de archivos, y parecía sincero, mientras que Asima, por el contrario, no reaccionó de ningún modo. Lo más parecido a una emoción que asomó al rostro de la adepta fue un gesto fugaz y mínimo en la comisura de los labios, e Itasu no estaba segura de qué indicaba. Ni sorpresa ni horror, de eso estaba segura. ¿Reconocimiento, tal vez? ¿Eran las palabras de Shércroft la prueba que esperaba y que corroboraba sus sospechas? ¿O se trataba de algo más?

—El adepto enloquece de dolor. Quién no lo habría hecho, por otro lado. Todo lo que daba sentido a su vida acaba de ser convertido en... iba a decir que en cenizas, pero es una metáfora realmente pobre. Su presente le ha sido arrebatado y su futuro es ahora una burla sangrienta y macabra. Qué puede hacer más que aullar como un animal herido y abandonarse a un dolor irracional que es como un abismo hambriento.

Fléiter apuró la copa de un trago y tomó aire. Se le notaba incómodo, como si hubiera preferido estar a miles de kilómetros de allí. Asima seguía impertérrita e Itasu trató de adormecer los recuerdos que las palabras del viejo estaban invocando.

—Todo esto podría haber acabado así, con dos muertes y un hombre enloquecido, pasto tal vez de la Casa Final cuando se comprobase que no recobraría la cordura jamás. Pero no ha sido el caso, o no estaríamos aquí esta noche. Alguien intervino. Alguien... curó al adepto.

—¿Cómo? —preguntó Fléiter.

—Le borró la memoria —dijo Itasu sin poder evitarlo.

Shércroft asintió complacido, como si las palabras de la mujer corroborasen una sospecha.

—Así es. La memoria del adepto fue alterada: todo recuerdo concerniente a su esposa y a su hijo fueron eliminados, y el resto, reajustados para que se adaptasen a aquel vacío. Eso, en cierto modo, lo cauterizó emocionalmente. Casi todos los tenues lazos emocionales con los que se agarraba al mundo tenían como foco a la adepta, y al eliminarla de su pasado, eliminaron también al hombre que había sido. Y el que surgió de allí era una máquina mortífera y eficaz cuyo único freno era su lealtad a la Reina.

—Pero... —murmuró Fléiter incrédulo—. Pero ¿por qué? ¿Quién?

—Dos preguntas muy interesantes, comandante Praghem. Llegaremos enseguida a la primera. En cuanto a la segunda, Asima me puso en la pista correcta hace unos días: los cadáveres desaparecieron y el adepto fue trasladado a las Casas de la Curación con órdenes estrictas de

observar su evolución y no intervenir. Solo una persona pudo hacer eso: el Adepto Supremo, nuestro actual Regente, Orston Velhas.

»En cuanto al borrado de recuerdos... quién pudo haberse encargado de ello más que el Maestro de Artífices, Qérlex Targerian, ahora Adepto Supremo. Fueron ellos dos, no me cabe la menor duda. Todos los indicios que he reunido estos días apuntan a ambos. Y a algo más, porque ni Orston ni Qérlex habrían intervenido por sí mismos. Así que se les dio esa orden... que solo pudo venir de una persona.

—Elshnor —murmuró Asima. Era la primera vez que decía algo en toda la noche.

—¿Cómo? —Shércroft pareció sorprendido—. Ah, claro

—añadió al comprender—. En efecto, querida. El cuerpo que dio la orden fue el de Elshnor, tu antigua compañera de la infancia. Aunque la mente que gobierna ese cuerpo, por otro lado...

—¿La Reina? —preguntó Fléiter.

—Bravo, comandante. Me alegra ver que las labores de rutina y las visitas a la encantadora Mishra no han nublado tu juicio. La Reina, en efecto.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo como si no hubiera oído el comentario de Shércroft.

—Podríamos pensar que por el bien del adepto, ¿no? Que se hizo lo que se hizo para restaurarle la salud mental y que siguiera... funcionando. Y sin duda se tuvo ese propósito en mente, pero ¿fue por el bien del adepto? Tengo mis dudas.

—Yo no —dijo Asima.

Shércroft sonrió con tristeza y replicó:

—En realidad, yo tampoco.

—Ni yo —dijo Itasu—. Yakisetoru... Yáxtor les era más útil vivo y funcional que loco, o muerto. Así que lo repararon y lo pusieron a trabajar. No hubo nada altruista.

—Hay algo más —intervino Asima, solemne—. El interés que la Reina muestra por las actividades de Yáxtor no es normal. Nunca lo ha sido. Es como si fuera su proyecto personal. —Calló de repente, como si temiera haber dicho demasiado.

—Por la Teja y todos sus demonios, ¿de qué estáis hablando?

—preguntó Fléiter de repente—. ¿De qué narices estáis hablando? Y sobre todo, ¿por qué estamos aquí los cuatro hablando de esto?

—Sí, creo que es hora de que vayamos al grano —respondió Shércroft—. Estamos aquí, nosotros cuatro y no otros, porque de alguna forma y en distinto grado nos preocupa Yáxtor y lo que le pase. —Asima entrecerró los ojos y apretó los labios, pero no añadió palabra—. Estamos porque algo peligroso revolotea sobre el adepto. Algo que lleva acechando, cociéndose, desde hace al menos siete años, quizá más. Y, bueno, en términos más mundanos, estamos porque os he hecho venir, claro.

—Condenados albonenses —murmuró Fléiter mientras se rellenaba de nuevo la copa.

La escena no encajaba con los recuerdos que Yáxtor había recuperado. Parecía más bien una recreación, un truco de la mente empecinada en hacerle revivir una situación con la que ya no había lazo emocional alguno. ¿Entonces?

El bucle se reinició una vez más.

Siempre era lo mismo.

La sangre de Déxtor se carbonizaba en la lumbre mientras las piezas de carne se cocinaban a la brasa.

Alguien fileteaba en la mesa del salón lo que quedaba del bebé y lo arrojaba a la chimenea. Después se acercaba en silencio a Ámber, colgada con cinchas y sangrando por cada herida abierta, sacaba un cuchillo de la manga y con una precisión quirúrgica le abría el bajo vientre, le sacaba con cuidado, casi con amor, los intestinos y se los colocaba alrededor del cuello.

Y todo volvía a empezar de nuevo. Una y otra y otra vez.

—No lo entiendo. ¿Por qué estoy viendo esto?

«Porque debes mirar.»

—Mirar, ¿el qué? Está claro que eso fue lo que pasó, ya lo sé. No hace falta ser muy listo para deducirlo después de lo que vi tras inyectarme los recuerdos.

«¿Deducir? Creí que ya tenías claro que esto no es un sueño.»

—Tampoco es un recuerdo. O por lo menos no es mío. Yo no estuve allí.

«En efecto.»

—Esto es ab... —Inclinó ligeramente la cabeza—. No es mi recuerdo. Está claro que no lo es. Es... —Abrió los ojos con sorpresa al comprender—. Es tuyo. Pero eso es imposible.

«¿Por qué?»

—Porque no tiene sentido.

«¿Por qué?»

—Porque uno no piensa en algo así en una situación como esa. El instinto urge a la preservación.

«Y yo era una persona ordinaria.»

—No, claro que no.

«Pero estás seguro de que yo no habría hecho algo así. Dejarte un recuerdo. ¿Por qué?»

—Porque eso es...

«¿Imposible? Eso ya lo has dicho. ¿Absurdo? Te repites demasiado. Lo que pasa es que te molesta la verdad.»

—¿La verdad? ¿Qué verdad? ¿Que en tu agonía hiciste un último esfuerzo para registrar un retazo de lo sucedido en los escasísimos mensajeros que te quedaban? ¿Que les ordenaste que se mantuvieran latentes hasta que yo apareciera para luego entrar en mi cuerpo y asentarse en mi cerebro? ¿Que extirparon mis recuerdos y con ellos el tuyo? ¿Que tanto esfuerzo fue en vano porque esto no me sirve de nada?

«No, mi amor. La verdad es la culpa que sientes ahora mismo.»

—¿Cómo?

«Recuperaste tus recuerdos, ¿hace cuánto? ¿Más de un año? Lo viste. Viste la escena y no hiciste nada. Absolutamente nada. Pasaste página, seguiste con tu vida como si tal cosa, sin mirar atrás, sin remordimientos. Y cuando te convino, cuando sentiste esa necesidad infantil tan tuya de “Hazme caso porque soy el centro del universo”, me convocaste en tus sueños, cogiste los recuerdos que tenías de mí y con ellos me recreaste en una espada ¿Por qué? Porque... ¿me echabas de menos? A otro perro con ese hueso. Fue porque te sentías culpable.»

—¿Culpable de qué?

«De no mirar.»

—¡Ya miro y ahí no hay nada!

«Si esa excusa te hace sentir mejor... Es algo que se te da bien, ¿no?»

Yáxtor rezumaba ira. Los puños estaban deseando toparse con alguien y machacarlo hasta convertirlo en pulpa. Pero en vez de eso, se giró hacia la escena resoplando sin parar, y entonces...

—Lo estoy mirando mal —comprendió—. Lo estoy viendo desde mi perspectiva. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

—Yáxtor ha sido un ser incompleto durante los siete últimos años. No me malinterpretéis. Qérlex y Orston no crearon un nuevo Yáxtor, no lo convirtieron en otra persona al eliminarle los recuerdos sobre Ámber, no pusieron en la mente del adepto nada que no estuviera ya allí, pero sí borraron ciertos frenos, echaron abajo ciertas barreras. ¿Comprendéis lo que quiero decir? —Los tres asintieron—. Ahora bien, ¿fue un accidente, o fue un resultado buscado? No lo sé. Lo segundo parece más probable, pero no puedo asegurarlo y tampoco importa ahora mismo.

»Lo que de verdad importa es que Yáxtor vuelve a estar completo: ha recuperado aquello que le fue extirpado. No tengo claro cuándo, pero sospecho que fue en algún momento de la pasada crisis, la que tuvo lugar tras la Bomba de Malas Noticias.

—No te equivocas —dijo Itasu de repente—. El Número Dos de los Espectros tenía una ampolla con los recuerdos robados y se la entregó a Yáxtor, que se la inyectó poco después de que la crisis llegara su fin.

Shércroft asintió dos veces, lentamente y con los ojos entrecerrados, como si estuviera encajando aquella nueva información en el patrón que su mente había creado.

—Comprendo. Gracias. Tu información ha sido muy útil.

—¿Yáxtor te lo dijo? —preguntó Fléiter.

Itasu examinó los rostros de los presentes, uno por uno, tratando de tomar una decisión, y al fin respondió:

—No exactamente. Durante el tiempo que estuvimos los tres juntos en Hanoi, Yáxtor, la chambelán Renyokiru y yo nos vimos en una situación... —Se lo pensó mejor—. Es largo de explicar, así que lo resumo: unimos nuestras mentes, nos convertimos en un solo ser por unos instantes. No duró mucho, pero fue suficiente.

—¿Un solo ser?

—Una sola mente.

—¿Quiere eso decir que tienes los recuerdos de Yáxtor?

—Y él tiene los míos. Los tres compartimos recuerdos, en realidad. No en detalle, no como si fueran nuestros, pero sí, cada uno de nosotros lleva dentro la memoria de los demás.

Fléiter enarcó las cejas.

—Vaya. La sensación tiene que ser...

Itasu se encogió de hombros.

—Es como es. En cualquier caso, puedo confirmar lo que ha dicho el Jefe de Archivos. Qérlex Targerian y Orston Velhas eliminaron los recuerdos de Yáxtor por orden de la Reina. Él mismo lo descubrió durante la misión de la Bomba de Malas Noticias. Confrontó a la Reina con lo que sabía y ella no lo negó. También le dijo que sus recuerdos habían sido borrados y que era imposible recuperarlos.

—No del todo, por lo que parece.

—En efecto —intervino Shércroft—. Alguien hizo una copia, eso está claro. Cómo llegó a manos de los Espectros es algo que habría que investigar cuidadosamente. Respecto a quién realizó el duplicado... solo puede haber una respuesta: nuestro actual Adepto Supremo, Qérlex Targerian.

Asima se puso en pie, caminó hacia la ventana con toda tranquilidad y permaneció allí largo

rato, mirando la tormenta que rugía más allá.

—Ajá —dijo al fin con cierto deje hostil—. ¿Y por qué nos cuentas todo esto, Shércroft? ¿Qué esperas conseguir?

—Si yo he notado que Yáxtor vuelve a estar completo, ¿cuánto tiempo crees que pasará antes de que Qérlex lo sepa? Es más, creo que ya lo sabe, a juzgar por su extraño comportamiento en la última semana. Y si estoy en lo cierto, Orston no tardará mucho más en saberlo. Así que responde: ¿cuánto esperará el Regente para contárselo a la Reina? Muy poco.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —repitió Shércroft. Parecía no creerse del todo la reacción de Asima—. ¿Cómo crees que reaccionarán cuando sepan que su herramienta favorita ya no es tan controlable como creían que era?

Asima se encogió de hombros. De pronto parecía a mil kilómetros de distancia de aquella reunión.

—Pues no lo sé —respondió al fin. Por la entonación era como si le importara más bien poco; el lenguaje corporal, sin embargo, expresaba cierto resentimiento—. Lo más probable es que le borren de nuevo la memoria. Después de todo, no es un arma prescindible. Ha demostrado de largo que vale la pena tenerlo como adepto. ¿No es así, Fléiter? —dijo sin mirarlo. Los ojos de la adepta estaban clavados en los del Jefe de Archivos—. Has trabajado con él, así que dime: ¿preferirías tenerlo de tu lado, o en el bando contrario?

El occidental mantuvo la compostura, aunque alrededor suyo flotaba la sensación de que el asiento le estuviera provocando picazón y que... mejor que los demás no lo miraran.

—Asima, por favor, no eres tonta —la reprendió Shércroft con dureza—. Sé que piensas que te subestimo en demasiadas ocasiones, pero me insultas cuando siquiera lo consideras así. Puedes engañar a otros, hasta los más listos, no te lo discuto, pero no a mí.

»Tu rencor hacia Yáxtor es una chiquillada. Así, con todas las letras. Un arma, por sí sola, no es una amenaza. Las intenciones de quien la empuña sí lo son. Parece mentira que sea yo quien te lo tenga que recordar. Y ahora mismo, por mucho que lo niegues, eres perfectamente consciente de que el muchacho es la única persona capaz de llegar al fondo mismo de lo que le ocurrió a Ámber y hacérselo pagar a quien corresponda. Así que no me vengas con “No lo sé ni me importa”. Durante siete años has intentado resolverlo sin éxito, así que por una maldita vez en tu vida déjate ayudar.

Asima no respondió. Durante todo el discurso del jefe de archivos, el rostro le había brillado desde el blanco más pálido al rojo más intenso.

Itasu había tenido la sensación certera de que había un buen trozo de historia que se había perdido y que por tanto le faltaba contexto. En algún momento se había vuelto hacia Fléiter y había percibido en él lo mismo y... algo más, mucho más incisivo, expectante.

Los dos adeptos se miraban ahora con intensidad, y justo cuando Dasaraki pensaba que Asima caería sobre el Jefe de Archivos, ocurrió algo insospechado: la Adepta Suprema sonrió, y en esa sonrisa había un inexplicable rastro de ternura.

—Viejo tonto... —murmuró mientras meneaba la cabeza—. A estas alturas sabemos qué teclas nos desafinan.

De repente, los dos contendientes se relajaron, y el silencio que siguió a continuación fue de todo menos incómodo.

—Esto es... chocante —dijo Fléiter rompiendo el hechizo que envolvía la situación después de vaciar de un trago la copa—. Condenadamente extraño, por decir algo. Si he entendido bien lo



que se ha dicho esta noche, la Adepta Suprema y tú vais a pasaros por la entrepierna vuestro deber hacia la reina y el país.

—Lo has entendido bien —dijo Shércroft antes de volverse hacia el occidental con el rostro marcado por la complacencia y la diversión. Parecía como si hubiera ganado cien batallas seguidas.

Fléiter meneó la cabeza y añadió:

—No tiene sentido. Nos has reunido aquí... ¿para qué? ¿Para que sepamos lo que le había pasado a Yáxtor? Parece que lo sospechabas, pero lo dejaste pasar todo este tiempo. También tengo la sensación de que la Adepta Suprema estaba como tú y está claro que Itasu ya lo sabía. En cuanto a mí... Tampoco soy idiota, aunque a veces lo pretenda. Siempre he sabido que había algo oscuro en el pasado de Yáxtor. Por la Teja, en el momento en el que pedí su informe, cuando coincidimos la primera vez, me di cuenta. Así que, a poco que se piense, en realidad no nos has dicho nada nuevo. A ninguno.

—Has puesto el dedo en la llaga —replicó el adepto—. En efecto, no os he dicho nada nuevo a ninguno de los tres. He confirmado cosas que sospechabais o he dado una explicación a misterios que os intrigaban. Puede que ni siquiera eso. —Señaló a Itasu con la cabeza—. Así que si no os estoy diciendo nada que no supierais o intuyerais ya, ¿para qué os he reunido aquí esta noche?

—Me harías el hombre más feliz del mundo si me lo contaras.

Shércroft sonrió sin pretenderlo

—He dicho antes que todos nos preocupábamos por Yáxtor de un modo u otro. ¿No es eso suficiente?

—Vale, sí, pero ¿qué quieres que hagamos? Dices que tienes miedo de que alguien haga algo... digamos que poco ético, o quizás demasiado ético por el bien de Yáxtor. Ajá, muy bien. Sin embargo, como ha dicho Asima: ¿y qué?

»Me estás diciendo que la Reina, el Regente o el Adepto Supremo no van a tener como objetivo final el bienestar de Yáxtor. Hmmm... Vamos, igual que no tendrían el tuyo o el de cualquier otro individuo. ¿Cuál es la novedad?

Shércroft intercambió una mirada con Asima.

«Cuéntalo», decían los ojos de la Adepta Suprema aunque el resto de su cuerpo permanecía impassible. Sin embargo, el Jefe de Archivos dijo al final, eligiendo con cuidado cada palabra:

—No espero que hagas nada concreto, comandante. Estáis aquí porque pensé que merecáis conocer la verdad, que vuestra relación con Yáxtor os daba derecho a oírla. Lo que hagáis a partir de ahora es cosa vuestra. Esto no es ninguna conspiración.

—¿Ah, no? Y entonces, ¿qué es?

—Una agradable charla de sobremesa después de la cena. ¿Qué otra cosa podría ser?

Fléiter no respondió. Se rellenó la copa vacía y saboreó el licor como si tuviera algo personal contra él. Después, tras un suspiro, murmuró:

—Sí, claro que aprecio a Yáxtor y me preocupa su bienestar

—Parecía estar hablando con la copa, no con los demás—. Pero...

—Alzó la vista y miró directamente a Shércroft—. Soy un funcionario de la Confederación Occidental, la comandante Dasaraki es una Intgze al servicio del Emperador de Honoi, vosotros dos sois adeptos, y aun así, ¿me estás diciendo que no importa qué somos en realidad, sino lo que pueda pasarle a Yáxtor?

—En ningún momento he dicho nada parecido.

—A la Teja contigo y que el puto géiser te engulla mil veces. No juegues conmigo.

—Mis disculpas. Tienes razón. Somos todo eso que has dicho, pero también somos algo más, y lo sabes. Así que evalúa tus prioridades y toma una decisión. Yo ya lo he hecho. Diría que Asima también. —Señaló a la adepta con la cabeza sin apartar la vista de Fléiter. En cuanto a la aludida... no respondió, pero su silencio fue suficiente.

—Yo también lo he decidido —dijo Itasu—. No iré contra los intereses de mi emperador, pero lo que la chambelán Renyokiru y yo le debemos a Yáxtor debe pagarse. Y lo pagaré.

Fléiter pasó la vista de uno a otro. Finalmente se encogió de hombros y dijo:

—Hace una maldita semana estaba pensando seriamente en jubilarme. —Apuró lo que quedaba en la copa—. Al cuerno con todo.

No añadió nada más. Tampoco hacía falta.

En efecto, la nueva perspectiva daba otro sentido a la intención con la que se había registrado la escena. Es más, el bucle en realidad no era fiel. Sencillamente, la mente de Yáxtor había rellenado los huecos con los datos que habían recogido los mensajeros de Ámber desde su posición. Al reconocer el sonido de un cuchillo rasgando la carne, lo interpretó como el intruso fileteando al niño; el brusco crepitar, cuando lanzó un trozo a la chimenea... Y como eso, todo lo demás.

Lo que Ámber había recogido fielmente era el momento en el que el hombre le pasaba los intestinos alrededor del cuello y le sonreía, satisfecho de su obra. Sin embargo, aquello estaba lejos de ser esclarecedor. Veía el rostro del agresor, de acuerdo. ¿Y qué? No tenía la más remota idea de quién se trataba.

—No entiendo lo que me querías decir. —Cabeceó con frustración—. ¿Qué debería ver que a ti te pareció tan relevante?

La escena estaba congelada en el preciso instante en la que aquel sádico alzaba la cabeza para rematar su macabra obra y sus ojos quedaban a la misma altura que los de Ámber. Mientras tanto, la espada se paseaba por detrás y desbarajustaba la concentración del adepto.

«¿Aún nada?», preguntó.

—¿Tienes prisa?

«No. Aunque descubrieras quién es, todavía te queda mucho tiempo en cama antes de que puedas abrir los ojos. Sigues hecho un cisco, monstruo mío, y la prueba es que aún estas aquí, en lo más hondo de tu subconsciente.»

—Pues si es así, cállate y déjame pensar.

«Como quieras.»

Yáxtor se concentró de nuevo en el rostro. Se fijó en cada pliegue, en cada mancha, en cada poro... pero nada le resultaba familiar. La única idea que le asomaba a la mente era que aquel rostro no era... correcto, que tenía algo de artificial, que en realidad era un disfraz. Lo que, por otro lado, no era descabellado. Aunque el asesino se había encargado de dejar fuera de juego a la servidumbre para ejecutar a placer a sus objetivos sin ser molestado o visto, se había asegurado de no dejar ningún cabo suelto llevando disfraz.

Si de algo se le podía tachar era de precavido en exceso. A fin de cuentas, si no le había temblado la mano con Ámber o Déxtor, tampoco lo habría hecho con cualquiera que lo hubiera descubierto.

De repente, Yáxtor se quedó muy quieto.

—En efecto —murmuró—. ¿Por qué el disfraz? ¿Para ocultar su raza, o porque alguien lo

podría reconocer? Pero... ¿quién? Él no pudo saber que ella lo estaba grabando. Tampoco dejó testigos, ¿verdad?

El bucle se reinició y Yáxtor prestó atención a cualquier gesto, a cualquier tic que le revelara quién había debajo del disfraz. Vio aquella sonrisa de satisfacción una y otra vez mientras se repetía la misma pregunta: ¿por qué el disfraz?

Algo empezó a cosquillearle detrás de la nuca, y de repente...

—No puede ser —masculló.

«¿Ya? ¿Por fin?», preguntó Ámber. «¿Quién es?»

—Un fantasma. Una sombra.

«¿En serio? ¿Tanto esfuerzo para esto?»

—No puede ser...

«Eso ya lo has dicho.»

Yáxtor se volvió hacia la espada y la encaró.

—Y tú has dicho que he podido acceder a este recuerdo, a esta parte de mi subconsciente, porque estoy en un estado lamentable, ¿correcto? Ahora la pregunta es: cuando me recupere y consiga despertar, ¿seguiré teniendo acceso a lo que he visto?

«No puedo asegurarlo.»

—¿Y tú? ¿Podrás recordarlo?

«Tal vez.»

—No es suficiente —replicó tajante—. Vas a ayudarme en esto como sea. No puedo olvidarlo sin más. Tengo que saber si estoy en lo cierto, tengo descubrir la verdad.

«¿La verdad? Interesante... ¿Serás capaz de soportarla, mi amor?»

Amanecía cuando Fléiter e Itasu salieron juntos de la posada. El occidental se tambaleaba ligeramente, pero la honoyesa sospechaba que no estaba ni la mitad de borracho de lo que aparentaba.

Asima y Shércroft se fueron un poco más tarde. Cogieron un carruaje en dirección a la ciudad y se pasaron la mayor parte del viaje en silencio. Cuando no faltaba mucho para llegar a la Torre, Asima dijo:

—Has mentido.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Todo el rato, seguramente. —La adepta se encogió de hombros—. En realidad, todos lo hemos hecho, salvo quizá el comandante Pragem. Yo diría que es el único de nosotros que no tiene motivos ocultos en este asunto. Se preocupa por Yáxtor, y lo que haga a partir de ahora será porque le tiene afecto.

—Deduzco que a los demás os mueve otro propósito.

—¿Os? —Enarcó una ceja—. ¿Pretendes hacer un chiste?

Shércroft se llevó una mano a los labios y sonrió. Poco después ladeaba ligeramente la cabeza como si acabara de acordarse de algo y los ojos le brillaron, traviosos.

—Nos quedó bastante natural, ¿verdad?

Asima entrecerró los ojos, desconcertada, y luego asintió al comprender a qué se refería.

—Cierto. Admito que durante un segundo creí que me lo estabas diciendo en serio.

—Bueno, el componente sentimental está ahí, no lo puedes negar, y yo no iba a dejarlo pasar; usar la verdad para crear una mentira es el método más eficaz. Y me permitió obtener de ti una

reacción sincera. Pero te conozco bien y sé que jamás te dejarías arrastrar por algo tan irracional, tan emocional, así que conté con que te darías cuenta y entenderías el porqué del teatro.

—No sé si estuviste rápido o si lo llevabas preparado de antemano. —Sonrió con la boca torcida—. Supongo que una mezcla de ambas cosas. En cualquier caso, fue lo correcto. Cuando Fléiter recalcó que somos adeptos, no detecté duda: cree que nos mueve la emoción, principalmente.

—En efecto. Tú por venganza y yo por proteger a mi antiguo pupilo. ¿Cómo iba a imaginarse que lo estamos haciendo porque, precisamente, somos adeptos? Alguien se está aprovechando del sistema para fines poco claros. Así que nuestro deber es...

—Detectar el origen de la enfermedad, comprobar que no está enmascarando otra, contener y sanar.

—En efecto. —Sonrió complacido por el uso de la analogía.

—Quien me desconcierta es la honoyesa. Supongo que su lenguaje corporal me resulta demasiado...

—Extranjero, como de otro mundo. Lo sé. Se mueven y piensan de manera distinta a la nuestra. Sin embargo, por muy raras que sean las costumbres de un lugar, el poso común en todos los pueblos siempre es el mismo.

—Es decir, que no crees que quiera ayudarnos porque es la amante de Yáxtor, o porque tiene una deuda con él tal como dijo.

—Oh, estoy seguro de que esos dos alicientes la están ayudando a cumplir su misión desde una posición más cómoda. Pero sin duda está actuando por mandato del emperador. La búsqueda que ha estado realizando en los archivos durante esta semana, las preguntas que ha hecho y los lugares que ha visitado apuntan a que está llevando a cabo una investigación oficial.

—¿Sobre qué?

—Lo ignoro. Pero todo eso explica por qué se ha decidido tan rápido, mientras Fléiter es el que más se lo ha pensado de todos.

—Aunque sacará tajada para la Confederación Occidental.

—Si nos interesa, querida. Si nos interesa.

Asima contuvo una sonrisa.

Poco después, el carruaje se detuvo. Shércroft se dispuso a abrir la portezuela, pero Asima lo detuvo.

—Sabes que existe la posibilidad de que no podamos hacer nada, después de todo —dijo—. Sea lo que sea lo que pretendan con Yáxtor, quizá no logremos evitarlo.

—Puede. —Se encogió de hombros—. Pero la posición que ocupamos en nuestros respectivos servicios nos da acceso a información que muy pocos tienen. Así que si nosotros no podemos, entonces nadie puede.

Asima sonrió, feroz. Hacía tiempo que el adepto no veía en ella un gesto tan natural y sincero. Se preguntó si lo echaba de menos, o si lo que le gustaba de la adepta era precisamente esa capacidad que tenía para mantener su disfraz durante tantos años.

—Pero partimos con una ventaja, ¿verdad, viejo tonto?

Shércroft le devolvió la misma sonrisa feroz. A esas alturas, se conocían demasiado bien. Eran demasiado viejos para sentirse amenazados por lo que les fuera a pasar.

—Así es. Nunca se les pasó por la cabeza que tomamos caminos separados por su bien, no por el nuestro. ¿Un frente común tú y yo? —Torció el gesto con aire risueño—. No saben lo que se les viene encima. Puede que fracasemos, cierto, pero como mínimo van a lamentar que nos hayan

obligado a participar en el juego.

En ese preciso momento, el cochero abrió la puerta y ayudó al adepto a bajar y a sentarse en la aparatosa silla de ruedas. Todo indicaba que la conversación había terminado, pero Asima interrumpió su amago de irse.

—Shércroft... —Se mordió el labio, dudó unos instantes, pero al fin soltó la temida pregunta—. ¿De verdad crees que él sería capaz de algo así?

—Siempre lo creí capaz de muchas cosas.

—Pero... —Sacudió la cabeza—. La manera en que mató a Ámber... y a Déxtor, Shércroft; al bebé, su...

—Fue él —la interrumpió, tajante—. Quien quiera que entrase en la casa lo hizo sin ser visto, sin activar las alarmas, y no dejó rastro alguno de la intrusión. Lo sé muy bien. Lo he investigado. He leído expedientes que se supone que no existen y he tenido acceso a informes que, en teoría, jamás se escribieron. Todo eso apunta en una sola dirección: conocía la casa, tan bien como si fuera suya.

—Lo sé, lo sé. Sin embargo... —Parecía incómoda, como si al decir las palabras en voz alta fueran a despertar y convertir en realidad sus peores pesadillas—. Siempre he pensado que Yáxtor es un monstruo, no lo niego, pero lo que hizo su... ¿Por qué? ¿Por qué él se...?

—¿Por qué Próxtor Brandan salió de la oscuridad, se arriesgó a que descubriéramos que estaba vivo y volvió loco a su hijo mostrándole cómo había torturado a Ámber y a su propio nieto Déxtor? No lo sé, querida, y confieso que tengo miedo de averiguarlo.

Shércroft y Asima se miraron en silencio. Toda la emoción que habían sentido por el inicio del juego, toda la diversión que se habían intercambiado en cada mirada, en cada gesto, en cada palabra, fue remplazada por algo sombrío y pesado; una tenaza fría e implacable, dentada, que los mordía y mordía, presionaba, arrancaba, estiraba trozos de músculo y nervio.

Ninguno de los dos dijo nada.

El carruaje arrancó y el viejo se encontró solo en medio de la ciudad adormilada.

Giró la silla de ruedas en dirección al patio; el reloj de la torre marcó las siete y media. A mitad de camino, Shércroft se detuvo, cerró la mano en un puño y se golpeó la pierna. Lo repitió. Insistió una vez más.

Abrió la mano con dificultad. Los dedos, agarrotados, se negaban a obedecerlo.

Tomó aire como si respirase por primera vez.

Acto seguido, siguió su camino.

Abandonó Lambodonas a pie, utilizando un camino pedregoso y de difícil acceso que solo los senderistas más expertos conocían.

La reunión con la Reina lo había puesto de buen humor. Hacía mucho de la última vez que había tenido un cara a cara con la monarca. En ese entonces, ella vestía otro cuerpo, además del disfraz, claro.

Seguía mostrando trazas de la última encarnación, Elshnor. Fuerte, decidida, implacable. A Elshnor no le había temblado la voz cuando le dio el visto bueno para ir a comprobar qué resultado había salido de la unión entre Ámber y Yáxtor, y obrar en consecuencia si no era satisfactorio. Tampoco se había inmutado cuando Próxtor se dejó llevar demasiado al cumplir su

tarea. Después de todo, a la Reina le sirvió de excusa perfecta para pulir a su gusto la herramienta que era el muchacho.

Exactamente eso eran los Brandan: un instrumento letal y leal al servicio de los intereses de su Reina desde que el primero fue nombrado Regente. Algo de lo que nadie había sospechado jamás porque solo ella y el cabeza de familia en cada generación conocían la verdad. Su padre, el abuelo de Yáxtor, se lo había revelado hacía décadas, y su hijo ya formaba parte del legado aunque aún no lo supiera.

En cuanto a la nueva encarnación... Aún era pronto para que la amalgama de personalidades se asentara del todo y se fijaran las trazas dominantes, las que habían iniciado el plan siglos atrás.

Próxtor había detectado dudas en la Reina, pero en el instante en que le anunció que estaban a punto de conseguir el objetivo, la mezcolanza se apoderó del timón con ansia. Llevaban demasiado tiempo esperando. Demasiado.

*Estoy convencido de que esta será la definitiva, y estoy solo a un paso de comprobarlo.*

Sonrió.

Lo que la Reina no sabía era que los Brandan también tenían sus propios planes y que Yáxtor formaba parte de ese resultado que tanto habían estado buscando en cada concepción, cada parto.

Próxtor había estado ahí siempre, vigilando, asegurándose de que el azar no desviara a su hijo del camino que le había sido trazado antes incluso de nacer. Y lo había hecho sin dejar rastro alguno.

Como una sombra en la noche.

La sombra del adepto.

Aquí termina

LOS ROSTROS DEL PASADO

pero Yáxtor Brandan volverá en

LA SOMBRA DEL ADEPTO

## APÉNDICES



## GLOSARIO DE LUGARES Y ALIANZAS

- Aidán:** La más occidental de las naciones del Continente Primigenio. Durante un tiempo fue el país hegemónico, gracias en buena medida a su colonización de la parte sur del Continente Occidental. Tras la pérdida de sus colonias fue perdiendo importancia paulatinamente.
- Alboné:** Una de las dos naciones en que se divide la Isla de Occidente, separada de Hyburn (que hasta hace dos siglos estuvo bajo su dominio) por una cadena montañosa. Buena parte de los colonos que poblaron el norte del Continente Occidental partieron de allí. Se la considera, generalmente, como líder oficiosa de los Pueblos del Pacto.
- Anapakarimán:** Situada al sur del Continente Occidental, es una isla enorme y escasamente habitada. Su interior es un gran desierto prácticamente despoblado, y la parte sur tiene un clima extremo y a menudo está cubierta por el hielo. La mayor parte de la población (de origen principalmente albonense) se localiza en varios puntos de su costa septentrional.
- Arginia:** Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte meridional de su mitad sur.
- Ashgramor:** Situada al sur de Khynai, y separada de ésta por las montañas, es nominalmente una nación no alineada y mantuvo su estatus de neutralidad durante la Guerra del Martillo. Con el tiempo, la influencia de Khynai ha ido creciendo en su territorio.
- Barlénder:** Antigua capital de Wáhrang. La ciudad está dividida en dos por el río que la cruza. Tras la Guerra del Martillo, la mitad occidental permaneció dentro del territorio de Wáhrang, aunque dejó de ser su capital. La parte oriental se ha convertido en capital del estado títere de Thunia, bajo control de Khynai.
- Bradosi:** Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte central de su mitad sur.
- Can:** Según el Libro del Origen, el lugar donde nacieron los humanos y donde reside Dios (o los dioses, según las diversas interpretaciones). Su importancia estratégica es escasa: se trata de un territorio yermo y poco poblado, con escasos recursos naturales. Su pretensión de ser la cuna de la Humanidad, sin embargo, le ha conferido un valor exagerado a lo largo de la historia.
- Confederación Occidental:** La más dinámica de las naciones del Continente Occidental, situada al norte de éste. Su intervención en la Guerra del Martillo (al lado de Khynai y los Pueblos del Pacto) fue fundamental para la victoria.
- Desolación:** Isla situada al este de Thunia. Hace cincuenta años se creyó que se había hundido en el mar, y el supuesto cataclismo causó importantes destrozos en las costas de Thunia y Khynai y afectó al clima de todo Érvinder durante varios años. En realidad, la isla seguía existiendo, oculta tras un campo de contención y camuflaje, y se había convertido en cuartel general (o uno de ellos) de los Espectros.
- Espectros, Los:** Misteriosa organización que consiguió robar un racimo de Bombas de Malas Noticias del arsenal de la Confederación Occidental y estuvo a punto de usarlo con éxito para destruir los bosqueoscuros. Tras la destrucción de su cuartel general en Desolación, no se ha

vuelto a saber de ellos.

**Érvinder:** El mundo, tal como se lo conoce.

**Gran Desierto, El:** Territorio yermo que se extiende al Este de Ashgramor y al Sur de Khynai. Apenas habitado.

**Honoi:** Archipiélago en el mar interior del Este. Aislacionistas hasta los primeros contactos con Wáhrang y, durante el último siglo, ferozmente expansionistas. Se alineó con Wáhrang en la Guerra del Martillo y, cuando el resto de las potencias agresoras se habían rendido, Honoi continuó luchando. Fue la explosión de la primera bomba de Malas Noticias sobre su capital lo que acabó oficialmente con la guerra. Tras ésta, permaneció diez años bajo la ocupación de los Pueblos del Pacto, hasta su integración en ellos.

**Hyburn:** Separado de Alboné por una extensa cadena montañosa, ha permanecido bajo ocupación de ésta hasta tiempos recientes. Desde entonces las relaciones entre ambos países han sido tensas, a pesar de pertenecer los dos a los Pueblos del Pacto.

**Infierno Blanco, El:** La tierra más meridional de Érvinder, cubierta de nieves perpetuas y sometida a temperaturas extremas.

**Islas del Paso del Norte:** Archipiélago que se extiende entre la parte más occidental de Wáhrang y el norte del Continente Occidental. Los primeros pobladores de éste (el núcleo de lo que luego formaría la nación de Mex) probablemente cruzaron el océano paulatinamente por este lugar.

**Jarsarén:** Capital de Can y prácticamente su único núcleo urbano de importancia. Se extiende alrededor de la Colina del Origen, en cuya cumbre se encuentra la Morada de Dios (o de los dioses).

**Khynai:** La más antigua de las civilizaciones del Continente Primigenio, según afirman sus propios habitantes. Colonizada, de acuerdo a sus crónicas, por los primeros hombres que salieron de la Morada de Dios. Su interpretación del Libro del Origen es estricta y restrictiva y no admite la posibilidad de otras lecturas. Su forma de gobierno es una teocracia monoteísta. Aislacionistas hasta que la invasión de Wáhrang y Honoi los obliga a enfocar su atención hacia el resto del mundo. Durante la Guerra del Martillo fue aliada, a regañadientes, de los Pueblos del Pacto. Acabada ésta, decide formar su propia alianza de naciones a la que llama el Martillo de Dios.

**Kyono-jo:** Capital de Honoi. Tradicional residencia del emperador de las islas.

**Lambodonas:** Capital de Alboné. La ciudad más poblada (y, según sus habitantes, la más civilizada) de los Pueblos del Pacto.

**Martillo de Dios:** Oficialmente carece de pretensiones políticas y simplemente es un modo de denominar a aquellos pueblos unidos por su creencia en el Dios Único. En la práctica, forma una unidad política, controlada por Khynai.

**Mex:** La más antigua de las naciones del Continente Occidental y durante mucho tiempo (hasta la llegada de los colonos albonenses y aidanos) su único país organizado como tal. El resto de la masa continental estaba poblado de tribus nómadas que, probablemente, fueron desplazándose desde el norte. Se cree que Mex fue colonizado por expediciones procedentes de Wáhrang en un tiempo remoto.

**Océano Exterior, El:** Extensión de agua que, según se cree, cubre la mayor parte del mundo. Mag'kán Ellnes intentó cruzarlo, pero tuvo que desistir en su empeño tras algo más de tres años de navegación.

**Océano Interior, El:** El mar que separa el Continente Primigenio del Occidental. Fue el camino

seguido para la colonización de éste, ya fuera a través de las Islas del Paso del Norte, ya cruzándolo directamente por el sur.

**Painé:** Alianza de varias ciudades-estado, alrededor del Mar Embalsado y en alguna de las islas cercanas. Nominalmente, parte de los Pueblos del Pacto tras la guerra, aunque durante ésta se alineó al lado de Honoi y Wáhrang y, junto con Ythylia, ocupó las naciones al sur del Mar Calmo.

**Pinza:** El nombre con que se conoció a los estados agresores en la Guerra del Martillo. Formada por Wáhrang, Honoi, Painé e Ythylia, no tenían una estrategia común, más allá de la marcada por los distintos pactos de asistencia mutua y, por supuesto, el reparto de territorios. Hubo tropas y asesores Wáhranger en Painé e Ythylia. Honoi, por el contrario, rechazó toda pretensión de ayuda.

**Pueblos del Pacto (o Pacto de los Pueblos):** Alianza de distintas naciones que se formó durante la pasada Guerra del Martillo. Tras ésta, se han ido incorporando a ella algunos de sus antiguos enemigos, como Honoi, Painé, Wáhrang e Ythylia.

**Quitán:** Una de las principales naciones al sur del Mar Calmo. Miembro de los Pueblos del Pacto. Durante la Guerra del Martillo sufrió la ocupación de Ythylia y Painé.

**Sur, El:** La parte más desconocida del Continente Primigenio. Lo poco que se ha podido explorar de él está cubierto por una densa selva. De sus nativos se sabe poco, más allá de su ferocidad. De vez en cuando expediciones punitivas surgen del Sur y atacan Aidán o Ashgramor.

**Thunia:** Durante mucho tiempo, la mitad oriental de Wáhrang, separada de la occidental por el río Dubio. Tras la Guerra del Martillo nace como nación aparentemente independiente, aunque controlada en realidad por Khynai.

**Venzoa:** Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte septentrional de su mitad sur.

**Wáhrang:** Situada al norte del Continente Primigenio, fue su invasión de Khynai (en conjunción con Honoi) y su ataque a Alboné lo que desencadenó la Guerra del Martillo. Acabada ésta, las dos principales facciones vencedoras (Khynai y los Pueblos del Pacto) ocuparon su territorio. Con el tiempo, la parte occidental recuperaría su autonomía y se integraría en los Pueblos del Pacto manteniendo el nombre de Wáhrang. La parte oriental, sin embargo, se ha convertido en un estado títere de Khynai denominado Thunia.

**Washorya:** Capital de la Confederación Occidental.

**Ythylia:** Situada en la península de su nombre, al sur del Mar Calmo, pretende haber dominado todos los territorios meridionales en el pasado. Lo cierto es que su importancia como nación en los últimos siglos ha sido escasa. Durante la Guerra del Martillo fue aliada de Painé y, conjuntamente con ésta, emprendió la ocupación de sus vecinos. Actualmente está integrada en los Pueblos del Pacto.

## UNA CRONOLOGÍA DE ÉRVINDER

1

Según sostienen prácticamente todas las crónicas, los primeros hombres aparecen alrededor de la Colina del Origen, en lo que luego será Jarsarén.

La tradición de Honoi, que el resto de los pueblos siempre se negará a tener en cuenta, sostiene que Tairunabe salió entonces del Lugar del Origen con su hijo y sus seguidores y los guió a todos hasta las islas que formarían Honoi.

140

Siempre según la tradición de Honoi, Tairunabe renuncia al trono de Honoi a favor de su hijo, Tairuname Isu doh Tairunabe, e inicia la peregrinación durante la que acabará descubriendo el Jardín de la Memoria.

1-1362

Los años oscuros.

1362

Fundación de Can y construcción de Jarsarén, que mantiene ser la primera ciudad de Érvinder.

2749

Un grupo de nómadas procedentes de Can cruza la gran cordillera del Este y se adentran en lo que luego será Khynai.

3535

De acuerdo a la tradición de Khynai, colonos procedentes de este país colonizan por esas fechas las islas de Honoi, algo que será negado siempre por la historiografía oficial honoyesa.

3746

Primeras ciudades-estado en lo que no tardará en conocerse como Ashgramor y Painé.

4328

Tribus nómadas se desplazan al oeste y van asentándose lentamente, creando así las naciones de Aidán, Quitán e Ythylia.

5309

Desde Can, otro grupo atraviesa el istmo y llega al Norte. Colonos procedentes de Khynai habían llegado ya a la parte más oriental del Norte y se habían establecido en la costa.

6070

Hato Kontanyaki, emperador de Honoi, establece su capital en Kyono-jo, en la isla más septentrional del archipiélago. Es el primero que afirma de forma explícita ser descendiente directo de Tairuname Isu doh Tairunabe, el hijo de la primera emperatriz.

Una semilla de árbolmundo, procedente del bosqueoscuro de la isla más meridional, germina en Kyono-jo. Con el tiempo, la corteza de ese árbolmundo será un elemento clave en el sistema de sucesión honoyés.

6698

Colonización de la Isla Occidental desde Quitán, con dos importantes asentamientos en su costa sur. Apenas hay contacto entre las distintas colonias a causa de la cordillera que cruza la isla de norte a sur, dividiéndola de facto en dos mitades.

6988

En el Norte, se produce un largo periodo de guerra entre su mitad occidental (colonizada desde Can) y el oriente (de origen khynainio).

7328

Algunos wáhranger se hacen a la mar y encuentran las islas más orientales del paso del norte. Asentamientos en algunas de ellas.

7526

Unificación del Norte en una sola nación, llamada Wáhrang. Su parte más oriental conserva el nombre de Thunia y tiene cierto grado de autonomía.

7727

En Khynai, el rey de Pashlai unifica los ocho reinos en una sola nación bajo su mando. El lema «todo bajo el cielo» será la divisa de su casa y la religión del Dios Único (una interpretación restrictiva y monoteísta del Libro del Origen) la única aceptada en todo el territorio de Khynai. El Emperador no sólo ostenta el poder temporal, sino el espiritual, como cabeza de la Iglesia del Dios Único.

8269

Procedente de las islas del Paso del Norte, una expedición encuentra el Continente Occidental. Se establece una colonia en la península más septentrional de éste.

8400

Diversas disputas fronterizas entre Aidán y Quitán, y entre ésta e Ythylia. Las ciudades-estado de Painé se mantienen neutrales, aunque alquilan mercenarios a cualquier facción que los pague.

8408

Expansión de Ythylia. Conquista Quitán y somete a las principales ciudades-estado de Painé a vasallaje.

8425

Ythylia conquista Aidán.

8431

Se funda la nación de Mex en el Continente Occidental.

8445

Ythylia intenta conquistar Ashgramor y fracasa.

8452

Expedición de Ythylia al sur. No regresa.

8455

Alboné nace como nación tras agrupar varios pequeños reinos de la Isla Occidental.

8776

Alboné desarrolla una flota de guerra.

8807

Ataque desde el sur. Los bárbaros que surgen de la selva causan graves daños a Ashgramor y Aidán. Algunos grupos llegan hasta Painé.

8850

La Reina de Alboné traspasa por primera vez sus recuerdos (y personalidad) a su sucesora.

8947

Khynai intenta invadir Hanoi. Una tormenta destruye su flota.

9177

Thunia trata de independizarse de Wáhrang. La secesión es aplastada y la represión consiguiente resulta sangrienta. Durante mucho tiempo Thunia será una región aplastada y humillada.

9180

Alboné, en sus intentos de unificar toda la isla bajo un solo gobierno, invade Hyburn con su flota. No tarda en conquistar los puntos costeros, pero la resistencia de Hyburn se atrinchera en las montañas y no cede al invasor.

9256

Nuevo ataque de los bárbaros desde el sur. En esta ocasión, organizados por un caudillo feroz y astuto, arrasan casi toda la zona de influencia de Ythylia, lo que la deja tocada de muerte.

9345

Los bárbaros son repelidos. Aunque algunos se establecen en Aidán o Quitán y se integran en los ejércitos de éstas.

9468

Khynai construye varias torres de vigilancia a lo largo de la cordillera que la separa de Can y del

Gran Desierto.

9546

Ythylia pierde toda su influencia sobre sus antiguos estados vasallos.

9636

Nueva invasión desde el sur, que ahora se dirige sobre todo a Aidán. Durante mucho tiempo, ésta se verá envuelta en una larga guerra defensiva.

9836

Quitán considera que la Isla Occidental le pertenece. Su intento de tomarla por la fuerza es uno de los más sonados fracasos de la época. La flota de Alboné destroza literalmente la armada quitana.

9857

Aidán, tras reconquistar su territorio y repeler a los bárbaros del sur, inicia una etapa de expansión. Su flota recorre la parte más meridional del Continente Primigenio y traza los primeros mapas fiables de esas costas.

9924

Aidán envía una expedición al oeste, al igual que hace Alboné, casi al mismo tiempo.

9925

La flota albonense naufraga frente a las costas del Continente Occidental, en lo que luego sería llamado el Mar de los Peregrinos. Aunque buena parte de los hombres sobrevive y crean una colonia, no llegan noticias a Alboné de lo ocurrido, y ésta da por perdida la expedición.

9925

La flota aidana toma tierra en la península de Bradosi, al sur del Continente Occidental.

9942

Expansión de Aidán, quien va colonizando rápidamente el Continente Occidental.

9950

La colonia Albonense consigue construir un barco y lo envía de vuelta a Alboné.

9953

Alboné envía una segunda expedición colonizadora al Continente Occidental.

10031

Aidán se convierte en la potencia hegemónica del Continente Primigenio. Sólo Alboné le puede disputar el dominio, y únicamente en el mar.

10040

Las continuas guerras con sus vecinos desangran a Aidán. Aunque con los recursos procedentes de las colonias occidentales, es capaz de mantener su posición de poder.

10072

Alboné lleva la guerra contra Aidán al Continente Occidental

10085

Una expedición albonense encuentra la isla-continente de Anapakarimán y establece varias colonias en su costa norte.

10141

Las colonias albonenses del Continente Occidental se rebelan contra la metrópoli y se declaran independientes, creando la Confederación Occidental.

10143

Hyburn aprovecha el momento para lograr quitarse de encima el yugo albonés.

10144

Pillada en dos frentes (la rebelión de sus colonias y al alzamiento en Hyburn) a Alboné le queda poco tiempo para inmiscuirse en la política del Continente Primigenio.

10147

Quitán e Ythylia sometidas por Aidán.

10148

Fin de la Guerra Colonial. La Confederación Occidental, aunque reconoce sus lazos históricos y políticos con Alboné, rechaza cualquier relación de vasallaje con ésta y, a partir de ese momento, funcionará como nación totalmente independiente.

10152

Una Aidán agotada y desilusionada tras varios siglos de guerras con sus vecinos, no puede hacer frente a la rebelión de sus colonias occidentales. Alboné apoya con su flota esa rebelión. Las colonias obtienen su independencia y la influencia de Aidán en el continente occidental desaparece.

10155

Aidán declina y su flota con ella.

10245

Primeros contactos entre Wáhrang y Honoi, llenos de desconfianza y precaución por ambas partes.

10247

Wáhrang abre Honoi al comercio con otras naciones.

10277

Khynai envía misioneros del Dios Único al resto del mundo.



10289

Aidán, en medio de una guerra civil larga y sangrienta, deja de ser una potencia a tener en cuenta.

10291

Hundimiento de Desolación, la gran isla al Este de Thunia. Maremotos en las costas orientales de Thunia y Khynai. La temperatura media del mundo desciende durante los siguientes años, lo que se llamará luego «El Gran Invierno».

10303

Contactos entre Ythylia (donde un movimiento obsesionado con recuperar sus antiguas zonas de influencia ha tomado el poder) y Wáhrang.

10309

Wáhrang y Honoi invaden Khynai, iniciando de ese modo la Guerra del Martillo.  
Ythylia invade Quitán.

10311

Wáhrang invade Alboné.

10312

Desde las Islas del Paso del Norte, vasallos de Wáhrang, se invade la Confederación Occidental.

10313

Creación del Pacto de los Pueblos.

10316

Wáhrang capitula.

Honoi capitula después de que la Confederación Occidental lance la primera bomba de Malas Noticias sobre su capital.

10317

Wáhrang bajo control compartido de Khynai y los Pueblos del Pacto.

10318

Wáhrang dividido en dos. La parte occidental mantiene ese nombre y la oriental se llamará Thunia.

10320

Honoi, bajo la ocupación y la administración de los Pueblos del Pacto, se abre al resto del mundo.  
Khynai desarrolla su propia bomba de malas noticias, aunque esto no será de dominio público.

10321

La influencia de Khynai se extiende por zonas de Ashgramor, algunas partes de Painé y Can.

10322

Los Pueblos del Pacto abandonan la ocupación de sus antiguos enemigos.

10330

Wáhrang y Hanoi ingresan en el Pacto de los Pueblos.

10335

Ythylia, oportunista como siempre, hace otro tanto.

10337

Aidán, tras salir de una larga guerra civil, debilitada y pobre, reanuda los contactos con sus vecinos.

10341

Los Espectros roban un racimo de bombas de malas noticias del arsenal occidental.

10342

Durante la sucesión del Emperador honoyés, se establece un pacto mediante matrimonio con Alboné. La Reina y el Emperador gobernarán conjuntamente ambas naciones que, sin embargo, seguirán funcionando como países independientes.

## AGRADECIMIENTOS

Como ya he hecho otras veces, debo mencionar a Robert E. Howard e Ian Fleming. Sin ellos no existiría ninguna de estas novelas, no habría Yáxtor Brandan ni escenario en el que narrar sus aventuras.

Pero es de rigor que también mencione a otro autor que hasta ahora he mantenido injustamente en la oscuridad: Frank Herbert, cuya saga de *Dune* ha tenido más influencia en las andanzas del adepto de la Reina de lo que yo mismo en principio era consciente, No solo por las falsas citas capitulares sino, así lo he ido viendo con el tiempo, por el retrato de ciertos personajes y organizaciones, además de varios detalles estilísticos y técnicos. Sea pues y reconocida quede mi deuda hacia Herbert.

Y, como es obvio, mi agradecimiento debe ir también hacia Felicidad Martínez, coautora de esta tercera entrega de la historia de Yáxtor Brandan y cuya ayuda y apoyo fue, desde el principio, fundamental para que crease al personaje y su entorno.

Su aportación a *Los rostros del pasado* ha sido fundamental, no solo para sacarme de algún que otro atolladero narrativo, sino para definir numerosos personajes (Ámber sería el caso más evidente, pero ni de lejos el único) y para darle a la historia una textura con la que yo no contaba y que, eso creo, le ha aportado al conjunto una riqueza y una verosimilitud nada desdeñables.

*Los rostros del pasado* parte de cuatro relatos publicados previamente de forma independiente: «Embrión», «Amistad», «Detective» y «Adepta». Yo fui el autor de los tres primeros (centrados, respectivamente, en Endra, Fléiter y Shércroft) y Felicidad del último (que gira alrededor de Ámber). Cuando decidimos que la tercera novela de Yáxtor debía recoger esos cuatro relatos, vimos enseguida que debía ser algo más que una mera acumulación de textos breves con una ligera relación argumental: había que construir una historia que los enhebrase e hiciera de puente entre ellos, pero también era necesario ampliarlos y narrar detalles que, en los cuentos originales no se mostraban o se daban por supuestos. No solo para ofrecerles material nuevo a aquellos lectores que ya hubieran leído los relatos (que, evidentemente, también) sino para dotar al libro de una estructura convincente e imbricar cada historia individual en la trama general de la serie. Creemos haber tenido éxito y haber creado una novela que merece la pena. Pero eso debes juzgarlo tú, amable lector.

Por último, quiero agradecer a los votantes de los Premios Ignotus 2014, que galardonaron «Detective» con el Premio a la Mejor Novela Corta.

Rodolfo Martínez  
Gijón, abril 2015

Mi primer agradecimiento va, impenablemente, para Rodolfo Martínez. Siempre ha sido un gran apoyo y siempre ha creído en mí como escritora. Fue Rudy quien me dio la posibilidad de darme a conocer con «La textura de las palabras», quien me dejó trastear con su universo en la novela

corta «Adepta», quien desde el principio de la saga me pasó los textos originales para que le diera mi opinión y compartió conmigo sus secretos, saciando mi curiosidad de fan, y quien pensó de inmediato que sería una idea estupenda que los dos pergeñáramos *Los rostros del pasado*. ¿Mi nombre junto al de Rodolfo Martínez? ¿Dónde hay que firmar?

No quiero dejar pasar la oportunidad de agradecerle a Natalia Cervera su bendita paciencia. Desde *Horizonte Lunar* ha sido mi faro, la persona a la que siempre acudo para resolver mis dudas gramaticales, ortográficas, de estilo... y nunca se ha quejado. Aún no soy alumna de sobresaliente (sigo trabajando en ello, y lo sabes), pero sin duda, Natalia es la mejor maestra.

Y por último, quiero dar las gracias a quienes reseñaron «Adepta» y me transmitieron su entusiasmo, porque con sus comentarios acabé de decidirme para tomar parte en este proyecto. Santiago García Solans, Athman M. Charles, José Antonio Cordobés Montes... y Tamara Quílez Fernández, quien dio saltos de alegría al enterarse de la noticia. Solo espero que el resultado esté a la altura de vuestras expectativas.

Felicidad Martínez  
Gijón, abril 2015

## FELICIDAD MARTÍNEZ

Valencia, 1976.

Ingeniera Técnica en Diseño Industrial y escritora amateur desde temprana edad, principalmente de ciencia ficción, donde destaca su universo spaceoperístico UC-Crow, que sigue desarrollando como juego de rol.

En el 2008 uno de sus relatos fue incluido en la antología *Visiones 2007*. Su relato «La textura de las palabras» en la antología *Akasa-Puspa* no tardó en despertar el interés y la atención de los aficionados y, de hecho, sería reeditado posteriormente en *Terra Nova* vol. 2 y en la versión en inglés de *Terra Nova* vol. 1. *Horizonte lunar* fue su primera novela.

### BIBLIOGRAFÍA

#### **2008**

«Maldito». Incluido en *Visiones 2007* (AEFCFT).

#### **2012**

«La textura de las palabras». Incluido en *Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal* (Sportula).

#### **2013**

«El cadáver sin nombre». Incluido en *Ellos son el futuro* (Ficción científica).

«La textura de las palabras». Incluido en *Terra Nova 2* (Penguin Random House).

#### **2014**

*Adepta* (Sportula).

*Horizonte Lunar* (Sportula).

«El pastor de naves». Incluido en *Mundos* (Ficción científica). Incluido en *Empaquetados* (Sportula).

«La plaga». Incluido en *Alucinadas* (Palabaristas. Próximamente en Sportula)

#### **2015**

«Tiempos modernos». En la revista *Skeimbol* nº 2.

*Los rostros del pasado* (en colaboración con Rodolfo Martínez) (Sportula).

## RODOLFO MARTÍNEZ

Candás, Asturias, 1965.

Publica su primer relato en 1987 y no tarda en convertirse en uno de los autores indispensables de la literatura fantástica española, aunque si una característica define su obra es la del mestizaje de géneros, mezclando con engañosa sencillez y sin ningún rubor numerosos registros, desde la ciencia ficción y la fantasía hasta la novela negra y el thriller, consiguiendo que sus obras sean difícilmente encasillables.

Ganador del premio Minotauro (otorgado por la editorial Planeta) por *Los sicarios del cielo*, ha cosechado numerosos galardones a lo largo de su carrera literaria, como el Asturias de Novela, el UPV de relato fantástico y, en varias ocasiones, el Ignotus (en sus categorías de novela, novela corta y cuento).

Su obra holmesiana ha sido traducida al portugués, al polaco, al turco y al francés y varios de sus relatos han aparecido en publicaciones francesas.

En 2009 y con *El adepto de la Reina*, inició un nuevo ciclo narrativo en el que conviven elementos de la novela de espías de acción con algunos de los temas y escenarios más característicos de la fantasía.

Recientemente ha recopilado su ciclo narrativo de Drímar en cuatro volúmenes, todos ellos publicados por Sportula y ha publicado la cuarta novela del ciclo de la Ciudad, *Las astillas de Yavé*, en el sello Fantasy de Penguin Random House.

### BIBLIOGRAFÍA

#### **1995**

*La sonrisa del gato* (Miraguano)

«Las brujas y el sobrino del cazador» (en *Las brujas y el sobrino del cazador*, Grupo Elfstone)

#### **1996**

*La sabiduría de los muertos* (Fundación Dolores Medio)

*Tierra de Nadie: Jormungand* (Ediciones B)

«Un jinete solitario» (en *BEM* núm. 53, Grupo Interface; Díez, Julián (comp.), *Antología de la ciencia ficción española. 1982-2002*, Minotauro, 2003; *Callejones sin salida*, Berenice, 2005)

#### **1997**

*Los celos de Dios* (UPCF, col. Quaderns UPCF)

#### **1998**

*El alfabeto del carpintero* (Juan José Aroz, col. Espiral Ciencia Ficción; *El carpintero y la*

*lluvia*, Sportula, 2010)

### 1999

*El abismo te devuelve la mirada* (Ediciones Tempore, col. Huella de Sangre núm. 5,)  
«Territorio de pesadumbre» (en *Beca Pepsi-Semana Negra de novela corta*, Semana Negra; El  
Doble de Ciencia Ficción núm. 2, Ediciones Robel, 2004; Sportula, 2010)  
«Este relámpago, esta locura» (en *Premios UPC 1998*, Ediciones B; *Callejones sin salida*,  
Berenice, 2005; Cabos sueltos, Sportula, 2010)

### 2004

*Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* (Bibliópolis; Alamut, Madrid, 2008)  
*El sueño del Rey Rojo* (Gigamesh; Sportula, Gijón, 2010)

### 2005

*Los sicarios del cielo* (Minotauro)  
*Sherlock Holmes y las huellas del poeta* (Bibliópolis)  
*Callejones sin salida* (Berenice)

### 2006

*Laberinto de espejos* (Berenice)  
*A sabedoria dos mortos* (edición portuguesa de *La sabiduría de los muertos*, Saida de  
Emergencia)

### 2007

*Sherlock Holmes y la boca del infierno* (Bibliópolis)

### 2008

*Sherlock Holmes y el heredero de Nadie* (Alamut)  
*El abismo en el espejo* (Hegemón; Sportula, 2011)  
*Sherlock Holmes Ve Ölülerin Bilgeliği* (edición turca de *La sabiduría de los muertos*, Ithaki)

### 2009

*El adepto de la Reina* (Sportula)  
*Sherlock Holmes I mądrość umarłych* (edición polaca de *La sabiduría de los muertos*,  
Muchanesiada)

### 2010

*El sueño del Rey Rojo* (Sportula)  
*El carpintero y la lluvia* (Sportula)  
*Laberintos y tigres* (Sportula)  
*Territorio de pesadumbre* (Sportula)  
*Cabos sueltos* (Sportula)  
*La sagesse des morts* (edición francesa de *La sabiduría de los muertos*, Mnémós, Saint-Laurent-  
d'Oingt)

**2011**

*Sondela* (Dolmen,)  
*Fieramente humano* (NGC Ficción!)  
*El abismo en el espejo* (Sportula)  
*El jardín de la memoria* (Sportula)

**2012**

*La ciencia ficción de Isaac Asimov* (Sportula)  
*La sabiduría de los muertos* (Sportula)  
*Ferozmente subjetivo* (Sportula)  
*Sondela* (Sportula)  
*The Queen's Adept* (edición inglesa de *El adepto de la Reina*) (Sportula)  
*El Adepto y la Memoria* (Sportula)  
*La sonrisa del gato* (Sportula)  
*Este incómodo ropaje* (Sportula)  
*Jormungand* (Sportula)  
*Roy Córdal, detective* (Sportula)  
*Este relámpago, esta locura* (Sportula)  
*El alfabeto del carpintero* (Sportula)  
*Un agujero por donde se cuele la lluvia* (Sportula)  
*Porciones individuales* (Sportula)

**2013**

*Las huellas del poeta* (Sportula)  
*Un jinete solitario* (Sportula)  
*Los celos de Dios* (Sportula)  
*Fieramente humano* (Sportula)  
*Detective* (Sportula)

**2014**

*La boca del infierno* (Sportula)  
*Las astillas de Yavé* (Penguin Random House)  
*El cadáver que soñaba* (Sportula)

**2015**

*El heredero de Nadie* (Sportula)  
*Los rostros del pasado* (en colaboración con Felicidad Martínez) (Sportula)

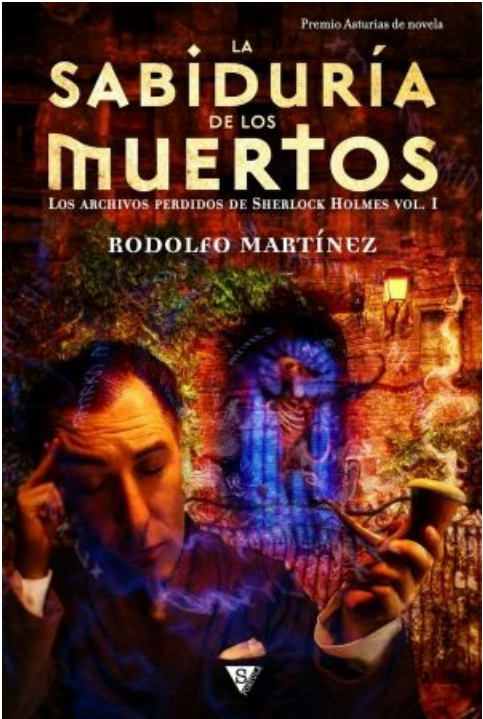


## SPORTULA

Todos los libros tienen edición electrónica. Aquéllos marcados con (\*) también han sido editados en papel.

1. (\*) *El adepto de la Reina*. Rodolfo Martínez
2. (\*) *El carpintero y la lluvia*. Rodolfo Martínez
3. (\*) *El sueño del Rey Rojo*. Rodolfo Martínez
4. (\*) *Laberintos y tigres*. Rodolfo Martínez
5. *Territorio de pesadumbre*. Rodolfo Martínez
6. (\*) *Cabos sueltos*. Rodolfo Martínez
7. *Desde la tierra más allá del bosque*. Rodolfo Martínez
8. *Horizonte de sucesos*. Rodolfo Martínez
9. (\*) *El abismo en el espejo*. Rodolfo Martínez
10. *La Ciudad, tres momentos*. Rodolfo Martínez
11. *Embrión*. Rodolfo Martínez
12. (\*) *El jardín de la memoria*. Rodolfo Martínez
13. *Amistad*. Rodolfo Martínez
14. (\*) *La ciencia ficción de Isaac Asimov*. Rodolfo Martínez
15. (\*) *La sabiduría de los muertos*. Rodolfo Martínez
16. *Ferozmente subjetivo*. Rodolfo Martínez
17. (\*) *Vintage '62: Marilyn y otros monstruos*. Varios autores. Selección de Alejandro Castroguer
18. *Occidente*. Chema Mansilla
19. (\*) *The Queen's Adept*. Rodolfo Martínez
20. (\*) *Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal*. Varios autores. Coordinado por Rodolfo Martínez
21. *Sondela*. Rodolfo Martínez
23. *Bestiario microscópico*. Sofía Rhei
24. *La sonrisa del gato*. Rodolfo Martínez
25. (\*) *Este incómodo ropaje (Los sicarios del Cielo)*. Rodolfo Martínez
26. (\*) *Jormungand*. Rodolfo Martínez
27. *Más allá de «Lágrimas de luz»*. Rafael Marín, Mariela González
28. *Roy Córdal, detective*. Rodolfo Martínez
29. *Lágrimas de luz*. Rafael Marín
30. *Este relámpago, esta locura*. Rodolfo Martínez
31. (\*) *Lágrimas de luz. Posmodernidad y estilo en la ciencia ficción española*. Mariela González
32. *Nunca digas buenas noches a un extraño*. Rafael Marín
33. *El alfabeto del carpintero*. Rodolfo Martínez
34. *W de Watchmen*. Rafael Marín
35. (\*) *Porciones individuales*. Rodolfo Martínez
36. *Un agujero por donde se cuele la lluvia*, Rodolfo Martínez
37. (\*) *Terra Nova. Antología de ciencia ficción contemporánea*. Varios autores. Selección de Mariano Villarreal y Luis Pestarini
38. (\*) *Danza de tinieblas*. Eduardo Vaquerizo
39. (\*) *Las huellas del poeta*. Rodolfo Martínez
40. *Gabriel revisitado*. Domingo Santos
41. *Un jinete solitario*. Rodolfo Martínez
42. *La leyenda del navegante*. Rafael Marín
43. (\*) *Bajo soles alienígenas*. Domingo Santos
44. (\*) *Némesis*. Juan Miguel Aguilera y Javier Redal
45. *Los celos de Dios*. Rodolfo Martínez
46. *Náufragos (Stranded)*. Juan Miguel Aguilera y Eduardo Vaquerizo
47. *El teatro secreto*. Víctor Conde
48. (\*) *Viaje a un planeta Wu-Wei*. Gabriel Bermúdez Castillo
49. (\*) *Simetrías rotas*. Steve Redwood
50. (\*) *Memoria de tinieblas*. Eduardo Vaquerizo

51. *Elemental, querido Chaplin*. Rafael Marín
52. *Hal Foster, una épica post-romántica*. Rafael Marín
53. (\*) *Más allá de «Némesis»*. Varios autores. Coordinado por Juan Miguel Aguilera
54. (\*) *Terra Nova. An Anthology of Contemporary Spanish Science Fiction*. Compiled by Mariano Villarreal
55. (\*) *Fieramente humano*. Rodolfo Martínez
56. *Peta Z. Varios autores*. Coordinado por Víctor Blázquez
57. *Drímar, el ciclo completo*. Rodolfo Martínez
59. (\*) *Cuentos de la Tierra Vaga*. Enrique Lázaro.
60. *Teoría de la literatura de ciencia ficción. Poética y retórica de lo prospectivo*. Fernando Ángel Moreno
61. *El signo de los cuatro*. Arthur Conan Doyle
62. (\*) *14 maneras de describir la lluvia*. Daniel Pérez Navarro
63. (\*) *Vintage '63: JFK y otros monstruos*. Varios autores. Selección de Alejandro Castroguer
64. *Principito debe morir*. Carmen Moreno
65. *Mercaderes de tiempo*. Víctor Conde
66. *Detective*. Rodolfo Martínez
67. *Garaje 451*. Manuel Miyares
68. *Los herederos de Julio Verne*. Gabriel Bermúdez Castillo
69. (\*) *Jack Kirby. El cuarto demiurgo*. José Manuel Uría
70. *Adepta*. Felicidad Martínez
71. (\*) *Bifrost*. Rodolfo Martínez
72. (\*) *La boca del infierno*. Rodolfo Martínez
73. (\*) *Horizonte lunar*. Felicidad Martínez
74. (\*) *El hombre que cabía en una botella de anís del mono*. Antonio Romero
75. *El rey lansquenete*. Santiago García Albás
76. (\*) *Entre las cenizas*. Manuel Miyares
77. *Empaquetados*. Varios autores.
78. *Tom Sawyer, detective*. Mark Twain
79. *Delirios de grandeza*. Santiago García Albás
80. (\*) *Juglar*. Rafael Marín
81. (\*) *Mobymelville*. Daniel Pérez Navarro
82. *La parte del ángel*. Santiago García Albás
83. *Mundos en la Eternidad*. Juan Miguel Aguilera y Javier Redal
84. *H*. John Serrano
85. *El mundo de SIC*. Santiago García Albás
86. (\*) *Los Premios Ignotus 1991-2000*. Varios autores. Coordinado por Rodolfo Martínez
87. *El cadáver que soñaba*. Rodolfo Martínez
88. (\*) *La piedad del Primero*. Pablo Bueno
89. *Conozca a Conan Bomberg*. John Serrano
90. (\*) *Crónicas de Tinieblas*. Varios autores. Edición de Eduardo Vaquerizo
91. (\*) *Cybersiones*. Santiago García Albás
92. (\*) *Los pingüinos también se ahogan*. Steve Redwood
93. (\*) *El heredero de Nadie*. Rodolfo Martínez
94. *La caja*. John Serrano
95. (\*) *Infierno nevado*. Ismael Martínez Biurrun
96. (\*) *La máquina del tiempo*. H. G. Wells
97. *La torre del elefante*. Robert E. Howard
98. (\*) *Mariposas del oeste y otros relatos*. Varios autores. Edición de Mariano Villarreal.
99. (\*) *Los rostros del pasado*. Rodolfo Martínez, Felicidad Martínez
100. (\*) *Alucinadas*. Varias autoras. Edición de Cristina Jurado y Leticia Lara
101. (\*) *Ecos*. Víctor Conde



# La sabiduría de los muertos

Martínez, Rodolfo  
9788493920357  
250 pages

[Buy now and read](#)

Premio Asturias de Novela 1995

Corre el año 1895 y Sherlock Holmes y el doctor Watson se ven envueltos en un caso de suplantación de identidad que tiene sus raíces en la época en la que el mundo daba por muerto al detective. Juntos, los dos investigarán una trama que gira alrededor del más famoso de los grimorios: el libro de los nombres muertos, el temible Necronomicon de Abdul Alahzred.

La sabiduría de los muertos es la primera novela holmesiana de Rodolfo Martínez y, desde el momento de su primera publicación, en 1996, fue recibida muy positivamente por los fans del detective victoriano. En ella, Martínez recrea con gran habilidad la voz del doctor Watson y reconstruye un siglo XIX en el que lo real y lo ficticio van de la mano en una historia trepidante.

[Buy now and read](#)



# MARIPOSAS DEL OESTE Y OTROS RELATOS

Antología de ciencia ficción, fantasía y terror

Edición de Mariano Villarreal

Relatos de Eduardo Vaquerizo, Rafael Martín, David Roca, David Jasso,  
Ekaitz Ortega, Sergio Mur, Marian Womack, María Argueta y Steven Redwood,  
Javier Castañeda de la Torre, Elaine Vile, Malena



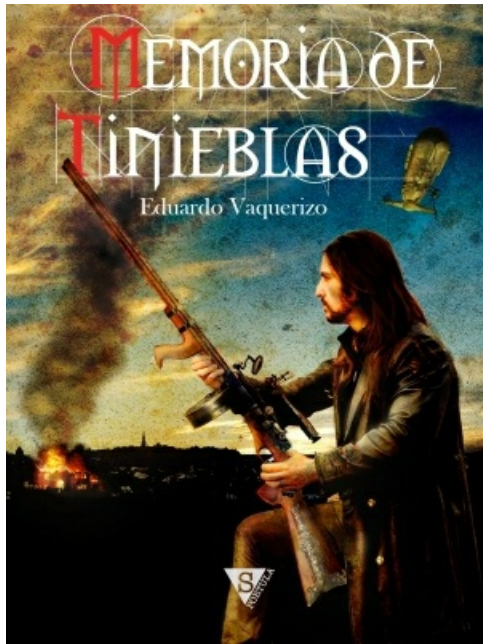
# Mariposas del oeste y otros relatos

Vaquerizo, Eduardo  
9788415988786  
286 pages

[Buy now and read](#)

En esta antología el lector encontrará historias controvertidas que obligan a dirigir la mirada hacia ciertos temas tabú de nuestra sociedad, fantasías oscuras en donde se juega con los conceptos del Bien y el Mal, acercamientos lovecraftianos a los horrores de la conquista de América, claustrofóbicas introspecciones en la mente perturbada de un psicópata, ucronías en donde España es invadida por el ejército alemán durante la II Guerra Mundial, terribles experiencias en el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, visiones singulares del fin del mundo desde el fino humor inglés o relatos líricos que nos hablan acerca de las estructuras del poder y el condicionamiento.

[Buy now and read](#)



# Memoria de tinieblas

Vaquerizo, Eduardo  
9788494103599  
400 pages

[Buy now and read](#)

Felipe II murió en vísperas de la batalla de Lepanto y su hermano bastardo, don Juan de Austria, se hizo con el trono español y el Imperio que conllevaba a cambio de, entre otras cosas, un cisma con la Iglesia de Roma.

Estamos en Madrid, en un 1970 alternativo en el que el Imperio Español aún es fuerte, aunque se desangra en una interminable guerra con los turcos, mientras América del Norte, dejada a su suerte hasta ahora, se va convirtiendo en la tierra de promisión para los descontentos y los desheredados.

En una historia fascinante, en la que las distintas tramas van confluyendo de forma inevitable hasta el final, Eduardo Vaquerizo explora y explota todas las posibilidades del escenario que construyó en Danza de Tinieblas y consigue la que, sin duda, es su mejor novela.

[Buy now and read](#)



# SIMETRÍAS ROTAS

STEVE REDWOOD



# Simetrías rotas

Redwood, Steve  
9788494103551  
300 pages

[Buy now and read](#)

De la tragedia y el horror a lo surreal, pasando por la comicidad demoledora, estos relatos de Steve Redwood construyen, con su constante cambio de estilo, punto de vista y atmósfera, una recopilación cuya principal constante, además de una mirada incisiva y lúcida, es la variedad.

Doctores que se ven obligados a sacrificar a sus propios pacientes, sacerdotes infectados por un agujero negro, pedófilos que buscan la salvación espiritual en una criatura no humana en medio de una siniestra granja francesa, la verdadera historia de Highlander, criaturas poderosas atrapadas en la vastedad patagónica con sólo una fuente de sustento, billonarios que se convierten en su propia última voluntad y testamento, los últimos humanos sobre la Tierra cometiendo un error irreparable, gladiadores de la tercera edad en una plaza de toros española, monstruos buscando venganza sobre la diosa que los deformó, Esperanza Anguila enfrentándose a la justicia poética...

Simetrías rotas fue nominada a Mejor Recopilación en 2010 por la Sociedad Británica de Fantasía. La versión española incluye la mayoría de las historias, así como unas cuantas escritas especialmente para esta edición.

[Buy now and read](#)

Hal Foster  
Una épica post-romántica

Rafael Marín



# Hal Foster, una épica post-romántica

Marín, Rafael  
9788494127458  
40 pages

[Buy now and read](#)

En este breve pero esclarecedor ensayo, Rafael Marín repasa la obra de uno de sus autores favoritos y uno de los principales creadores de cómic del siglo XX: Hal Foster, cuya obra principal, El Príncipe Valiente, es un ejercicio de maestría gráfica y narrativa y uno de los clásicos indiscutibles del noveno arte.

[Buy now and read](#)